



# TERRY PRATCHETT

IMÁGENES EN ACCIÓN

DEBOLSILLO





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

"Más adelante, cuando pensaba en ello, Victor nunca tuvo muy claro lo que ocurrió en aquellos pocos minutos. Así es como funciona. Los momentos que te cambian la vida son los que ocurren de repente, como el momento en el que mueres".

En una playa abandonada del Mar Circular, un anciano es el último guardián de una tradición arcana, de unos ritos que mantienen a raya a un ente con poder suficiente como para dejar el mundo en los oscuros tentáculos de las horribles criaturas de las Dimensiones Mazmorra, que tienen menos ojos que piernas y a veces menos brazos que cabezas... Y ese anciano acaba de morir.

Imágenes en Acción es una parodia/homenaje a las películas clásicas de Hollywood y a los mitos de Cthulhu. Victor, un joven estudiante de la Universidad Invisible se convierte en una estrella de las imágenes en acción, aunque nadie sabe muy bien cómo se puede convertir uno en estrella sin arder a millones de grados de temperatura. Y las criaturas de otra dimensión acechan a la espera del Gran Estreno.



Terry Pratchett

**Imágenes en acción**

**Mundodisco 10**

**Novelas independientes 02**

Observad...

Esto es el espacio. A veces lo llaman « La última frontera » .

(Cosa que no deja de ser una tontería, claro, porque no se puede tener una última frontera, no sería fronteriza con nada. Lo más que puede llegar a ser una frontera es « penúltima » , y gracias).

Y, destacada contra el gran manto de estrellas, pende una nebulosa, vasta y negra, una gigante roja que brilla como la locura de los dioses...

Y entonces el brillo se percibe como el reflejo en un ojo enorme, y queda eclipsado por el parpadeo de ese ojo, y la oscuridad mueve una aleta, y Gran A'Tuin, la tortuga estelar, sigue nadando por el vacío.

Sobre su caparazón hay cuatro elefantes gigantes. Algo reposa sobre sus lomos. Es algo bordeado de cataratas, centelleante bajo su solecillo orbital, con las majestuosas montañas que rodean su Eje helado. Es el Mundodisco, mundo y espejo de mundos.

Casi irreal.

La realidad no es algo digital, un estado de encendido o apagado, sino analógica. Algo gradual. En otras palabras, la realidad es una cualidad que poseen las cosas de la misma manera que poseen peso, por poner un ejemplo. Se ha llegado a calcular que, en un planeta dado, hay tan sólo unas quinientas personas reales, y por eso no dejan de encontrarse accidentalmente unas con otras.

El Mundodisco está al límite de la irrealidad, sólo tiene la dosis justa para existir, y eso por los pelos.

Pero es lo suficientemente real como para tener unos problemas muy reales.

A unos cuarenta kilómetros en dirección dextro de Ankh-Morpork, las olas rompían contra la punta de tierra asolada por el viento y cubierta de algas, donde el Mar Circular se reunía con el Océano Periférico.

La colina en sí podía verse desde kilómetros de distancia. No era muy alta, pero se alzaba entre las dunas como un bote volcado, o como una ballena con mala suerte, y estaba cubierta de árboles achaparrados y deformes. La lluvia, si podía evitarlo, nunca caía allí. Aunque el viento esculpía las dunas a su alrededor, las bajas laderas de la colina nunca perdían su calma eterna, retumbante.

Lo único que había cambiado allí durante cientos de años era la arena.

Hasta ahora.

Una rudimentaria choza, fabricada con tablones arrastrados por la marea, se alzaba en la amplia curva de la playa, aunque la palabra « fabricada» habría sido un insulto para los constructores de chozas rudimentarias de todos los tiempos; si el mar se hubiera limitado a amontonar la madera tal cual llegaba, el resultado habría sido mejor, indudablemente.

Y, dentro de la choza, un anciano acababa de morir.

—Oh —dijo.

Abrió los ojos y miró a su alrededor, contemplando el interior de la choza. No la había visto con tanta claridad desde hacía diez años.

Luego apartó las piernas... bueno, no las piernas, sino más bien el recuerdo de sus piernas, del camastro de vegetación marina, y se levantó. Salió al exterior, hacia la mañana que brillaba como una piedra preciosa. Le interesó mucho ver que aún vestía la imagen fantasmal de su túnica ceremonial (manchada y llena de remiendos, pero todavía se podía ver que había sido de un color rojo oscuro con bordados de hilo dorado), aunque estaba muerto. Una de dos, pensó, o tu ropa moría contigo, o a lo mejor te vestías mentalmente por la fuerza de la costumbre.

La costumbre lo empujó también hacia el montón de leña que se alzaba a un lado de la choza. Pero, cuando intentó recoger unos cuantos troncos, sus manos los atravesaron.

Maldijo entre dientes.

Sólo entonces advirtió la presencia de una figura de pie al borde del agua, mirando en dirección al mar. Apoyaba su peso sobre una guadaña. El viento le agitaba los pliegues de la túnica negra.

Empezó a cojear hacia ella, pero recordó que estaba muerto, y caminó a zancadas. Hacía décadas que no caminaba a zancadas... debía de ser una de esas cosas que, una vez aprendidas, nunca se olvidan.

Antes de que recorriera la mitad de la distancia que lo separaba de la figura, ésta le habló.

DECCAN REBOBE —dijo.

—Servidor.

ÚLTIMO GUARDIÁN DE LA PUERTA.

—Pues supongo que sí.

La Muerte titubeó.

¿LO ERES, SÍ O NO?

Deccan se rascó la nariz. Claro, pensó, uno tiene que poder tocarse a sí mismo. Si no, se desperdigaría por todas partes.

—Técnicamente hablando, al Guardián lo tiene que investir el Sumo Sacerdote —explicó—. Y hace miles de años que no hay Sumos Sacerdotes. Así que mira, lo aprendí todo del viejo Tentó, el que vivía aquí antes de que llegara

yo. Un día fue y me dijo, «Deccan, me parece que me voy a morir, así que ahora te toca a ti, porque si no queda nadie que se acuerde bien todo empezará de nuevo, y ya sabes lo que eso significa». Hasta ahí, todo claro. Pero investidura, lo que se dice investidura, en plan ceremonial y como está mandado, no hubo ninguna.

Alzó la vista hacia la colina arenosa.

—Sólo estábamos él y yo —siguió—. Y luego, sólo yo, sólo quedé yo para recordar Holy Wood. Y ahora...

Se llevó la mano a la boca.

—Raaayooooo —gimió.

SÍ —asintió la Muerte.

No sería correcto decir que una expresión de pánico pasó por el rostro de Deccan Ribobe, porque en aquel momento su rostro se encontraba a varios metros de distancia y estaba congelado en una sonrisa eterna, como si por fin hubiera entendido el chiste. Pero su espíritu estaba de lo más preocupado.

—Es que, verás... —se apresuró a añadir—, aquí no viene nadie nunca, ¿sabes?, aparte de los pescadores de la bahía de al lado, claro, pero no hacen más que dejar el pescado y largarse a toda prisa por eso de las supersticiones, y la verdad es que no podía salir por ahí a buscar un aprendiz, había que mantener encendidos los fuegos, entonar los cánticos, todo eso...

SÍ.

—...es una responsabilidad terrible ser el único capaz de hacer tu trabajo...

SÍ —asintió la Muerte.

—Claro, ya me imagino que no te estoy contando nada que no sepas.

NO.

—Es decir, tenía la esperanza de que naufragara algún barco cerca de aquí, o de que viniera alguien buscando un tesoro. Así yo le explicaría las cosas tal como me las contó el viejo Tentó, le enseñaría los cánticos, dejaría todos los asuntos arreglados antes de morir...

¿SÍ?

—Supongo que no habrá alguna manera de...

NO.

—Ya me parecía a mí —suspiró Deccan.

Contempló las olas que venían a estrellarse contra la playa.

—Hace miles de años, aquí había una ciudad enorme —dijo—. Ahí donde está el mar, ahí mismo. Cuando hay tormentas, aún se pueden oír las viejas campanas de los templos resonando bajo el agua.

LO SÉ.

—Yo solía sentarme aquí fuera, en las noches de viento, sólo a escuchar. Me imaginaba a todos los muertos de ahí abajo, haciendo sonar las campanas.

Y AHORA TENEMOS QUE IRNOS.

—El viejo Tentó dijo que había algo bajo la colina que podía obligar a la gente a hacer cosas. Algo que metía ideas raras en la cabeza a la gente —dijo Deccan, siguiendo de mala gana a la figura, que había echado a andar—. La verdad es que a mí nunca se me ocurrió ninguna idea rara, y mira que he pasado tiempo aquí.

PERO ES QUE TÚ ERAS EL QUE ENTONABA LOS CÁNTICOS —señaló la Muerte.

Chasqueó los dedos.

Un caballo dejó de pastar en la escasa hierba que crecía en la duna, y trotó hacia la Muerte. A Deccan le sorprendió ver que dejaba las huellas de los cascos en la arena. Había esperado más bien ver chispazos, o al menos roca fundida allí por donde pisaba.

—Eh... —empezó—, ¿puedes decirme... eh... qué pasará ahora?

La Muerte se lo dijo.

—Es lo que pensaba —respondió Deccan, sombrío.

En la cima de la pequeña colina, la hoguera que había estado ardiendo toda la noche se colapsó en una lluvia de cenizas. Pero aún quedaban unas cuantas brasas brillantes. Pronto se apagarían.

...

...

...

...

Se apagaron.

...

...

...

...

Durante un día entero, no pasó nada. Entonces, en una pequeña hondonada al borde de la colina, unos cuantos granos de arena se movieron y dejaron un diminuto agujero tras ellos.

Algo surgió. Algo invisible. Algo alegre, y egoísta, y maravilloso. Algo tan intangible como una idea, que es exactamente lo que era. Una idea loca.

Era vieja en un sentido que no se podía medir según ningún calendario conocido por el Hombre. En aquel momento, sólo tenía recuerdos y necesidades. Recordaba vida, en otros tiempos y en otros universos. Necesitaba personas.

Se alzó contra las estrellas, cambiando de forma, retorciéndose como una voluta de humo.

En el horizonte había luces.

Le gustaban las luces.

Las contempló durante unos cuantos segundos y luego, como una flecha invisible, se enfiló hacia la ciudad y partió como una centella.



Porque también le gustaba la acción...

Y pasaron varias semanas.

Se dice que todos los caminos llevan a Ankh-Morpork, la mayor de las ciudades del Mundodisco.

Al menos hay un dicho según el cual se dice que todos los caminos llevan a Ankh-Morpork.

Pero es un error. Todos los caminos salen de Ankh-Morpork. Lo que pasa es que a veces la gente los recorre en sentido incorrecto.

Hacía mucho tiempo que los poetas habían dejado de intentar describir la ciudad. Ahora, los más astutos trataban de disculparla. Decían, bueno, quizá huela un poco, quizá esté algo superpoblada, quizá tenga cierta semejanza con el Infierno tal como sería éste si apagarán los fuegos y albergaran allí durante un año a un rebaño de vacas con incontenencia, pero hay que reconocer que está llena de vida, de vida pura, vibrante, dinámica. Y es verdad, aunque lo digan los poetas. Pero los que no son poetas se limitan a replicar, ¿y qué? Los colchones también suelen estar llenos de vida, y nadie escribe odas sobre ellos. Los ciudadanos detestan vivir allí, y si tienen que marcharse por cuestiones de negocios o de aventura, o lo que suele ser más habitual, hasta que se cumpla el plazo previsto según alguna ley de prescripción de delitos, se mueren por regresar para seguir disfrutando del placer de detestarlo un poco más. En sus carruajes ponen pegatinas que dicen: «Ankh-Morpork: ódialo o déjalo». Lo llaman «La Gran Mandarina», como la fruta<sup>[1]</sup>.

De cuando en cuando, un gobernante de Ankh-Morpork edifica otro muro en torno a la ciudad, con la intención de impedir la entrada a los enemigos. Pero Ankh-Morpork no teme a ningún enemigo. La verdad es que da la bienvenida a los enemigos, siempre y cuando esos enemigos vengan dispuestos a gastar mucho dinero<sup>[2]</sup>. La ciudad ha sobrevivido a inundaciones, incendios, hordas, revoluciones y dragones. A veces por accidente, sí, de pura casualidad, pero el caso es que ha sobrevivido. El espíritu alegre e irremediabilmente sobornable de la ciudad ha estado a prueba de cualquier cosa...

Hasta ahora.

Bum.

La explosión hizo volar las ventanas, la puerta y la mayor parte de la chimenea.

Era una de esas explosiones que se oían con frecuencia en la Calle de los Alquimistas. Los vecinos de la zona, de hecho, preferían las explosiones, que al menos eran identificables y acababan pronto. Eran mejores que los olores, que se te aferraban a la ropa y a la piel durante un lapso de tiempo impredecible.

Y ésta había sido de las buenas, incluso para los elevados estándares de los

expertos de la zona. Había un corazón color rojo oscuro en el centro de la espesa nube de humo negro, cosa que no se veía todos los días. Los trocitos de ladrillos semifundidos estaban más fundidos que de costumbre. Todos coincidieron en que había sido una explosión impresionante.

Bum.

Un par de minutos después de la explosión, una figura se abrió paso como pudo por el agujero destrozado donde había estado la puerta. La figura carecía de pelo, y la ropa que le quedaba estaba en llamas.

Se tambaleó hacia la pequeña multitud que admiraba la devastación, y por casualidad puso una mano manchada de hollín sobre un vendedor de empanadas calientes y salchichas en panecillo, llamado Y-Voy-A-La-Ruina, quien tenía una habilidad casi mágica para aparecer allí donde se pudiera realizar una venta.

—No encuentro la palabra —dijo la figura irreconocible, con voz aturrida, casi soñadora—. La tengo en la punta de la lengua.

—¿Ampollas? —sugirió Ruina.

Recuperó rápidamente sus instintos comerciales.

—Después de una experiencia así —añadió, al tiempo que le presentaba una bandeja atestada de residuos orgánicos tan abundantes que casi poseían vida propia—, lo que necesitas es tomarte una buena empanada caliente...

—Nononono. No es «ampollas». Es eso que se dice cuando uno acaba de descubrir algo. Sales a la calle gritando —insistió la figura humeante, con tono de apremio—. Una palabra especial, muy concreta.

Frunció el ceño bajo la capa de hollín.

La multitud, tras llegar de mala gana a la conclusión de que ya no habría más explosiones, se reunió en torno a ellos. Aquello podía ser casi igual de divertido.

—Sí, es verdad —intervino un anciano, al tiempo que cargaba la pipa—. Sales corriendo y gritando «¡Fuego! ¡Fuego!» . Los miró con gesto triunfal.

—No es eso, no...

—O «¡Socorro!» , o...

—No, tiene razón —indicó una mujer, que llevaba una cesta de pescado sobre la cabeza—. Hay una palabra especial. Una palabra extranjera.

—Eso, eso —asintió otro hombre—. Una palabra extranjera especial que grita la gente que acaba de descubrir algo. La inventó un tipo extranjero que estaba en la bañera...

—Bueno —replicó el anciano de la pipa, mientras la encendía con los restos humeantes del sombrero del alquimista—. La verdad es que no entiendo por qué la gente de esta ciudad tendría que ir por ahí gritando cosas en extranjero sólo por que se ha tomado un baño. Además, mirad a éste. No se ha bañado. Falta le haría bañarse, y tanto, pero no se ha bañado. ¿Para qué va a ir por ahí gritando en extranjero? En nuestro idioma hay palabras de sobras para gritar en esas ocasiones que dices.

—¿Por ejemplo? —inquirió Y-Voy-A-La-Ruina. El fumador de la pipa titubeó.

—Bueno... —empezó—. Por ejemplo, «He descubierto algo»... o «Hurra»...

—No, el tío ese que digo es uno que vivía por la zona de Camis Et, creo. Estaba en la bañera y se le ocurrió esa idea de no sé qué, y salió a la calle gritando.

—¿Qué gritaba?

—Ni idea. A lo mejor « ¡Dadme una toalla! ».

—Pues como se le hubiera ocurrido hacer esas cosas aquí, sí que tendría motivos para gritar —replicó Ruina alegremente—. Bien, damas y caballeros, aquí tengo unas salchichas en panecillo que os van a...

—Eureka —dijo lo que había bajo la capa de hollín, meciéndose de atrás adelante.

—Sin ofender, ¿eh? —replicó Ruina.

—No, que ésa es la palabra que buscaba. Eureka. —En las facciones ennegrecidas se dibujó una sonrisa de preocupación—. Quiere decir «Ya lo tengo».

—¿Qué tienes? —se interesó Ruina.

—Pues eso, que lo tengo. O al menos lo tenía. La Octocelulosa. Una cosa de lo más interesante. La tenía en la mano, pero la acerqué demasiado al fuego —siguió la figura, con el tono de perplejidad de quien está a un paso de la conmoción—. Es muy importante, un hecho significativo. Tengo que tomar nota. No exponer a temperaturas altas. Muy importante. Muy significativo. Tengo que tomar nota. Cuanto antes.

Volvió a adentrarse cojeando entre las ruinas humeantes.

Escurridizo observó cómo se alejaba.

—Me gustaría saber de qué estaba hablando —se dijo. Se encogió de hombros.

—¡Empanadas de carne! —exclamó a voz en cuello—. ¡Salchichas calientes! ¡En un panecillo! ¡Tan recientes que el cerdo aún no las ha echado en falta!

La idea deslumbrante, veloz, que había surgido de la colina, observaba todo esto. El alquimista no tenía la menor idea de que estaba allí. Sólo se daba cuenta de que, aquel día, se encontraba mucho más inspirado e inventivo de lo habitual.

Ahora la idea acababa de caer en cuenta de la mente del vendedor de empanadas.

Conocía aquella clase de mentes. Le encantaban las mentes así. Una mente capaz de vender empanadas de pesadilla también podía vender sueños.

La idea saltó.

En una colina, bastante lejos, la brisa agitó la fría hierba cenicienta.

En la base de aquella misma colina, en una hendidura entre dos rocas, donde un arbusto, un junípero enano, luchaba por sobrevivir, empezó a moverse un pequeño reguero de arena.

Bum.

Una delgada película de polvo de yeso volvió a posarse sobre el escritorio de Mustrum Ridcully, el nuevo archicanciller de la Universidad Invisible, justo cuando intentaba preparar un anzuelo particularmente difícil con una mosca particularmente reticente.

Echó un vistazo a través de la ventana de cristal sucio. Una nube de humo se elevaba sobre la zona más alta de Morpork.

—¡Tesoreroooo!

El tesorero llegó en cuestión de segundos, resoplando sin aliento. Los sonidos estruendosos siempre le provocaban taquicardias.

—Son los alquimistas, señor —jadeó.

—Es la tercera vez esta semana —gruñó el archicanciller—. Malditos vendedores de petardos...

—Eso me temo, señor —asintió el tesorero.

—¿Qué se creen que hacen?

—La verdad es que no lo sé, señor —respondió el otro, recuperando el aliento—. Nunca me ha interesado mucho la alquimia. Es demasiado... demasiado...

—Peligrosa —zanjó el archicanciller con firmeza—. Todo consiste en mezclar cosas raras y decir, venga, a ver qué pasa si añado una gota de eso amarillo, y luego van por ahí quince días sin cejas.

—Yo iba a decir que es demasiado poco práctica —replicó el tesorero—. Intentan hacer las cosas por el camino más difícil, cuando nosotros tenemos magia cotidiana de lo más sencilla.

—Yo creía que buscaban la piedra filosofal, o algo por el estilo —bufó su superior—. En mi opinión, todo eso no es más que un montón de sandeces. Bueno, me da igual, de todos modos ya me iba.

El archicanciller se dirigió hacia la puerta de la habitación, pero el tesorero se apresuró a tenderle un puñado de papeles.

—Antes de que te marches, señor —dijo a la desesperada—, si tuvieras un momento para firmar unos cuantos...

—Ahora no, hombre —replicó el archicanciller—. Tengo que ir a ver a un tipo que vende un caballo, ¿qué?

—¿Qué?

—Pues eso.

La puerta se cerró ante las narices del tesorero.

El nombre se la quedó mirando y suspiró.

En la Universidad Invisible había habido muchos tipos de archicancilleres a lo largo de los años. Archicancilleres corpulentos, menudos, astutos, algunos algo locos, otros rematadamente locos... Llegaban, ocupaban su cargo (a veces durante tan poco tiempo que no había manera de acabar su retrato para colgarlo en la Gran Sala), y morían. El superior de los magos en un mundo de magia tenía las mismas perspectivas de empleo duradero que los participantes de una carrera de sacos en un campo de minas.

De cualquier manera, al menos desde el punto de vista del tesorero, todo esto carecía de importancia. El nombre podía cambiar de cuando en cuando, pero lo único fundamental era que siempre hubiera un archicanciller. Y el trabajo más importante de un archicanciller, siempre desde el punto de vista del tesorero, era firmar cosas, a ser posible sin leerlas antes.

Pero éste era diferente. Para empezar, rara vez estaba entre los muros de la Universidad, sólo acudía para cambiarse las ropas manchadas de barro. Y gritaba a la gente. Gritaba, por lo general, al tesorero.

¡Y pensar que, al principio, todos habían creído que era una idea genial elegir a un archicanciller que no había puesto el pie en la Universidad desde hacía cuarenta años...!

Había habido tantas luchas interiores entre las diferentes órdenes de la magia durante los últimos años que, aunque sólo fuera por una vez, los magos de más alto rango se habían puesto de acuerdo en que la Universidad necesitaba un período de estabilidad, para que ellos pudieran continuar con sus tramas e intrigas durante unos meses en paz y tranquilidad. Revisaron libros e informes hasta dar con una referencia a Ridcully el Marrón, quien, después de convertirse en mago de Séptimo Nivel, a la increíble edad de tan sólo veintisiete años, había abandonado la Universidad para cuidar de las propiedades de su familia en el campo.

Parecía ideal.

—Es exactamente el tipo que buscamos —dijeron todos—. Hay que hacer limpieza. Hace falta una escoba nueva. Un mago rural. Es necesario volver a las comosellamen, a las raíces de la magia. Será un vejete simpático, con arrugas alrededor de los ojos. Uno de esos que saben diferenciar una hierba de otra, que recorren los bosques y llaman hermanos a todos los animales. Seguro que le gusta dormir bajo las estrellas, y se pregunta qué dice el viento en su canción cuando susurra entre las hojas. Apuesto lo que sea a que sabe cómo se llama cada árbol del bosque. Y hasta hablará con los pájaros, ya lo veréis.

Enviaron un mensajero. Ridcully el Marrón suspiró, refunfuñó y maldijo un poco, recogió su cayado del jardín de la cocina, donde había servido de esqueleto para un espantapájaros, y se puso en camino.

Y, cuando llegó, resultó que Ridcully el Marrón sí hablaba con los pájaros.

Más bien les gritaba. Lo que les solía gritar era « ¡Vuela ya, cacho hijo puta! » .

Las bestias del campo y las aves del cielo conocían a Ridcully el Marrón. Lo conocían tanto que, en un radio de treinta kilómetros alrededor de la hacienda de sus antepasados, todo bicho viviente huía, se escondía o, en casos desesperados, atacaba ante la mera visión de un sombrero puntiagudo.

Antes de que pasaran doce horas de su llegada, Ridcully ya había instalado una bandada de dragones de caza en la despensa del mayordomo, además de disparar su temible ballesta contra los cuervos de la antigua Torre del Arte, beberse doce botellas de vino tinto y acostarse a las dos de la madrugada cantando canciones cuyas letras incluían palabras que los magos más ancianos o despidados tuvieron que buscar en los diccionarios.

Y luego se levantó a las cinco para ir a cazar patos a los pantanos del estuario.

Y volvió quejándose de que no había un buen río para pescar truchas en muchos kilómetros a la redonda. (No se podía pescar nada en el río Ankh. En realidad, era imprescindible saltar varias veces sobre los anzuelos sólo para que se hundieran).

Y pidió que le sirvieran cerveza con el desayuno.

Y contó chistes.

Por otra parte, pensó el tesorero, al menos no se entrometía con los asuntos de dirección de la Universidad. A Ridcully el Marrón no le interesaba lo más mínimo dirigir nada, exceptuando quizá a una manada de perros. No comprendía la utilidad de nada a lo que no se le pudieran disparar flechas, echar el anzuelo o cazar.

¡Cerveza con el desayuno! El tesorero se estremeció. Los magos no se encontraban en su mejor momento hasta después del mediodía, y el desayuno en la Gran Sala solía ser una ocasión silenciosa, frágil, con una quietud rota sólo por las tosecillas secas, el movimiento discreto de los criados y algún que otro gemido. Alguien que gritara pidiendo riñones, budín negro y más cerveza, era un fenómeno completamente nuevo.

La única persona que no estaba aterrorizada por aquel hombre espantoso era el viejo Windle Poons, que tenía ciento treinta años, era sordo como una tapia y, aunque seguía siendo un experto en textos mágicos antiguos, necesitaba toda clase de avisos previos e instrucciones detalladas para enfrentarse al presente cotidiano. Había conseguido comprender la idea de que el nuevo archicanciller iba a ser uno de esos tipos campestres, todo pajarillos y florecillas, y ahora tardaría una semana o dos en darse cuenta del inesperado giro de la situación. Durante ese tiempo, estaba manteniendo una conversación educada sobre todo lo que podía recordar acerca de la naturaleza.

Con frases como:

—Supongo que, mmm, para ti debe de ser, mmm, todo un cambio, mmm, dormir en una cama de verdad, mmm, en vez de bajo las, mmm, estrellas. Y:

—Estas cosas, mmm, estas, se llaman cuchillos y tenedores, mmm. Y:

—Esta, mmm, cosa verde que hay sobre, mmm, los huevos revueltos, mmm, ¿crees que puede ser, mmm, perejil, mmm?

Pero como el nuevo archicanciller jamás prestaba demasiada atención a lo que decían los demás mientras estaba comiendo, y Poons nunca llegó a darse cuenta de que no le llegaba respuesta alguna, se estaban llevando bastante bien.

Además, el tesorero tenía otras preocupaciones en la cabeza.

Para empezar, los alquimistas. No se podía confiar en los alquimistas. Se tomaban las cosas demasiado en serio.

Bum.

Y aquélla fue la última. Pasaron días enteros sin que se oyeran más explosiones. La ciudad se tranquilizó de nuevo. Eso fue una estupidez por su parte.

El tesorero no se dio cuenta de que, el hecho de que no hubiera más detonaciones, no quería decir que hubieran dejado de hacer lo que fuera que estuvieran haciendo. Quería decir que lo estaban haciendo bien.

Era medianoche. Las olas se estrellaban contra la playa, y emitían un brillo fosforescente en la oscuridad de la noche. Pero en torno a la antiquísima colina, el sonido parecía tan amortiguado como si llegara a través de varias capas de terciopelo.

El agujero en la arena era ya bastante grande.

Si alguien pudiera acercarse a ese agujero, casi tendría la sensación de estar oyendo aplausos.

Seguía siendo medianoche. Una luna llena planeaba sobre el humo y la contaminación de Ankh-Morpork, agradecida de tener varios miles de kilómetros de cielo que la separasen de ambas cosas.

El edificio del Gremio de los Alquimistas era nuevo. Siempre era nuevo. Había padecido cuatro demoliciones por explosión con sus consiguientes reconstrucciones durante los dos años anteriores. La última vez, no se había incluido sala de conferencias ni laboratorio de experimentos, con la esperanza de que así les durase más.

Aquella noche en concreto, un buen número de figuras discretas entraron en el edificio como a hurtadillas. Tras unos pocos minutos, las luces que se divisaban a través de la ventana del piso superior se hicieron más tenues, y se apagaron por completo.

Bueno, casi por completo.

Allí arriba estaba sucediendo algo. La luz que salió por la ventana durante breves segundos fue extrañamente titubeante, entrecortada. La siguió al instante

un aplauso estruendoso.

Y también hubo un ruido. Esta vez no fue una explosión, sino un extraño ronroneo mecánico, como el de un gatito satisfecho metido en un tambor de hojalata.

Era algo así como clicaclicaclicaclicaclica... clic.

Duró varios minutos, aunque en algunas ocasiones quedaba enterrado bajo los aplausos.

Y luego una voz dijo:

—Eso es todo, amigos.

—¿Qué era todo? —preguntó el patricio de Ankh-Morpork a la mañana siguiente.

El hombrecillo que tenía delante estaba temblando de miedo.

—No lo sé, señoría —respondió—. A mí no se me permite el paso. Me hicieron esperar al otro lado de la puerta cerrada, señoría.

Se retorció los dedos de puro nerviosismo. La mirada del patricio lo tenía petrificado en el sitio. Era una buena mirada, una mirada a la que se le daba de maravilla hacer que la gente siguiera hablando cuando creía que ya había dicho todo lo que tenía que decir.

Sólo el mismo patricio sabía cuántos espías tenía en la ciudad. El que temblaba delante de él en concreto era uno de los criados que trabajaban en el Gremio de los Alquimistas. En cierta ocasión, hacía ya mucho tiempo, había tenido la desgracia de caer ante el patricio acusado de diversos delitos, todos reiterados, y había elegido por su propia voluntad y sin coacción alguna convertirse en espía a su servicio<sup>[3]</sup>.

—Eso es todo lo que sé, señoría —gimió—. Lo único que se oyó fue ese sonido de clicaclic, no se veía más que una luz parpadeante por debajo de la puerta. Ah, y los alquimistas dijeron que... que... bueno, dijeron que la luz del día estaba mal.

—¿Mal? ¿En qué sentido?

—En... No lo sé, señor. Sólo dijeron eso, que estaba mal. Que tenían que ir a algún lugar donde fuera mejor, eso también. Ah... y me ordenaron que fuera a buscarles algo para comer.

El patricio bostezó. Las bufonadas de los alquimistas tenían por naturaleza algo que le resultaba infinitamente aburrido.

—Claro, claro —asintió.

—Lo raro es que habían cenado hacía tan sólo quince minutos —insistió el criado.

—Quizá lo que estaban haciendo, fuera lo que fuera, provoca apetito en la gente —sugirió el patricio.

—Sí, y la cocina ya estaba cerrada porque era de noche. Tuve que ir a



comprar una bandeja de salchichas calientes en panecillos, de las que vende Ruina Escurridizo.

—Claro, claro. —El patricio bajó la vista hacia el montón de papeles oficiales que se acumulaban sobre su escritorio—. Gracias. Puedes marcharte.

—¿Y sabe una cosa, señoría? Les gustaron. ¡Las salchichas les gustaron!

El hecho de que los alquimistas tuvieran un gremio ya era notable de por sí. Los magos eran igual de antiooperativos, pero también eran jerárquicos y competitivos por naturaleza. Necesitaban una organización tanto como respirar. ¿De qué le servía a uno ser mago de Séptimo Nivel si no existían otros seis niveles a los que mirar con desprecio y un Octavo Nivel al que aspirar? Les hacía falta tener cerca otros magos a los que odiar y despreciar.

Por el contrario, cada alquimista era un alquimista solitario, que trabajaba en habitaciones oscuras o en sótanos ocultos y dedicaba todas sus horas a buscar el premio gordo... la Piedra Filosofal, el Elixir de la Vida. Eran, por lo general, hombrecillos delgados, de ojos rosados, con barbas que en realidad no eran barbas, sino grupos de pelos individuales reunidos para protegerse mutuamente; muchos alquimistas tenían esta expresión vaga, ultraterrena, consecuencia de pasar demasiado tiempo en el radio de acción del mercurio hirviendo.

No era que los alquimistas detestasen a los otros alquimistas. Lo más normal era que ni siquiera se apercibieran de su existencia, o que pensaran que eran morsas.

De manera que su pequeño gremio, despreciado por todos, no había aspirado jamás a tener el nivel de poder con que contaban otros gremios, como el de los Ladrones, o el de los Mendigos, o el de los Asesinos; el de los Alquimistas se dedicaba más que nada a ayudar a las viudas y huérfanos de aquellos profesionales que habían adoptado una actitud excesivamente relajada ante el cianuro potásico, por poner un ejemplo, o que habían destilado alguna seta interesante y se bebieron el resultado, para luego subir al tejado de la casa y saltar a jugar con las hadas. La verdad es que tampoco había demasiadas viudas o huérfanos, porque a los alquimistas les resultaba difícilísimo relacionarse con otras personas durante el tiempo necesario para contraer matrimonio. Por lo general, los que llegaban a casarse lo hacían sólo para que alguien les sujetara los crisoles.

En resumidas cuentas: hasta aquel momento, la única habilidad que habían demostrado poseer los alquimistas de Ankh-Morpork era la de transformar el oro en oro de menos quilates.

Hasta aquel momento...

Ahora todos andaban nerviosos y emocionados, como quien ha encontrado una fortuna inesperada en su cuenta bancaria y no sabe si llamar la atención de

la gente o limitarse a coger el botín y escapar a toda prisa.

—A los magos no les va a gustar nada de nada —dijo uno de ellos, un hombrecillo delgado y titubeante que respondía al nombre de Lully—. Van a decir que es magia. Ya sabéis cómo se cabrean cada vez que piensan que uno que no es mago se mete a hacer magia.

—Pero en realidad aquí no hay nada mágico —señaló Thomas Silverfish, el presidente del gremio.

—Hombre, están los duendes...

—Eso no es magia. No es más que ocultismo vulgar y corriente.

—¿Y lo de las salamandras, qué?

—Ciencias naturales completamente normales. No tienen nada de malo.

—Vale, lo que quieras. Pero ya veréis como dicen que es magia. Ya sabéis cómo son.

Los alquimistas asintieron con gesto sombrío.

—Son reaccionarios —dijo Sendivoge, el secretario del gremio—. Unos taumócratas engreídos. Y los de los otros gremios, también.

¿Qué saben ellos sobre el avance y el progreso? ¿Acaso les importa lo más mínimo? Seguro que tenían la posibilidad de estar haciendo algo como esto desde hace años, y ni caso. ¡Qué va, estas cosas no están a su altura, no se dignarían! Imaginad cómo podemos hacer que la vida de las personas sea mucho más... bueno, mejor. Las posibilidades son infinitas.

—Educativas —asintió Silverfish.

—Históricas —añadió Lully.

—Y también está la cuestión del entretenimiento, claro —señaló Peavie, el tesorero del gremio.

Era un hombre bajito y nervioso. La mayoría de los alquimistas eran gente nerviosa, claro: es una característica compartida por todos aquellos que no saben a ciencia cierta lo que hará a continuación el crisol de materia burbujeante con el que están experimentando.

—Bueno, sí. Algo de entretenimiento también, claro —dijo Silverfish.

—Algunos de los grandes dramas históricos —asintió Peavie—. ¡Imaginaos la escena! Sólo hay que reunir a unos cuantos actores para que la representen una sola vez, ¡y todos los habitantes del Mundodisco podrán ver su actuación tantas veces como quieran! Con lo cual se amortizan los costes, por cierto —añadió.

—Pero siempre que se haga todo con buen gusto —dijo Silverfish—. Tenemos una gran responsabilidad, debemos asegurarnos de que nada sea ni por un momento... —Le tembló la voz—. Bueno, ya sabéis... grosero.

—No nos dejarán hacer nada —dijo Lully, el pesimista—. Conozco bien a esos magos.

—La verdad es que he estado pensando en eso —intervino de nuevo Silverfish—. De cualquier manera, la luz aquí es mala. En eso estamos todos de acuerdo.

Necesitamos cielos despejados. Y necesitamos alejarnos todo lo posible. Creo que conozco el lugar perfecto.

—¿Sabéis una cosa? Casi no me puedo creer que estemos haciendo esto —dijo Peavie—. Hace apenas un mes, no era más que una idea loca. ¡Y ahora todo está funcionando de maravilla! ¡Es como si fuera cosa de magia! Sólo que no es... no es magia, por supuesto, ya me entendéis —se apresuró a añadir.

—No son simples ilusiones, sino ilusiones reales —asintió Lully.

—No sé si alguno de vosotros habrá caído en la cuenta —siguió Peavie—, pero con esto podemos ganar un poco de dinero, ¿verdad?

—Aunque eso no tiene importancia —señaló rápidamente Silverfish.

—No. No, claro que no —murmuró Peavie. Miró de reojo a los demás.

—¿La vemos otra vez? —preguntó con timidez—. No me importa dar vueltas a la manivela. Además... bueno, sé que no he contribuido demasiado en este proyecto, pero se me ocurrió traer algo... eh... esto.

Se sacó una bolsa muy grande del bolsillo de la túnica, y la dejó caer sobre la mesa. La bolsa se abrió, y se desparramaron unas cuantas bolitas blancas, deformes, de aspecto algodonoso.

Los alquimistas se las quedaron mirando.

—¿Qué es eso? —quiso saber Lully.

—Bueno —respondió Peavie, algo incómodo—, es lo que se obtiene de meter unos cuantos granos de maíz en un crisol del número 3, por ejemplo, junto con un poco de aceite para cocinar, casi se me olvida. Lo más importante es poner un plato encima del crisol, porque cuando empiezas a calentarlo hace bang... no un bang serio de los de siempre, un bang flojito por cada grano de maíz. Cuando dejan de estallar, quitas el plato, y el maíz se ha metamorfoseado en estas... en estas cosas... —Contempló los rostros extrañados, que no acababan de comprender—. Se comen —murmuró en tono apologetico—. Si les echas mantequilla y sal, saben como a mantequilla salada.

Silverfish extendió una mano llena de zonas descoloridas por los productos químicos, y eligió con cautela una bolita deforme. La masticó con gesto pensativo.

—La verdad es que no sé por qué lo hice —siguió Peavie, rojo como la grana—. De repente se me ocurrió la idea, una inspiración, como si estuviera haciendo lo adecuado.

Silverfish siguió masticando.

—Saben como a cartón —dijo al final.

—Lo siento —se apresuró a disculparse el otro al tiempo que trataba de meter el resto del montoncito otra vez en la bolsa. Silverfish puso la mano amablemente sobre su brazo.

—Tranquilo, tranquilo —lo calmó al tiempo que elegía otra bolita—, la verdad es que tienen un algo, ¿a que sí? Parecen lo adecuado. ¿Cómo has dicho

que se llamaban?

—Aún no les he puesto nombre —respondió Peavie—. Los llamo pajaritos.

Silverfish cogió otro.

—Es extraño, no se puede parar de comer —dijo—. Es como si cada uno te incitara a coger el siguiente. ¿Pajaritos? De acuerdo. En fin, caballeros... hagamos girar la manivela una vez más.

Lully empezó a rebobinar la película otra vez en el interior de la linterna no mágica.

—Estabas diciendo que sabías de un lugar donde podríamos seguir adelante con el proyecto sin que los magos nos molestaran —le recordó.

Silverfish se apoderó de un puñado de pajaritos.

—Está junto a la costa, a cierta distancia —dijo—. Es un lugar muy agradable y soleado, y nadie va nunca por allí. En toda la zona no hay más que bosques viejos azotados por el viento, un templo y montones de dunas de arena.

—¿Un templo? Ya sabéis cómo se cabrean los dioses cuando... —empezó Peavie.

—Mira —lo interrumpió Silverfish—, toda esa zona lleva siglos desierta. Allí no hay nada ni nadie. Ni gente, ni dioses ni nada de nada. Sólo luz solar a montones y mucha tierra que nos aguarda. Es nuestra oportunidad, muchachos. No se nos permite hacer magia, somos incapaces de hacer oro, ni siquiera podemos hacer nada para ganarnos la vida... así que hagamos imágenes en acción. ¡Hagamos historia!

Los alquimistas se acomodaron en sus asientos, y a más alegres.

—Eso —asintió Lully.

—Oh. Claro —dijo Peavie.

—Allá vamos, a hacer imágenes en acción —contribuyó Sendivoge, al tiempo que cogía un puñado de pajaritos—. ¿Cuánto hace que conoces ese lugar?

—Ah, pues... —Silverfish se interrumpió. Parecía asombrado—. Pues no lo sé. No... no consigo recordarlo. Igual es que oí hablar de él en alguna ocasión, lo olvidé, y lo he vuelto a recordar. Ya sabéis cómo suceden esas cosas.

—Es verdad —corroboró Lully—. Lo mismo me pasó a mí con lo de la película. Fue como si estuviera recordando cómo se hacía. Qué jugarretas tan raras te puede llegar a hacer la mente, ¿eh?

—Sí.

—Sí.

—Es como si a una idea le hubiera llegado su hora.

—Sí.

—Sí.

—Eso debe de ser.

Un silencio ligeramente teñido de preocupación se hizo en torno a la mesa. Era el sonido de varias mentes tratando de meter el dedo mental en la llaga que

les molesta pero que aún no han localizado.

El aire pareció brillar.

—¿Cómo se llama ese lugar? —preguntó al final Lully.

—No sé qué nombre tenía en los viejos tiempos —respondió Silverfish, al tiempo que se echaba hacia atrás y se apoderaba de la bolsa de pajaritos—. Hoy en día todo el mundo lo llama Holy Wood.

—Holy Wood —asintió Lully lentamente—. Me suena... familiar.

Se hizo otro largo silencio mientras todos pensaban sobre aquello.

Sendivoge fue quien lo rompió.

—Bueno, pues ya está —dijo alegremente—. Allá vamos, Holy Wood.

—Eso —lo apoyó Silverfish, sacudiendo la cabeza como para liberarse de un pensamiento inquietante—. Pero es muy raro, de verdad. Tengo una sensación de lo más extraño. Es como si todo este tiempo... hubiéramos estado caminando hacia allí.

A muchos miles de kilómetros por debajo de Silverfish, Gran A'Tuin, la tortuga del mundo, se deslizaba perezosamente por la noche poblada de estrellas.

La realidad es una curva.

Eso no es lo malo. Lo malo es que no hay tanta realidad como debería haber. Según algunos de los textos más místicos que se encuentran en los estantes de la biblioteca de la Universidad Invisible...

... la principal institución para la enseñanza de la magia y de las cenas pantagruélicas en todo el Mundodisco, cuya colección de libros taumatúrgicos es tan extensa que distorsiona el Espacio y el Tiempo...

... como mínimo, nueve décimas partes de toda la realidad original creada se encuentran fuera del multiverso, y como el multiverso, por definición, incluye absolutamente todo lo que es algo, la cosa se pone fea.

Más allá de los límites de los universos se encuentran las realidades desbocadas, los «habría podido ser», los «quizá, quién sabe», los «nunca jamás», las ideas locas, todas ellas creadas y descreadas a un ritmo caótico, como elementos encerrados y bullendo a todo gas en supernovas en estado de fermentación.

Y, muy de cuando en cuando, allí donde las paredes de los mundos se han desgastado un poco y son más delgadas, pueden filtrarse hacia el interior.

Y la realidad se filtra hacia el exterior.

El efecto es semejante al de uno de esos géiseres de agua caliente que se pueden encontrar en las profundidades de los mares, en torno a los cuales extrañas criaturas submarinas encuentran suficiente calor y comida como para considerar la zona un pequeño oasis de existencia en un medio ambiente donde, por definición, no debería haber el menor rastro de existencia.

La idea de Holy Wood se filtró inocente, alegremente, en el Mundodisco.

Y una buena porción de realidad escapó.

Y fue localizada. Porque, fuera, hay Cosas, Cosas cuya habilidad para olfatear hasta el menor fragmento de realidad dejaban en mantillas a los tradicionales tiburones y sus regueros de sangre.

Las Cosas empezaron a reunirse.

Una tormenta recorrió las dunas de arena. Pero, al llegar a la baja colina, las nubes parecieron curvarse para esquivarla. Tan sólo unas cuantas gotas repiquetearon contra el suelo reseco, y el vendaval se transformó en una ligerísima brisa.

Esa brisa cubrió de arena los restos de una hoguera, apagada hacía ya mucho tiempo.

En la ladera de la colina, más abajo, cerca de un agujero que ya era suficientemente grande como para que cupiera un tejón, por poner un ejemplo, una piedrecita se soltó de su asidero y cayó rodando.

Pasó un mes, muy deprisa. No tenía ganas de remolonear por allí.

El tesorero llamó respetuosamente a la puerta del archicanciller, antes de abrirla.

Un dardo de ballesta clavó su sombrero a la madera.

El archicanciller bajó el arma y se quedó mirando al hombrecillo.

—Ha sido una actitud de lo más peligrosa —señaló—. Has estado a punto de provocar un accidente grave.

El tesorero no habría alcanzado la posición que ostentaba en aquel momento, o mejor dicho, la que había ostentado hasta hacía diez segundos, si no tuviera una personalidad tranquila y segura, en vez de la que tenía ahora (al borde de un ataque al corazón). Disponía también de una increíble habilidad para recuperarse después de sobresaltos inesperados.

Desclavó su sombrero de la diana dibujada con tiza sobre la antigua madera de la puerta.

—No ha pasado nada —dijo. Ninguna voz podía ser tan pausada y tranquila sin un terrible esfuerzo—. Casi no se nota el agujero. Eh... ¿por qué disparas contra la puerta, mi señor?

—¿Es que no tienes sentido común, hombre? Afuera está todo oscuro, y los muros son de piedra. ¡No querrás que dispare contra los jodidos muros!

—Eh... —siguió el tesorero—. No sé si te habrás percatado de que esta puerta tiene más de quinientos años —añadió con un sutil tono de reproche.

—Y los aparenta —replicó el archicanciller con brusquedad—. Vaya trasto más grande y renegrido. Lo que hace falta por aquí es menos piedra, menos madera y un poco más de marcha, de alegría. Unas cuantas láminas con dibujos de caza. Y algún adorno que otro.

—Me encargaré de ello personalmente —mintió el tesorero sin parpadear.

Entonces, recordó el fajo de papeles que llevaba bajo el brazo—. Entretanto, señor, si dispones de un momento, necesito...

—Bueno, bueno —replicó el archicanciller, al tiempo que se encasquetaba el sombrero puntiagudo en la cabeza—. Así se habla. Ahora tengo que ir a ver a un dragón enfermo. El diablillo hace días que no prueba su aceite de brea.

—...tu firma en uno o dos... —se apresuró a balbucear el tesorero.

—No puedo hacerlo todo a la vez —replicó el otro, despidiéndolo con un gesto—. La verdad, en este sitio hay demasiado papeleo. Además...

Se quedó mirando al tesorero, como si acabara de recordar algo importante.

—Por cierto, esta mañana vi algo raro —dijo—. Había un mono en la sala. Y parecía como en su casa.

—Ah. Sí —asintió alegremente el hombrecillo—. Debía de ser el bibliotecario.

—¿Tiene una mascota?

—No, mi señor, me has comprendido mal —insistió el tesorero en el mismo tono—. Era el bibliotecario. El archicanciller se lo quedó mirando. La sonrisa del tesorero empezó a desvanecerse.

—¿El bibliotecario es un mono?

El tesorero tardó cierto tiempo en explicarle el asunto con claridad.

—Entonces —dijo al final el archicanciller—, ¿quieres decir que ese pobre tipo se transformó en mono por un accidente mágico?

—Sí, fue un accidente en la biblioteca. Una explosión mágica, para ser más concretos. En un momento dado era un hombre, y al siguiente se había convertido en orangután. Sobre todo, señor, no lo llares mono. Es un simio.

—¿Y qué más da?

—Al parecer, a él le importa mucho. Cuando lo llaman «mono» se vuelve bastante... eh... agresivo.

—¡Espero que no se dedique a mostrar el trasero a la gente! El tesorero cerró los ojos y contuvo un escalofrío.

—No, señor. Tú te refieres a los gibones.

—Ah. —El archicanciller meditó unos segundos al respecto—. Supongo que no habrá de esos monos trabajando para la universidad.

—No, señor. Sólo el bibliotecario, señor.

—No lo puedo tolerar. Está claro que no lo puedo tolerar. No puedo tolerar que haya bichos condenadamente grandes paseando por aquí —dijo el archicanciller con firmeza—. Deshazte de él.

—¡Dioses, no! Es el mejor bibliotecario que jamás hayamos tenido. Y justifica sobradamente su sueldo.

—¿Por qué? ¿Qué cobra?

—Cacahuets —se apresuró a explicarle el tesorero—. Además, es el único que sabe a ciencia cierta cómo funciona la biblioteca.

—En ese caso, transformadlo de nuevo. No es vida para un hombre, ser un mono...

—Un simio, archicanciller. Y mucho me temo que, al parecer, él lo prefiere.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó su superior con tono de sospecha—. ¿Es que habla?

El tesoroero titubeó. El problema con el bibliotecario era siempre el mismo. Todo el mundo se había acostumbrado tanto a él que nadie recordaba los tiempos en que la biblioteca no la dirigía un simio de colmillos amarillentos con la fuerza de tres hombres. Si lo anormal se prolonga durante el suficiente tiempo, se convierte en normal. Lo que pasaba era que, a la hora de explicárselo a un tercero, sonaba un tanto raro. Carraspeó, nervioso.

—Dice « Oook », archicanciller —dijo.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa « no » .

—Entonces, ¿cómo dice « sí » ?

Eso era lo que el tesoroero se había estado temiendo desde que salió el tema.

—« Oook », archicanciller —respondió.

—¡Ha sido el mismo oook que el oook de antes!

—No, no. Qué va. Te lo aseguro. Hay una inflexión diferente... bueno, quiero decir, al final te acostumbras a... —El tesoroero terminó por encogerse de hombros—. Supongo que al final hemos acabado todos por comprender lo que dice, archicanciller.

—Bueno, al menos se mantiene en forma —dijo su superior con tono antipático—. Al contrario que el resto de vosotros. Esta mañana entré en la Sala No-Común, ¡y estaba llena de tíos roncando!

—Debían de ser los maestros superiores, señor —explicó el tesoroero—. Y te aseguro que, en mi opinión, no pueden estar más en forma.

—¿En forma? ¡El decano tiene pinta de haberse tragado una cama!

—Ah, señor... —replicó el hombrecillo con una sonrisa indulgente—. Creo que « estar en forma » implica ser apto para un objetivo, y creo que el cuerpo del decano no puede ser más apto para el objetivo de pasarse el día sentado engullendo comidas pesadas.

El tesoroero se permitió una breve sonrisa.

El archicanciller le dirigió una mirada tan anticuada que habría podido pertenecer a un fósil.

—¿Es un chiste? —preguntó con el tono de sospecha de alguien que no acabaría de comprender la expresión « sentido del humor » ni aunque te sentaras con él una hora y se lo explicaras con diagramas y dibujos.

—Me limitaba a hacer una observación, señor —respondió el tesoroero con cautela.

El archicanciller sacudió la cabeza.



—No soporto los chistes. No soporto a esos tipos que se pasan el día por ahí haciéndose los graciosos. Eso es lo que sucede cuando la gente se pasa la vida metida entre cuatro paredes. Unas cuantas carreras de treinta kilómetros y el decano será un hombre diferente.

—Estoy de acuerdo en eso —asintió el tesorero—. Será un hombre muerto.

—Estará sano.

—Sí, pero muerto.

Irritado, el archicanciller removió los papeles que tenía sobre el escritorio.

—Blandenguería, flojedad —murmuró entre dientes—. Eso es lo que sobra aquí. Todo este lugar está podrido. La gente se pasa el día durmiendo o transformándose en monos. En mis tiempos de estudiante, ni se nos habría ocurrido transformarnos en monos.

Alzó la vista, airado.

—Bueno, ¿qué querías? —espetó al tesorero.

—¿Perdón? —susurró el hombrecillo, con los nervios deshechos.

—Querías que hiciera no sé qué, ¿no? Viniste a pedirme que hiciera algo. Seguramente porque soy el único que no se pasa las mañanas durmiendo o subido a un árbol en un columpio —añadió el archicanciller.

—Eh... creo que eso lo hacen los gibones, señor.

—¿Qué? ¿Qué? ¡A ver si dices algo coherente de una vez, hombre!

El tesorero consiguió recuperar la compostura. No veía razón alguna para permitir que se le tratara de aquella manera.

—La verdad, señor, es que quería hablarte de uno de los estudiantes —dijo con frialdad.

—¿Estudiantes? —rugió el archicanciller.

—Sí, señor. Ya sabes, los delgaditos pálidos. Porque somos una universidad, no sé si lo recuerdas. Van incluidos en la definición, como las ratas...

—Pensaba que ya teníamos personal para que se encargara de ellos.

—Sí, el profesorado. Pero en algunas ocasiones... bueno, archicanciller, te agradecería que echaras un vistazo a estos resultados de exámenes...

Era medianoche... No la misma medianoche de antes, sino una medianoche muy parecida. Oíd Tom, la campana sin badajo de la torre de la Universidad, acababa de dar sus doce tañidos silenciosos.

Las nubes de lluvia exprimieron sus últimas gotas sobre la ciudad. Ankh-Morpork se extendía bajo las escasas estrellas húmedas, tan real como un ladrillo.

Ponder Stibbons, estudiante de magia, cerró el libro y se frotó la cara.

—De acuerdo —dijo—. Pregúntame lo que quieras. Adelante. Cualquier cosa.

Victor Tugelbend, estudiante de magia, cogió su sobado ejemplar del Necrotelicomnicon Comentado para Estudiantes, con Experimentos Prácticos y pasó las páginas al azar. Estaba tumbado en la cama de Ponder. Al menos, sus

omoplatos lo estaban. Su cuerpo se extendía pared arriba. Esta posición era completamente normal para que un estudiante se relajara y descansara.

—Muy bien —dijo—. Vale, muy bien. Allá vamos, ¿cuál es el nombre del monstruo extradimensional cuyo grito de guerra más característico es «Voy a portivoy a porti»?

—Yob Soddoth —respondió Ponder sin titubear.

—Exacto. ¿Cómo tortura a sus víctimas hasta la muerte el monstruo Tshup Aklathep, Sapo Estelar Infernal con Un Millón de Edades?

—Es... no me lo digas... las sujeta cabeza abajo y les enseña fotos de sus hijos hasta que los cerebros de las víctimas implosionan.

—Bien. La verdad es que nunca he podido imaginarme cómo es eso —asintió Victor al tiempo que pasaba las páginas—. Supongo que cuando dices «Sí, ha salido a ti en los ojos» por milésima vez, estás predispuesto a cualquier modalidad de suicidio.

—Sabes muchísimo, Victor —señaló Ponder con tono de admiración—. Es increíble que sigas siendo un estudiante, no me lo explico.

—Ya sabes... —replicó el joven—. Esto... mala suerte en los exámenes.

—Vengar sigue —pidió Ponder—. Hazme una pregunta más.

Victor abrió el libro de nuevo. Hubo un momento de silencio.

—¿Dónde está Holy Wood? —preguntó al final.

Ponder cerró los ojos y se tocó la frente con los nudillos.

—Espera, espera... no me lo digas... —Abrió los ojos de nuevo—. ¿Cómo que dónde está Holy Wood? —preguntó bruscamente—. No recuerdo que el libro diga nada sobre ningún lugar llamado Holy Wood.

Victor clavó la vista en la página. Desde luego, allí no aparecía aquel nombre.

—Habría jurado que oí... no sé, debía de estar pensando en las musarañas —dijo con voz cansada—. Yo creo que es de tanto repasar.

—Sí, acaba por agotarlo a uno, ¿verdad? Pero valdrá la pena con tal de llegar a ser magos.

—Sí —asintió Victor—. Me muero por ser mago.

Ponder cerró el libro.

—La lluvia ha cesado. Vamos a saltar el muro —sugirió—. Nos merecemos una copa.

Victor sacudió un dedo.

—Vale, pero que sea sólo una. Tengo que mantenerme sobrio —dijo—. Mañana son los exámenes finales, ¡necesito tener la cabeza despejada!

—¡Por supuesto! —asintió Ponder.

Evidentemente, es importantísimo estar sobrio cuando te enfrentas a un examen. Ignorar este sencillo hecho ha provocado la aparición y florecimiento de más de un profesional de la limpieza callejera, el robo de fruta en los mercados, o la guitarra en el metro.

Pero Victor tenía motivos muy especiales para mantenerse alerta.

Podía cometer un error, y aprobar.

Su difunto tío le había dejado una pequeña fortuna para que no se convirtiera en mago. No se había dado cuenta cuando redactó el testamento, pero eso era exactamente lo que había hecho el anciano. Creía estar ayudando a su sobrino a realizar sus estudios universitarios, pero Victor Tugelbend era un joven muy inteligente en el sentido más retorcido de la palabra, y había razonado de la siguiente manera:

¿Cuáles eran las ventajas y las desventajas de ser un mago? Bueno, para empezar uno conseguía cierto prestigio, pero se encontraba a menudo en situaciones peligrosas, y corría el riesgo constante de ser asesinado por un camarada mago. No le atraía ni lo más mínimo convertirse en un cadáver muy respetado.

Por otra parte...

¿Cuáles eran las ventajas y desventajas de ser un estudiante de magia? Tenías bastante tiempo libre, ciertas licencias en asuntos como beber litros de cerveza y cantar canciones picantes, nadie trataba de asesinarte (excepto en el sentido vulgar y cotidiano de Ankh-Morpork) y, gracias al legado, también podía permitirse un estilo de vida modesto, pero cómodo. Por supuesto, lo del prestigio quedaba descartado, pero al menos seguías vivo para saberlo.

De manera que Victor había dedicado una considerable cantidad de energía a estudiar, en primer lugar, las bizantinas normas que regulaban los exámenes de la Universidad Invisible, así como todas las preguntas que se habían presentado en dichos exámenes durante los cincuenta últimos años.

En los exámenes finales, la nota mínima para aprobar era un 88.

Suspender sería sencillo. Hasta un imbécil podría suspender.

Pero el tío de Victor no había sido ningún imbécil. Una de las condiciones que imponía el testamento era que, en caso de que Victor obtuviera una puntuación por debajo de 80, el suministro de dinero se cortaría en el acto.

En cierto sentido, había tenido éxito. Pocos estudiantes habían estudiado tanto como Victor. Se decía que sus conocimientos de magia rivalizaban con los de algunos de los magos superiores. Se pasaba horas y horas en una cómoda silla de la biblioteca, leyendo Grimorios. Investigaba sobre formulaciones de preguntas y técnicas de exámenes. Escuchaba las conferencias hasta que podía citarlas de memoria. Todo el personal docente lo consideraba el estudiante más inteligente, y desde luego el más trabajador, que habían tenido durante décadas. Y, en todos los exámenes finales, cuidadosa y certeramente, obtenía siempre una nota de 84. Era increíble.

El archicanciller leyó la última página.

—Ah. Ya veo —dijo al final—. Siento lástima por el pobre chico, ¿verdad?

—No creo que hayas comprendido lo que quiero decir, señor —dijo el tesorero.

—Pues me parece bastante obvio —replicó el archicanciller—. El chaval este suspende siempre por los pelos. —Señaló uno de los papeles—. En cualquier caso, aquí dice que aprobó hace tres años. Obtuvo un 91.

—Sí, archicanciller. Pero apeló.

—¿Apeló? ¿Contra su aprobado?

—Dijo que no creía que los examinadores se hubieran dado cuenta de que había cometido un error con las formas alotrópicas del octhierro en la pregunta número seis. Dijo que su conciencia no lo dejaría vivir tranquilo. Dijo que le remordería durante el resto de su vida si adelantaba de manera injusta a estudiantes mejor preparados y más dignos que él. El señor habrá advertido que en los exámenes siguientes sólo obtuvo puntuaciones de 82 y 83.

—Y eso, ¿por qué?

—Creemos que apuesta sobre seguro, señor.

El archicanciller tamborileó los dedos con impaciencia sobre el escritorio.

—No lo podemos tolerar —dijo al final—. No podemos tolerar que alguien vaya por ahí siendo un casi mago y riéndose de nosotros ante nuestras propias... nuestras propias... ¿ante nuestras propias qué se ríe la gente?

—Yo opino lo mismo —ronroneó el tesorero, sin responder.

—Hay que hacer algo de él —insistió el archicanciller con firmeza.

—Con él, señor. Hacer algo de él significaría darle una profesión, o algo por el estilo —señaló el hombrecillo.

—Sí. Bien pensado. Pues hagamos algo con él.

—El problema es, ¿qué hacemos? Hasta ahora, es él quien hace algo con nosotros. Concretamente, burlarse —señaló el tesorero.

—En ese caso, habrá que restablecer el equilibrio de las cosas. O con las cosas —dijo el archicanciller. El tesorero puso los ojos en blanco.

—Así que quieres que lo ponga de patitas en la calle, ¿eh? —siguió su superior—. Pues nada, que venga a verme mañana por la mañana y...

—No, archicanciller. No podemos hacer las cosas así como así.

—¿Cómo que no podemos? ¡Creí que los que mandábamos éramos nosotros!

—Sí, pero todas las precauciones son pocas cuando anda de por medio el señor Tugelbend. Es un auténtico experto en legislaciones internas de la universidad. Así que se me ocurrió que, mañana, podríamos presentarle este examen final.

El archicanciller cogió el documento que le tendían. Movié los labios en silencio al leerlo.

—¿Sólo una pregunta?

—Sí. No tendrá más remedio que aprobar o suspender. Me gustaría ver cómo

se las arregla para sacar un 84 con esto.

En cierto sentido que sus tutores no podían acabar de definir, por mucho que les molestara, Victor Tugelbend era también la persona más perezosa en toda la historia de la humanidad.

La suya no era una pereza vulgar y corriente. La pereza vulgar y corriente no es más que la ausencia total de esfuerzo. Victor estaba por encima de eso desde hacía ya mucho tiempo, había superado la ociosidad normal y había salido por el otro extremo. Dedicaba más esfuerzos a evitar trabajar que los que la mayoría de la gente dedicaba a la profesión más dura.

Él nunca había deseado ser mago. Él nunca había deseado gran cosa, a excepción quizás de que lo dejaran en paz y que no lo despertaran hasta el mediodía. Cuando era pequeño y la gente le preguntaba cosas como «¿Qué quieres ser de mayor, jovencito?» , su respuesta más habitual era, « No sé, ¿qué hay disponible?» .

Pero la civilización no te deja salirte con la tuya en ese sentido durante demasiado tiempo. No le basta con que seas quien eres, además tienes que estar trabajando para ser alguien más.

Victor lo había intentado. Durante bastante tiempo, había intentado desear ser herrero, porque le parecía una profesión interesante y romántica. Pero también implicaba trabajo duro e intratables pedazos de metal. Luego había intentado desear ser asesino, porque le parecía una profesión osada y romántica. Pero también implicaba trabajo duro y, bien mirada la cuestión, había que asesinar a alguien de cuando en cuando. Después intentó desear ser actor, porque le parecía una profesión dramática y romántica, pero implicaba leotardos polvorientos, alojamientos incómodos y, para su sorpresa, trabajo duro.

Llegó al punto de permitir que lo enviaran a la Universidad, porque era más sencillo que no ir.

Tenía tendencia a sonreír a menudo, con una sonrisa ligeramente desconcertada. Esto provocaba en los demás la impresión de que era un poquito más inteligente que ellos. La verdad era que, por lo general, estaba intentando comprender qué acababan de decirle.

Y también tenía un bigotito fino, que con determinada luz le daba un aspecto agraciado, y con otra le daba aspecto de acabar de beberse un batido de chocolate muy espeso.

Era un rasgo de su fisonomía del que se sentía bastante orgulloso. Cuando uno se convertía en mago, se esperaba de él que dejara de afeitarse y luciera una barba semejante a un arbusto descuidado. Los magos más viejos parecían capaces de extraer alimentos del aire filtrándolos a través de sus bigotes, como las ballenas.

Por tanto, se sintió un tanto sobrio y un poco sorprendido al encontrarse en la Plaza de las Lunas Rotas. Se había dirigido hacia el estrecho callejón situado tras la Universidad, concretamente hacia el trozo de muro con los convenientes ladrillos extraíbles por donde, durante cientos y cientos de años, los estudiantes de magia se las habían arreglado para esquivar, o mejor dicho, para saltarse, las restricciones de la Universidad Invisible.

La Plaza no caía en su camino.

Se dio la vuelta para regresar sobre sus pasos y, en aquel momento, se detuvo. Estaba sucediendo algo de lo más inusual.

Por lo general, allí había siempre un narrador de historias, o unos cuantos músicos, o un vendedor a la caza de clientes potencialmente interesados en adquirir puntos interesantes de Ankh-Morpork, tales como la Torre del Arte o el Puente de Latón.

Ahora no había más que unas cuantas personas levantando una gran pantalla, semejante a una sábana sostenida por dos pértigas.

Se dirigió hacia ellas.

—¿Qué hacéis?—preguntó en tono amistoso.

—Va a haber una sesión.

—Ah, actores —asintió Víctor, sin demasiado interés. Volvió a adentrarse en la húmeda oscuridad, pero se detuvo al oír una voz que surgía de entre la penumbra entre dos edificios.

—Socorro —exclamó la voz, bastante bajito.

—Haz el favor de dárnoslo —replicó otra voz. Víctor se acercó un poco más, y escudriñó las sombras impenetrables.

—¿Hola?—dijo—. ¿Va todo bien?

Hubo una pausa.

—Tú no sabes lo que te conviene, ¿eh, chico?—dijo al final alguien en voz baja.

Tiene un cuchillo, pensó Víctor. Se acerca a mí con un cuchillo. Eso significa que me va a apuñalar, o que voy a tener que salir corriendo, cosa que es un auténtico desperdicio de energía.

La gente que no se concentra bien en los hechos habría podido pensar que Víctor Tugelbend sería gordo y blandengue. La verdad era que se trataba sin duda alguna del estudiante más atlético de toda la Universidad. Arrastrar kilos de más era un esfuerzo excesivo para él, así que se cuidaba mucho de no engordar, y se mantenía en una forma física aceptable, porque hacer las cosas con unos músculos decentes representaba mucho menos esfuerzo que intentar hacer las cosas con bolsas de grasa.

Así que alzó una mano y asestó una bofetada de revés. El golpe no se limitó a acertar: lanzó por los aires a su agresor.

Luego clavó la vista en la víctima en potencia, que seguía acurrucada contra

la pared.

—Espero que no estés herido —dijo.

—¡No te muevas!

—No iba a moverme —aseguró Victor.

La figura salió de entre las sombras. Llevaba un paquete bajo el brazo, y mantenía las manos ante la cara en un gesto muy extraño, con los índices y pulgares extendidos en ángulos rectos y luego encajados, de manera que los ojillos de comadreja del hombre parecían mirarlo a través de un marco rectangular.

Probablemente se trata de un gesto contra el Mal de Ojo, pensó Victor. Debe de ser un mago, por los símbolos que lleva en el traje.

—¡Increíble! —exclamó el hombre, sin dejar de mirarlo entre los dedos—. Oye, haz el favor de girar la cabeza, muy despacio. ¡Excelente! La nariz es una lástima, pero supongo que se podrá arreglar.

Dio unos pasos hacia adelante y trató de rodear los hombros de Victor con un brazo.

—Ha sido una suerte para ti que me hayas encontrado —le dijo.

—¿De verdad? —se sorprendió Victor, que hasta aquel momento habría jurado que la cosa era al revés.

—Eres justo el tipo que estoy buscando —insistió el hombre.

—Lo siento —respondió el joven—. Me pareció que iban a robarle.

—El ladrón buscaba esto —dijo el otro, dando unas palmaditas al paquete que llevaba bajo el brazo. Resonó como un gong—. Pero no le habría servido de nada.

—¿No tiene valor?

—Tiene un valor incalculable.

—Entonces, todo aclarado —dijo Victor.

El hombre dejó de intentar estrechar los hombros de Victor, que eran bastante anchos, y se conformó con poner la mano sobre tan sólo uno.

—Pero mucha gente habría sufrido una gran decepción —siguió—. Oye, escucha. Tienes buena planta. Un perfil adecuado. Atiende, chico, ¿te gustaría entrar en las imágenes en acción?

—Eh... —titubeó Victor—. No. No creo.

El hombre se lo quedó mirando.

—Has oído bien lo que te he dicho, ¿no? —insistió—. Imágenes en acción.

—Sí.

—¡Pero si todo el mundo quiere entrar en las imágenes en acción!

—No, muchas gracias —replicó Victor con educación—. Estoy seguro de que es un trabajo muy digno, pero accionar imágenes no me parece muy interesante.

—¡Te estoy hablando de las imágenes en acción!

—Sí —asintió el muchacho amablemente—. Ya le he oído.

El hombre sacudió la cabeza.

—Bueno —dijo—, me has dado la sorpresa del día. Es la primera vez en semanas que me encuentro con alguien que no está desesperado por entrar en las imágenes en acción. Creía que todo el mundo quería entrar en las imágenes en acción. Y en cuanto te vi, pensé: ahora querrá un empleo en las imágenes en acción a cambio de lo que ha hecho.

—De todos modos, se lo agradezco —respondió Victor—. Pero no creo que lo acepte.

—Bueno, el caso es que te debo algo.

El hombrecillo rebuscó en sus bolsillos y sacó una tarjeta. Victor la cogió. Decía así:

---

THOMAS SILVERFISH  
Cinematografía Interesante e Instructiva  
Una y Dos Bobinas  
Material casi no explosivo  
Holy Wood, n.º 1

---

—Es por si alguna vez cambias de opinión —dijo—. En Holy Wood, todo el mundo me conoce.

Victor examinó la tarjeta.

—Gracias —dijo vagamente—. Esto... ¿es usted mago, por casualidad?  
Silverfish clavó la vista en él.

—¿Qué te hace pensar semejante cosa? —le espetó.

—Pues lleva un vestido con símbolos mágicos...

—¿Símbolos mágicos? ¡Obsérvalos más de cerca, chico! ¡Desde luego, éstos no son los símbolos crédulos de un sistema de creencias ridículas y pasadas de moda! Son los emblemas de un arte racional, cuyo luminoso nuevo amanecer no ha hecho más que... eh... ¡más que amanecer! ¡Símbolos mágicos! —bufó con el tono más despectivo que pudo encontrar—. Y es una túnica, no un vestido —añadió.

Victor examinó la colección de estrellas, lunas crecientes y objetos variados. Los emblemas de un arte racional cuyo luminoso nuevo amanecer no había hecho más que amanecer le parecían iguales que los símbolos crédulos de un sistema de creencias ridículas y pasadas de moda, pero probablemente no fuera el momento adecuado para mencionárselo a Silverfish.

—Lo siento —dijo de nuevo—. Es que no lo había visto bien.

—Soy alquimista —explicó el hombre, tranquilizado sólo en parte.

—Ah, convertir el plomo en oro y todas esas cosas —asintió Victor.



—Nada de plomo, chico. Luz. Con el plomo nunca funcionó. Luz en oro...

—¿De verdad? —dijo Victor con educación mientras Silverfish empezaba a desplegar un trípode en el centro de la plaza.

Se estaba reuniendo una pequeña multitud. En Ankh-Morpork, las pequeñas multitudes se reunían muy fácilmente. Como ciudad, disponía de algunos de los mejores espectadores del universo. Prestaban atención a cualquier cosa, sobre todo si existía la posibilidad de que alguien resultara herido de alguna manera divertida.

—¿Por qué no te quedas a ver la sesión? —sugirió Silverfish, ya alejándose.

Así que alquimista. Bueno, todo el mundo sabía que los alquimistas estaban algo locos, pensó Victor. Era una cosa perfectamente normal.

¿Quién podría querer malgastar su tiempo accionando imágenes? La mayor parte de ellas parecían estar muy bien quietecitas.

—¡Salchichas en panecillo! ¡Compradlas ahora que están calientes! —aulló una voz junto a su oreja. Se dio la vuelta.

—Ah, hola, Esgurridizo —dijo.

—Buenas noches, chico. ¿Quieres una deliciosa salchicha?

Victor contempló los brillantes cilindros dispuestos sobre la bandeja que colgaba del cuello de Esgurridizo. Tenían un olor apetitoso. Como de costumbre. Luego te las llevabas a la boca y descubrías una vez más que Y-Voy-A-La-Ruina Esgurridizo era capaz de encontrar una utilidad a partes de los animales que ni los animales sabían que tenían. Esgurridizo había llegado a la conclusión de que, si añadías suficientes cebollas fritas y mostaza, la gente se comía cualquier cosa.

—Hay descuento especial para estudiantes —susurró Esgurridizo con tono confidencial—. Quince peniques, y voy a la ruina.

Volteó estratégicamente la tapa de la sartén, dejando escapar una nube de vapor.

El aroma picante de las cebollas fritas cumplió con su perverso cometido.

—Bueno, sólo una —asintió Victor, sabiéndose derrotado. Esgurridizo sacó una salchicha de la sartén y la metió en un panecillo con la habilidad de una rana atrapando a una mosca.

—No lo lamentarás en tu vida —dijo alegremente.

Victor mordisqueó un aro de cebolla. Hasta ahí, estaba a salvo.

—¿Qué está pasando? —preguntó, señalando con un pulgar la pantalla sacudida por el viento.

—No sé qué clase de espectáculo —replicó Esgurridizo—. ¡Salchichas calientes! ¡Están de miedo!

Volvió a bajar la voz hasta su habitual tono de confidencia.

—Tengo entendido que está siendo todo un éxito en otras ciudades —añadió—. Son una especie de imágenes en acción. Han intentado perfeccionar la técnica al máximo antes de venir a Ankh-Morpork.

Observaron a Silverfish y a un par de sus colaboradores mientras trasteaban técnicamente con la caja que habían montado sobre el trípode. De pronto, en el orificio circular que tenía en la parte delantera, apareció una luz blanca que iluminó la pantalla. La multitud aplaudió sin demasiadas ganas.

—Oh —dijo Victor—. Ya entiendo. ¿Y eso es todo? No es más que el viejo espectáculo de las sombras. Nada más. Mi tío solía hacerlo para divertirme. ¿Sabes a qué me refiero? Tienes que mover las manos delante de la luz y las sombras toman la forma de un objeto, o un animal...

—Ah, sí —asintió Ecurridizo, no del todo seguro—. Como «Elefante grande», o «Águila calva». Mi abuelo también hacía esas cosas.

—La que más hacía mi tío era «Conejo deforme» —siguió Victor—. La verdad es que no se le daba demasiado bien. Nos ponía en situaciones bastante difíciles. Todos nos sentábamos a su alrededor, adivinando a la desesperada cosas como «Puercoespín sorprendido», o «Mofeta rabiosa», y al final él se iba a la cama de morros porque no habíamos comprendido que estaba haciendo «Lord Henry Skippis y sus hombres derrotando a los trolls en la batalla de Pseudópolis». No veo qué tienen de especial unas sombras en la pantalla.

—Por lo que he oído, no se trata de eso —replicó Ecurridizo—. Antes vendí a uno de esos hombres una Super Salchicha Especial, y me dijo que todo era cuestión de pasar las imágenes muy deprisa. Pegan muchas una detrás de otra y las muestran a toda velocidad. A una velocidad de mil diablos, dijo concretamente.

—No será tan deprisa —replicó Victor—. Si las muestran a tanta velocidad, no se verán.

—Dijo que ahí está el secreto, en no ver cómo pasan —insistió Ecurridizo—. Hay que verlas todas a la vez, o algo por el estilo.

—Entonces no serán más que un borrón —protestó Victor—. ¿No le preguntaste sobre eso?

—La verdad es que no —replicó el vendedor—. El tipo tuvo que marcharse corriendo. Dijo que se sentía un poco extraño.

Victor observó pensativo los restos de su salchicha en panecillo y, mientras lo hacía, fue consciente de que él también estaba siendo observado.

Bajó la vista. Había un perro sentado a sus pies.

Era pequeño, de patas torcidas y pelaje áspero, básicamente gris, pero con zonas marrones, blancas y negras. Y le estaba mirando, sin duda.

Era, desde luego, la mirada más penetrante que Victor había visto en su vida. No resultaba amenazadora, ni lisonjera. Era, sencillamente, muy lenta y muy concienzuda, como si el perro estuviera memorizando todos los detalles para poder dar más tarde una descripción completa a las autoridades competentes.

Cuando estuvo seguro de que contaba con toda la atención de Victor, transfirió su mirada a la salchicha.

Victor sintió remordimientos de conciencia por ser tan cruel con un pobre animal inocente, pero, de todos modos, dejó caer la salchicha para que la cogiera. El perro la atrapó y la devoró con sorprendente economía de movimientos.

Estaba llegando más gente a la plaza. Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo se había alejado y estaba haciendo un buen negocio con los noctámbulos que se encontraban lo suficientemente borrachos como para que el optimismo triunfara sobre la experiencia. Todo aquel que compra cualquier tipo de comida callejera a la una de la madrugada tras una noche de juerga se encontrará asquerosamente mal al día siguiente coma lo que coma, así que tanto le da tener algo a lo que echarle la culpa.

Poco a poco, Victor se vio envuelto en una gran multitud. No había tan sólo seres humanos. A pocos metros de distancia, reconoció la figura de Detritus, un viejo troll al que conocían todos los estudiantes, porque solían contratarlo en los locales donde hubiera que expulsar a la gente de malos modos. El troll advirtió su presencia y trató de guiñarle un ojo. Eso hizo que cerrara ambos, porque a Detritus no se le daban bien las cosas complicadas. La creencia general era que, si se pudiera enseñar a Detritus a leer y escribir lo suficiente como para que se sentara en una silla a hacer un test de inteligencia, los resultados demostrarían que era poco menos inteligente que la silla.

Silverfish se puso un megáfono ante la boca.

—Damas y caballeros —dijo—. Esta noche, vais a tener el privilegio de presenciar un punto culminante en la historia del Siglo de... —Bajó el megáfono y Victor oyó su susurro apremiante mientras preguntaba a uno de sus ayudantes en qué siglo estaban. Luego siguió dirigiéndose a la multitud en el mismo tono optimista—. ¡... en el Siglo del Murciélago Frugívoro! ¡Nada más y nada menos que el nacimiento de las Imágenes en Acción! ¡Las imágenes que se mueven sin necesidad de magia!

Se detuvo y aguardó el aplauso. El aplauso no llegó. La multitud no hacía más que mirarlo. Para conseguir que la gente aplauda en Ankh-Morpork, no basta con poner signos de exclamación a las frases.

Silverfish siguió hablando, algo desalentado.

—¡Dicen que ver es creer! ¡Pero, damas y caballeros, no vais a creer lo que veréis con vuestros propios ojos! ¡Lo que estáis a punto de presenciar es el triunfo de las ciencias naturales! ¡La maravilla culminante de una era! ¡Un descubrimiento cuya magnificencia hará temblar al mundo, qué digo, al universo!

—Seguro que será mejor que esa maldita salchicha —dijo una voz pausada junto a la rodilla de Victor.

—¡El hombre domina los mecanismos naturales para crear ilusión! ¡Ilusión, damas y caballeros, sin recurrir en ningún momento a la magia!

Victor bajó la vista muy despacio. A la altura de sus rodillas no estaba más que el perrito, muy ocupado en rascarse. El animal alzó la vista.

—¿Guau?—dijo.

—¡Un inmenso potencial para la enseñanza! ¡El arte! ¡La historia! ¡Gracias, damas y caballeros! ¡Aún no habéis visto nada!

Hubo otra pausa esperanzada, en busca del aplauso.

—Eso es verdad, aún no hemos visto nada —dijo alguien desde la primera fila.

—Sí —corroboró la mujer sentada junto a él—. ¿Cuándo vas a dejar de charlar? Queremos que empiece ya el espectáculo de sombras.

—¡Exacto! —asintió una segunda mujer—. Haced el « Conejo deforme ». A mis hijos les encanta.

Victor apartó la vista unos momentos para disipar las sospechas del perro, y luego volvió a mirarlo fijamente.

El animal contemplaba amistosamente a la multitud y, al parecer, no le prestaba atención.

El joven se exploró con un dedo las profundidades de la oreja. Debía de haber sido un truco del eco, o algo por el estilo. No era porque el perro hubiera dicho « ¡Guau! », aunque eso ya de por sí era más que extraño. La mayor parte de los perros del universo no dicen « ¡guau! » en toda su vida. Tienen ladridos mucho más complicados, como « ¡Grrroof! », « ¡Ugggrr! » y esas cosas. No, el perro no había ladrado en absoluto. El perro había dicho « guau » .

Victor sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en Silverfish, que en aquel momento se bajaba del estrado de la pantalla y hacía un gesto a uno de sus ayudantes para que empezara a dar vueltas a la manivela que había a un lado de la caja. Se oyó un chirrido que, poco a poco, se fue transformando en un cliqueteo regular. Unas vagas sombras recorrieron la pantalla, y entonces...

Una de las últimas cosas que Victor recordó fue una voz junto a su rodilla que decía:

—Podría haber sido peor, amigo. Podría haber dicho « miao » .

Holy Wood sueña...

Y ahora, habían pasado ocho horas desde el anterior ahora.

Un Ponder Stibbons con una resaca espantosa miraba con sentimiento de culpabilidad el pupitre vacío que tenía a su lado. No era propio de Victor eso de no presentarse a un examen. Su compañero siempre decía que disfrutaba con el desafío.

—Preparaos para dar la vuelta a los papeles con las preguntas —anunció el

vigilante desde el otro extremo de la sala.

Los sesenta pechos de los sesenta posibles futuros magos se tensaron con una angustia oscura, insoportable. Ponder, nervioso, daba vueltas entre los dedos a su pluma de la suerte.

El mago del estrado dio la vuelta al reloj de arena.

—Ya podéis comenzar —dijo.

Algunos de los estudiantes más presuntuosos dieron la vuelta a sus respectivos papeles con un chasquido de los dedos. Ponder los detestó al instante.

Tendió la mano hacia su tintero de la suerte, los nervios le hicieron fallar por completo, y lo volcó con la manga de la túnica. Una pequeña marea negra inundó el papel que contenía sus preguntas.

Le tocó a él el turno de verse inundado con la misma eficacia por el pánico y la vergüenza. Frotó la tinta como pudo con el borde de su túnica, con lo que consiguió esparcirla con más homogeneidad por toda la superficie del pupitre. La marea negra se había llevado a su rana disecada de la suerte.

Rojo de vergüenza, chorreando tinta negra, alzó la vista con gesto suplicante hacia el mago que presidía el examen, y luego clavó los ojos implorantes en el pupitre vacío que tenía al lado.

El mago asintió. Ponder, agradecido, cruzó el pasillo entre los escritorios, aguardó hasta que su corazón dejó de latir aceleradamente, y entonces, lenta, cautelosamente, volvió la hoja de papel.

Diez segundos más tarde, contra toda lógica, la volvió de nuevo, sólo por si se había cometido un error y las preguntas estaban escritas por el otro lado, aunque antes no las hubiera visto.

En torno a él reinaba el intenso silencio de cincuenta y nueve mentes cuyos engranajes chirriaban con el esfuerzo constante.

Ponder volvió de nuevo la hoja.

Quizá se tratara de una equivocación. No... no, allí estaba el sello de la Universidad, con la firma del archicanciller y el resto de los requisitos. Así que podía tratarse de alguna clase especial de examen. Quizá, en aquel mismo momento, los examinadores lo estaban observando para ver qué hacía...

Miró a su alrededor con toda la discreción de que fue capaz. El resto de los estudiantes parecían estar trabajando duro. Entonces, a lo mejor sí que se trataba de un error. Sí. Cuanto más lo pensaba, más lógico le parecía. Seguramente el archicanciller había firmado los papeles y luego, cuando los secretarios los fueron copiando, uno de ellos no tuvo tiempo más que de escribir la vital primera pregunta antes de que lo llamaran para algo, y nadie se dio cuenta, y pusieron esa hoja en el pupitre de Víctor. Pero ahora Víctor no estaba, y Ponder se había sentado ante aquella hoja de examen. En un repentino ataque de religiosidad, decidió que eso significaba que los dioses habían querido desde el principio que fuera para él. Al fin y al cabo, no era culpa suya si el resultado de una

equivocación era que le plantearan un examen como aquél. Seguramente, dejar pasar aquella oportunidad sería un sacrilegio, o algo semejante.

Los magos tendrían que aceptar el resultado del examen. De eso, Ponder estaba seguro. No en vano había compartido la habitación con la mayor autoridad mundial en normativas sobre exámenes.

Volvió a leer la pregunta: « ¿Cuál es tu nombre? » .

La respondió.

Tras un rato, la subrayó, varias veces, con su rotulador fosforescente de la suerte.

Tras otro rato, para demostrar su buena voluntad y espíritu de cooperación, escribió encima: « La respuesta a la Pregunta Número Uno es: » .

Diez minutos más tarde, se aventuró a añadir « Ése es mi nombre » en la línea inferior, y subrayó la frase con un trazo grueso.

Pensó que el pobre Victor iba a lamentar amargamente haberse perdido aquella oportunidad.

¿Dónde estaría?

Aún no había ningún camino que llevara a Holy Wood. Si alguien quisiera llegar allí tendría que tomar la carretera principal que iba hacia Quirm y, en un punto sin señalizar del árido paisaje de arbustos, desviarse en dirección a las dunas de arena. Los matorrales de espliego y romero bordeaban el sendero. No se oía más sonido que el zumbir de las abejas y el canto lejano de las alondras, cosas que sólo hacían que el silencio fuera aún más evidente.

Victor Tugelbend dejó la carretera principal en el punto por donde el borde de arbustos ya estaba roto y aplastado por el paso de muchos carros y, a la vista de las huellas, por un creciente número de pies.

Aún le quedaban muchos kilómetros por delante. Siguió caminando.

En lo más profundo de su mente, una vocecilla no paraba de decirle cosas como « ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy haciendo esto? » , mientras que otra parte de su ser sabía que nadie le estaba obligando a hacerlo. Al igual que las víctimas del hipnotizador saben que en realidad no están hipnotizadas y pueden dejar de hacer lo que hacen en cualquier momento, pero el caso es que no les apetece aún, Victor permitía que otra voluntad le guiara los pies.

No sabía a ciencia cierta por qué. Sólo sabía que había algo de lo que tenía que formar parte. Algo que quizá no volvería a suceder.

A cierta distancia por detrás de él, pero ganando terreno bastante deprisa, estaba Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo, tratando de cabalgar. No era jinete por naturaleza, y de cuando en cuando se caía. Ése era uno de los motivos por los que no había alcanzado todavía a Victor. El otro era que, antes de marcharse de la ciudad, se había detenido para vender a precio de ganga su negocio de salchichas

en panecillo a un enano que no daba crédito a su suerte (cuando el enano probó una de las salchichas que iba a vender, siguió sin dar crédito a su suerte).

Algo estaba llamando a Escurridizo, y ese algo tenía una voz dorada.

A bastante trecho por detrás de Ruina, arrastrando los nudillos por la arena, avanzaba Detritus el troll. Es difícil imaginar en qué iba pensando, de la misma manera que es difícil imaginar en qué piensa una paloma mensajera. Lo único que sabía el troll era que no estaba en el lugar donde tenía que estar.

Y por último, aún más atrás por el mismo camino, viajaba un carromato tirado por ocho caballos, con un cargamento de leña destinado a Holy Wood. Su conductor no pensaba en nada en concreto, aunque estaba algo sorprendido por el incidente que había tenido lugar justo cuando salía de Ankh-Morpork, en la oscuridad precedente al amanecer. Desde la penumbra, una voz junto al camino había gritado « ¡Alto en nombre de la guardia de la ciudad! », y él se había detenido. Al ver que no sucedía nada, miró a su alrededor, y por mucho que escudriñó las tinieblas no vio a nadie.

El carromato pasó de largo, descubriendo a los ojos del espectador imaginativo la pequeña figura de Gaspode, el Perro Maravilla, que trataba de acomodarse entre los montones de leña. Él también iba a Holy Wood.

Y él tampoco sabía por qué.

Pero estaba decidido a averiguarlo.

En los últimos años del Siglo del Murciélago Frugívoro, nadie habría podido imaginar que los asuntos del Mundodisco eran vigilados con tenacidad e impaciencia por inteligencias más grandes que las de los hombres, o al menos mucho más antipáticas; que sus asuntos estaban sometidos a un escrutinio y estudio tan exhaustivos como el que dedicaría alguien con hambre de tres días al menú de Todo-Lo-Que-Puedas-Tragar-Por-Un-Dólar que aparecía en el exterior de Harga, La Casa de Costillas...

Bueno, a decir verdad... la mayoría de los magos lo habrían creído si alguien se hubiera tomado la molestia de decírselo.

Desde luego, el bibliotecario lo habría creído.

Y la señora Marietta Cosmopilita, residente en la Calle Quirm, número 3, Ankh-Morpork, también lo habría creído a pies juntillas. Pero lo cierto es que la buena mujer creía que el mundo era redondo, que una ristra de ajos en el cajón donde guardaba la ropa interior mantendría alejados a los vampiros, que a la gente le sentaba bien reírse de vez en cuando, que todo el mundo era bueno aunque fuera sólo en parte, y que tres enanitos horribles la espiaban todas las noches cuando se desnudaba<sup>[4]</sup>.

¡Holy Wood...! ... no era gran cosa, por el momento. Una simple colina junto al mar, y, al otro lado de la colina, muchas dunas de arena. Tenía esa belleza especial que sólo es belleza si puedes marcharte tras admirar brevemente su belleza, para volver a un lugar donde haya bañeras con agua caliente y bebidas con cubitos de hielo. En realidad, permanecer allí durante cierto tiempo podía llegar a ser una auténtica penitencia.

De todos modos, ahora se alzaba una ciudad... mas o menos. Se construían cobertizos de madera en cualquier lugar donde alguien dejara caer un cargamento de madera, y eran edificaciones rudimentarias, como si sus constructores las culparan del tiempo que les robaban para hacer cosas mucho más interesantes. En realidad, más que cobertizos eran simples cajones de madera.

A excepción de la parte delantera.

Muchos años más tarde, Victor diría que, si uno quería comprender a Holy Wood, tenía que empezar por comprender sus edificios.

Veías un cajón de madera en medio de la arena. Tendría un rudimentario tejado triangular, pero eso carecía de importancia, porque en Holy Wood no llovía nunca. Las ranuras de las paredes estarían tapadas con trapos viejos. Las ventanas serían simples agujeros, ya que el cristal era demasiado frágil como para transportarlo en carromato desde Ankh-Morpork. Y, vista desde detrás, la parte delantera no sería más que un enorme tablero de madera sostenido por un entramado de vigas y puntales.

Pero, por delante, la parte frontal sería una maravilla arquitectónica, barroca, pintada, llena de adornos. En Ankh-Morpork, la gente sensata prefería que sus casas fueran sencillas para no llamar demasiado la atención, y reservaban los adornos para el interior. Pero Holy Wood lucía sus casas del revés.

Victor caminó por lo que supuestamente era la calle principal, como si se moviera en una alucinación. Se había despertado muy temprano, a la intemperie, entre las dunas arenosas. ¿Por qué? Había decidido ir a Holy Wood, sí, pero, ¿por qué? No conseguía recordarlo. Lo único que recordaba era que, en su momento, aquello le había parecido lo más sensato del mundo. En su momento, había tenido cientos de buenas razones.

Ojalá consiguiera recordar aunque fuera tan sólo una.

Aunque claro, no le quedaba mucho sitio en la mente para revisar recuerdos. Estaba demasiado ocupado siendo consciente de que tenía mucha hambre, y una sed terrible. Registrando todos sus bolsillos, había conseguido un total de siete peniques. Con eso no podría pagar ni un plato de sopa, mucho menos una buena comida.

Necesitaba desesperadamente una buena comida. Sin lugar a dudas, las cosas



le parecerían mucho más claras después de una buena comida.

Se abrió paso entre la multitud. La mayoría de la gente parecía trabajar en asuntos de carpintería, pero también había otros que tiraban de carretas o transportaban misteriosos embalajes. Todo el mundo se movía muy deprisa, con resolución, con un objetivo claro y concreto.

Todos menos él.

Subió por la improvisada calle sin dejar de mirar las casas, sintiéndose como un saltamontes perdido en la superficie de un hormiguero y tratando de no llamar la atención. Y no parecía haber...

—¡Eh, tú, mira por dónde andas!

Rebotó contra una pared. Cuando consiguió recuperar el equilibrio, la persona contra la que había chocado ya se estaba perdiendo entre la multitud. La miró unos instantes, y luego corrió desesperadamente hacia ella.

—¡Eh! —gritó—. ¡Lo siento! ¡Oiga! ¡Señorita!

La joven se detuvo y aguardó con impaciencia a que la alcanzara.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Medía casi treinta centímetros menos que él, y su silueta era una cuestión dudosa, ya que la mayor parte de ella estaba envuelta en un ridículo vestido escarolado, aunque el traje no resultaba tan desquiciado como la enorme peluca rubia llena de rizos. Y tenía el rostro blanco por la espesa capa de maquillaje que le cubría todo excepto los ojos, bordeados por una gruesa línea negra. El efecto general era el de la pantalla de una lámpara que hubiera dormido fatal en los últimos días.

—¿Qué quieres? —repitió—. ¡Date prisa! ¡El rodaje volverá a empezar en cinco minutos!

—Eh...

La chica se destensó un poco.

—No, no me digas nada —siguió—. Acabas de llegar. Todo esto es nuevo para ti. No sabes qué hacer. Estás muerto de hambre. No tienes nada de dinero. ¿He acertado?

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido?

—Todo el mundo empieza así. Y ahora quieres que te ayude a entrar en las pelis, ¿a que sí?

—¿Las pelis?

La chica puso los ojos en blanco, con lo que destacaron aún más en los círculos negros.

—¡Las imágenes en acción!

—Oh...

Eso es lo que quiero, pensó Victor. No lo sabía, pero eso es lo que quiero. Sí. Para eso he venido. ¿Cómo es que no se me ocurrió antes?

—Sí —dijo en voz alta—. Sí, eso es lo que quiero hacer. Quiero... eh... entrar.

Eso, quiero entrar. ¿Cómo hace uno para entrar?

—Uno espera, y espera, y espera. Hasta que se fijan en uno. —La chica lo miró de arriba abajo sin disimular su desprecio—. ¿Por qué no te dedicas a la carpintería? En Holy Wood siempre hacen falta buenos artesanos.

Y, con esto, se dio media vuelta y se alejó, perdiéndose entre la multitud de gente ajetreada.

—Eh... ¡gracias! —gritó Victor desde lejos—. ¡Gracias! —Alzó aún más la voz y añadió—. ¡Espero que se te cure pronto lo de los ojos!

Lo de esperar y esperar y esperar tenía sus atractivos, pero para la espera hacía falta dinero.

Sus dedos se cerraron en torno a un pequeño rectángulo inesperado. Lo extrajo de su bolsillo y lo examinó detenidamente. Era la tarjeta de Silverfish.

Holy Wood, n.º 1, resultó ser la dirección de un par de cobertizos defendidos por una alta valla hecha de tablones de madera. Ante la puerta de la valla se extendía una larga cola. Los que la componían eran trolls, enanos y humanos. Todos tenían aspecto de llevar allí cierto tiempo; de hecho, algunos de ellos habían desarrollado un estilo tan desalentado de mecerse sin dejar de estar erguidos que bien podrían ser los descendientes especialmente evolucionados y adaptados al medió ambiente de los originales seres prehistóricos que formaron la primera cola.

En la puerta de la verja había un hombretón alto y corpulento, que contemplaba a los que aguardaban con la mirada de superioridad de todos aquellos que han ostentado un fragmento de poder en cualquier lugar o tiempo.

—Disculpa... —empezó Victor.

—El señor Silverfish no va a contratar a nadie más esta mañana —dijo el hombre sin tomarse la molestia de volverse hacia él—. Así que lárgate.

—Pero él me dio su tarjeta, me dijo que si alguna vez pasaba por...

—¡He dicho que te largues, amigo!

—Sí, pero...

La puerta de la verja se abrió un poquito. Un rostro menudo se asomó.

—Necesitamos a un troll y a un par de humanos —dijo—. Por un día, la tarifa acostumbra.

El hombretón se irguió y se puso ante la boca las manos llenas de cicatrices, para formar bocina.

—¡Eh, gentuza! —gritó—. ¡Ya habéis oído!

Paseó la vista por la hilera de gente, con la mirada entrenada de un criador de ganado.

—Tú, tú y tú —dijo, señalando.

—Perdona —intentó colaborar Victor—, pero creo que en realidad aquel

hombre de allí iba el primero en la...

Lo apartaron de un empujón. Los tres afortunados se apresuraron a entrar. Le pareció ver el brillo de unas monedas al cambiar de manos. Luego, el portero volvió hacia él un rostro airado y enrojecido.

—Tú —le espetó—, vete al final de la cola. ¡Y no te muevas de allí!

Víctor se lo quedó mirando. Luego, miró la verja. Miró la larga hilera de gente desalentada.

—Mmm... no —dijo—. No. Pero gracias de todos modos.

—¡Pues lárgate!

Víctor le dedicó una sonrisa amistosa. Caminó hasta el final de la valla, y la siguió. Se curvaba al final para entrar en un callejón estrecho.

Víctor rebuscó durante un rato entre los restos habituales de todos los callejones, hasta dar con un trozo de papel. Luego, se arremangó. Y sólo entonces se permitió inspeccionar cuidadosamente la valla, hasta dar con un par de tablones sueltos que, con un poco de esfuerzo, le permitieron el paso.

De esta manera llegó a una zona en la que se amontonaban tablones y trozos de tela. No había nadie a la vista por los alrededores.

Caminó con decisión, a sabiendas de que nadie que esté arremangado y camine con decisión ostentando un papel en la mano suele despertar sospechas, y penetró a través de las maderas y lonas que constituían el país maravilloso de la Cinematografía Interesante e Instructiva.

Había edificios pintados en la parte trasera de otros edificios. Había árboles que eran árboles por delante, y sólo un amasijo de puntales por detrás. Había una actividad febril, aunque, por lo que Víctor pudo ver, nadie estaba haciendo nada concreto.

Divisó a un hombre vestido con una larga capa negra y sombrero también negro, que lucía un bigote gigantesco y estaba atando a una chica a uno de los árboles. Nadie parecía tener intención de ir a detenerlo, aunque la muchacha se debatía ostentosamente. De hecho, un par de personas observaban la escena sin mucho interés, y también había un hombre situado tras una gran caja montada sobre un trípode, dando vueltas a la manivela.

La chica alzó un brazo en gesto suplicante, mientras abría y cerraba la boca sin emitir sonido alguno.

Uno de los espectadores se levantó, eligió una tablilla del montón que tenía a un lado, y la sostuvo ante el orificio de la caja.

La tablilla era negra. Sobre ella, en letra blanca, se leían las palabras « ¡No! ¡No! ».

Víctor se alejó. El villano se retorció las guías del bigote. El hombre de las tablillas volvió con otra. Esta vez decía: « ¡Ajá! ¡Mi bella orgullosa! ».

Otro de los espectadores sentados se inclinó para recoger un megáfono.

—Vale, vale —dijo—. Está bien. Hacemos una pausa de cinco minutos, luego

todo el mundo aquí para la escena de la gran pelea.

El villano desató a la chica. Los dos se alejaron. El hombre de la caja dejó de dar vueltas a la manivela y encendió un cigarrillo. Luego, abrió la tapa de la caja.

—¿Habéis cogido eso todos? —preguntó. Se oyó un coro de chirridos.

Victor se acercó al hombre del megáfono y le dio un toquecito en el hombro.

—Mensaje urgente para el señor Silverfish —dijo con voz átona.

—Está en las oficinas, por allí —dijo el hombre, señalando con el pulgar por encima del hombro, sin dignarse a volver la vista.

—Gracias.

El primer cobertizo en el que Victor metió la cabeza sólo contenía hileras de pequeñas jaulas que se extendían hasta perderse en la penumbra. Unos seres que no pudo distinguir se lanzaron contra los barrotes y le graznaron. Cerró la puerta apresuradamente.

En el siguiente cobertizo encontró a Silverfish, de pie ante un escritorio cubierto por trocitos de cristalería y montones de papeles. El hombre no se dio la vuelta cuando entró.

—Déjalo ahí —dijo con aire ausente.

—Soy yo, señor Silverfish —dijo Victor.

Silverfish se dio media vuelta y examinó con gesto vago al joven, como si fuera culpa de Victor que su cara no le sonase de nada.

—¿Sí?

—He venido a buscar ese empleo —dijo—. ¿Lo recuerda?

—¿Qué empleo? ¿Qué tengo que recordar? —replicó Silverfish—. ¿Cómo demonios has entrado aquí?

—Bueno, he entrado en las imágenes en acción por una valla —titubeó Victor—. Pero no es nada que no se pueda arreglar con un martillo y un par de clavos.

El rostro de Silverfish reflejó el horror que sentía. Victor sacó la tarjeta y la mostró con lo que esperaba fuera un gesto tranquilizador.

—En Ankh-Morpork —dijo—. Hace un par de noches. A usted iban a robarle...

Silverfish recordó.

—Ah, sí —suspiró con cierto desmayo—. Y tú eres el chico que me echó una mano.

—Usted me dijo que viniera a verle si alguna vez me interesaba accionar imágenes —dijo Victor—. Entonces no quería, pero ahora, sí.

Dedicó al hombre una brillante sonrisa.

Pero, para sus adentros, pensaba: Va a intentar darme esquinazo. Ya está lamentando haberme hecho aquella oferta. Me va a decir que me ponga en la cola y que espere mi turno.

—Bueno, sí, claro —dijo Silverfish—, hay mucha gente con talento que

quiere estar en las imágenes en acción. Cualquier día de estos tendremos incluso sonido. A ver, ¿eres carpintero? ¿Tienes alguna experiencia como alquimista? ¿Has entrenado duendes alguna vez? ¿Sabes hacer algún tipo de trabajo manual?

—No —admitió Victor.

—¿Sabes cantar?

—Un poco. En la ducha. Pero no muy bien —tuvo que conceder el muchacho.

—¿Sabes bailar?

—No.

—¿Y las espadas? ¿Qué tal manejas la espada?

—De aquella manera —respondió Victor.

Era cierto que a veces practicaba en el gimnasio. Pero la verdad era que nunca se había enfrentado a un adversario, ya que por lo general los magos aborrecen cualquier tipo de ejercicio físico, y aparte de él sólo entraba allí el bibliotecario, que se limitaba a usar las cuerdas y las anillas. Pero Victor había practicado una técnica muy personal y llena de energía ante el espejo, y hasta entonces el espejo nunca lo había derrotado.

—Ya veo —suspiró Silverfish—. No sabes cantar. No sabes bailar. Manejas la espada de aquella manera.

—Pero le he salvado la vida dos veces —señaló Victor.

—¿Dos veces?

—Sí. —Tomó aliento. Aquello iba a ser todo un riesgo—. Aquella noche... —dijo—, y ahora.

Hubo una larga pausa. Fue Silverfish quien la rompió.

—La verdad es que no creo que haya mucha demanda para eso.

—Lo siento mucho, señor Silverfish —suplicó Victor—. De verdad que no soy de ese tipo de personas, pero usted me dijo que viniera, y he llegado hasta aquí, y no tengo dinero, y estoy hambriento, y haré lo que sea, cualquier cosa. Lo que sea. Por favor.

Silverfish lo miró, dubitativo.

—¿Incluso actuar? —preguntó.

—¿Cómo?

—Móverte y fingir que haces algo —le explicó el ex alquimista.

—¡Sí!

—Es una pena que tenga que dedicarse a eso un muchacho inteligente y culto como tú —suspiró Silverfish—. ¿A qué te dedicas?

—Soy estudiante de ma... —empezó Victor. Entonces, recordó la antipatía de Silverfish hacia los magos, y se corrigió a media palabra—. De mecánica.

—¿De mamecánica?

—Pero, la verdad, no sé si valdré para actor —confesó el muchacho.

Silverfish pareció sorprendido.

—Oh, lo harás bien —dijo—. Es muy difícil actuar mal en las imágenes en acción.

Se rebuscó en los bolsillos y extrajo una moneda de un dólar.

—Toma —dijo—, ve a comer algo.

Miró a Victor de arriba abajo.

—¿Esperas algo? —se impacientó.

—Bueno —asintió el joven—, la verdad, querría que me explicara un poco esto.

—¿A qué te refieres?

—Hace un par de noches, vi su... su peli. —Sintió cierto orgullo por haber sido capaz de recordar el término—. En la ciudad. Y, de repente, quise estar aquí más que ninguna otra cosa en mi vida. ¡La verdad es que en mi vida había querido nada!

En el rostro de Silverfish se dibujó una sonrisa de alivio.

—Ah, eso —asintió—. No es más que la magia de Holy Wood. No es una magia como la de los magos —se apresuró a añadir—, que no es más que un montón de supersticiones y abracadabras. No. Ésta es la magia de la gente normal. Tu mente hierve con todas las posibilidades. Lo sé porque la mía también hirvió así —añadió.

—Sí —respondió Victor, aunque no muy seguro—. Pero ¿cómo funciona?

El rostro de Silverfish se animó.

—¿Quieres saberlo? —preguntó—. ¿Quieres saber cómo funcionan las cosas?

—Sí, yo...

—Es que, ¿sabes?, la mayor parte de la gente es decepcionante —explicó el hombre—. Les muestras algo tan maravilloso como la caja de imágenes, y se limitan a decir «oh». Nunca te preguntan cómo funciona, no les interesa. ¡Señor Bird!

La última frase fue un grito. Tras unos instantes, se abrió una puerta al otro lado del cobertizo, y entró otro hombre.

Llevaba una caja de imágenes colgada de una correa que le rodeaba el cuello. De su cinturón pendía un amplio surtido de herramientas. Tenía las manos con zonas descoloridas por los productos químicos, y carecía de cejas... cosa que, como descubriría Victor más adelante, era indicio seguro de que había estado trabajando con octoceluloide durante cierto tiempo. Además, el hombre lucía la visera del revés.

—Te presento a Gaffer Bird —sonrió Silverfish—. Es nuestro operador jefe. Gaffer, éste es Victor. Va a actuar con nosotros.

—Oh —respondió Gaffer, observando a Victor de la misma manera que un carnicero observaría un esqueleto de buey—. ¿De verdad?

—¡Y quiere saber cómo funcionan las cosas! —siguió Silverfish. Gaffer dedicó al joven una mirada displicente.

—Con cordel —dijo de mal humor—. Aquí todo funciona con cordel. Te sorprendería saber cuántas cosas se desmoronarían por aquí si no fuera por mí y por mi ovillo de cordel.

De pronto, de la caja que colgaba de su cuello surgió un sonido caótico. El hombre le dio un golpe con el dorso de la mano.

—Eh, vosotros, callaos —dijo. Se dirigió a Victor—. Se ponen un poco nerviosos si los sacamos de su rutina —le explicó.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó el joven. Gaffer guiñó un ojo a Silverfish.

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

Victor recordó a los seres enjaulados que había entrevisto en el cobertizo.

—Por el ruido, deben de ser demonios comunes —aventuró con cautela.

Gaffer le dedicó una mirada aprobadora, la misma que habría dedicado a un perro estúpido que acabara de hacer un truco ingenioso.

—Sí, es verdad —concedió.

—Pero ¿cómo impides que escapen? —se interesó Victor. Gaffer se echó a reír.

—Es increíble lo que se puede hacer con un ovillo de cordel —dijo.

Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo era una de esas poquísimas personas capaces de pensar en línea recta.

La mayoría de la gente piensa en curvas y en zigzags. Por ejemplo, comienzan con un pensamiento como: ¿Qué puedo hacer para llegar a ser muy rico?, y siguen por un rumbo incierto que incluye pensamientos como: ¿Qué habrá hoy para cenar?, e incluso, ¿a quién conozco que pueda prestarme cinco dólares?

Mientras que Ruina era una de esas personas capaces de identificar la idea que quedaba al final del proceso, en este caso Ya soy muy rico, trazar una línea entre las dos, y luego pensar cómo seguirla, despacio, con paciencia, hasta llegar al final.

El sistema no funcionaba, claro. Ruina había descubierto que siempre existía algún fallo pequeño pero vital en el proceso. Por lo general, ese fallo solía radicar en la extraña reluctancia de la gente a comprar lo que él tenía para vender.

Pero los ahorros de toda su vida se encontraban ahora en una bolsa de cuero, dentro de su chaquetón. Llevaba un día entero en Holy Wood. Había observado su destartalada organización de cobertizos con la mirada experta de quien ha sido vendedor toda su vida. Allí no parecía haber lugar para él, pero eso no era ningún problema: en la cima, siempre había sitio.

Todo un día de investigaciones y observaciones detalladas lo había llevado hasta Cinematografía Interesante e Instructiva. Ahora se encontraba al otro lado de la calle, mirando con atención.

Contempló la cola de gente. Contempló al hombre de la puerta. Tomó una decisión.

Caminó a lo largo de la hilera. Él tenía cerebro. Sabía que tenía cerebro. Ahora, lo que le hacía falta era músculo. Y seguro que allí habría...

—Buenas tardes, señor Escurridizo.

Esa cabeza plana, esos brazos como troncos, ese labio inferior colgante, esa voz chirriante que delataba un coeficiente intelectual del tamaño de una avellana... Todo sumado apuntaba a...

—Soy yo. Detritus —dijo Detritus—. Qué cosas, mira que encontrarnos aquí, ¿eh?

Dedicó a Escurridizo una sonrisa que era como una grieta en el soporte vital de un puente.

—Hola, Detritus. ¿Qué, estás trabajando en las películas? —se interesó el ex vendedor de salchichas.

—Trabajando, lo que se dice trabajando, no... —replicó el troll, avergonzado.

Escurridizo observó con detenimiento al troll, cuyos puños como rocas solían decir la última palabra en cualquier pelea callejera.

—Es intolerable —dijo. Sacó su bolsa de dinero y contó cinco dólares—. ¿Qué te parecería trabajar directamente para mí, Detritus?

El troll se tocó la escasa frente con un gesto respetuoso.

—Dicho y hecho, señor Escurridizo.

—Pues ven por aquí.

Escurridizo caminó hasta el principio de la cola. El hombre de la puerta sacó un brazo para impedirle el paso.

—¿Adonde crees que vas, amigo?

—Tengo una cita con el señor Silverfish —replicó Escurridizo.

—Supongo que él lo sabrá, ¿no? —preguntó el guardia con un tono que sugería que, por lo que a él respectaba, no se lo habría creído ni aunque lo hubiera visto escrito en el cielo.

—Todavía no —dijo Escurridizo.

—Bueno, amigo mío, en ese caso te puedes ir directamente a...

—¿Detritus?

—¿Sí, señor Escurridizo?

—Golpea a este hombre.

—Dicho y hecho, señor Escurridizo.

El brazo de Detritus describió un arco de ciento ochenta grados, en uno de cuyos extremos viajaba la inconsciencia. El guardia se vio levantado por los aires y chocó contra la puerta de la valla, la atravesó y fue a caer a seis metros de distancia. La multitud que formaba la cola dedicó un aplauso fervoroso a Detritus.

Escurridizo miró a Detritus con gesto aprobador. Su reciente empleado no vestía nada más que un taparrabos andrajoso, que ocultaba lo que fuera que los trolls considerase necesario ocultar.



—Muy bien, Detritus.

—Dicho y hecho, señor Escurridizo.

Dos minutos más tarde, un pequeño perrito gris trotó entre las piernas cortas y torcidas del troll, y saltó sobre los restos de la valla. Pero Detritus no le prestó la menor atención, porque todo el mundo sabía que los perros no eran nadie.

—¿Señor Silverfish? —inquirió Escurridizo.

Silverfish, que estaba cruzando cautelosamente el estudio con una caja de película virgen, titubeó al ver la delgada figura que se lanzaba sobre él como una comadreja largo tiempo extraviada. La expresión de Escurridizo era la expresión de alguien flaco, larguirucho y pálido que acabara de llegar nadando de entre los arrecifes hasta el charco de aguas cálidas y bajas donde juegan los niños.

—¿Sí? —replicó el hombre—. ¿Quién es usted? ¿Cómo ha conseguido...?

—Me llamo Escurridizo —le interrumpió—. Pero mis amigos me llaman Ruina.

Aferró la mano inerte de Silverfish y luego colocó la otra mano sobre el hombro del ex alquimista. Echó a andar al tiempo que sacudía vigorosamente la primera mano. El efecto general era de una intensa afabilidad, y además implicaba que, si Silverfish intentaba retroceder, se dislocaría su propio hombro.

—Quiero que sepa usted —siguió Escurridizo—, que todos estamos impresionadísimos con los logros que obtienen ustedes aquí, muchachos.

Silverfish observó el agotador tratamiento amistoso que el desconocido estaba dispensando a su mano, y sonrió con incertidumbre.

—¿De verdad? —aventuró.

—Todo esto... —Escurridizo soltó el hombro de Silverfish el tiempo justo para hacer un gesto amplio en dirección al caos de energía que los rodeaba—. ¡Fantástico! —prosiguió—. ¡Maravilloso! Y eso último que estrenó usted, vaya, cómo se titulaba...

—Juegos Bulliciosos en la Tienda —contestó Silverfish—. ¿Se refiere a esa en la que el ladrón se lleva las salchichas y el tendero lo persigue?

—Exacto —asintió Escurridizo, cuya sonrisa se congeló tan sólo un segundo antes de volver a su primitiva sinceridad—. Exacto, ésa era. ¡Increíble! ¡Sencillamente genial! ¡Una metáfora bellamente plasmada!

—Pues nos costó casi veinte dólares, ¿sabe? —explicó Silverfish con orgullo contenido—. Y otros cuarenta peniques por las salchichas, claro.

—¡Increíble! —repitió Escurridizo—. Y seguramente ya la han visto cientos de personas, ¿verdad?

—¡Miles! —le corrigió Silverfish.

Ahora no había ya analogía posible para la sonrisa de Escurridizo. Si fuera más amplia, la parte superior de su cabeza se desprendería.

—¿Miles? —dijo—. ¿De verdad? ¿Tanta gente? Y claro está, cada espectador pagó... vaya, cuánto era...

—Bueno, lo cierto es que sólo hacemos una pequeña colecta tras cada función —explicó Silverfish—. No es más que para cubrir los gastos, ahora que todavía estamos en plena etapa de experimentación, ¿comprende? —Bajó la vista—. Quisiera saber —añadió, si tendría usted la amabilidad de dejar de estrecharme la mano.

Escurridizo siguió la dirección de su mirada.

—¡No faltaría más! —accedió, al tiempo que soltaba su presa.

La mano de Silverfish siguió bajando y subiendo durante unos instantes por cuenta propia, debido a los espasmos musculares.

Escurridizo se quedó en silencio un momento. En su rostro brillaba la luz de quien está en intensa comunicación con un dios interior.

—Te diré una cosa, Thomas... ¿me permites que te llame Thomas? —dijo al final—. Cuando vi esa obra maestra, me dije para mis adentros, Escurridizo, detrás de todo esto hay un artista creativo...

—... ¿cómo sabe que me llamo...?

—... un artista creativo, me dije, que debería tener libertad para seguir los dictados de su musa en vez de soportar la carga de todos los detalles molestos que implica la administración de cualquier asunto de esta magnitud, ¿no estoy en lo cierto?

—Bueno... sí, la verdad es que a veces el papeleo es un poco...

—Justo lo que pensaba —siguió rápidamente Escurridizo—. Y me dije, Ruina, tienes que ir a ver a este hombre inmediatamente para ofrecerle tus servicios. Ya sabes, para las cuestiones esas. De administración. Quita de sus hombros tan pesada carga. Que pueda dedicarse plenamente a hacer lo que tan bien sabe hacer. ¿Qué te parece, Tom?

—Yo... esto... bueno, es cierto que mi especialidad se refiere más bien...

—¡De maravilla! ¡De maravilla! —exclamó Escurridizo—. Bien, Tom... ¡acepto!

Silverfish estaba boquiabierto.

—Eh... —consiguió decir.

Ruina le dio un puñetazo cariñoso en el hombro.

—Sólo tienes que decirme dónde están todos esos papeles tan molestos —dijo—. Después, podrás dedicarte a lo que te dé la gana.

—Eh... sí...

El ex vendedor de salchichas le estrechó ambas manos y le transmitió mil voltios de integridad.

—Este momento es todo un honor para mí —dijo con voz ronca—.

No te puedes imaginar hasta qué punto. Te aseguro que no exagero al afirmar que es el día más feliz de mi vida. Sólo quería que lo supieras, Tommy. Te lo digo

de corazón.

El silencio reverente sólo fue interrumpido por un ligero bufido.

Escurridizo miró muy despacio a su alrededor. Tras ellos no había nadie, sólo un perrito callejero de raza indefinida, sentado a la sombra que ofrecían un montón de maderos. El perro advirtió su expresión e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Guau? —dijo.

Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo dedicó unos segundos a buscar por los alrededores algo que tirarle al chuchó, pero luego comprendió que aquello no encajaba con su personaje, y se volvió hacia el cautivo Silverfish.

—De veras —le dijo con toda sinceridad—, he tenido mucha suerte al conocerte.

El almuerzo en la taberna le había costado a Víctor el dólar entero, y aún tuvo que añadir un par de peniques. Consistió en un plato de sopa. Según el vendedor de sopa, todo costaba tan caro porque había que traerlo desde muy lejos. No había ninguna granja cerca de Holy Wood. Además, ¿quién iba a dedicarse a cultivar cosas cuando podía estar haciendo imágenes en acción?

Después, fue a ver a Gaffer para hacer la prueba de pantalla.

La prueba consistía en quedarse quieto durante un minuto mientras el operador lo miraba con cara de aburrimiento por encima de la caja de imágenes.

—Vale —dijo Gaffer cuando hubo pasado el minuto—. Tienes talento, muchacho.

—¡Pero si no he hecho nada! —protestó Víctor—. Lo único que me dijiste fue que no me moviera.

—Claro. Exacto. Eso es precisamente lo que necesitamos. Gente que sepa quedarse quieta —replicó el técnico—. Nada de tonterías de actuar como en el teatro.

—Y todavía no me has explicado qué hacen los demonios dentro de la caja —insistió el joven.

—Esto es lo que hacen.

Gaffer abrió un par de cerrojos. Una hilera de ojillos malévolos clavaron sus miradas en Víctor.

—Aquí hay seis demonios —explicó el técnico, señalando con cuidado para esquivar las diminutas zarpas—. Los demonios miran por el agujerillo que hay en la parte delantera de la caja, y pintan lo que ven. Tiene que haber seis, ¿comprendes? Dos para pintar y cuatro para soplar sobre la pintura, para que se seque antes de que llegue la siguiente imagen. Eso se debe a que, cada vez que damos una vuelta a esta manivela, la tira de membrana transparente se

desenrosca una fracción, en donde entrará una imagen. Mira.

Dio una vuelta a la manivela. Se oyó el típico clicaclicaclic, y los demonios gimieron.

—¿Por qué lo hacen? —se interesó Victor.

—Ah —asintió Gaffer—, te preguntas por qué obedecen. Bueno, la manivela controla también esta ruedecita, de la que penden varios látigos. Es la única manera de que trabajen a la velocidad necesaria. El demonio típico es de un perezoso que espanta. En fin, la cosa se basa en una concatenación de hechos, causas y efectos: cuanto más deprisa gira la manivela, más deprisa corre la película, y más deprisa tienen que pintar. Hay que controlar bien la velocidad. El trabajo del operador es muy importante.

—Sí, pero... bueno, ¿no es un poco cruel?

Gaffer pareció sorprendido.

—Oh, no. La verdad es que no. Tengo derecho a un descanso cada media hora. Son las normas impuestas por el Gremio de Operadores.

Se dirigió hacia el otro extremo de la mesa de trabajo, donde había otra caja con la puertecilla trasera abierta. Esta vez, unos cuantos lagartos de aspecto baboso miraron con tristeza a Victor.

—Con esto no acabamos de estar satisfechos —siguió explicando Gaffer—, pero es lo mejor que tenemos por ahora. Supongo que sabes que la salamandra típica se pasa el día tumbada en el desierto, absorbiendo la luz del sol. De repente, cuando se asusta, excreta esa misma luz. Dicen que es un mecanismo de defensa. Así que, a medida que pasa la película, y esta cortinilla se abre y se cierra, la luz de los bichos atraviesa la película, luego estas lentes, y llega a la pantalla. Es muy sencillo.

—¿Cómo conseguís que se asusten? —preguntó el muchacho.

—¿Ves esta manivela?

—Oh.

Victor rozó la caja de imágenes con gesto pensativo.

—De acuerdo, muy bien —dijo al final—. Así que conseguís montones de imágenes. Y las pasáis muy deprisa. Por lógica, no deberíamos ver más que un borrón, pero no es así.

—Ah —sonrió Gaffer, al tiempo que se daba un golpecito en la nariz—, eso es un secreto del Gremio de Operadores. Sólo se transmite de iniciado a iniciado —añadió como quien conoce un dato vital.

Victor lo miró con escepticismo.

—Tenía entendido que sólo llevabais unos meses haciendo imágenes en acción.

Gaffer tuvo la decencia de parecer inquieto.

—Vale, no te falta razón, por el momento el secreto se transmite bastante a menudo —hubo de admitir—. Pero ya verás, cuando pasen unos años sólo lo

transmitiremos de ¡no toques eso!

Con gesto culpable, Victor retiró la mano apresuradamente del montón de latas que descansaban sobre la mesa de trabajo.

—Ahí dentro hay película —le explicó Gaffer, al tiempo que lo empujaba amablemente hacia un lado—. Hay que manejarla con muchísimo cuidado. No se puede permitir que se caliente demasiado, porque es octoceluloide. Tampoco le van bien los golpes bruscos.

—¿Por qué, qué pasa? —preguntó Victor, sin poder apartar la vista de las latas.

—No tenemos ni idea. Nadie ha vivido lo suficiente como para contarlo.

Gaffer vio la expresión del muchacho, y sonrió.

—No te preocupes por eso —añadió—. Tú estarás siempre delante de la caja de hacer imágenes.

—Se te olvida un pequeño detalle, ya he dicho que no sé actuar.

—¿Sabrás hacer lo que te digan? —preguntó Gaffer.

—¿Qué? Bueno... sí, claro. Me imagino que sí.

—Pues eso es lo único que hace falta, chico. No necesitas otra cosa. Aparte de unos buenos músculos.

Salieron a la brillante luz del día, y se dirigieron hacia la barraca de Silverfish. Que estaba ocupada.

Y-Voy-A-La-Ruina Ecurridizo se estaba familiarizando con las películas.

—Lo que había pensado —dijo Ecurridizo—, es algo como... bueno, mira. Algo como esto.

Le tendió una cartulina. En ella, con caligrafía temblorosa, decía:

Después de esta sesión, visita Harga, La Casa de las Costillas.

Lo mejor en nuvel cuisín.

—¿Qué es eso de nuvel cuisín? —se interesó Victor.

—Es extranjero —replicó Ecurridizo.

Miró al muchacho con gesto despectivo. Tener a alguien como Victor bajo el mismo techo no formaba parte de su plan. Había albergado la esperanza de disponer de Silverfish a sus anchas.

—Significa comida —añadió. Silverfish contempló la cartulina.

—¿Y qué pasa? —preguntó.

Ecurridizo eligió las palabras con cuidado.

—¿Por qué no muestras está cartulina al final de cada sesión?

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa?

—Porque alguien como Sham Harga, por ejemplo, te pagaría mu... bastante

dinero.

Todos volvieron a mirar la cartulina.

—Yo he comido en Harga, La Casa de las Costillas —explicó Victor—. Y no diría que es lo mejor. No, no es lo mejor. Dista mucho de ser lo mejor. —Meditó un instante—. En realidad, no se puede estar más lejos de ser lo mejor.

—Eso no importa —replicó Ecurridizo con brusquedad—. Es intrascendente.

—Pero... —interrumpió Silverfish si vamos por ahí diciendo que Harga, La Casa de las Costillas, es el mejor local de la ciudad, ¿qué van a pensar el resto de los restaurantes?

Ecurridizo se apoyó de codos sobre la mesa.

—Pensarán —dijo lentamente—, «¿por qué no se nos ocurrió a nosotros antes?».

Se sentó. Silverfish le dirigió una brillante sonrisa de incompreensión.

—Haga el favor de explicarme eso último otra vez —solicitó.

—¡Querrán hacer exactamente lo mismo! —insistió Ecurridizo.

—Ya veo —intervino Victor—. Todos querrán que mostremos cartulinas en las que se diga « Harga, La Casa de las Costillas, no es el mejor restaurante de la ciudad, el mejor es el nuestro» .

—Algo por el estilo, algo por el estilo —replicó Ecurridizo bruscamente, mirándolo con atención—. Habrá que elaborar un poco más la formulación, pero sí, será algo por el estilo.

—Pero... pero... —Silverfish estaba haciendo un auténtico esfuerzo por seguir la conversación—. Eso a Harga no le haría ninguna gracia, ¿verdad? Si nos paga dinero por decir que su restaurante es el mejor, y luego aceptamos dinero de otros por decir que no es verdad, seguro que...

—Nos pagará más dinero —lo interrumpió Ecurridizo—. Para que volvamos a decir que el suyo es el mejor, sólo que con letras aún mas grandes.

Todos lo miraron.

—¿De verdad cree que funcionará? —preguntó Silverfish, asombrado.

—Sí —se limitó a replicar Ruina—. Sólo tienes que escuchar a los vendedores ambulantes cualquier día por la mañana. No van por ahí gritando « Naranjas casi maduras, sólo un poco tocadas, precio razonable» , ¿verdad? No, qué va, gritan « ¡Prueba estas naranjas, están deliciosas!» . Eso es tener visión comercial.

Volvió a apoyarse sobre el escritorio.

—Y, a mi entender —añadió—, eso es precisamente lo que falta por aquí.

—Algo hay de eso —asintió Silverfish débilmente.

—Además, el dinero —siguió Ecurridizo, cuya voz era una palanca firmemente insertada en la grieta del realismo—, será muy útil para que sigas perfeccionando tu arte.

Silverfish se animó un poco.

—Eso es verdad —asintió—. Por ejemplo, hay que buscar alguna manera de

incluir sonido en...

Ruina no le estaba prestando atención. Señaló el montón de cartones apoyados contra la pared.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Ah —dijo el alquimista—. Una idea mía. Pensamos que sería una buena... eh... visión comercial. —Saboreó las palabras como si se trataran de una nueva golosina deliciosa—. Se me ocurrió informar a la gente sobre las nuevas imágenes en acción que estamos preparando.

Escurridizo eligió uno al azar, y lo sostuvo con gesto crítico.

Decía:

La semana que viene proyectaremos  
Pellas y Melisande,  
Una tragedia romántica en dos rollos.  
Gracias.

—Oh —dijo con voz inexpresiva.

—¿No le parece bien? —preguntó Silverfish, ahora completamente derrotado —. O sea, sirve para informar de todo lo que la gente necesita saber, ¿no?

—¿Me permites?

Escurridizo cogió un trozo de tiza del escritorio de Silverfish. Se concentró y escribió algo en la parte de detrás del cartón. Luego, lo mostró a los demás.

Ahora decía:

Dioses y hombres les negaron su permiso, ¡y ellos desobedecieron!

Pellas y Melisande,

¡La historia de un amor prohibido!

¡Una arrolladora saga de pasión más allá  
de los límites del espacio y el tiempo!

¡Nunca se ha visto nada igual!

¡Con más de 1.000 elefantes!

Victor y Silverfish leyeron el texto con atención y cuidado, como si se tratara de la carta de un restaurante escrita en un idioma desconocido. En realidad, aquello era un idioma desconocido. Y, para terminar de empeorar las cosas, era su

idioma.

—Bueno, bueno —dijo al final Silverfish—. Con sinceridad... no sé si había algo prohibido, lo que se dice prohibido. Eh... en realidad todo es muy histórico. Me pareció que sería útil, ya sabe, para los niños y todo eso. Así aprenderían algo. No sé si sabéis que no llegaron a conocerse, y ahí radica la tragedia. Es muy... muy triste. —Volvió a mirar el cartón—. Aunque he de reconocer que esto tiene garra. —Pese a todo, parecía incómodo por algo—. No recuerdo que hubiera ningún elefante —señaló al final, como si fuera culpa suya—. Tardamos toda una tarde en rodarla, y yo no falté ni un minuto. Desde donde estaba no vi en ningún momento a más de mil elefantes. Estoy seguro de que no me habrían pasado desapercibidos.

Escurridizo se lo quedó mirando. No sabía de dónde le llegaban aquellas ideas, pero las tenía completamente claras en su mente, y sabía muy bien lo que les faltaba a las imágenes en acción. Más de mil elefantes no serían un mal principio.

—¿No había elefantes?

—Creo que no.

—Bueno, ¿alguna bailarina?

—Mmm... no, tampoco.

—¿Tenemos al menos persecuciones emocionantes, o alguien colgando de un acantilado, sujeto sólo por las puntas de los dedos?

Silverfish se animó un poco.

—Creo que hay un balcón —señaló.

—¿Sí? ¿Y alguien se queda colgado de él por las puntas de los dedos?

—Me parece que no —respondió Silverfish—. En esa escena, Melisande se inclina sobre la barandilla.

—Sí, pero, ¿el público contendrá la respiración, tendrán miedo de que se caiga?

—Espero que estén más atentos al discurso de Pellas —se empecinó Silverfish—. Tuvimos que escribirlo en cinco cartulinas. Y con letra pequeña.

Escurridizo suspiró.

—Creo que sé lo que quiere la gente —dijo—. Y no es mucha letra pequeña. No quieren leer. ¡Quieren ver!

—Para ver la letra pequeña, tendrán que esforzarse —intervino Victor, sarcástico.

—¡Quieren espectáculo! ¡Quieren ver chicas bailando! ¡Quieren emociones fuertes! ¡Quieren elefantes! ¡Quieren gente cayéndose de los tejados! ¡Quieren sueños! ¡El mundo está lleno de gente pequeña con sueños grandes!

—¿Te refieres a los enanos, a los duendes y a todos esos? —preguntó Victor.

—¡No!

—Dígame, Escurridizo —intervino Silverfish—. ¿Cuál es su profesión,



exactamente?

—Vendo productos.

—Sobre todo, salchichas —aportó Víctor.

—Y productos —insistió Ecurridizo con brusquedad—. Sólo vendo salchichas cuando baja la demanda de productos.

—¿Y la venta de salchichas le hace pensar que puede ayudarnos a hacer mejores imágenes en acción? —siguió Silverfish—. ¡Para vender salchichas vale cualquiera! ¿No crees que tengo razón, Víctor?

—Bueno...

El joven se detuvo un momento, vacilante. En realidad, sólo Ecurridizo era capaz de vender las salchichas de Ecurridizo.

—Ahí lo tienes —insistió el alquimista.

—La cuestión es —intervino Víctor, pensando bien cada palabra—, que el señor Ecurridizo puede vender sus salchichas incluso a la gente que ya las ha probado.

—¡Eso es verdad! —asintió el aludido, dedicando al joven una sonrisa triunfal.

—Y un hombre capaz de vender dos veces a la misma persona las salchichas del señor Ecurridizo, es capaz de vender cualquier cosa —terminó Víctor.

El día siguiente amaneció claro y despejado, como sucedía con todos los días en Holy Wood, y comenzaron el rodaje de Las interesantes y curiosas aventuras de Cohén el Bárbaro. Ecurridizo se había pasado toda la noche anterior trabajando en la película, según les dijo.

En cambio, el título era cosa de Silverfish. Aunque Ecurridizo le había asegurado que Cohén el Bárbaro era prácticamente histórico y, desde luego, muy educativo, el alquimista se había negado en redondo a aceptar como título ¡Valle de Sangre!

Entregaron a Víctor algo que parecía un bolso de piel, pero que resultó ser su disfraz. Se cambió detrás de un par de rocas.

También le entregaron una gran espada de filo embotado.

—Ahora —indicó Ecurridizo, que se había sentado en una silla de lona—, lo que tienes que hacer es luchar contra los trolls, echar a correr, desatar a la chica de la estaca, luchar contra los otros trolls y luego correr hacia aquella roca de allí arriba. Al menos así lo veo y o. ¿Qué te parece a ti, Tommy?

—Bueno, y o... —empezó Silverfish.

—Estupendo —asintió Ecurridizo—. De acuerdo. ¿Sí, Víctor, qué quieres?

—Esos trolls que has mencionado, ¿dónde están? —preguntó el muchacho.

Dos rocas se desplegaron ante él.

—No te preocupes por nada, amigo —dijo la que tenía más cerca—. El

bueno de Galena y yo nos sabemos todo esto de corrido.

—¡Trolls! —exclamó Victor, dando un paso atrás.

—Exacto —asintió Galena.

Blandió un garrote con un clavo en la punta.

—Pero... pero... —tartamudeó el muchacho.

—¿Sí? —inquirió el otro troll.

Lo que Victor quería decir era: ¡Pero si sois trolls, rocas vivientes de temperamento salvaje que viven en las montañas y atacan a los viajeros con enormes garrotes muy semejantes al que tienes en la mano! ¡Cuando se habló de trolls, pensé que quería decir tipos vulgares y corrientes disfrazados con... bueno, y o qué sé, con sacos pintados de gris, o algo así!

—Oh, bueno —dijo débilmente—. Eh...

—Mira, no hagas caso de lo que se va diciendo por ahí de nosotros, eso de que nos comemos a la gente —siguió Galena—. Es una difamación, una calumnia. Fíjate bien, estamos hechos de roca, ¿para qué íbamos a querer comer gente...?

—Tragar —intervino el otro troll—. La palabra correcta es tragar.

—Eso. ¿Para qué íbamos a querer tragar gente? Siempre escupimos los trozos. Además, ahora ya nos hemos quitado del vicio —añadió rápidamente—. Aunque nunca lo tuvimos, por supuesto. —Dio a Victor un codazo amistoso que casi le rompió una costilla—. Aquí se está muy bien —siguió, como si le hiciera una confidencia—. Nos pagan tres dólares por jornada, más un dólar extra para crema con alto factor de protección solar cuando trabajamos a la luz del día.

—Es que, si no, nos transformaríamos en piedra hasta que llegara la noche, y eso sí que es una auténtica molestia —aportó su compañero.

—Sí, todo el mundo te usa para encender cerillas.

—Además, según el contrato, nos pagan otros cinco peniques más si aportamos garrote propio.

—¿Podemos empezar ya? —inquirió Silverfish con timidez.

—¿Por qué no hay más que dos trolls? —se quejó Escurridizo—. ¿Qué tiene de heroico luchar contra dos trolls? ¡Pedí que hubiera veinte!

—Por mí, con dos basta y sobra —intervino Victor.

—Escuche, señor Escurridizo —intervino Silverfish—, ya sé que intenta ayudarnos, pero, por razones económicas, es completamente imposible...

Silverfish y Escurridizo se enzarzaron en una discusión. Gaffer, el operador, suspiró y levantó la tapa de la caja de imágenes en acción para alimentar a los demonios, que se estaban quejando.

Victor se apoyó sobre su espada.

—¿Y hacéis estas cosas a menudo vosotros dos? —preguntó a los trolls.

—Sí —asintió Galena—. Desde el principio. Por ejemplo, en El rescate de un rey yo hacía de un troll que corría hacia el héroe y le atacaba. Y en El bosque oscuro, yo hacía de un troll que corría hacia el héroe y le atacaba. Y en La

Montaña Misteriosa, yo hice de un troll que corría hacia el héroe y le saltaba encima. Es mejor no dejarse encasillar en un papel.

—Y tú ¿también haces lo mismo? —preguntó Victor al otro troll.

—Oh, no, Morraine es un actor de carácter, ¿sabes? —replicó Galena—. El mejor.

—¿Qué personajes hace?

—Rocas.

Victor se lo quedó mirando.

—Es por sus facciones pétreas —siguió el troll—. Sus rocas no son simples rocas. Tendrías que verlo representar el papel de monolito de la antigüedad. Te quedarías de piedra. Venga, Morry, enséñale tu inscripción.

—Naaa... —protestó débilmente Morraine, con una sonrisa bobalicona.

—Estoy pensando en cambiarme de nombre para las imágenes en acción —siguió Galena—. Algo que tenga un poco más de estilo. Se me había ocurrido «Guijarro». —Miró a Victor con cierta preocupación, al menos por lo que el muchacho pudo deducir del escaso repertorio de expresiones posibles en un rostro que parecía tallado a patadas en granito—. ¿Qué te parece? —insistió.

—Eh... muy bonito.

—Al menos es más dinámico —insistió el futuro Guijarro.

—También puedes llamarte Rock —se oyó decir Victor—. Rock es un buen nombre.

El troll lo miró fijamente, al tiempo que movía los labios sin emitir sonido alguno, como si estuviera probando su nombre artístico.

—Vaya —dijo al final—. Pues no se me había ocurrido. Rock Me gusta, me gusta mucho. Creo que, con un nombre como Rock, me pagarán más de tres dólares al día.

—¿Podemos empezar ya? —los llamó Escurridizo—. Quizá obtengamos más trolls para la próxima vez si esta película tiene éxito, pero no lo obtendrá si empezamos por pasarnos del presupuesto, cosa que sucederá si no hemos acabado antes de la hora de comer. En fin, Morry, Galena...

—Rock —le corrigió Rock.

—¿De veras? Bueno, en cualquier caso, vosotros corréis hacia Victor y le atacáis. ¿De acuerdo? Muy bien... acción...

El operador empezó a dar vueltas a la manivela de la caja de imágenes. Se oyó el débil cliqueteo habitual, seguido por el coro de gemidos de los demonios. Victor se irguió, obedientemente alerta.

—Eso quiere decir que tienes que empezar —le explicó Silverfish con paciencia—. Los trolls saldrán corriendo desde detrás de la roca, y tú te defenderás valientemente.

—¡Pero si no tengo ni idea de cómo luchar contra los trolls! —aulló Victor.

—Te propongo una cosa —dijo el recién bautizado Rock—. Primero bloquea

el golpe, luego ya nos las arreglaremos para no darte.

Se hizo la luz.

—¿Quieres decir que todo es fingido? —exclamó el muchacho.

Los trolls intercambiaron una breve mirada, que pese a esa brevedad consiguió decir: sí, es sorprendente, pero al parecer estos seres dominan el mundo.

—Sí —asintió Rock—. Exacto. Nada es real.

—No se nos permite matarte —lo tranquilizó Morraine.

—Claro que no. No iríamos por ahí matándote.

—Si nos dedicáramos a hacer esas cosas, nadie nos contrataría.

Al otro lado de la falla en la realidad, Ellos se agrupaban, escudriñando la luz y el calor con algo muy semejante a ojos. Ahora ya eran muchos.

En el pasado, había habido una vía de entrada. Decir que lo recordaban sería erróneo, porque no tenían nada tan sofisticado como una memoria. Ni siquiera tenían nada tan sofisticado como cabezas. Pero, en cambio, no carecían de instintos, ni de emociones.

Necesitaban un camino de entrada.

Y lo encontraron.

Salió bastante bien la sexta vez. El principal problema era el entusiasmo que demostraban los trolls a la hora de golpearse entre ellos, el suelo, el aire y, bastante a menudo, a sí mismos. Al final, Victor acabó por concentrarse en tratar de golpear los garrotes cuando pasaban hendiendo el aire junto a él.

Escurridizo pareció bastante satisfecho con el resultado. No así Gaffer.

—Es que se han movido demasiado —se quejó—. Se han pasado la mitad del tiempo fuera de la imagen.

—Era una pelea —replicó Silverfish.

—Sí, pero yo no puedo ir moviendo la caja de imágenes —insistió el operador—. Los demonios perderían el equilibrio y se caerían.

—¿No podrías atarlos, o algo por el estilo? —preguntó Escurridizo.

Gaffer se rascó la barbilla.

—Supongo que se puede hacer alguna cosa, clavarles los pies al suelo, por ejemplo.

—Bueno, sea como sea, por ahora nos basta con esto —zanjó Silverfish—. Pasaremos a la escena en la que rescatas a la chica. Por cierto, ¿dónde está la chica? Di instrucciones claras de que debía presentarse aquí. ¿Es que ya nadie me hace caso cuando hablo?

El operador se quitó la colilla de cigarrillo de entre los labios.

—Está rodando Una aventura osada, al otro lado de la colina —informó.

—¡Pero eso tendría que haber terminado ayer! —gimió Silverfish.

—El octoceluloide explotó —se limitó a señalar Gaffer.

—¡Rayos! Bueno, no tiene tanta importancia, podemos seguir con la otra pelea. La chica no aparece —suspiró Silverfish—. Venga, preparaos todos. Rodaremos la escena en la que Victor lucha contra el temible Balgrog.

—¿Qué es un Balgrog? —quiso saber el joven. Una mano pesada pero amistosa le palmeó enérgicamente el hombro.

—Es un monstruo diabólico tradicional. En este caso concreto, Morry pintado de verde y con unas alas pegadas —le explicó Rock—. Iré a ayudarle a pintarse. Se alejó con pasos pesados.

Por el momento, nadie parecía requerir a Victor para nada.

Clavó en la arena la ridícula espada y se alejó hasta dar con la sombra que le ofrecían unos olivos raquíticos. También había unas cuantas rocas. Las palmeó con suavidad. No parecían ser nadie.

El terreno formaba una pequeña hondonada donde la temperatura era casi agradablemente fresca para los abrasadores estándares de la colina de Holy Wood.

Incluso le llegaba una suave brisa. Al recostarse contra las piedras, le pareció que de ellas le llegaba un vientecillo. Pensó que aquella zona debía de estar llena de cavernas.

... muy lejos, en la Universidad Invisible, en un pasillo lleno de columnas y corrientes de aire, un pequeño mecanismo al que nadie había prestado atención desde hacía siglos empezó a hacer ruido...

Así que esto era Holy Wood. En la pantalla grande le había dado una impresión muy diferente. Al parecer, lo de hacer imágenes en acción implicaba largos tiempos de espera y, si había entendido bien lo sucedido durante la mañana, una extraña mezcla de tiempos. Pasaban cosas antes de que hubieran pasado las cosas que pasaban antes. Los monstruos no eran más que Morry pintado de verde y con unas alas pegadas. Nada era real.

Y, por extraño que pareciera, resultaba emocionante.

—Ya estoy hasta las narices de todo esto —dijo una voz furiosa junto a él.

Alzó la vista. Por el otro sendero, había descendido una chica. Tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo bajo la espesa capa de maquillaje muy claro. El pelo le caía sobre los ojos en ridículos tirabuzones, y llevaba un vestido que, aunque era obviamente de su talla, había sido diseñado para una persona con diez años menos y una afición desmedida por los adornos de encaje.

La chica era bastante atractiva, aunque a primera vista este hecho no fuera muy evidente.

—¿Y sabes lo que te dicen cuando te quejas? —le preguntó bruscamente.

En realidad, la pregunta no iba dirigida a Victor. Él era, sencillamente, un par

de orejas convenientes para aquel momento.

—No tengo ni idea —respondió el joven con educación.

—Pues te dicen « Hay mucha gente ahí fuera, aguardando una oportunidad de entrar en las imágenes en acción» . Eso te dicen, nada menos.

La chica se apoyó contra un arbolillo retorcido y se abanicó con su sombrero de paja.

—Además, hace demasiado calor —se quejó—. Y ahora tengo que hacer una cosa ridícula de una bobina para Silverfish, que no tiene la menor idea de nada. Seguro que me toca de pareja algún tío con mal aliento, heno en el pelo y una frente sobre la que se podría servir la mesa.

—Y trolls —añadió Víctor, inmutable.

—Oh, dioses. ¿Morry y Galena?

—Morry y Galena. Sólo que Galena ahora se hace llamar Rock

—¿No iba a llamarse Guijarro?

—Al final se ha decidido por Rock

Desde detrás de las piedras, les llegó con toda claridad el grito de Silverfish, preguntándose por qué todo el mundo se iba justo cuando más los necesitaba. La chica puso los ojos en blanco.

—Oh, dioses. ¿Y por esto me voy a perder el almuerzo?

—Siempre te queda la posibilidad de comértelo sobre mi frente —replicó Víctor al tiempo que se ponía en pie.

Mientras desclavaba la espada del suelo y la blandía experimentalmente, con bastante más energía de la necesaria, se dio el gustazo de sentir la mirada pensativa de la muchacha clavada en su nuca.

—Tú eres el chico que me paró por la calle, ¿verdad? —preguntó ella.

—Exacto. Y tú eres la chica que iba a rodar —asintió Víctor—. Ya veo que no diste demasiadas vueltas.

La joven lo miró con curiosidad.

—¿Cómo es que has conseguido trabajo tan pronto? La mayor parte de la gente tiene que esperar semanas antes de que llegue su oportunidad.

—Siempre he dicho que las oportunidades están allí donde las encuentras.

—Pero ¿cómo...?

Victor ya había echado a andar con alegre naturalidad. Ella lo siguió caminando deprisa, con una expresión petulante en el rostro.

—Ah —comentó Silverfish con sarcasmo cuando los vio llegar—. Increíble, increíble, todo el mundo está en su sitio. Muy bien. Empezaremos desde el momento en que el héroe encuentra a la chica atada a la estaca. Lo que tienes que hacer —siguió, dirigiéndose a Víctor—, es desatarla, llevártela y luchar contra el Balgrog, y tú —señaló a la joven—, tú... tú... límitate a seguirle. Tienes que poner cara de rescatada, ¿entendido?

—Eso se me da muy bien —suspiró ella con resignación.

—¡No, no, no! —intervino Escurridizo, con las manos en la cabeza—. ¡Otra vez eso no, por favor!

—¿No es lo que quería? —se sorprendió Silverfish—. Peleas, rescates...

—¡Tiene que haber algo más! —insistió Escurridizo.

—¿Como qué?

—Oh, no sé. Garra, algo que enganche al público.

—¿Aún no tenemos sonido, y ya quieres imágenes en tres dimensiones?

—Todo el mundo hace películas sobre gente que corre, y pelea, y se cae —replicó Escurridizo—. Tiene que haber algo más. He estado viendo lo que se ha hecho en Holy Wood, y todas las películas me parecen iguales.

—Ah, ¿sí? ¡Bueno, pues a mí todas las salchichas me parecen iguales! —le espetó Silverfish.

—¡Es que tienen que ser iguales! ¡Eso es lo que espera la gente!

—Pues yo también les doy lo que esperan. A la gente le gusta ver más de lo mismo que le ha gustado antes. Peleas, persecuciones, todo eso.

—Disculpe, señor Silverfish —le llamó el operador, por encima de los furiosos chirridos de los demonios.

—¿Sí? —bufó Escurridizo.

—Disculpe, señor Escurridizo, pero tengo que darles de comer dentro de un cuarto de hora.

El ex vendedor de salchichas dejó escapar un gemido.

Más adelante, los recuerdos de Víctor siempre serían confusos en lo relativo a los minutos que siguieron. Así suele ser como funcionan las cosas. Los momentos que cambian tu vida son los que tienen lugar de repente. El momento en que te mueres, por ejemplo.

Recordaba bien que había tenido lugar otra batalla fingida, hasta ahí todo bien, con Morry esgrimiendo un látigo que habría tenido un aspecto temible si el troll hubiera podido controlarlo para que no se le enredara en las piernas constantemente. Y, cuando derrotó al temible Balgrog, que escapó lanzando terribles aullidos y tratando de sujetarse las alas con una mano, se volvió para empezar a cortar las cuerdas que ataban a la chica a la estaca. Sabía que tendría que haber tirado de ella bruscamente hacia la derecha cuando...

... comenzaron los susurros.

No hubo palabras, sino algo que era el corazón de las palabras, algo que atravesó directamente sus orejas y le bajó por la columna vertebral sin molestarse en hacer la parada habitual en el cerebro.

Miró a la chica a los ojos, preguntándose si ella también lo habría oído.

Desde muy lejos, alguien gritaba palabras de verdad. «Venga, date prisa, ¿por qué la miras así?», gritaba Silverfish, y el operador decía, «Si se les pasa la hora de la comida, se ponen imposibles», y Escurridizo respondía, con una voz como el silbido de un cuchillo hendiendo el aire, «No dejes de dar vueltas a esa

manivela» .

Su visión periférica se hizo nebulosa, y en esa nebulosa había formas que cambiaban antes de que tuviera tiempo de examinarlas más detenidamente. Tan impotente como una mosca en un río de ámbar, tan dueño de su destino como una burbuja de jabón en un huracán, se inclinó hacia la chica y la besó.

Había más palabras y gritos, por detrás del zumbido de sus oídos.

—¿Por qué hace eso, si se puede saber? A ver, ¿le he dicho yo que lo hiciera? ¡Nadie le ha dicho que lo hiciera!

—... y luego tengo que limpiar la caja, y la verdad, no es ningún plato de gusto...

—¡Sigue dando vueltas a esa manivela! ¡Sigue dando vueltas a esa manivela! —gritaba Ecurridizo.

—Cielos, ¡mira qué expresión tiene!

—¡Vaya!

—¡Si dejas de dar vueltas a esa manivela, no volverás a trabajar en esta ciudad!

—Oiga, amigo, da la casualidad de que pertenezco al Gremio de Operadores...

—¡No pares! ¡No pares!

Victor emergió. Los susurros se extinguieron y fueron sustituidos por el ruido del batir lejano de las olas contra los acantilados. El mundo real había vuelto, cálido y punzante, con el sol clavado en el cielo como una medalla por ser un día excelente.

La chica respiró hondo.

—Yo... oye, cuánto lo siento... —balbuceó Victor, dando un paso atrás—. Te prometo que no sé qué me pasó...

Ecurridizo daba saltos de alegría.

—¡Eso es! ¡Eso es! —gritó—. ¿Cuándo podremos tenerlo listo?

—Bueno, como he dicho, tengo que dar de comer a los demonios, y limpiarles la caja...

—Vale, vale... así tendré tiempo para que me dibujen unos cuantos carteles —replicó Ecurridizo.

—Ya tengo preparados algunos —señaló Silverfish con tono gélido.

—Estoy seguro, estoy seguro —asintió el ex vendedor de salchichas, emocionado—. Estoy seguro, y me imagino que dicen algo así como « Son unas imágenes en acción bastante interesantes» .

—¿Y qué tiene eso de malo? —quiso saber Silverfish—. ¡Desde luego, son bastante mejores que una maldita salchicha caliente!

—Ya te lo he explicado, cuando quieres vender salchichas, no te quedas ahí esperando a que el cliente quiera salchichas, vas y haces que tenga hambre. Además, les pones mostaza. Y eso es exactamente lo que acaba de hacer este



muchacho.

Puso una mano sobre el hombro de Silverfish, y movió la otra en un amplio gesto.

—¿Te lo imaginas? —dijo.

Titubeó un instante. Su cabeza se llenaba de ideas extrañas antes de que tuviera tiempo de que se le ocurrieran. La oleada de emoción y posibilidades lo embriagaba.

—Espadas de pasión —siguió—. Así lo vamos a titular. Nada de poner el nombre de un tipo viejo que seguramente ya ni siquiera está vivo. Espadas de pasión. Eso es. Una Turbulenta Saga de... de Deseo y... y como se llame eso, ¡de Ardor Primario en un Continente Atormentado! ¡Romanticismo! ¡Glamour! ¡En tres emocionantes rollos! Emocionaos con la Lucha a Muerte contra Terribles Monstruos! ¡Apasionaos cuando más de Mil Elefantes...!

—Sólo es una bobina —susurró Silverfish, empecinado.

—¡Pues rueda algo más esta tarde! —rugió Escurridizo, con unos ojos que casi se le salían de las órbitas—. ¡Sólo necesitas más peleas y más monstruos!

—Y, desde luego, no hay ni un solo elefante —insistió el ex alquimista.

Rock levantó un brazo pétreo.

—¿Sí? —inquirió Silverfish.

—Si hay pintura gris y algo con lo que hacer las orejas, estoy seguro de que Morry y yo...

—Nadie ha hecho nunca una película de tres rollos —señaló Gaffer, reflexionando—. Puede ser peligroso. No sé si se dan cuenta de que durará casi diez minutos. —Meditó un instante—. Supongo que puedo intentar hacer bobinas más largas...

Silverfish tenía conciencia clara de estar muy preocupado.

—Alto un momento... —empezó.

Victor bajó la vista hacia la chica. En aquel momento, nadie les hacía caso.

—Eh... —titubeó—. Creo que no nos han presentado formalmente.

—Pues eso no ha sido un impedimento para ti —replicó ella.

—Te prometo que no suelo hacer esas cosas. Debo de haber estado... enfermo, o algo así.

—Ah, estupendo. Y se supone que con eso lo arreglas todo, ¿no?

—¿Por qué no nos sentamos a la sombra? Aquí hace mucho calor.

—Se te pusieron los ojos como... como brasas.

—¿De veras?

—Sí, tenían una pinta muy extraña.

—Yo sí que me sentía extraño.

—Lo sé. Es este lugar. Se te mete dentro. No sé si lo sabes —siguió la chica, sentándose en la arena—, pero hay montones de normas hasta para los demonios, el tiempo máximo que los pueden hacer trabajar, qué clase de

alimentos deben recibir, todo eso. Pero de nosotros no se ocupa nadie. Incluso los trolls reciben un trato mejor.

—Supongo que se debe a que se pasan el día midiendo dos metros y pesando quinientos kilos —señaló Victor.

—Me llamo Theda Withel, pero mis amigos me llaman Ginger —siguió la chica.

—Yo me llamo Victor Tugelbend. Eh... pero mis amigos me llaman Victor —contestó el joven.

—Es tu primera peli, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque parecía que te divertías.

—Bueno, es mejor que trabajar, ¿no?

—Ya verás cuando lleves tanto tiempo como yo —dijo ella con amargura.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Casi desde el principio. Unas cinco semanas.

—Cielos. Todo ha sucedido muy deprisa.

—Es lo mejor que ha pasado jamás —señaló sencillamente Ginger.

—Supongo que sí... Oye, ¿se nos permite marcharnos a comer algo? —preguntó Victor.

—No. De un momento a otro volverán a llamarnos a gritos —respondió ella.

Victor hizo una mueca. Al fin y al cabo, toda la vida se las había arreglado bastante bien para hacer lo que le daba la gana, eso sí, de una manera tranquila y sin alardes, y no veía ningún motivo para abandonar aquella costumbre, ni siquiera en Holy Wood.

—Pues tendrán que gritar mucho —dijo—. Quiero comer algo, y beber cualquier cosa fresca. Me parece que me ha dado demasiado el sol.

Ginger parecía insegura.

—Bueno, podríamos ir a la cafetería, pero...

—Estupendo. Así me enseñas dónde está.

—Por menos de esto despiden a cualquiera...

—¿Cómo, antes de rodar el tercer rollo?

—Siempre te dicen, «Hay gente de sobra que se muere por entrar en las imágenes en acción», así que...

—Bien. Eso significa que tendrán toda la tarde para encontrar a dos que sean exactamente iguales que nosotros.

Pasó caminando junto a Morry, que también trataba de mantenerse a la sombra de una roca.

—Si alguien nos busca, di que estamos comiendo algo —le pidió.

—¿Qué? ¿Ahora? —se sorprendió el troll.

—Sí —replicó Victor firmemente, sin detenerse.

Tras él, divisó a Ecurridizo y a Silverfish, enzarzados en una acalorada

discusión en la que a menudo intervenía el operador, hablando con el tono despreocupado de quien va a cobrar sus seis dólares diarios pase lo que pase.

—... diremos que es una saga épica. ¡La gente hablará de esto durante siglos!

—¡Sí, dirán que fue el fracaso que nos llevó a la bancarrota!

—Sé dónde podemos conseguir unos grabados a color casi a precio de...

—... he estado pensando que a lo mejor, con un poco de cordel, puedo atar unas ruedas a la caja de imágenes para que se mueva por...

—No, la gente dirá que Silverfish es un artista de las imágenes en acción, con el talento suficiente para dar al público lo que el público busca, eso es lo que dirán. Dirán que su nombre marca un comosellame en el medio...

—... y a lo mejor, con una pértiga y un mecanismo de poleas, podríamos maniobrar la caja de imágenes para acercarla más a...

—¿De verdad? ¿En serio?

—Tú confía en mí, Tommy.

—Bueno... de acuerdo. De acuerdo. Pero nada de elefantes. Quiero que eso quede bien claro. Nada de elefantes.

—Me parece muy extraño —dijo el archicanciller—. No son más que unos cuantos elefantes de cerámica. ¿No decías que se trataba de una máquina?

—Es más bien un... un mecanismo —respondió el tesorero, inseguro.

Dio un empujoncito al objeto. Varios de los elefantes de cerámica se balancearon.

—Creo que lo construyó Riktor el Calderero —siguió—. Yo no llegué a conocerlo.

El objeto parecía una vasija grande, muy ornamentada, casi tan alta como un hombre de la altura de una vasija muy alta. Del borde colgaban ocho elefantes de cerámica, suspendidos de cadenas de bronce. Uno de ellos se balanceó cuando el tesorero lo rozó con el dedo.

El archicanciller escudriñó el interior.

—Aquí hay un montón de palancas y fuelles —dijo con cara de asco.

El tesorero se volvió hacia la encargada de la limpieza de la Universidad.

—Cuéntenos qué sucedió exactamente, señora Whitlow —pidió.

La señora Whitlow, corpulenta, sonrosada y encorsetada, se palmeó la ostentosa peluca y dio un codazo a la menuda doncella que orbitaba a su alrededor, como un bote amarrado a un buque.

—Díselo a su señoría, Ksandra —ordenó.

Ksandra tenía aspecto de estarse arrepintiendo de haber hablado.

—Bueno, señor, el caso, señor, es que yo estaba limpiando el polvo, ya sabe...

—Eshtaba limpihando el polhvo —colaboró la señora Whitlow.

Cuando la señora Whitlow se encontraba en las garras de una profunda conciencia de clase, podía poner haches allí donde la naturaleza ni las había imaginado.

—... y entonces empezó a hacer un ruido...

—Hempezó a hacer hun ruihdo —asintió la señora Whitlow—. Hentonces la chihka vihno a verhme, señoría, a ver qué leh dehcia.

—¿Qué clase de ruido fue, Ksandra? —inquirió el tesorero con toda la amabilidad de que fue capaz.

—Pues, señor, una especie de... —Puso los ojos en blanco—. Era como...  
« Uuhhhmm... Uuhhhmm... Uuhhhmm... Uuhhhmm...  
UuhhhmmuuhhhmmMM mmw uuhhhmmuuhhhmmí mmaí... plib» , señor.

—Plib —repitió el tesorero con solemnidad.

—Sí, señor.

—Plihb —repitió la señora Whitlow.

—Eso fue cuando escupió —añadió Ksandra.

—Expectoró —la corrigió la mujer.

—Al parecer, uno de los elefantes escupió un pequeño perdigón de plomo, señor —dijo el tesorero—. Eso fue el... eh... el « plib» .

—Pues a ver qué hacemos —bufó el archicanciller—. No podemos consentir que las vasijas vayan por ahí lanzando escupitajos a la gente.

La señora Whitlow hizo una mueca.

—Además, ¿por qué lo hace? —añadió Ridcully.

—La verdad es que no lo sé, señor. Pensé que a lo mejor tú podías decirnos algo. Tengo entendido que, en tus tiempos de estudiante, Riktor daba clases aquí. La señora Whitlow está muy preocupada —agregó en un tono que daba a entender que, cuando la señora Whitlow estaba preocupada por algo, un archicanciller inteligente haría bien en prestarle atención—. No quiere que el personal sufra ningún tipo de interferencia de índole mágica.

El archicanciller dio unos golpecitos con los nudillos a la vasija.

—¿Te refieres al viejo « Números» Riktor? ¿Hablamos de la misma persona?

—Eso parece, archicanciller.

—Estaba como una cabra. El tipo pensaba que todo se podía medir. No sólo en términos de longitud, o de peso, o de esas cosas, sino todo. Su frase favorita era, « Si existe, debe ser posible medirlo» . —Los ojos de Ridcully se empañaron con el recuerdo—. Fabricaba toda clase de instrumentos raros. Decía que se podía medir la veracidad, la belleza, los sueños y todo lo demás. Así que éste es uno de los juguetitos de Riktor, ¿eh? ¿Qué querría medir con él?

—Hen mi opinióhn —intervino la señora Whitlow—, dehberíamos guardarlho en ahlgún lugar dohnde no puehda hacer dahño a nadie. Si a uhsteden no lehs imporhta.

—Sí, sí, claro —se apresuró a asentir el tesorero. No era fácil conservar

durante mucho tiempo al personal en la Universidad Invisible.

—Tíralo a la basura —ordenó el archicanciller. El tesorero se quedó horrorizado.

—Oh, no, señor —dijo—. Aquí nunca tiramos nada. Además, es probable que tenga un gran valor.

—Mmm —se interesó Ridcully—. ¿Valor?

—Sí, señor, seguramente se trata de un importante artefacto histórico.

—En ese caso, llévalo a mi estudio. Ya he dicho hasta la saciedad que hay que animar un poco este sitio. Bueno, ahora tengo que irme, he quedado con un tío que está entrenando un grifo. Buenos días, señoras...

—Eh... archicanciller, si tuvieras la amabilidad de firmar... —empezó a decir el tesorero.

Pero hablaba ya con una puerta cerrada.

Nadie se molestó en preguntar a Ksandra cuál de los elefantitos de cerámica había escupido la bala. Y, aunque lo hubieran hecho, la dirección del proyectil no habría significado nada para ellos.

Aquella misma tarde, un par de conserjes de la Universidad trasladaron el único resógrafo<sup>[5]</sup> operativo del universo al estudio del archicanciller.

Aún no habían encontrado la manera de añadir sonido a las imágenes en acción, pero había un ruido que siempre se asociaba con Holy Wood: era el sonido de los martillos golpeando clavos.

Holy Wood se expandía a toda velocidad: casas nuevas, calles nuevas, hasta vecindarios nuevos, aparecían de la noche a la mañana. Y, en aquellas zonas donde los aprendices de alquimista, que habían hecho unos cursillos hiperacelerados, no estaban del todo familiarizados con los aspectos más delicados del octoceluloide, desaparecían aún más deprisa. Aunque eso no tenía demasiada importancia. El humo no se había terminado de despejar cuando ya se volvían a oír los martillazos.

Y Holy Wood crecía por fisión. Lo único que hacía falta era un muchacho de pulso firme y no fumador que supiera leer instrucciones de alquimia, un operador, un saco de demonios y montones de luz solar. Ah, y unas cuantas personas. Pero personas había de sobra. Si uno no tenía talento para criar demonios, o para mezclar productos químicos, o para dar vueltas rítmicamente a una manivela, siempre podía cuidar caballos o servir mesas, y poner cara de interesante sin perder las esperanzas. Y, si todo lo demás fallaba, clavar clavos. Edificio destartado tras edificio destartado, la antigua colina se iba poblando. El sol despiadado decoloraba y retorció los delgados tablones, pero la construcción nunca cesaba.

Porque Holy Wood lanzaba su llamada. Cada día llegaba más gente. No llegaban para ser palafreneros, ni camareras, ni carpinteros de urgencias. Llegaban para hacer películas.

Y no tenían ni idea de por qué.

Como bien sabía Y-Voy-A-La-Ruina Ecurridizo, allí donde se reunieran dos o más personas alguien intentaría venderles sospechosas salchichas dentro de panecillos.

Ahora que él estaba ocupado con otros asuntos, no había faltado quien cumpliera con ese cometido.

Una de esas personas era Nodar Borgle el Klatchiano, cuya enorme barraca donde había hasta ecos no era tanto un restaurante como una fábrica de alimentación. En uno de los extremos había grandes soperas humeantes. El resto eran mesas, y en torno a las mesas había...

Victor se quedó atónito.

... había trolls, humanos y enanos. Y unos cuantos gnomos. Y hasta unos pocos elfos, la raza más elusiva del Mundodisco. Y muchas otras cosas que Victor esperaba que fueran trolls disfrazados, porque, si no lo eran, los clientes del restaurante estarían pronto en apuros. Pero todo el mundo comía, y lo más sorprendente era que no se comían unos a otros.

—Tienes que coger un plato, hacer cola y luego pagarlo —le explicó Ginger—. Lo llaman autotumismo.

—¿Y tienes que pagar antes de comerlo? ¿Qué pasa si luego resulta que está asqueroso?

Ginger hizo una mueca.

—Por eso se paga antes.

Victor se encogió de hombros y se inclinó hacia el enano que había tras el mostrador.

—Quisiera...

—Estofado —replicó el enano.

—¿Qué clase de estofado?

—No hay más que una clase de estofado —bufó—. Estofado de estofado.

—En realidad, lo que preguntaba es de qué está hecho —insistió Victor.

—Si tienes que preguntarlo es que no estás lo suficientemente hambriento —intervino Ginger—. Dos estofados, Frunkin.

Victor observó cómo el enano vertía en su plato la sustancia color marrón grisáceo. Unos extraños bultos, impulsados por misteriosas corrientes, afloraron un instante antes de hundirse de nuevo, cabía esperar que para siempre.

Borgle pertenecía a la misma escuela de cocina que Ecurridizo.

—O estofado, o nada, chaval —rió el cocinero—. Es medio dólar. Bien barato.

Victor le tendió el dinero de mala gana, y miró a su alrededor buscando a Ginger.

—¡Aquí! —le llamó la chica, que se había sentado junto a una de las largas mesas—. Hola, Thunderfoot. Hola, Breccia, ¿cómo va eso? Éste es Vic. Es nuevo.

Hola, Sniddin, no te he visto antes.

Victor se encontró encajonado entre Ginger y un troll de las montañas que vestía lo que parecía una cota de mallas, pero que resultó ser una cota de mallas al estilo Holy Wood, o sea, una serie de cordeles mal entrelazados pintados de purpurina plateada.

Ginger empezó a charlar animadamente con un gnomo de diez centímetros y un enano que lucía medio disfraz de oso, con lo que Victor se quedó un tanto aislado.

El troll le sonrió e hizo una mueca señalando su propio plato.

—Y se atreven a decir que esto es pómez —le dijo—. Ni siquiera se molestan en quitar la lava, y la arena no tiene gusto a nada.

Victor miró el plato del troll.

—No sabía que los trolls comían rocas —dijo sin poder contenerse.

—¿Por qué no?

—¿No es de eso de lo que estáis hechos?

—Sí, pero tú estás hecho de carne, ¿y qué comes?

Victor clavó la vista en su propio plato.

—Buena pregunta —dijo. Ginger se volvió hacia ellos.

—Vic está haciendo una peli para Silverfish —explicó a todos—. Parece que va a ser de tres rollos.

Hubo un murmullo generalizado de interés.

Victor apartó cuidadosamente a un borde del plato algo amarillo y grumoso.

—Decidme una cosa —empezó, pensativo—. Mientras estáis rodando, ¿habéis oído alguna vez... habéis tenido... una especie de sensación... como de estar...? —Se detuvo, titubeante. Todos lo miraban—. Es decir, ¿nunca os habéis sentido como si algo actuara a través de vosotros? No sé de qué otra manera expresarlo.

El resto de los comensales se relajaron.

—Eso es Holy Wood, nada más —le contestó el troll—. Se te mete dentro. Supongo que se debe a toda la creatividad que hay por aquí.

—Pero el ataque que tuviste tú fue de los fuertes —señaló Ginger.

—Es cosa cotidiana —intervino el enano, meditabundo—. Cosas de Holy Wood. La semana pasada, los chicos y yo estábamos trabajando en Historias de los enanos, y de repente todos empezamos a cantar. Así, como si tal cosa. Como si la canción se nos hubiera ocurrido a todos a la vez. ¿Qué os parece?

—¿Qué canción era? —se interesó Ginger.

—Ni idea. La hemos titulado « aivó » . Era lo único que decía. « Aivó, aivó » .

—Es que, a mí, todas las canciones de los enanos me parecen iguales —gruñó el troll.

Eran más de las dos de la tarde cuando volvieron al lugar donde se estaban rodando las imágenes en acción. El operador había quitado la tapa trasera a la caja de imágenes, y estaba rascando el suelo con una pequeña pala.

Escurridizo dormitaba en su silla de lona, con un pañuelo extendido sobre la cara. Pero Silverfish no podía estar más despierto.

—¡Eh, vosotros dos! ¿Dónde estabais? —aulló.

—Tenía hambre —replicó Victor.

—Pues vas a seguir teniendo hambre, muchacho, porque te juro que...

Escurridizo levantó una esquina del pañuelo.

—Empecemos de una vez —murmuró.

—¡Pero no podemos consentir que los actores nos traten de esta...!

—Primero, acabemos la peli, y a los despedirás luego —zanjó Ecurridizo.

—¡De acuerdo! —bufó Silverfish. Blandió un dedo amenazador en dirección a Victor y a Ginger—. ¡No volveréis a trabajar en esta ciudad!

Mal que bien, se las arreglaron para que la tarde siguiera su curso. Ecurridizo ordenó traer un caballo, y dijo varias cosas desagradables al operador porque aún no era posible mover la caja de imágenes. Los demonios se quejaban. De manera que pusieron al caballo ante el agujero de la caja y Victor se dedicó a saltar arriba y abajo en la silla. Como dijo Ecurridizo, con eso bastaba y sobraba para las imágenes en acción.

Después, de mala gana, Silverfish les pagó dos dólares a cada uno y los despidió.

—Se lo contaré a los demás alquimistas —gimió Ginger, desanimada—. Y harán pifia, como siempre, todos nos tratarán igual.

—A nosotros nos ha dado dos dólares por día, pero los trolls cobran tres —señaló Víctor—. ¿Cómo es eso?

—Porque no hay tantos trolls que quieran hacer imágenes en acción —replicó la chica—. Y un buen operador puede llegar a cobrar seis o siete dólares al día. Los actores no tienen importancia.

Se volvió hacia él y lo miró con ojos llameantes.

—No me iba nada mal —siguió—. Tampoco era una maravilla, pero no me iba mal. Me ofrecían muchos trabajos. Todo el mundo pensaba que se podía confiar en mí. Me estaba haciendo toda una reputación...

—No te puedes hacer una reputación en Holy Wood —dijo Victor—. Es como construir una casa en un pantano. Nada es real.

—¡Pero a mí me gustaba! ¡Y tú lo has estropeado todo! ¡Ahora seguramente tendré que volver a ese espantoso pueblecito del que quizá no hayas oído hablar! ¡A una mierda de trabajo en la lechería, a ordeñar todo el día! ¡Muchas gracias! ¡Cada vez que le vea el culo a una vaca, me acordaré de ti!



Con un bufido, se alejó a zancadas hacia la ciudad, dejando a Victor con los trolls. Tras unos momentos, Rock carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Tienes algún lugar para dormir? —le preguntó.

—Me temo que no —suspiró el joven.

—Es lo que suele pasar —asintió Morry.

—Había pensado dormir en la playa —siguió Victor—. La verdad es que hace bastante calor. Y necesito descansar un poco. Buenas noches.

Echó a andar en esa dirección.

El sol se estaba poniendo, y un viento procedente del mar había refrescado un poco el ambiente. En torno a la mole oscura de la colina, las luces de Holy Wood empezaban a encenderse. Holy Wood sólo se relajaba en la oscuridad. Cuando la luz del día es tu material de trabajo, no vas por ahí desaprovechándola.

En la playa se estaba bastante bien. Allí no solía ir nadie. La madera arrastrada por las olas, agrietada y llena de sal reseca, no servía para construir nada. La marea la había ido apilando hasta formar una larga barrera blanca a lo largo de toda la orilla.

Victor reunió la suficiente como para encender una hoguera, y luego se tendió para contemplar las olas.

Desde la cima de la duna más cercana, escondido tras un montón de algas secas, Gaspode, el Perro Maravilla, lo miraba pensativo.

Pasaban dos horas de la medianoche.

Ahora, *eso* los tenía, y se derramaba alegre por la colina, dejando que su brillo inundara el mundo.

Holy Wood sueña...

Sueña para todo el mundo.

En la oscuridad ardiente y asfixiante de un cobertizo de madera, Ginger Withel soñaba con alfombras rojas y multitudes que aplaudían. Y con una rejilla. No dejaba de soñar con una rejilla del suelo por la que salía una ráfaga de aire caliente que le levantaba las faldas...

En la oscuridad no mucho más fresca de un cobertizo poco más caro, Silverfish, el fabricante de imágenes en acción, soñaba con multitudes que aplaudían, y con que alguien le daba un premio por haber hecho las mejores imágenes en acción de la historia. El premio era una estatua, una estatua muy grande.

Entre las dunas de arena, Rock y Morry dormitaban obedientemente, porque los trolls son criaturas nocturnas por naturaleza, y dormir en la oscuridad iba contra sus instintos de eones. Soñaban Con montañas.

En la playa, bajo el manto de estrellas, Victor soñaba con caballos al galope, capas al viento, barcos piratas, peleas a espada, candelabros...

En la duna contigua, Gaspode, el Perro Maravilla, dormía con un ojo abierto y soñaba con lobos.

Pero Y-Voy -A-La-Ruina Ecurridizo no soñaba, porque no estaba durmiendo.

Había sido un largo viaje a caballo hasta Ankh-Morpork y él prefería vender caballos a montar en ellos, pero por fin había llegado.

Las tormentas que con tanta cautela esquivaban Holy Wood no tenían ningún reparo acerca de Ankh-Morpork y estaban cayendo chuzos de punta. Pero claro, eso no interrumpía en absoluto la vida nocturna de la ciudad. Sólo la hacía más húmeda.

No había nada que no se pudiera comprar en Ankh-Morpork incluso a media noche. Y Ecurridizo quería comprar muchas cosas. Quería que le pintaran carteles. Necesitaba todo tipo de cosas. Muchas ellas implicaban ideas que había tenido que inventar durante el largo viaje, y ahora se vería obligado a explicarlas detenidamente a otras personas. Para colmo, tendría que explicárselas deprisa.

La lluvia caía como una sábana sólida cuando por fin salió a la calle, con las primeras luces del amanecer. Las alcantarillas estaban desbordadas. A lo largo de los tejados, las repulsivas gárgolas vomitaban certeramente sobre los transeúntes, aunque, como ya eran las cinco de la madrugada, había menos gente por las calles.

Ruina inhaló profundamente el espeso aire de la ciudad. Aire auténtico. Había que viajar mucho para encontrar un aire más auténtico que el de Ankh-Morpork. Sólo con respirarlo, se notaba que otras personas también habían estado haciéndolo durante miles de años.

Por primera vez en muchos días, tenía la sensación de estar pensando con claridad. Eso era lo más extraño de Holy Wood, Mientras estabas allí, todo te parecía natural, todo parecía de lo más lógico, pero en cuanto te alejabas un poco y volvías la vista, veías que era como una brillante pompa de jabón. Era como si, mientras te encontrabas en Holy Wood, no fueras la misma persona.

Bueno, Holy Wood era Holy Wood, y Ankh era Ankh, y Ankh era real y sólida a prueba de bomba, al menos según la opinión de Ruina.

Caminó por los charcos, escuchando el sonido de la lluvia.

Y entonces, por primera vez en su vida, advirtió que tenía un ritmo.

Qué cosas. Podías vivir en una ciudad toda tu vida, y tenías que marcharte y regresar para advertir que el sonido de la lluvia al repiquetear contra las calles tenía un ritmo propio: DuMdi-dum-dum, dumdi-dumdi-DUM-DUM...

Unos minutos más tarde, el sargento Colon y el cabo Nobbs, de la guardia nocturna, que estaban compartiendo amigablemente un cigarrillo refugiados en un portal, se dedicaron a hacer lo que mejor hace cualquier miembro de la guardia nocturna: mantenerse en un lugar caliente y seco, bien lejos de cualquier posible problema.

Ellos fueron los únicos testigos de la enloquecida figura que bajaba por la calle pisando charcos y haciendo piruetas entre ellos. La figura se agarró a una tubería para doblar una esquina y, con un alegre entrechocar de talones,

desapareció de la vista.

El sargento Colon tendió la arrugada colilla a su compañero.

—¿No era ése el viejo Ruina Ecurridizo? —preguntó al poco rato.

—Sí —asintió Nobby.

—Parecía contento, ¿no?

—En mi opinión, le falta un tornillo —bufó su compañero—. Mira que ir por ahí, cantando bajo la lluvia...

Uuhmm... uuhmm...

El archicanciller, que había estado poniendo al día sus notas sobre los dragones, mientras disfrutaba de una última copa junto a la chimenea, alzó la vista.

...uuhmm... uuhmm... uuhmm...

—¡Rayos! —murmuró, al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia la gran vasija.

La vasija se tambaleaba de un lado al otro, como si todo el edificio estuviera temblando.

El archicanciller la contempló, fascinado.

...uuhmm... uuhmm muhmmmmMM immmuuHMM.

Se tambaleó un instante más, y luego quedó en silencio.

—Qué cosas —dijo el archicanciller—. Qué cosas más raras Plib.

Al otro lado de la habitación, la botella de coñac se hizo añicos.

Ridcully el Marrón respiró hondo.

—¡Tesoreroooo!

Las moscas despertaron a Victor. El aire era ya cálido. Iba a hacer otro buen día.

Se dirigió hacia la orilla del mar para lavarse y despejarse la cabeza.

Hizo cálculos. Aún le quedaban los dos dólares del día anterior, además de un puñado de peniques. Podía permitirse el lujo de quedarse unos días, sobre todo si dormía en la playa. Y el estofado de Borge, aunque sólo fuera comida en sentido técnico y más estricto de la palabra, era bastante barato... pero, bien pensado, comer allí implicaría embarazosos encuentros con Ginger.

Dio un paso más, y se hundió.

Victor jamás había nadado en el mar. Salíó a la superficie medio ahogado, sacudiendo el agua como un loco. La playa estaba a muy pocos metros.

Se relajó, se concedió tiempo para recuperar el aliento, y nadó tranquilamente hasta más allá del rompeolas. El agua era cristalina, transparente. El fondo se divisaba con claridad. Se sumergió y abrió los ojos. A través del filtro azul del agua, más allá de los enormes bancos de peces, se divisaban las rocas claras, rectangulares, dispersas por el lecho arenoso.

Salíó para tomar aire y trató de sumergirse lo más posible, hasta que le

zumbaron los oídos. La langosta más grande que había visto en su vida lo amenazó con sus pinzas desde una roca, y huyó hacia las profundidades.

Victor volvió a salir a la superficie, jadeante, y nadó hacia la orilla.

Bueno, si no conseguía entrar en las imágenes en acción, allí siempre podría ganarse la vida como pescador, de eso estaba seguro.

Un vendedor de madera también se podría ganar la vida. En aquella playa había suficiente leña seca por el viento como para abastecer todas las chimeneas de Ankh-Morpork durante años. En Holy Wood, nadie soñaría con encender una hoguera, excepto para cocinar o para dar luz.

Y eso era lo que había estado haciendo alguien. Mientras hacía pie ya cerca de la orilla, Victor advirtió que la madera que había más abajo, en la misma playa, no estaba amontonada al azar, sino con orden, en pilas simétricas. Junto a ella, unas cuantas piedras renegridas formaban un rudimentario lecho para una hoguera.

Estaba casi tapado por la arena. Quizá otra persona había estado viviendo en la playa, aguardando su gran oportunidad de entrar en las imágenes en acción. Ahora que lo pensaba, los troncos situados tras las piedras medio enterradas también parecían colocados a propósito. Mirándolos desde el mar, casi daba la sensación de que algunos de ellos estuvieran formando una destartada puerta.

Quizá hubiera gente todavía allí. Quizá los inquilinos de la choza tuvieran algo para beber.

Seguían allí, desde luego. Pero hacía meses que no necesitaban beber.

Eran las ocho de la mañana. Un golpe retumbante despertó a Bezam Planter, el propietario del *Odium*, uno de los polvorientos tugurios de exhibición de imágenes en acción que había en Ankh-Morpork.

Había pasado una noche fatal. A la gente de Ankh-Morpork le encantaban las novedades. Lo malo era que no le encantaban las novedades durante mucho tiempo. El *Odium* había sido un gran negocio durante una semana, había conseguido no perder dinero durante la siguiente, y ahora estaba muriendo a toda velocidad. El último pase de la noche anterior había tenido como únicos espectadores a un enano sordo y a un enorme orangután, que hasta se había traído sus propios cacahuets. Bezam, que dependía de la venta de cacahuets y pajaritos para rentabilizar el negocio de exhibición de imágenes en acción, estaba de un humor de perros.

Abrió la puerta y miró hacia el exterior con ojos legañosos.

—Está cerrado hasta las dos de la tarde —dijo—. Es la primera función. Vuelve luego. Tranquilo, hay localidades de sobra.

Cerró la puerta de golpe. Ésta rebotó contra la bota de Ruina Escurridizo, y se estrelló contra la nariz de Bezam.

—He venido por lo del pase especial de *Espadas de Pasión* —dijo Ruina.

—¿Pase especial? ¿Qué pase especial?

—El pase especial del que voy a hablarte ahora mismo —replicó el ex vendedor de salchichas.

—No estamos pasando nada especial sobre ningunas espadas apasionadas. Estamos pasando *El emocionante*...

—El señor Escurridizo dice que están pasando *Espadas de Pasión* —rugió una voz.

Escurridizo se apoyó contra el marco de la puerta. Tras él había una enorme losa de piedra. Parecía como si alguien le hubiera estado lanzando bolas de acero durante treinta años.

La losa se agrietó por el centro y se inclinó hacia Bezam.

El hombre reconoció a Detritus. Todo el mundo reconocía a Detritus. No era un troll que uno olvidara fácilmente.

—Pero si ni siquiera he oído hablar de... —empezó Bezam. Ruina se sacó una gran lata de debajo de la capa, y sonrió.

—Y aquí tienes unos cuantos carteles —añadió, al tiempo que sacaba un grueso rollo blanco.

—El señor Escurridizo me ha dejado poner unos cuantos en las paredes —añadió Detritus con orgullo.

Bezam desenrolló un cartel. Los colores del dibujo hacían que le lloraran los ojos a cualquiera. Mostraba una imagen de alguien que quizá fuera Ginger, vestida con una blusa que le quedaba definitivamente pequeña, junto a Victor, que estaba a punto de cargársela a un hombro mientras usaba la otra mano para luchar contra un amplio surtido de monstruos. Como fondo, había volcanes en erupción, dragones surcando los cielos y ciudades ardiendo hasta los cimientos.

—« ¡Las imágenes en acción que nadie olvidará!» —leyó Bezam |con voz titubeante—. « ¡Una Sobrecogedora Abentura en el Ardiente Amanecer de un Nuevo Continente! ¡Un Hombre y Una Mujer que Luchan contra las Fuerzas del Destino en un Mundo enloquecido! ¡CON LAS ESTRELLAS \*\*Delores De Syn\*\* como La Chica y \*\*Victor Maraschino\*\* como Cohén el Bárbaro! ¡EMOZIONES! ¡ABENTURAS! ¡¡¡ELEFANTES!!! ¡¡¡Muy Pronto, en tu Tugurio más Cercano!!!!» .

Volvió a leerlo.

—¿Cómo es que tiene estrellas esa tal Delores De Syn? —preguntó, no muy convencido.

—Porque está en las imágenes en acción —le explicó Ruina—. Por eso hemos puesto esos simbolitos al lado de los nombres, ¿ves? —Se inclinó un poco más hacia delante y bajó la voz hasta convertirla en un susurro retumbante—. Se dice que es la hija de un pirata klatchiano y una de las hermosísimas y testarudas prisioneras de éste... y él... él es hijo de... de un mago renegado y una bailaora

gitana...

—¡Vaya! —exclamó Bezam, asombrado a su pesar. Escurridizo se dio una palmadita mental en la espalda. Últimamente estaba muy orgulloso de haberse conocido.

—Tengo entendido que vais a empezar la proyección dentro de una hora —dijo.

—¿Por la mañana tan temprano? —se sorprendió Bezam.

La película que había obtenido para aquel día era *El emocionante mundo de la alfarería artesanal*, cosa que lo tenía bastante preocupado. Aquella nueva proposición le parecía mucho más interesante.

—Sí —asintió Escurridizo—. Porque habrá mucha gente que querrá verla.

—No estoy tan seguro —titubeó Bezam—. Muchos tugurios han cerrado últimamente. El negocio no va bien.

—El público vendrá a ver ésta —le aseguró Ruina—. Confía en mí. ¿Te he engañado alguna vez?

Bezam se rascó la cabeza.

—Bien, el mes pasado, una noche, me vendiste una salchicha en un panecillo y me dijiste...

—Era una pregunta retórica —replicó Ruina.

—Eso —colaboró Detritus. Bezam cedió.

—De acuerdo. Muy bien. Aunque no sé qué es eso de la retórica.

—Estaba seguro. —Ruina sonrió como un gnomo depredador—. Y ahora —siguió—, tenemos que hablar del asunto de los porcentajes.

—¿Qué son los porcentajes?

—¿Quieres un puro? —ofreció Escurridizo.

Victor caminó lentamente por la innominada calle principal de Holy Wood. Tenía arena metida bajo las uñas.

No estaba seguro de haber hecho lo correcto.

Seguramente el hombre no había sido más que un viejo pescador que un día se fue a dormir y no despertó, aunque la descolorida túnica roja y dorada no era el atuendo típico de los pescadores. El joven no había podido precisar cuánto tiempo llevaba muerto. La sequedad y el aire salino habían actuado como agentes conservantes. Lo habían conservado con el mismo aspecto que debió de tener mientras vivía, o sea, con aspecto de cadáver.

Y, por lo que vio en la choza, había pescado cosas muy raras.

Victor había pensado que debía informar a alguien, pero probablemente no había nadie en Holy Wood a quien le pudiera interesar el tema. Seguramente, en el mundo no había habido más que una persona interesada en si el anciano vivía o moría, y esa persona había sido la primera en enterarse.

El joven enterró el cadáver en la arena, tras la choza de tablones viejos, en un lugar donde no llegarían las olas.

Vio ante él el establecimiento de Borge. Decidió que podía correr el riesgo de desayunar allí. Además, necesitaba un sitio tranquilo donde sentarse a leer el libro.

No era el tipo de cosas que se suelen encontrar en una playa, en una choza de tablones viejos, en la mano rígida de un cadáver.

En la cubierta se leían las palabras: El Libro de la Película.

Había más palabras en la primera página, escritas con la caligrafía redondeada de alguien que no está demasiado acostumbrado a escribir. Decían: Éstas son las Crónicas de los Guardianes del Para Monte copiadas a limpio por mí, Deccan, porque las viejas se están cayendo a pedazos.

Pasó con cautela las páginas rígidas. A primera vista, todas parecían llenas de anotaciones casi idénticas. No había fechas en ningún momento, pero la cosa no tenía mayor importancia, puesto que todos los días eran iguales.

Me levanté. Fui al retrete. Encendí la hoguera. Anuncié la Primera Sesión. Acabé pronto. Recogí madera. Encendí la hoguera. Subí a la colina. Entoné la Sesión de Noche. Encendí la hoguera. Arreglé la casa. Cené. Recité el Cántico de la Última Sesión. Me acosté.

Me levanté. Fui al retrete. Encendí la hoguera y canté la Primera Sesión. Acabé pronto. Crullet, el pescador de la Cala Roja, me había dejado dos buenos atunes. Comí. Anuncié la Sesión de Noche. Encendí la hoguera. Cené. Limpié la casa. Entoné el Cántico de la Última Sesión. Me acosté. Me levanté a medianoche, fui al retrete y vigilé el fuego, pero no hacía falta más leña.

Vio a la camarera por el rabillo del ojo.

—Quisiera un huevo pasado por agua —pidió.

—Hay estofado. Estofado de pescado.

Alzó la vista hacia los ojos llameantes de Ginger.

—No sabía que fueras camarera —dijo.

La joven hizo un gesto de desempolvar el salero.

—Yo tampoco, hasta ayer —replicó—. Por suerte para mí, la chica que trabajaba por las mañanas para Borge ha conseguido una oportunidad en las próximas imágenes en acción de Alquimistas Unidos. Soy afortunada, ¿eh? —Se encogió de hombros—. Si sigo teniendo tanta suerte, ¿quién sabe? Quizá consiga también el turno de tarde.

—Oye, yo no tenía intención de...

—Estofado. O lo tomas o lo dejas. Tres clientes de esta mañana han hecho las dos cosas.

—Lo tomaré. Mira, no te lo vas a creer, pero he encontrado este libro entre las manos de...

—No se me permite confraternizar con los clientes. Puede que éste no sea el mejor empleo de la ciudad, pero no vas a hacer que lo pierda —le espetó Ginger—. Estofado de pescado, ¿vale o no?

—Oh. Claro. Lo siento.

Victor pasó las páginas del libro hacia atrás. Antes de Deccan había estado Tentó, que también entonaba cánticos tres veces al día, y que también recibía de vez en cuando regalos de los pescadores, además de acudir al retrete, aunque en esto no era tan asiduo como Deccan, o no lo había considerado siempre digno de mención. Antes que él, el entonador de cánticos había sido un tal Meggelin. En aquella playa había vivido toda una cadena de personas, aunque si te remontabas lo suficiente las encontrabas en grupos, y si te remontabas aún más las anotaciones tenían un tono oficial. Era difícil comprenderlas. Parecían escritas en clave, había hileras e hileras de complicadas imágenes...

Un plato de sopa primigenia cayó bruscamente ante él.

—Oye —empezó—, ¿a qué hora sales de...?

—Nunca —replicó Ginger.

—Sólo iba a preguntarte si sabías dónde...

—No.

Victor examinó la turbia superficie del caldo. Borge trabajaba sobre la base de que, si lo encontrabas en el agua, era pescado. Allí había algo color púrpura que tenía por lo menos diez patas.

De todos modos, se lo comió. Le estaba costando treinta peniques.

Luego se levantó e intentó hablar de nuevo con Ginger, pero la chica se



afanaba con resolución tras el mostrador, dándole la espalda ostensiblemente y girando como un faro de manera que, por mucho que Victor intentaba atraer su atención, no le veía más que la espalda. Por último, el joven se rindió y salió a buscar otro trabajo.

Victor no había trabajado en su vida. Según su experiencia, el trabajo era una cosa que les ocurría a los demás.

Bezam Planter colgó la bandeja del cuello de su esposa.

—Muy bien —dijo—, ¿lo tienes todo?

—Los pajaritos se han puesto blandos —replicó ella—. Y no hay manera de conservar calientes las salchichas.

—Todo estará oscuro, mi amor. Nadie se dará cuenta.

Terminó de atar la cinta y dio un paso hacia atrás.

—Ya está —dijo—. Ya sabes lo que tienes que hacer. A media película, dejaré de proyectarla, y pondré la cartulina que dice «¿Por qué no toma una bebida refrescante y unos pajaritos?», y entonces sales tú por la puerta y recorres el pasillo.

—También podrías mencionar las salchichas refrescantes —suspiró su mujer.

—Y la verdad, tengo la sensación de que deberías dejar de usar esa antorcha para mostrar sus asientos a la gente —señaló Bezam—. Estás provocando demasiados incendios.

—Si no, no veo en la oscuridad —replicó ella.

—Sí, pero anoche tuve que devolverle su dinero a aquel enano. Ya sabes lo mucho que cuidan sus barbas. Haremos una cosa, cariño, te traeré una salamandra en una jaula. Llevan en el tejado desde el amanecer, así que ya deben de estar preparadas.

Estaban preparadas. Las criaturas dormitaban en sus jaulas, con los cuerpos vibrando suavemente a medida que absorbían luz. Bezam eligió seis de las más maduras, volvió a bajar a la sala de proyecciones del tugurio, y las metió en la caja de mostrar imágenes.

Empezó a rebobinar la película que le había entregado Ecurridizo, y echó un vistazo hacia la oscuridad.

A ver si por casualidad había alguien aguardando en el exterior.

Se dirigió hacia la puerta principal, arrastrando los pies, bostezando.

Alzó la mano y corrió un cerrojo.

Bajó la mano y corrió el otro.

Abrió las puertas.

—Muy bien, muy bien —gruñó—. Empezad a...

Se despertó en la sala de proyecciones, mientras la señora Planter lo abanicaba desesperadamente con su delantal.

—¿Qué ha pasado? —gimió el hombre, tratando de quitarse de la cabeza el recuerdo de la estampida de pies.

—¡Hay un lleno hasta los topes! —exclamó ella—. ¡Y todavía queda gente haciendo cola fuera! ¡Es increíble, la cola baja por toda la calle! ¡Es por esos asquerosos carteles, te lo digo yo!

Bezam se incorporó, inseguro pero decidido.

—¡Calla ya, mujer! ¡Baja a la cocina y prepara más pajaritos! —gritó—. ¡Y luego, vuelve aquí para ayudarme a pintar carteles nuevos! ¡Si hacen cola por localidades de cinco peniques, no les importará pagar diez!

Se arremangó y cogió la manivela.

En primera fila estaba sentado el bibliotecario, con una bolsa de cacahuetes en el regazo. Tras unos minutos, dejó de masticar y se quedó con la boca abierta, mirando, mirando, mirando las temblorosas imágenes.

—¿Le sujeto el caballo, señor? ¿Señora?

—¡No!

Al mediodía, Victor había ganado dos peniques. No era porque la gente no tuviera caballos, ni porque no necesitaran que alguien los sujetara. Al parecer, lo que no querían era que Victor los sujetara.

Al final, un hombrecillo deforme que trabajaba calle abajo se dirigió hacia él, tirando de cuatro caballos. Victor llevaba varias horas mirándolo, sin poder creerse que alguien dirigiera al homúnculo una sonrisa amable, por no mencionar ya que le confiaran un caballo. Pero el caso era que no paraba de trabajar, mientras que los anchos hombros de Victor, su perfil atractivo y su sonrisa amplia y sincera debían de ser un auténtico impedimento a la hora de cuidar caballos.

—Eres nuevo en esto, ¿eh? —le preguntó el hombrecillo.

—Sí —reconoció Victor.

—Ya se nota, ya. Supongo que estarás esperando tu gran oportunidad de entrar en las imágenes en acción, ¿no? Le dirigió una sonrisa alentadora.

—No. La verdad es que ya entré —replicó el joven.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Victor se encogió de hombros.

—Es que salí.

—Ah, ¿de verdad? Sí, jefe, gracias, adiós, jefe, claro, jefe —asintió el hombrecillo, al tiempo que recogía otras riendas.

—Supongo que no necesitarás un ayudante... —se atrevió a sugerir Victor.

Bezam Planter contempló boquiabierto el montón de monedas que tenía ante él.

Entonces, Ruina Escurridizo movió las manos, y el montón resultante fue más pequeño, pero aun así seguía siendo el montón de monedas más grande que Bezam había visto estando despierto.

—¡Y todavía seguimos proyectándola cada cuarto de hora! —exclamó Bezam—. ¡He tenido que contratar a otro chico para dar vueltas a la manivela! No sé, ¿qué puedo hacer con todo este dinero?

Ruina le dio unas palmaditas en la espalda.

—Compra un local más grande —le dijo.

—Ya lo había estado pensando —asintió Bezam—. Sí. Algo con columnas bonitas en la entrada. Y mi hija Caliope toca el órgano muy bien, no estaría nada mal que hiciera el acompañamiento. También tiene que haber montones de pintura dorada, y decoración de escarola...

Le brillaban los ojos.

Eso había encontrado otra mente.

Holy Wood sueña.

...y convertirlo en un palacio, como el legendario Roxie en Klatch, o el templo más rico que haya existido, con esclavas para vender los pajaritos y los cacahuets, y Bezam Planter caminando por él con aires de dueño, vestido con una chaqueta roja llena de bordados de oro...

—¿Eh? —se sobresaltó, mientras el sudor le perlaba la frente.

—He dicho que me tengo que ir —repitió Ruina—. En el negocio de las imágenes en acción, hay que estar siempre en acción, ya sabes.

—La señora Planter dice que tenéis que hacer más películas con ese joven —señaló Bezam—. Toda la ciudad habla de él. Según me ha contado, muchas mujeres se desmayaron cuando les dirigió esa mirada ardiente suya. La ha visto cinco veces —añadió, con la voz repentinamente teñida de sospecha—. Y esa chica... ¡ufff!

—No te preocupes por nada —sonrió Ruina—. Los tengo con contrato en exclu...

La sombra de una duda cubrió su rostro.

—Hasta pronto —añadió bruscamente.

Salió corriendo del edificio.

Bezam se quedó solo, y miró a su alrededor, contemplando el interior del mugriento Odium, mientras su imaginación calenturienta llenaba los rincones oscuros de palmeras en macetas, decoraciones doradas y querubines regordetes. Sus pies aplastaron cáscaras de cacahuets y bolsas de pajaritos. Hay que hacer que lo limpien antes de la próxima sesión, pensó. Supongo que ese mono volverá a estar el primero en la cola.

Entonces, sus ojos se posaron en el cartel de Espadas de Pasión. Increíble, realmente increíble. La verdad era que no había habido volcanes ni elefantes, y los monstruos no eran más que trolls con cosas raras pegadas a los cuerpos, pero

en aquel primer plano... bueno... todos los hombres habían suspirado, y luego todas las mujeres habían suspirado... Era como la magia. Sonrió a las imágenes de Victor y Ginger.

Se preguntó qué estarían haciendo aquellos dos en ese momento. Probablemente, comer caviar en platos de oro, y caminar sobre cojines, absolutamente felices. Seguro.

—No pareces nada feliz, muchacho —dijo el guardador de caballos.

—Es que me temo que no le cojo el tranquilo a esta profesión —confesó Victor.

—Ah, claro, porque guardar caballos es un trabajo difícil —asintió el hombre—. Hay que aprender todos los matices, hay que ensayar el estilo descarado pero no demasiado atrevido del experto. La gente no sólo quiere que le sujetes el caballo, ¿sabes? Quieren que se lo sujetes como un profesional.

—¿De verdad?

—Quieren que estés en tu papel —siguió el otro—. No es sólo cuestión de coger las riendas.

Victor empezó a comprender.

—O sea, que es como actuar —dijo.

El guardador de caballos se dio un toquécito en la nariz de patata.

—¡Exacto!

En Holy Wood brillaban las antorchas. Victor luchó contra la multitud que se apelotonaba en la calle principal. Todos los bares, todas las tabernas, hasta la última tienda, tenían las puertas abiertas de par en par. Un mar de gente entraba y salía de todas partes. Victor probó a saltar para ver las caras de los transeúntes.

Se encontraba solo, perdido y muy hambriento. Tenía que hablar con alguien, y no la veía por ninguna parte.

—¡Victor!

El joven se dio media vuelta. Rock cayó sobre él como una avalancha.

—¡Victor! ¡Amigo mío!

Un puño del tamaño y dureza de unos cimientos de piedra lo golpeó en el hombro juguetonamente.

—Ah, hola —respondió Victor débilmente—. Eh... ¿cómo van las cosas, Rock?

—¡De maravilla! ¡De maravilla! ¡Mañana por la mañana empezaremos a rodar *La Oscura Amenaza del Valle de los Trolls*!

—Me alegro mucho por ti.

—¡Eres mi humano de la suerte! —sonrió Rock—. ¡Rock! ¡Es un nombre

sensacional! ¡Venga, vamos a tomar algo, te invito yo!

Victor aceptó. La verdad era que no tenía otra alternativa, porque Rock le había agarrado por el brazo antes de echar a andar entre la multitud como un rompehielos. Mitad caminando y mitad a rastras, el joven se dejó arrastrar hasta la puerta más cercana.

Una luz azulada iluminaba un cartel. Casi todos los morporkianos sabían leer en troll, que no era un idioma en absoluto difícil. Las angulosas runas decían: El Liásico Azul. Era un bar de trolls.

El brillo mortecino de los hornos colocados bajo la losa de piedra que servía como mostrador era la única iluminación. Permitía distinguir a tres trolls tocando... bueno, algo de percusión, pero Victor no conseguía enterarse de qué era, porque el nivel de decibelios estaba ya en las regiones donde el ruido es una fuerza sólida que hace vibrar los globos oculares. El humo de los hornos era tan espeso que ocultaba el techo.

—¿Qué vas a tomar?—rugió Rock

—No tendrá que ser metal fundido, ¿no?—se estremeció Victor. Para hacerse oír, tenía que chillar a pleno pulmón.

—¡Tenemos todo tipo de bebidas humanas!—gritó la troll hembra situada tras el mostrador.

Tenía que ser hembra. De eso no quedaba duda. Guardaba un cierto parecido con las estatuillas de las diosas de la fertilidad que habían tallado hacia miles de años los hombres de las cavernas, pero en versión gigante.

—¡Somos muy cosmopolitas!—añadió la troll con un rugido de risa.

—¡Entonces, una cerveza!

—¡Y un flores de azufre on the rocks, Rubí!—añadió Rock

Victor aprovechó la ocasión para mirar a su alrededor, ahora que empezaba a acostumbrarse a la penumbra y los tímpanos se le habían entumecido pidosamente.

Se dio cuenta de que había masas de trolls sentados junto a largas mesas, y, cosa insólita, algún que otro enano. Por lo general, los enanos y los trolls peleaban entre sí como... bueno, como enanos y trolls. En sus montañas natales había un estado de venganza constante. Desde luego, Holy Wood podía cambiarlo todo.

—¿Puedo preguntarte una cosa?—gritó Victor a la oreja puntiaguda de Rock

—¿Cómo no!

Rock dejó su copa. Incluía una pequeña sombrilla de papel, que empezaba a chamuscarse por el calor.

—¿Has visto a Ginger? ¿Sabes quién te digo? ¿Ginger?

—¡Trabaja en el local de Borgle!

—¡Sólo por las mañanas! ¡Ahora vengo de allí! ¿Adonde suele ir cuando no está trabajando?

—¿Quién sabe adonde va la gente aquí?

Entre la densa atmósfera del local, se hizo un repentino silencio. Uno de los trolls cogió una piedrecita del suelo y empezó a dar golpes suaves en la mesa con ella, marcando un ritmo lento y pegadizo que se aferraba a las paredes igual que el humo. Y, de entre el humo, surgió Rubí, como un galeón saliendo de la niebla, con una ridícula boa de plumas en torno al cuello.

Era la deriva continental con curvas.

Empezó a cantar.

Los trolls se levantaron, en un silencio reverente. Tras un rato, Victor escuchó un sollozo. Las lágrimas corrían por las mejillas de Rock.

—¿De qué habla la canción? —susurró. Rock se inclinó hacia él.

—Es una antigua canción folclórica de los trolls —le explicó—. Cuenta la historia de Ámbar y Jaspe. Eran... —Titubeó y movió las manos en un gesto vago—. Amigos. Muy buenos amigos.

—Creo que te entiendo.

—Y un día, cuando Ámbar va a su cueva para llevarle la cena, se lo encuentra... —Rock movió las manos en otro gesto igual de vago, pero ampliamente descriptivo—. Se lo encuentra con otra troll. Así que se va a casa, coge el garrote, vuelve y lo mata a golpes, tump, tump, tump. Porque él era su troll, y la había traicionado. Es una canción muy sentimental, muy romántica.

Victor miró a Rubí. La troll, todo ondulaciones, había bajado del pequeño escenario y se deslizaba entre los clientes del local, como una pequeña montaña sobre un carrito. Debe de pesar más de dos toneladas, pensó. Si se me sienta en las rodillas, tendrán que despegarme del suelo como si fuera una alfombra.

—¿Qué le acaba de decir a ese troll? —preguntó cuando todos los presentes estallaron en carcajadas. Rock se rascó la nariz.

—Es un juego de palabras —respondió—. Muy difícil de traducir. Pero, en resumen, le ha dicho, «¿Llevas el legendario Cetro de Magma que fue Rey de la Montaña, Forjador de Miles Sí, Incluso Decenas de Miles, Señor del Río Dorado, Amo de los Puentes, Dueño de Ríos Subterráneos, Morador de las Zonas Oscuras, Azote de Muchos enemigos... —tomó aliento profundamente... en el bolsillo, o es que te alegras de verme?».

Victor frunció el entrecejo.

—No lo capto.

—Quizá no lo haya traducido bien —suspiró Rock.

Tomó un buen trago de azufre fundido antes de seguir hablando:

—Tengo entendido que Alquimistas Unidos está eligiendo el reparto para...

—Rock —lo interrumpió Victor con voz apremiante—, en este lugar pasa algo muy raro. ¿No lo notas?

—¿El qué es raro?

—Todo parece... bueno, burbujear. Nadie se comporta como antes. ¿Sabías que aquí, en el pasado, hubo una gran ciudad? Ahora el emplazamiento exacto

está cubierto por el mar. Era una ciudad enorme. ¡Y desapareció, así, como si tal cosa!

Rock se frotó la nariz, con gesto pensativo. El gesto pensativo no era muy habitual para él. Parecía el primer contacto con un hacha de un hombre de Neandertal.

—¡Y no tienes más que ver cómo se comporta todo el mundo! —insistió Victor—. ¡Como si lo que son y lo que quieren fueran las cosas más importantes del mundo!

—Me pregunto... —empezó Rock.

—¿Sí? —lo apremió Victor.

—Me pregunto si valdría la pena que me quitara un centímetro de nariz. Mi primo Breccia conoce a un picapedrero que le arregló las orejas, y le quedaron de maravilla. ¿Qué opinas tú?

Victor lo miró fijamente.

—Quiero decir... no sé si te das cuenta, pero es demasiado grande, aunque por otra parte es lo que se considera una nariz troll por excelencia, un estereotipo, ¿me entiendes? Es decir, puede que tenga mejor aspecto si me la arreglo, pero también es posible que, en este trabajo, lo mejor sea parecer todo lo troll posible. Por ejemplo, Morry se hizo retocar la suya con cemento, y ahora tiene una cara que te puede matar del susto si te la encuentras en un callejón oscuro. ¿Qué opinas tú? Valoro mucho tu opinión, porque eres un humano de grandes ideas.

Dirigió a Victor una amplia sonrisa silícea.

—Es una nariz estupenda, Rock —dijo el joven al final con un suspiro—. Contigo detrás de ella, puede llegar muy lejos.

Rock le lanzó otra sonrisa deslumbrante, y apuró la copa de azufre. Sacó el palillo de acero y sorbió la amatista clavada en la punta.

—¿De verdad te parece...? —empezó.

Entonces, advirtió la pequeña zona de espacio vacío. Victor se había marchado.

—No sé nada de nadie —dijo el guardador de caballos, inquieto ante la presencia imponente y amenazadora de Detritus.

Escurridizo masticó la colilla de su cigarro. Pese al carruaje nuevo, el viaje desde Ankh Morpork había estado lleno de baches y saltos, y no había almorzado.

—Un chico alto, algo idiota, con un bigote finito —insistió—. Ha estado trabajando para ti, ¿no?

El guardador de caballos se rindió.

—Bueno, de cualquier manera nunca habría llegado a ser un buen guardador de caballos —suspiró—. Deja que el trabajo lo domine. Creo que dijo que iba a comer algo.

Victor estaba sentado en el callejón oscuro, con la espalda apoyada contra la pared, y trató desesperadamente de pensar.

Recordaba cierta ocasión, siendo muy niño, en que se había quedado demasiado tiempo al sol. Había sentido algo muy parecido a lo que sentía ahora.

Oyó un suave ruido en la arena apisonada que había ante sus pies.

Alguien había dejado caer un sombrero. Lo miró.

Luego, ese mismo alguien empezó a tocar una armónica. No lo hacía demasiado bien. La mayor parte de las notas caían fuera de lugar, y las que acertaban por casualidad duraban demasiado o demasiado poco. Allí había una melodía, por alguna parte, de la misma manera que hay una pizca de carne en una máquina de preparar hamburguesas.

Victor suspiró y rebuscó un par de peniques en sus bolsillos. Los arrojó al sombrero.

—Vale, vale —dijo—. Muy bien. Ahora, lárgate.

En aquel momento, captó un olor extraño. Era difícil identificarlo, pero quizá podría pertenecer a una alfombra de guardería infantil, muy vieja y algo mojada.

Alzó la vista.

—Guau, joder, guau —dijo Gaspode, el Perro Maravilla.

El establecimiento de Borgle había decidido aquella noche experimentar con las ensaladas. La zona de cultivo más cercana estaba a cincuenta kilómetros.

—¿Qué es esto? —exigió saber un troll, esgrimiendo algo lacio y marrón.

Fruntkin, el inventivo jefe de cocinas, aventuró una suposición.

—¿Apio? —sugirió. Lo examinó más de cerca—. Sí, apio.

—¡Pero si es marrón!

—¡Pues claro! ¡Pues claro! —se apresuró a replicar Fruntkin—. El apio en su mejor momento es marrón. Eso demuestra que está maduro —añadió.

—¡Tendría que ser verde!

—Naa. Tú lo estás confundiendo con los tomates —lo tranquilizó el cocinero.

—¿Sí? Pues a ver, ¿qué es esta cosa grumosa? —preguntó otro hombre de la cola.

Fruntkin se irguió en toda su estatura.

—Eso —explicó con voz pausada—, es mayonesa. La he hecho personalmente. La saqué de un libro —agregó sin poder ocultar su orgullo.

—Sí, es evidente —asintió el hombre, metiendo un dedo en la sustancia—. Desde luego, no la sacaste ni de huevos, ni de aceite, ni de vinagre.

—Especialidad de la mayson —le aseguró Fruntkin sin darse por aludido.

—Como quieras —insistió el hombre—, pero dile a tu mayonesa que deje de



atacar a mi lechuga.

Frutkin, airado, esgrimíó su cucharón.

—Oye... —empezó.

—No, no pasa nada —siguió el futuro comensal—. Las babosas han formado una barrera defensiva.

Se oyó una conmoción junto a la puerta. Detritus, el troll, entró pavoneándose entre los clientes, seguido por Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo.

El troll apartó a los que aguardaban, y se encaró con Frutkin.

—El señor Escurridizo quiere charlar —le informó mientras extendía el brazo por encima del mostrador y, sin esfuerzo, levantaba al enano por la camisa llena de manchas resacas de comida.

Lo zarandéo en el aire ante Ruina.

—¿Alguien ha visto a Victor Tugelbend? —preguntó el ex vendedor de salchichas—. ¿O a esa chica, Ginger?

Frutkin abrió la boca para soltar una maldición, pero se lo pensó mejor.

—El muchacho estaba aquí hace menos de media hora —gimió—. Ginger trabaja sólo medio turno, por las mañanas. No sé qué hace cuando sale.

—¿Y adonde ha ido Victor? —insistió Ruina.

Se sacó una bolsa del bolsillo. Tintineaba. Los ojos de Frutkin se clavaron en ella como si fueran cojinetes y la bolsa contuviera un potente imán.

—No lo sé, señor Ruina —insistió—. Cuando se enteró de que la chica no estaba aquí, se fue.

—Bien —suspiró Ruina—. Bueno, si vuelves a verlo, dile que lo estoy buscando, y que lo voy a convertir en una estrella. ¿Entendido?

—Una estrella. Entendido —asintió el enano.

Ruina buscó en su bolsa y extrajo una moneda de diez dólares.

—Además, quiero encargar la cena para luego —añadió mostrando el dinero.

—La cena. Entendido —tartamudeó Frutkin.

—Tomaré un filete y langostinos —siguió Ruina—. Con una selección de verduras de temporada en su punto, y de postre fresas con nata.

Frutkin se lo quedó mirando.

—Eh... —empezó.

Detritus dio al enano un golpecito con el dedo, que lo hizo mecarse adelante y atrás.

—Y yo —dijo—, tomaré... a ver... un basalto muy hecho, con guarnición de conglomerados de granito recién pulverizados. ¿Entendido?

—Eh... sí —asintió Frutkin.

—Déjalo ya, Detritus. No creo que le guste estar por los aires —indicó Ruina—. Y déjalo con suavidad.

Miró a su alrededor, contemplando el círculo de rostros fascinados.

—Recordadlo bien —dijo—. Estoy buscando a Victor Tugelbend, y voy a

convertirlo en una estrella. Si alguien lo ve, que se lo diga. Ah, Fruntkin, y que el filete esté poco hecho.

Se alejó a zancadas hacia la puerta.

En cuanto se marchó, la charla fluyó de vuelta al local como una marea.

—¿Que lo va a convertir en una estrella? ¿Para qué quiere una estrella?

—¿Creéis que al chico le va a gustar? No sé, a mí no me haría gracia estar colgado del cielo toda la noche...

—Igual hablaba en un sentido figurado. No creo que sea un mago, no podrá hacerlo.

—¿Cómo creéis que se puede convenir a alguien en una estrella?

—Ni idea. Supongo que hay que coger a la víctima y comprimirla hasta que queda muy pequeña, o estalla y se convierte en una masa de hidrógeno en llamas.

—¡Dioses!

—¡Sí, ese troll es una fiera!

Victor miró detenidamente al perro.

No podía haberle hablado. Tenía que haber sido su imaginación. Pero ese argumento ya lo había utilizado la última vez, ¿no?

—Me pregunto cómo te llamarás... —comentó Victor, dándole unas palmaditas en la cabeza.

—Gaspode —replicó Gaspode.

La mano de Victor se quedó paralizada a media caricia.

—Dos peniques —siguió el perro con cansancio—. La releche, el único perro del mundo que toca la armónica, nada menos. Dos peniques.

Seguro que es cosa del sol, pensó Victor. No he llevado puesto el sombrero. Dentro de un instante me despertaré entre sábanas fresquitas.

—Bueno, tampoco es que hayas tocado muy bien. No he reconocido la canción —dijo, distendiendo los labios en una espantosa sonrisa.

—Es que no se supone que tuvieras que reconocer la jodida canción —replicó Gaspode, al tiempo que se sentaba pesadamente y se dedicaba a rascarse industriosamente la oreja con la pata trasera—. Soy un perro. Se supone que tienes que estar jodidamente impresionado de que pueda arrancar una jodida nota de la jodida cosa, ¿no crees?

¿Cómo podría plantear el tema?, pensó Victor. Quizá sea sólo cuestión de decir: Disculpa, pero me parece que estás hablan... No, probablemente no.

—Eh... —empezó.

Oye, eres bastante charlatán para ser un... no, tampoco.

—Pulgas —explicó Gaspode, cambiando de orejas y de patas—. Son un martirio.

—Oh, dioses.

—Y todos esos trolls... no los aguanto. Tienen un olor repugnante. Son unas jodidas piedras con patas. Vas, intentas pegarles un mordisco, y lo siguiente que sabes es que estás escupiendo dientes. No es natural.

Hablando de cosas naturales, no he podido dejar de advertir que...

—Este lugar es un jodido desierto —siguió Gaspode. Eres un perro parlante.

—Supongo que te estarás preguntando —dijo el perro, clavando una vez más en Victor su penetrante mirada cómo es que puedo hablar.

—La verdad, ni se me había pasado por la cabeza —respondió el joven.

—A mí tampoco —replicó Gaspode—. Hasta hace un par de semanas. En toda mi vida no había dicho ni una jodida palabra. Trabajaba para un tío, allá en la ciudad. Hacía trucos y esas cosas. Llevaba en equilibrio una pelota en el hocico. Caminaba sobre las patas traseras. Saltaba a través de un aro. Y luego pasaba con el sombrero en la boca. Ya sabes, el mundo del espectáculo. Entonces, una mujer me dio unas palmaditas en la cabeza y dijo, « Oh, qué perrito tan mono, parece que comprende lo que decimos » , y yo pensé, « Je je, señora, ya ni me molesto en intentarlo » . Pero me di cuenta de que podía oír las palabras, y de que salían de mi propia boca. Así que agarré el sombrero y me largué por patas antes de que tuvieran tiempo de reaccionar.

—¿Por qué? —quiso saber Victor? Gaspode puso los ojos en blanco.

—¿A ti qué te parece? ¿Qué tipo de vida crees que puede llevar un auténtico perro parlante? —replicó—. ¡No debería haber abierto mi estúpida boca!

—Pero a mí me estás hablando —señaló Victor, tratando de aferrarse a lo obvio.

Gaspode lo miró con malicia.

—Sí, porque seguro que no te atreves a contárselo a nadie —dijo—. Además, no me importa hablar contigo. Tú tienes ese aspecto especial. Se te nota a la legua.

—¿A qué demonios te refieres?

—Crees que ya no eres tú mismo, ¿a que sí? —inquirió el perro—. ¿A que tienes la sensación de que alguien está pensando por ti?

—Dioses.

—Pues esa sensación te da un aspecto especial, diferente —siguió Gaspode. Cogió el sombrero con los dientes—. Dos peniques —añadió con voz átona—. La verdad, no es porque vaya a gastármelo, ya te puedes imaginar que no tengo manera, pero... dos peniques.

Se encogió de hombros al estilo canino.

—¿A qué te refieres con eso de que tengo un aspecto especial? —insistió Victor.

—Pues eso, que tienes un aspecto especial. Muchos son los llamados, y pocos los elegidos, y a me entiendes.

—¿Qué aspecto?

—Pues ya me entiendes, que has sido llamado aquí y no sabes por qué. —Gaspode trató de rascarse la oreja de nuevo—. Te vi haciendo de Cohén el Bárbaro —añadió, cambiando de tema.

—Eh... ¿y qué te pareció? —quiso saber Victor.

—Bueno... supongo que, mientras el viejo Cohén no se entere, no te pasará nada.

—¡He preguntado que cuánto hace que se fue de aquí! —gritó Escurridizo.

En el pequeño escenario, Rubí cantaba algo con una voz como un barco a punto de hundirse y en medio de un espeso banco de niebla.

—GrooOOowwonnogghrhooOOo...[6]

—¡Estaba aquí hace nada! —aulló Rock a modo de respuesta—. ¡Y a ver si me dejas escuchar la canción de una puñetera vez! ¿Vale?

—... OowoowgrhffrghooOOo...[7]

Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo dio un codazo a Detritus, que arrastraba los nudillos por el suelo y contemplaba con la boca abierta el espectáculo que se desarrollaba en el escenario.

Hasta aquel momento, la vida del viejo troll había sido sencilla: se limitaba a recibir dinero de unas personas para golpear a otras personas.

Pero ahora se le empezaba a complicar. Rubí le había guiñado un ojo.

El descascarillado corazón de Detritus hervía con sensaciones extrañas, desconocidas.

—... groooOOOooohoofooOOo...[8]

—¡Vamos de una vez! —le gritó Ruina.

Detritus consiguió recuperar el control perdido sobre sus piernas y dirigió una última mirada anhelante hacia el escenario.

—... ooOOOgooOOmoo. OOhhhoos...[9]

Rubí le lanzó un beso. Detritus se puso del color del granate recién sacado de la cantera.

Gaspode lo guió para salir del callejón y atravesar la oscura extensión de maleza, arbustos esqueléticos y dunas que había tras la ciudad.

—En este lugar hay algo que no va bien, estoy seguro —murmuró.

—Es diferente —lo corrigió Victor—. ¿Qué quieres decir con eso de que no va bien?

Gaspode tenía pinta de estar a punto de escupir.

—Mírame a mí, por ejemplo —replicó, haciendo caso omiso de la interrupción—. Soy un perro. En toda mi vida, jamás había soñado más que con cazar algún que otro bicho. Y con el sexo, por supuesto. Y ahora, de repente,

tengo estos sueños. Sueños en color. Me ponen los pelos de punta. Porque yo en mi vida había visto colores, ¿sabes? Los perros vemos en blanco y negro, supongo que ya estabas enterado, con todo lo que has leído... Y te garantizo que el rojo es una sorpresa de mil diablos. Te pasas la vida creyendo que la cena es de color blanco hueso con algunos matices de gris, y de pronto te encuentras que has estado comiendo cosas color púrpura y rojo escalofriante.

—¿Qué clase de sueños? —inquirió Víctor.

—Da vergüenza hasta decirlo —suspiró Gaspode—. Mira, por ejemplo en uno el río se ha llevado un puente, y yo tengo que correr y ladrar para avisar a todo el mundo, ¿entiendes? Y en otro hay una casa en llamas, y yo saco a rastras a los críos que viven ahí. Tengo otro sueño en el que unos niños se han perdido en unas cuevas, y yo los encuentro y guío hasta ellos a la gente que los busca... Pero el caso es que detesto a los niños. Y, aun así, últimamente, parece que no sé hacer otra cosa que pasarme la vida rescatando gente, o salvando a gente, o deteniendo a ladrones, o lo que sea. No sé si me entiendes, ya he vivido siete años, he tenido parásitos, moquillo, garrapatas y unas pulgas que te mueres, maldita la falta que me hace ponerme en plan héroe cada vez que me echo a dormir.

—Vaya, ¡qué interesante es la vida cuando la ves desde el punto de vista de otro! —exclamó Víctor.

Gaspode puso en blanco los ojos legñosos.

—Eh... ¿adonde vamos? —quiso saber el joven.

—A ver a unos cuantos habitantes de Holy Wood —replicó el perro—. Porque aquí está pasando algo muy, muy raro.

—¿En la colina? No tenía ni idea de que en la colina viviera gente.

—No son gente —fue la respuesta de Gaspode.

Una pequeña hoguera de ramitas ardía en la ladera de la colina Holy Wood. Víctor la había encendido porque... bueno, porque le resultaba tranquilizadora. Porque era el tipo de cosas que hacían los seres humanos.

Sentía la necesidad de recordarse que era humano, y que probablemente no estaba loco.

No porque hubiera estado hablando con un perro. Había mucha gente que hablaba con los perros. Y lo mismo se podía decir del gato. Quizá hasta incluso del conejo. En cambio, la conversación con el ratón y con el pato podía empezar a considerarse dentro de los límites de lo extraño.

—¿Te crees que nosotros queríamos hablar? —le espetó el conejo—. Yo era un conejo normal y corriente, la mar de feliz, y entonces, de repente, ¡pum! empiezo a pensar. Es una auténtica pesadilla cuando lo que quieres es realizarte como conejo. Un conejo busca hierba y sexo, no le interesan para nada los

pensamientos como, « ¿De dónde venimos, adonde vamos, cuál es el sentido de la vida?» .

—Sí, pero tú al menos comes hierba —señaló Gaspode—. Por lo menos a ti la hierba no te habla. Cuando tienes hambre, lo que menos falta te hace es un jodido acertijo ético haciéndote preguntas desde el plato.

—¿Y tú crees que lo tuyo son problemas? —intervino el gato, que al parecer le leía la mente—. Yo sólo puedo comer pescado. No te imaginas lo que es poner la zarpa sobre tu cena y que empiece a gritar « ¡Socorro!» .

Se hizo un largo silencio. Todos miraron a Victor. Incluido el ratón. Incluido también el pato. El pato parecía particularmente agresivo. Seguramente había oído hablar de la salsa de naranja.

—Eso, fíjate en nosotros —asintió el ratón—. Yo estaba tan tranquilo, corriendo porque me perseguía éste... —Señaló al gato, que se erguía amenazador a su lado—. Iba por toda la cocina, aterrado, como debe ser, con chilliditos y todo eso. Entonces oigo una especie de zumbido sobre mi cabeza, y veo una sartén... ¿lo entiendes? Hasta hacía un segundo, no sabía ni lo que era freír un huevo. Entonces, me dio por agarrarla por el mango, y en cuanto éste dio la vuelta a la esquina, clang. Se quedó tambaleándose, preguntando « ¿Qué me ha golpeado?» . Y yo voy y le digo, « Yo» . En ese momento, los dos nos dimos cuenta de que estábamos hablando.

—Conceptualizando —intervino el gato.

Era un gatazo negro, con las zarpas blancas, orejas como dianas de tiro al blanco y la cara llena de cicatrices de un felino que ya ha vivido plenamente ocho vidas.

—¿Qué te parece? —siguió el ratón.

—Decidle lo que hicisteis a continuación —intervino Gaspode.

—Vinimos aquí —explicó el gato.

—¿Desde Ankh-Morpork? —se asombró Victor.

—Sí.

—¡Está a casi cincuenta kilómetros!

—Sí, y te garantizo que no es fácil hacer auto-stop cuando eres un gato —suspiró el felino.

—¿Lo ves? —dijo Gaspode—. Desde que empezó todo esto, sucede lo mismo constantemente. A Holy Wood llegan todo tipo de seres. Ninguno sabe por qué ha emprendido el viaje, sólo que es importante estar aquí. Y no se comportan como en el resto del mundo. He estado observándolo todo. Aquí pasa algo muy raro.

El pato graznó. En aquel graznido había palabras, pero tan trastocadas por la incompatibilidad del pico y la laringe que Victor no entendió ni una.

Los animales atendieron, compasivos.

—¿Qué pasa, Pato? —inquirió el conejo.

—El pato dice —tradujo Gaspode— que es como eso de las corrientes

migratorias. Que se siente igual que cuando emigraba su bandada.

—¿De verdad? Yo no he tenido que venir de tan lejos —contribuyó el conejo—. Nosotros vivíamos ya en las dunas. —Suspiró con tristeza—. Siempre habíamos vivido en las dunas. Durante tres felices años y cuatro días infernales —añadió.

A Victor se le ocurrió una idea.

—Entonces, ¿llegasteis a conocer al anciano de la playa? —preguntó.

—Ah, ese tipo. Sí. Y tanto. Se pasaba la vida subiendo aquí.

—¿Qué clase de persona era? —quiso saber el joven.

—A ver si me entiendes, tío, hasta hace cuatro días todo mi vocabulario consistía en dos verbos y un sustantivo. ¿Cómo demonios quieres que tenga una opinión sobre él? Lo único que sé es que no nos molestaba. Seguramente pensábamos que era una roca con patas, o algo así.

Victor pensó en el libro de notas que llevaba en el bolsillo. Cánticos y hogueras. ¿Qué tipo de persona hacía aquellas cosas?

—No tengo ni idea de qué está pasando —dijo—. Pero me gustaría averiguarlo. Escuchad, ¿no tenéis nombres? Me siento un poco raro hablando con gente que no se llama de ninguna manera.

—El único que tiene nombre soy yo —respondió Gaspode—. Como soy un perro... Me lo pusieron en honor al famoso Gaspode, ya te puedes imaginar.

—Una vez un niño me llamó Michino —aportó el gato, dubitativo.

—Pues yo pensaba que teníais nombres en vuestro propio idioma —insistió Víctor—. No sé, algo como «Zarpas Fuertes» o... o «Cazador Veloz». O cosas por el estilo.

Sonrió, alentador.

Los otros lo miraron, sin comprender.

—Es que lee libros —les explicó Gaspode—. Mira, intentaré que lo entiendas —añadió al tiempo que se rascaba vigorosamente—. Los animales no nos solemos molestar en tener nombres. Porque sabemos quiénes somos.

—Pues la verdad es que me gusta eso de «Cazador Veloz» —intervino el ratón.

—En realidad, ese nombre parece más apropiado para un gato —dijo Victor, que empezaba a sudar—. Los ratones suelen tener nombres más pacíficos y cariñosos, como... como «Patitas».

—¿Patitas? —inquirió el ratón con frialdad. El conejo sonrió.

—Y... y siempre pensé que los conejos se llamaban Bolita. O Tambor —insistió el joven.

El conejo dejó de sonreír y giró las orejas.

—Oye, tío... —empezó.

—No sé si conocéis esa leyenda... —intervino Gaspode alegremente, en un intento de calmar los ánimos y reavivar la conversación—. Esa que cuenta que

los dos primeros seres humanos del mundo dieron nombre a todos los animales. Qué cosas, ¿eh?

Victor se sacó el libro del bolsillo para ocultar su vergüenza. Entonar cánticos y encender hogueras. Tres veces al día.

—Este anciano... —empezó a decir.

—¿Qué tenía de especial? —le espetó el conejo—. ¡Si no hacía nada más que subir aquí, a la colina, y hacer ruido un par de veces al día! Era como un... como un... para marcar el tiempo... —titubeó—. Siempre a las mismas horas. Varias veces al día.

—Tres veces al día. Tres sesiones. ¿Como si fuera una especie de teatro? —preguntó Victor, pasando el dedo por la página.

—No sabíamos contar hasta tres —replicó el conejo con amargura—. Sólo diferenciábamos entre uno y varios. Varias veces. —Miró a Victor—. Tambor —repitió en tono despectivo.

—Y gente procedente de otros lugares le traía pescado —insistió el joven, sin darse por aludido—. Porque por estos alrededores no vive nadie. Debían de venir de muchos kilómetros de distancia. Había gente que navegaba kilómetros y kilómetros para traerle pescado. Como si el viejo no quisiera comer los peces de estas playas. ¡Y hay a montones! Cuando fui a nadar, vi una langosta increíble.

—¿Y cómo la llamaste? —bufó Tambor, que no era un conejo que olvidara un insulto fácilmente—. ¿Doña Pinzas?

—Sí, me interesa que eso quede bien claro —chilló el ratón—. Entre los míos, soy un ratón de cierta posición. Puedo dar órdenes a cualquier otro roedor de la casa. Quiero un nombre a mi altura. Si ahora alguien se dedica a llamarme Patitas... —Miró directamente a Victor—, ese alguien estará pidiendo a gritos que le sacuda en la cabeza con una sartén. ¿Ha quedado claro?

El pato lanzó un largo graznido.

—Un momento, un momento —intervino Gaspode—. Conservemos la calma. Según el pato, todo esto forma parte del mismo problema. Aquí están viniendo humanos, enanos, trolls y todo tipo de seres. De pronto, hasta los animales empiezan a hablar. El pato dice que cree que la causa se encuentra en Holy Wood.

—¿Y cómo lo puede saber un pato? —inquirió Victor, dubitativo.

—Mira, amigo —intervino el conejo—, cuando tengas la capacidad de volar, de cruzar el mar por los aires y de llegar aunque sea al continente que busques, podrás empezar a hablar mal de los patos.

—Ah —asintió Victor—. Supongo que te refieres a los misteriosos sentidos de los animales, ¿verdad?

Todos lo miraron.

—Bueno, sea como sea, esto tiene que acabarse —siguió Gaspode—. Todo este cogitatum y este hablar está muy bien para los seres humanos, que estáis



acostumbrados a eso. Así que lo importante es que alguien averigüe cuál es la causa de lo que está pasando.

Todos siguieron mirándolo.

—Bueno... —intervino Victor vagamente—, ¿creéis que este libro puede servirnos de ayuda? Las primeras páginas están en no sé qué idioma antiguo. Yo podría...

Se interrumpió. Los magos no eran nada populares en Holy Wood. Lo mejor sería no mencionar la Universidad Invisible, ni su relación con ella.

—Es decir —continuó, eligiendo las palabras con cautela—, conozco a alguien en Ankh-Morpork que quizá pueda leerlo. También es un animal. Un simio.

—Y ese simio, ¿qué tal anda de sentidos misteriosos? —quiso saber Gaspode.

—Lo tiene estupendos —le garantizó Victor.

—En ese caso... —dudó el conejo.

—Un momento —lo interrumpió Gaspode—. Oigo acercarse a alguien.

Desde la colina se divisaba una antorcha en movimiento. El pato dio una torpe carrerita y alzó el vuelo. Los demás animales desaparecieron entre las sombras. El único que no se movió fue el perro.

—¿No vas a disimular? —siseó Victor. Gaspode arqueó una ceja.

—¿Guau? —dijo.

La antorcha zigzagueaba errática entre la maleza, como si fuera una luciérnaga. En ocasiones se detenía un instante, luego avanzaba en una dirección completamente diferente. Era muy brillante.

—¿Qué es? —preguntó Victor. Gaspode olfateó el aire.

—Un ser humano —dijo—. Hembra. Lleva un perfume barato. —Arrugó la nariz de nuevo—. Un perfume que se llama Juguete de la Pasión. —Olfateó el aire otra vez—. Viste ropa recién lavada, sin almidonar. Zapatos viejos. Mucho maquillaje de estudio. Ha estado en el restaurante de Borgele, y ha comido... —Movié más la nariz—. Ha comido estofado. Un plato no muy grande.

—Supongo que también podrás decirme cuánto mide ¿eh? —preguntó Victor, burlón.

—Huele a un metro sesenta, o un metro sesenta y dos —aventuró Gaspode.

—¡Venga ya!

—Pues vete tú a comprobarlo.

Victor echó arena a patadas sobre su pequeña hoguera, y bajó a zancadas por la ladera.

Cuando se acercó, la luz dejó de moverse. Por un momento, divisó la figura femenina envuelta en un chal, que alzaba una antorcha por encima de su cabeza. Luego, la luz desapareció tan rápidamente que le quedaron imágenes azules y rojas bailando en el fondo de los ojos. Tras ellas, una pequeña figura negra era una sombra aún más oscura destacada sobre las del ocaso.

Y la figura dijo:

—¿Qué haces en mí... qué hago... por qué estás en... dónde...? —Por último, como si por fin se hubiera apercibido de la situación, cambió de marcha y, con una voz que él conocía mucho mejor, exigió saber—: ¿Qué demonios haces tú aquí?

—¿Ginger? —inquirió Victor.

—¿Sí?

El joven hizo una pausa. ¿Qué se solía decir en circunstancias como aquéllas?

—Eh... —titubeó—. Esto es muy bonito por las noches, ¿no te parece?

La chica miró a Gaspode.

—Es ese asqueroso chuchó que ha estado rondando por el estudio, ¿no? —señaló—. No soporto a los perros pequeños.

—Arf, arf —dijo Gaspode.

Ginger se lo quedó mirando. Victor casi podía leer sus pensamientos: ha dicho Arf, Arf. Y es un perro. Y ésa es la clase de ruidos que hacen los perros, ¿no? Así que esto no tiene nada de raro, ¿verdad?

—En realidad, lo que pasa es que me gustan más los gatos —siguió la chica, sin demasiada seguridad.

—¿Sí? —susurró una voz al nivel de sus rodillas—. Pues que te zurzan, guapa.

—¿Qué ha sido eso?

Victor retrocedió, moviendo las manos en gestos frenéticos.

—A mí no me mires —replicó—. ¡Yo no he sido!

—Ah, claro, me imagino que habrá sido el perro, ¿no? —bufó ella.

—Quién ¿yo? —dijo Gaspode.

Ginger se quedó de piedra. Miró en todas las direcciones, y por fin clavó los ojos en el suelo, en el lugar donde Gaspode se rascaba perezosamente una oreja.

—¿Guau? —inquirió el perro.

—Ese perro ha hablado... —empezó la chica, señalándolo con un dedo tembloroso.

—Lo sé —asintió lentamente Victor—. Eso significa que le gustas.

Miró por encima del hombro de la joven. Otra luz ascendía por la ladera de la colina.

—¿Ha venido alguien contigo? —preguntó.

—¿Conmigo?

Ginger se dio media vuelta.

Ahora la luz se acercaba acompañada por el crujido de las ramitas secas. Ecurridizo salió de entre las sombras, con Detritus pisándole los talones como una sombra particularmente horrenda.

—¡Ajá! —exclamó el ex vendedor de salchichas—. Hemos sorprendido a los tortolitos, ¿eh?

Victor lo miró, boquiabierto.

—¿A los qué?

—¿A los qué? —aportó Ginger.

—Os he buscado a los dos por todas partes —insistió Ecurridizo—. Alguien me comentó que os había visto venir hacia aquí. Muy romántico, muy romántico. Seguro que podremos hacer algo con eso. Ya se me ocurrirá algo. Quedará bien en los carteles. Y tanto que sí. —Los rodeó a ambos con los brazos—. Vamos —dijo.

—¿Adonde? —quiso saber Victor.

—Empezaremos a rodar a primera hora de la mañana —replicó Ecurridizo.

—Pero si el señor Silverfish me dijo que no volvería a trabajar en esta ciudad... —empezó el joven.

Ecurridizo abrió la boca para hablar, y titubeó, pero sólo un instante.

—Ah. Sí. Bueno, os voy a dar otra oportunidad —replicó, hablando muy despacio por una vez en su vida—. Eso es. Otra oportunidad. Ya se sabe, sois jóvenes. Testarudos. Yo también fui joven una vez. Ecurridizo, me dije, tienes que darles otra oportunidad, aunque vayas a la ruina. Habrá que bajarles el sueldo, claro. Un dólar al día. Es mi oferta. ¿Qué os parece?

Victor vio la repentina expresión de esperanza en el rostro de Ginger.

Abrió la boca para hablar.

—Quince dólares —dijo una voz. No era la suya.

Cerró la boca.

—¿Qué? —se sobresaltó Ruina. Victor abrió la boca.

—Quince dólares. Renegociables dentro de una semana. Quince dólares o nada.

Victor cerró la boca y puso los ojos en blanco.

Ecurridizo blandió un dedo justo debajo de su nariz, pero titubeó.

—¡Así me gusta! —consiguió decir al final—. ¡Tienes espíritu de negociador! De acuerdo, no se hable más. Tres dólares.

—Quince.

—Cinco, chico, y es mi última oferta. ¡Ahí abajo hay miles de personas que se abalanzarían sobre una oportunidad como la que os ofrezco!

—Nómbreme a dos, señor Ecurridizo.

Ecurridizo se volvió hacia Detritus, que estaba perdido en sus ensoñaciones referentes a Rubí. Luego, se giró hacia Ginger.

—De acuerdo —asintió—. Diez. Y eso porque me caéis bien. Pero que conste que voy a la ruina.

—Hecho.

Ruina extendió una mano. Victor se miró la suya como si la viera por primera vez, y al final se la estrechó.

—Bueno, ahora volvamos abajo —dijo Ecurridizo—. Hay que organizar muchas cosas.

Se alejó a zancadas entre los árboles. Victor y Ginger lo siguieron mansamente, en una especie de nube creada por el estado de shock

—¿Estás loco? —siseó la muchacha—. ¡Mira que responderle así...!  
¡Podríamos haber perdido nuestra oportunidad!

—¡Pero si yo no he dicho nada! ¡Creí que eras tú! —gimió Victor.

—¡Fuiste tú! —lo acusó Ginger. Se miraron el uno al otro. Y bajaron la vista.

—Arf, Arf —dijo Gaspode, el Perro Maravilla.

Eскурridizo se dio media vuelta.

—¿Qué es ese ruido? —quiso saber.

—Oh, nada... sólo... sólo un perro que hemos encontrado —se apresuró a responder Victor—. Se llama Gaspode. En honor del famoso Gaspode, ya se imagina.

—Hace trucos —aportó Ginger con malevolencia.

—¿Un perro que hace trucos?

Eскурridizo se agachó y palmeó la cabeza alargada de Gaspode.

—Ni se imagina las cosas que sabe hacer —le aseguró Victor.

—Ni se las imagina —corroboró Ginger.

—Sí, pero vaya bicho más feo —replicó el ex vendedor de salchichas.

Clavó en Gaspode una mirada pausada, larga, lo que era como desafiar a un ciempiés a un concurso de coces. Gaspode podía sostenerle la mirada a un espejo.

Eскурridizo parecía dar vueltas a algo en la cabeza.

—Oíd... traedlo mañana por la mañana. A la gente le gusta reírse —dijo.

—Oh, y tanto, Gaspode hace reír —asintió Victor—. Te partes.

Mientras se alejaban, Victor oyó una voz baja a su espalda.

—Esa me la pagarás —decía—. Además, me debes un dólar.

—¿Por qué?

—Comisión del agente —explicó Gaspode, el Perro Maravilla.

Sobre Holy Wood, las estrellas acababan de aparecer. Eran gigantescas bolas de hidrógeno recalentado hasta alcanzar una temperatura de millones de grados, tan calientes que ni siquiera podían quemarse. Muchas de ellas se hinchaban increíblemente antes de morir, y luego se encogerían hasta convertirse en diminutas enanas resentidas, recordadas sólo por los astrónomos más sentimentales. Entretanto, brillaban por causa de diversas metamorfosis cuya explicación quedaba fuera del alcance de los alquimistas, y convertían elementos vulgares y aburridos en pura luz.

Sobre Ankh-Morpork, simplemente llovía.

Los magos superiores se habían congregado en torno a la vasija de los elefantes. Por orden estricta de Ridcully, los criados de la Universidad la habían

vuelto a colocar en el pasillo.

—Recuerdo muy bien a Riktor —dijo el decano—. Un tipo flacucho. Algo obsesivo, no era capaz de pensar más que en una cosa a la vez. Pero listo.

—Je, je, yo me acuerdo de su contador de ratones —intervino Windle Poons desde su secular silla de ruedas—. Era para contar ratones.

—La vasija en sí es bastante... —empezó el tesorero. Pero se interrumpió al analizar las palabras del anciano—. ¿Cómo que contaba ratones? ¿Una máquina para contar ratones? ¿Había que irlos cogiendo de uno en uno y metiéndolos en el trasto, o qué?

—No, no, qué va. Lo único que hacía falta era darle cuerda. Luego te quedabas tranquilamente sentado, y la máquina empezaba a zumbir, contando todos los ratones que hubiera en el edificio, je, je, y las ruedecitas con los números te decían el total.

—¿Por qué?

—¿Mm? Yo qué sé, supongo que le interesaba contar ratones.

El tesorero se encogió de hombros.

—La vasija en sí —prosiguió, examinándola de cerca—, es en realidad un jarrón Ming bastante antiguo.

Aguardó, expectante.

—¿Por qué lo llaman Ming? —preguntó el archicanciller, obediente.

El tesorero dio un golpecito en el borde del jarrón. Se oyó un ming.

—Ah, así que estos trastos escupen balas de plomo a la gente, ¿eh? —asintió Ridcully.

—No, señor. Riktor sólo lo usó para poner dentro la... la maquinaria. Sea lo que sea. Sirva para lo que sirva. ...Uuuhmmm...

—Un momento, ha vibrado... —señaló el decano. ...Uuuhmmm... uuuhmmm...

Los magos se miraron unos a otros, repentinamente aterrorizados.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —quiso saber Windle Poons—. ¿Por qué no me dice nadie qué está pasando? ...Uuuhmmm... uuuhmmm...

—¡Huyamos! —sugirió el decano.

—¿Por dónde? —tartamudeó el tesorero. ...UuuhmmmuuuHMMM...

—Soy una persona de edad y exijo que alguien me informe inmediatamente de qué... Silencio.

—¡Al suelo! —gritó el archicanciller. Plib.

Una esquirla de piedra salió volando de la columna que había a su espalda.

Alzó la cabeza.

—Coño menuda suerte hemos...

Plib.

El segundo perdigón le voló la punta del sombrero.

Los magos se quedaron tendidos sobre las losas del suelo, temblorosos,

durante largos minutos. Al final, se oyó la voz ahogada del decano.

—¿Creéis que ya habrá terminado?

El archicanciller alzó la cabeza. Su rostro, siempre enrojecido, parecía ahora incandescente.

—¡Tesoreroooo!

—¿Señor?

—¡Eso sí que es disparar!

Victor se dio la vuelta.

—Wzstf —dijo.

—Son las seis aeme, el señor Escurridizo dice que todo el mundo arriba —le informó Detritus, dando un tirón de la ropa de cama y lanzándola al suelo.

—¿Las seis? ¡Eso es noche cerrada! —gimió Victor.

—El señor Escurridizo dice que va a ser un día muy largo —señaló el troll—. El señor Escurridizo dice que tienes que estar a punto para el rodaje a las seis y media. Y así va a ser.

Victor se puso los pantalones.

—¿Se supone que tengo tiempo para desayunar? —preguntó con sarcasmo.

—El señor Escurridizo dice que hará que se sirva algo para comer —respondió Detritus.

Se oyó un sonido sibilante procedente de debajo de la cama. Gaspode salió, sacudiéndose como una alfombra vieja, y se pegó su rascada matutina.

—¿Qué...? —empezó a decir. Entonces vio al troll, y se corrigió a media frase—. Guau, guau —dijo.

—Ah, un perrito. Me gustan mucho los perritos —dijo Detritus.

—Uuoof.

—Crudos —añadió el troll.

Pero no pudo conseguir que su voz se impregnara de la adecuada crueldad. Las visiones de Rubí con su boa de plumas y sus tres acres de terciopelo rojo seguían ondulando sin cesar por su mente. Gaspode se rascó la oreja vigorosamente.

—Uuoof —dijo en voz queda—. Con tono ligeramente amenazador —añadió después de que Detritus hubiera salido del barracón.

Cuando Victor llegó a la ladera de la colina, toda la zona bullía ya de actividad. Se habían alzado un par de tiendas. Alguien sujetaba las riendas de un camello. A la sombra de un arbusto espino, varios demonios chillaban en sus jaulas.

En medio de todo aquel caos estaban Escurridizo y Silverfish, discutiendo. Escurridizo rodeaba con el brazo los hombros de Silverfish.

—Es una señal inconfundible —dijo una voz a la altura del nivel de las rodillas

de Victor—. Significa que algún pobre tipo está a punto de perder hasta la camisa.

—¡Será un gran paso adelante para ti, Tom! —estaba diciendo Ecurridizo—. Dime, en serio, ¿cuántas personas en Holy Wood pueden preciarse de ser el Vicepresidente al Cargo de Asuntos Ejecutivos?

—¡Sí, pero es que la compañía es mía! —aulló Silverfish.

—¡Claro, claro! —lo tranquilizó Ecurridizo—. Eso es lo que significa lo de Vicepresidente al Cargo de Asuntos Ejecutivos.

—¿De verdad?

—¿Te he mentado alguna vez?

Silverfish frunció el ceño.

—Bueno —túbeo—, ayer dijiste...

—Era una pregunta retórica —intervino rápidamente Ecurridizo.

—Ah. Bueno. Supongo que, retóricamente, no...

—Pues ahí lo tienes. Venga, tenemos trabajo, ¿dónde está ese dibujante?

Ecurridizo se dio media vuelta, causando la impresión de que acababan de desconectar bruscamente el interruptor de Silverfish.

Un hombre se acercó apresuradamente, con una carpeta bajo el brazo.

—¿Sí, señor Ecurridizo?

Ruina se sacó un trozo de papel del bolsillo.

—Quiero que los carteles estén preparados para esta noche, ¿comprendido? —le advirtió—. Toma. Éste es el nombre de la película.

—Sombras en el desierto —leyó el dibujante. Frunció el ceño. Había recibido demasiada instrucción para los gustos de Holy Wood.

—En el desierto no hay sombras —señaló.

Pero Ecurridizo no le escuchaba. En aquel momento, se dirigía hacia Victor.

—¡Victor, pequeño mío! —exclamó.

—Eso lo tiene bien cogido —dijo Gaspode en voz baja—. Creo que lo tiene más atrapado que a nadie.

—¿El qué? ¿Cómo lo sabes? —siseó Victor.

—En parte, debido a algunos sutiles indicios que tú no pareces ser capaz de detectar —replicó el perro en un susurro—. Y en parte debido a que se comporta como un auténtico imbécil.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Ecurridizo, en cuyos ojos había un brillo de locura.

Rodeó los hombros de Victor con un brazo y medio caminó medio lo empujó hacia las tiendas.

—¡Va a ser una gran película! —dijo.

—Ah, qué bien —asintió Victor débilmente.

—Tú representarás el papel de un jefe de los bandidos —siguió Ecurridizo—. Pero en realidad eres un buen tipo, te gustan las mujeres y todo eso, y asaltas un pueblo, y te llevas a esa esclava... pero, cuando la miras a los ojos, te vuelves

tarumba por ella, y luego hay otro ataque, y cientos de hombres a lomos de elefantes cargan contra...

—Camellos —dijo un joven delgaducho detrás de Ecurridizo—. Son camellos.

—¡Yo ordené que trajeran elefantes!

—Pues han traído camellos.

—Camellos, elefantes, ¿qué más da? —suspiró Ecurridizo—. Aquí lo que queremos es algo exótico, ¿no? Así que...

—Y sólo tenemos uno —siguió el joven.

—¿Un qué?

—Un camello. Sólo hemos encontrado un camello, no había ninguno más.

—¡Pero si ya tengo preparados a docenas de tipos con sábanas en las cabezas! ¡Todos esperando sus camellos! —aulló Ecurridizo, agitando las manos en el aire—. ¡Muchos camellos! ¿Entendido?

—Pues sólo tenemos un camello, porque no hay más que un camello en Holy Wood, y eso gracias a que un tío de Klatch vino con él hasta aquí —replicó el joven.

—¡Pues tendrías que haber enviado a buscar más! —estalló Ecurridizo.

—El señor Silverfish me dijo que no.

Ecurridizo ahogó un gemido.

—A lo mejor, si hacemos que se mueva mucho, dará la sensación de que hay varios —aportó el joven con optimismo desmedido.

—Si sólo hay un camello, ¿por qué no hacen que pase ante la caja de imágenes? Luego, el operador detiene a los demonios, movemos al camello hacia atrás, lo monta otro jinete, y se pone otra vez en marcha la caja. ¡Y así tantas veces como haga falta! —sugirió Victor—. ¿Cree que es posible? ¿Puede funcionar?

Ecurridizo se lo quedó mirando con la boca abierta de par en par.

—¿Qué había dicho yo? —dijo, mirando hacia el cielo en general—. ¡Este chico es un genio! ¡Así podremos tener cientos de camellos por el precio de uno!

—Pero claro, eso significará que los bandidos del desierto cabalgarán en fila india —señaló el joven—. No es lo que se suele considerar un ataque en masa.

—Claro, claro —asintió Ecurridizo, pensativo—. No te falta razón. Bueno, podemos poner un cartel para que el jefe diga... diga... —Meditó durante un instante—. Para que diga «Seguidme en fila india, buanas, ¡así engañaremos al odiado enemigo!» . ¿Vale?

Hizo un gesto a Victor.

—¿Conoces ya a mi sobrino Soll? —le preguntó—. Es un chico listo. Hasta ha estudiado un poco y todo eso. Lo traje aquí ayer. Ahora es el Vicepresidente al Cargo de Imágenes en Acción.

Soll y Victor intercambiaron un gesto de saludo.



—Creo que « buanas » no es la palabra más correcta en este caso, tío —dijo Soll.

—Es klatchiana, ¿no? —preguntó Ecurridizo.

—Bueno, técnicamente sí, pero no creo que venga de la zona de Klatch a que nos referimos. Quizá debería decir « effendis » o algo por el estilo.

—Por mí, mientras sea una palabra extranjera... —replicó Ecurridizo, con un tono que indicaba que el asunto quedaba zanjado. Volvió a dar una palmadita en la espalda a Víctor.

—Bueno, muchacho, y ya puedes ponerte el disfraz. —Dejó escapar una risita—. ¡Cien camellos! ¡Qué cerebro, muchacho, qué cerebro!

—Perdone, señor Ecurridizo —intervino el dibujante de carteles, que había estado rondando junto a ellos algo intranquilo—. Es que no entiendo esto que dice aquí...

Ecurridizo le arrancó el papel de entre las manos.

—¿El qué? —preguntó bruscamente.

—Aquí, donde describe a la señorita De Syn...

—Es evidente —replicó Ruina con un bufido—. Lo que nos interesa es sugerir a la imaginación el exotismo, el romanticismo atractivo pero lejano de Klatch, con sus pirámides, ¿entiendes?, así que tenemos que usar el símbolo de un continente misterioso e inescrutable. ¿Comprendido? ¿O es que me tengo que pasar la vida explicándoselo palabra a palabra a todo el mundo?

—Lo que pasa es que pensaba... —empezó el dibujante.

—¡Limitate a hacerlo!

El dibujante clavó la vista en el papel.

—« La chica tiene cara de esfinter » —leyó.

—Yo pensaba que quizá fuera « esfinge »...

—¿Estáis oyendo lo que dice este tipo? —bufó Ecurridizo, alzando de nuevo los ojos al cielo. Miró al dibujante—. No finge nada, a ver, ¿qué es lo que se supone que tiene que fingir? No, ni hablar. Venga, empieza. Quiero que esos carteles estén por toda la ciudad mañana por la mañana a primera hora.

El dibujante dirigió una mirada agónica a Víctor, que pronto aprendería a reconocerla. Tras un tiempo de estar junto a Ecurridizo, todo el mundo la tenía.

—Hecho, señor Ecurridizo —dijo.

—Así me gusta.

Ecurridizo se volvió hacia Víctor.

—¿Por qué no te has cambiado todavía? —exigió saber.

Víctor se agachó para entrar en una de las tiendas. Una anciana menuda, con forma semejante a la de una hogaza de pan, lo ayudó a ponerse un traje que parecía hecho con sábanas teñidas de negro por una mano inexperta, aunque dada la situación actual de los alojamientos en Holy Wood bien podían ser unas sábanas cogidas al azar de cualquier dormitorio. Luego, le tendió una espada

curva.

—¿Por qué está torcida? —quiso saber el muchacho, intrigado.

—Creo que es adrede, hijo —respondió la anciana, dubitativa.

—Yo pensaba que las espadas tenían que ser rectas —señaló Victor. Fuera, oyó a Escurridizo preguntar al cielo por qué era tan estúpido todo el mundo.

—Quizá al principio son rectas, y luego se van doblando con el uso —sugirió la anciana al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano—. Bueno, perdóname ahora, tengo muchas cosas que, hacer.

La señora Marietta Cosmopilita, que antes fuera costurera en Ankh-Morpork, hasta que sus sueños la llevaron a Holy Wood, donde descubrió que su habilidad con la aguja se cotizaba a un alto precio. En el pasado se había dedicado a zurcir calcetines, y ahora tejía falsas cotas de mallas para los trolls, y era capaz de confeccionar unos pantalones de harem en un instante.

Le dirigió una sonrisa animada.

—Si no me necesitas más, hijo, será mejor que vaya a ver a la señorita, por si acaso hay duendes espiándola mientras se desnuda.

Salió renqueante de la tienda. Por la puerta abierta de la que se alzaba al lado salía un sonido metálico, tintineante. Victor oyó la voz de Ginger, que se quejaba amargamente.

El joven hizo unos cuantos movimientos experimentales con la espada.

Gaspode lo miraba, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Qué se supone que eres esta vez? —preguntó al final.

—El jefe de una pandilla de bandidos del desierto, tengo entendido —respondió Victor—. Romántico y osado.

—¿Te disfrazarás de oso?

—No, creo que más bien haré el oso. Gaspode, ¿qué quisiste decir con lo de que «eso» tenía atrapado a Escurridizo?

El perro se hurgó una pata con los dientes.

—No tienes más que mirarle los ojos a ese tipo. Los tiene aún peor que tú —respondió.

—¿Les pasa algo a mis ojos?

—Guau.

—El señor Escurridizo dice que... —empezó Detritus.

—¡De acuerdo, de acuerdo, ya voy!

Victor salió de la tienda en el mismo momento en que Ginger salía de la suya. El joven cerró los ojos.

—Perdona, lo siento mucho —balbuceó—. Volveré dentro y esperaré a que te vistas...

—Ya estoy vestida.

—El señor Escurridizo dice... —insistió Detritus, detrás de ellos.

—Vamos —indicó Ginger al tiempo que lo cogía del brazo—. No debemos hacer esperar a todo el mundo.

—Pero si estás... no llevas... —Victor bajó los ojos, lo que no le sirvió de mucha ayuda—. Tienes un ombligo en el diamante —aventuró.

—He conseguido reconciliarme con esa idea —replicó Ginger, que flexionaba los hombros en un intento de que la ropa cayera un poco mejor—. Lo que me está causando más problemas son estas dos tapas de cazuelas. Ahora comprendo cuánto deben de sufrir esas pobres chicas que están en los harenes.

—¿De verdad no te importa que la gente te vea así? —se sorprendió Victor.

—¿Por qué me iba a importar? Esto son imágenes en acción. No es como si fuera la realidad. Además, no tienes ni idea de lo que se ven obligadas a hacer algunas chicas por mucho menos de diez dólares al día.

—Nueve —señaló Gaspode, que seguía a Victor pisándole los talones.

—Bueno, bueno, muchachos, todos a mi alrededor —gritó Escurridizo por un megáfono—. Los Hijos del Desierto a aquel lado, por favor. Las esclavas... ¿dónde demonios están las esclavas? Bien. ¿Operadores...?

—Nunca había visto tanta gente para intervenir en una peli —susurró Ginger—. ¡Seguro que esto va a costar más de cien dólares!

Victor miró a los Hijos del Desierto. Parecía como si Escurridizo se hubiera dejado caer por el local de Borge para contratar a las veinte personas más cercanas a la puerta, sin pensar ni un instante en si eran adecuadas para el papel, y les había colocado una cosa que, en su opinión, debía de parecerse al tocado de los bandidos del desierto. Había Hijos del Desierto trolls (Rock lo vio desde lejos y lo saludó con un gesto de la mano), Hijos del Desierto enanos, y, al final de la fila, un Hijo del Desierto pequeño y peludo que se rascaba furiosamente, con un tocado que le caía hasta las patas.

—... la coges, te quedas extasiado ante su belleza, y luego la echas sobre el pomo.

La voz de Escurridizo consiguió filtrarse hacia su consciencia.

Victor repasó a la desesperada las instrucciones que apenas había oído.

—¿Sobre el qué? —preguntó.

—Es una parte de la silla de montar —le susurró rápidamente Ginger.

—Ah.

—Y luego cabalgas hacia la noche, seguido por todos los Hijos, mientras cantáis valerosas canciones de bandidos del desierto...

—No te preocupes, no las oírás nadie —lo tranquilizó Soll—. Pero si abris y cerráis las bocas todos a la vez, se creará un comosellame, ambiente.

—¡Pero si no es de noche! —señaló Ginger—. ¡Estamos a pleno día!

Escurridizo se la quedó mirando. Abrió la boca un par de veces.

—¡Soll! —gritó.

—Sabes de sobra que no podemos rodar de noche, tío —se apresuró a explicar su sobrino—. Los demonios no verían nada. No entiendo por qué no podemos poner al principio un cartel que diga « Es de noche » , y luego seguir con toda la escena, de manera que...

—¡Porque ésa no es la magia de las imágenes en acción! —le espetó Ecurridizo—. ¡Es, sencillamente, una soberana tontería!

—Disculpe —dijo Victor—. Disculpe, pero creo que no tendrá importancia, seguro que los demonios pueden pintar el cielo de negro y con estrellas.

Hubo un largo momento de silencio. Luego, Ecurridizo clavó la vista en Gaffer.

—¿Es posible? —le preguntó.

—Naa —replicó el operador—. Ya nos cuesta lo suyo hacer que pinten lo que ven, como para intentar obligarlos a que pinten lo que no ven.

Ecurridizo se frotó la nariz.

—Estoy dispuesto a negociar —dijo. El operador se encogió de hombros.

—Creo que no me ha entendido, señor Ecurridizo. ¿Para qué van a querer el dinero? Lo único que harían sería comérselo. Si empezarnos a decirles que pinten cosas que no existen, nos vamos a meter en un...

—Quizá, con que haya una luna llena muy brillante... —intervino Ginger.

—Eso está bien pensado —asintió Ecurridizo—. Pondremos un cartel en el que Victor diga a Ginger algo así como « Qué brillante es la luna esta noche, buana » .

—Algo así —asintió Soll, diplomático.

Era mediodía. La colina de Holy Wood brillaba bajo el sol como un chicle sabor a champán bastante chupado ya. Los operadores daban vueltas a las manivelas, los extras atacaban con entusiasmo una y otra vez, Ecurridizo gritaba a todo el mundo, y se hizo historia del cine con una escena en la que tres enanos, cuatro hombres, dos trolls y un perro cabalgaron sobre un camello lanzando gritos de horror para que se detuviera.

Victor y el camello trabaron conocimiento. El animal batía sus largas pestañas ante él, y parecía masticar jabón. Se había arrodillado en el suelo. Parecía un camello que hubiera pasado una mañana de duro trabajo y no estuviera dispuesto a aguantar nada de nadie. Hasta aquel momento ya había coceado a tres personas.

—¿Cómo se llama? —preguntó con cautela.

—Nosotros lo llamamos Cabrón Hijo de Perra —dijo el Vicepresidente al Cargo de Camellos, estrenando su nuevo cargo.

—No parece un nombre muy corriente.

—Pues es el perfecto para este camello —replicó el cuidador con convicción.

—No tiene nada de malo ser hijo de una perra —dijo una voz tras él—. Yo soy hijo de una perra. Mi padre era hijo de una perra, cretino seboso.

El cuidador sonrió nervioso a Victor y se dio media vuelta. Allí no había nadie. Bajó la vista.

—Guau —le dijo Gaspode, meneando lo que casi era una cola.

—¿No acabas de oír a alguien decir algo? —preguntó el cuidador con cautela.

—No —replicó Victor.

Se inclinó hacia una de las orejas del camello y, por si acaso era un camello especial de Holy Wood, le susurró:

—Oye, soy un amigo, ¿vale?

Cabrón Hijo de Perra alzó una oreja tan gruesa como una alfombra<sup>[10]</sup>.

—¿Cómo se dirige? —preguntó.

—Cuando quieras ir hacia delante, maldices y le das un golpe con el palo, y cuando quieras parar, maldices y le das un golpe con el palo.

—¿Y qué pasa si quieres girar?

—Bueno, ahí ya entramos en Técnicas Avanzadas del Manual. Lo mejor que puedes hacer es bajarte y hacerlo girar a mano, ¿entiendes?

—¡Cuando queráis! —aulló Ecurridizo a través del megáfono—. Ahora, tienes que cabalgar hasta la tienda, saltar del camello, pelear contra los gigantes eunucos, desgarrar la tela de la tienda, sacar a la chica a rastras, volver a montar en el camello y alejarte. ¿Comprendido? ¿Te consideras capaz de hacerlo?

—¿Qué gigantes eunucos? —preguntó Victor, mientras el camello se alzaba.

Uno de los gigantes eunucos alzó tímidamente una mano.

—Soy yo, Morry —dijo.

—Ah. Hola, Morry.

—Hola, Vic.

—Y yo, Rock —dijo un segundo eunuco gigantesco.

—Hola, Rock

—Hola, Vic.

—Cada uno a su lugar —ordenó Ecurridizo—. Vamos a... ¿qué pasa ahora, Rock?

—Bueno, señor Ecurridizo, me estaba preguntando... ¿cuál es mi motivación para esta escena?

—¿Motivación?

—Sí. Eh... es que tengo que saberlo, ¿sabe? —dijo Rock

—¿Qué te parece «si no lo haces bien, te despediré»? ¿Es una buena motivación?

Rock sonrió.

—Excelente, señor Ecurridizo —dijo.

—Muy bien —asintió Ruina—. Todo el mundo preparado... ¡acción!

Cabrón Hijo de Perra giró torpemente, con las patas torcidas en extraños ángulos camellunos, y luego echó a andar en un complicado trote.

La manivela empezó a girar.

El aire brillaba.

Y Victor despertó. Era como salir lentamente de una nube color rosa, o de un magnífico sueño que uno no puede recordar a la luz del día por mucho que lo intente, dejándote con una terrible sensación de ausencia, de pérdida. Sabes instintivamente que nada, nada de lo que vayas a experimentar a lo largo del día, será ni siquiera la mitad de agradable que ese sueño.

Parpadeó. Las imágenes se fueron desvaneciendo. Fue consciente de que le dolían los músculos, como si acabara de hacer un gran esfuerzo físico.

—¿Qué ha pasado? —murmuró. Bajó la vista.

—Uauh —dijo.

Una amplia superficie de trasero apenas cubierto por tela ocupaba el lugar donde antes sólo había podido ver cuello de camello. Era toda una mejora.

—¿Por qué estoy tumbada sobre un camello? —preguntó Ginger con voz gélida.

—A mí, que me registren. ¿No era eso lo que querías? ¿No te has subido tú?

La chica se deslizó hacia la arena y trató de recomponerse el traje.

En aquel momento, ambos se dieron cuenta de que tenían público.

Allí estaba Ecurridizo. Estaba el sobrino de Ecurridizo. Estaban los extras. Había también toda una amplia gama de vicepresidentes, y otras muchas personas que, al parecer, habían empezado a existir con la creación de las imágenes en acción<sup>[11]</sup>.

Estaba incluso Gaspode, el Perro Maravilla.

Y todos, a excepción del perro, que se reía entre dientes, estaban boquiabiertos.

La mano del operador seguía dando vueltas a la manivela. Bajó la vista hacia sus dedos como si acabara de descubrir que los tenía, y se detuvo.

Ecurridizo pareció salir del trance en que se encontraba.

—Uuauh —dijo—. Increíble.

—Magia —jadeó Soll—. Magia de verdad.

Ecurridizo dio un codazo al operador.

—¿Lo has cogido todo? —preguntó.

—¿El qué? —inquirieron a la vez Ginger y Victor.

En aquel momento, Victor vio que Morry estaba sentado en la arena. Le faltaba una buena esquila en el brazo; Rock le estaba poniendo algo en la fisura. El corpulento troll advirtió la expresión de Victor, y le dirigió una sonrisa

enfermiza.

—Te crees Cohén el Bárbaro, ¿eh? —dijo.

—Eso —intervino Rock—. No había razón para que le dijeras las cosas que le dijiste. Y además, si piensas dedicarte a blandir así las espadas, pediremos un dólar diario más por Posible Pérdida de Fragmentos.

La espada de Victor tenía varias melladuras en la hoja. Y, aunque le fuera en ello la vida, no habría sabido decir cómo habían aparecido.

—Escuchad —dijo a la desesperada—, no entiendo nada. No he llamado nada a nadie. ¿Hemos empezado ya el rodaje?

—Yo estaba tranquilamente sentada en una tienda, y al momento siguiente me encuentro respirando camello —añadió Ginger con petulancia—. ¿Es demasiado pedir que alguien me diga qué está pasando?

Pero, al parecer, nadie les hacía caso.

—¿Por qué no hay manera de meter sonido? —se quejaba amargamente Ecurridizo—. Ha sido un diálogo muy bueno, excelente. No entendí ni una palabra, pero reconozco un buen diálogo en cuanto lo oigo.

—Loros —dijo simplemente el operador—. Ya sabe, esos pájaros de la zona de Los Arcángeles. Son increíbles, tienen la memoria de un elefante. Si conseguimos un par de docenas de ellos, de tamaños diferentes, tendremos todo el registro de las cuerdas voca...

Eso provocó una detallada discusión técnica.

Victor se dejó caer del lomo del camello, y se metió bajo su cuello para coger el brazo de Ginger.

—Escúchame —dijo, apremiante—, ha sido igual que la última vez. Sólo que más fuerte. Como una especie de sueño. El operador empezó a dar vueltas a la manivela, y fue como un sueño.

—Sí, pero me gustaría saber qué hicimos concretamente —se quejó la chica.

—Lo que tú hiciste concretamente —dijo Rock a Victor—, fue entrar al galope con el camello en la tienda, bajar de un salto y lanzarte sobre nosotros como un molino...

—... saltando sobre las rocas, y riendo como un loco... —aportó Morry.

—Eso, y al pobre Morry le dijiste, «Llegó tu hora, malvado guardia negro», y luego le diste un espadazo de miedo en el brazo derecho, e hiciste un agujero en la lona de la tienda...

—Pero hay que reconocer que mueves bien esa espada —lo interrumpió Morry, admirativo—. Un estilo algo teatral, pero muy bueno, sí señor.

—¡Pero si no sé cómo...! —empezó Victor.

—... y ella estaba tumbada ahí, toda languada —siguió Rock sin hacerle caso—. Entraste tú, la pusiste de pie, y te dijo que...

—¿Languada? —inquirió débilmente Ginger.

—Lánguida —la tranquilizó Victor—. Creo que quiere decir «lánguida».

—... te dijo, « Oh, dioses, es el Ladrón de... el Ladrón de... » . Puaj, creo que dijo Puaj.

—Vaguedad —le corrigió Morry, frotándose el brazo.

—Sí, y luego ella fue y dijo, « Corres aquí un gran peligro, porque mi padre ha jurado matarte » , y Víctor fue y contestó, « Pero ahora, oh bella rosa, puedo revelar al mundo que en verdad soy la Sombra del Desierto... » .

—¿Qué quiere decir eso de « lánguida » ? —inquirió Ginger, mosqueada.

—Y él fue y dijo « Huye conmigo ahora a la casbah » , o algo por el estilo, y luego hizo esa... esa cosa que los humanos hacen con los labios...

—¿Silbar? —sugirió Víctor, esperando contra toda esperanza.

—Naaa, qué va, lo otro. Eso que suena como un corcho al salir de la botella —insistió Rock.

—Besar —señaló Ginger con voz gélida.

—Eso. No es que yo tenga mucha base para emitir juicios —asintió el troll—, pero pareció que duraba mucho rato. Fue un beso muy... muy beso.

—Sí, hasta yo pensé que iba siendo hora del tradicional cubo de agua —dijo una baja voz canina tras Víctor.

El joven dio una patada hacia atrás, pero no acertó en el blanco.

—Luego él volvió a subirse al camello, la aupó de un salto, y el señor Escurridizo empezó a gritar, « Alto, alto, qué demonios pasa, por qué nadie me dice qué demonios pasa » —siguió Rock—. Y luego tú dijiste, « ¿Qué ha pasado? » .

—No recuerdo haber visto en mi vida a nadie esgrimiendo la espada de esa manera —señaló Morry.

—Oh —dijo Víctor—. Vaya. Muchas gracias.

—Todos esos gritos de « ¡Ja! » , y « ¡Ya te tengo, perro! » ... Muy profesional —siguió el troll.

Una mano pesada se posó sobre el hombro de Víctor. El joven se dio la vuelta y vio la inmersa forma de Detritus, eclipsando el resto del mundo.

—El señor Escurridizo no quiere que nadie se vaya de aquí —dijo—. Todo el mundo tiene que quedarse hasta que el señor Escurridizo lo diga.

—¿Sabes que eres una auténtica tortura? —bufó Víctor. Detritus le dedicó una amplia sonrisa tachonada de gemas<sup>[12]</sup>.

—El señor Escurridizo dice que puedo ser vicepresidente —dijo con orgullo.

—¿Al cargo de qué? —se interesó Víctor.

—Al cargo de vicepresidentes —explicó Detritus.

Gaspode, el Perro Maravilla, lanzó un pequeño gruñido que le surgió de lo más profundo de la garganta. El camello, que había estado contemplando el cielo con cara de aburrimiento, se movió repentinamente y largó una coz que alcanzó de pleno al troll en la base de la espalda. Detritus dejó escapar un aullido de dolor. Gaspode dirigió al mundo en general una mirada de inocencia satisfecha.



—Vamos —dijo Victor, sombrío—. Aprovechando que está muy ocupado buscando algo con lo que golpear al camello.

Se sentaron a la sombra, detrás de la tienda.

—Sólo quiero que sepas —empezó Ginger con voz fría—, que en mi vida he intentado parecer lánguida.

—Valdría la pena intentarlo —dijo Victor, ausente.

—¿Qué?

—Perdona. Mira, hay algo que nos hizo comportarnos de esa manera. No sé manejar una espada. Lo único que he hecho toda mi vida es moverla un poco. ¿Qué sentiste tú?

—¿No te ha pasado nunca que has oído a alguien decirte algo, y te das cuenta de que estabas soñando despierto?

—Fue como si la vida se te escapara, y algo ocupara el espacio que había quedado vacío.

Meditaron en silencio la posibilidad.

—¿Crees que puede tener algo que ver con Holy Wood? —preguntó al final la chica.

Victor asintió. Luego, se echó hacia un lado, y aterrizó sobre Gaspode, que los había estado observando con interés.

—Aaay —dijo el perro.

—Haz el favor de escuchar bien —siseó Victor junto a su oreja—. Basta ya de pistas y sugerencias. ¿Qué ves de raro en nosotros? Si no nos lo dices ahora mismo, te entregaré a Detritus. Junto con un frasco de mostaza.

El perro se retorció para escapar.

—O también podríamos obligarte a llevar bozal —colaboró Ginger.

—¡Pero si no soy peligroso! —gimoteó Gaspode, rascando la arena con las patas.

—A mí, un perro que habla me parece peligrosísimo —comentó Victor.

—Temible —corroboró Ginger—. Nunca se sabe lo que podría decir.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? —suspiró Gaspode, entristecido—. Sabía que, si alguien sabía que puedo hablar, no tendría más que problemas. Estas cosas no deberían pasarle a un perro.

—Pero te van a pasar —lo amenazó Victor.

—Vale, de acuerdo, de acuerdo. Para lo que va a servir... —refunfuñó Gaspode.

Victor se relajó. El perro se sentó y se sacudió la arena.

—Además, no lo entenderíais —gruñó—. Otro perro sí podría entenderlo, pero vosotros, no. Es cuestión de la experiencia de una especie, ¿sabéis? Como eso de besar. Vosotros sabéis cómo es, pero yo no. No es una experiencia canina. —Notó la mirada de advertencia en los ojos de Victor, y siguió rápidamente—. Es porque tenéis ese aspecto... como si éste fuera vuestro lugar. —Los observó

un instante—. ¿Lo veis? ¿Lo veis? —suspiró—. Ya os dije que no lo comprenderíais. Tenéis todos los síntomas de estar en el lugar en que os corresponde estar. Aquí casi todo el mundo es forastero, pero vosotros, no. Eh... por ejemplo, ¿no habéis notado cómo ladran algunos perros a las personas que acaban de llegar a un lugar por primera vez? No es sólo por su olor, es que tenemos un increíble sentido para captar lo que está fuera de lugar. También hay algunos humanos que se sienten incómodos cuando ven un cuadro torcido, ¿no? Es igual, sólo que mucho peor en nuestro caso. Pero, en vuestro caso, es obvio que estáis donde tenéis que estar: aquí.

Volvió a mirarlos, y luego se dedicó a rascarse la oreja con decisión.

—Demonios —suspiró—. Lo malo es que yo sólo puedo explicarlo en perro, y vosotros sólo podéis escuchar en humano.

—A mí todo eso me suena muy místico —replicó Ginger.

—Dijiste no sé qué sobre mis ojos... —señaló Victor.

—Sí, bueno... ¿no te has mirado últimamente los ojos? —Gaspode hizo un gesto en dirección a Ginger—. Y tú también, guapa.

—No seas idiota —bufó el joven—. ¿Cómo vamos a mirarnos nuestros propios ojos?

El perro se encogió de hombros.

—Bueno, podríais mirároslos el uno al otro —sugirió con lógica aplastante.

Al momento, se volvieron para ponerse cara a cara.

Hubo un larguísimo momento de sorpresa. Gaspode lo utilizó para orinar sonoramente contra uno de los postes de la tienda.

—Uauh —dijo Victor al final.

—¿También los míos? —se extrañó Ginger.

—Sí. ¿No te duele?

—Eso me lo tendrías que decir tú.

—Pues nada, ya lo sabéis —siguió Gaspode—. Y, la próxima vez que veáis a Escurridizo, fijaos bien. Pero fijaos de verdad, en serio.

Victor se restregó los ojos, que empezaban a llorarle.

—Es como si Holy Wood nos hubiera llamado, nos hubiera traído aquí. Está haciendo algo con nosotros, nos ha... nos ha...

—... marcado —zanjó Victor con amargura—. Eso es lo que ha hecho.

—Eh... la verdad es que no queda nada mal, resulta muy atractivo —dijo Victor con galantería—. Te da como una especie de chispa.

Una sombra cayó sobre la arena.

—Ah, estáis aquí —dijo Escurridizo.

Les puso los brazos en los hombros y les dio una especie de achuchón.

—Hay que ver con esta juventud, siempre buscando rinconcitos solitarios para arrullarse —dijo con una sonrisa forzada—. Buen asunto. Un asunto genial. Muy romántico. Pero hay que hacer una película, y tengo a montones de

personas cruzadas de brazos, esperándoos, así que vamos de una vez, ¿eh, tortolitos?

—¿Veis lo que quiero decir? —murmuró Gaspode en voz muy baja. Cuando se sabía qué buscar, resultaba inconfundible. En el centro de cada uno de los ojos de Escurridizo, había una diminuta estrella de oro.

En el corazón del gran continente oscuro de Klatch, el aire era espeso, saturado con la promesa del monzón que sobre él se cernía.

Las ranas mugidoras croaban entre la vegetación<sup>[13]</sup> junto a las aguas lentas de un río amarronado. Los cocodrilos dormitaban en los lodazales.

La naturaleza estaba conteniendo el aliento.

En aquel momento, comenzó un estruendoso arrullo en el palomar de Azhural N'choate, tratante de ganado. El hombre dejó de sestar junto a la galería, y fue a ver qué había provocado el jaleo.

En los vastos cobertizos que había tras la cabaña, unas cuantas terneras, ya marcadas para venderlas sin que el cliente tuviera que esperar, bostezaban acurrucadas al calor, pero alzaron la vista en gesto de alarma cuando N'choate bajó los peldaños de la galería de un salto y echó a andar hacia ellas.

El hombre rodeó los cobertizos de las cebras y se dirigió sin titubear hacia su ayudante, M'Bu, que se dedicaba tranquilamente a limpiar el estiércol en el corral de los avestruces.

—¿Cuántos...? —empezó el hombre. Se detuvo, sin resuello.

M'Bu, que tenía doce años, dejó caer la pala con la que trabajaba, y le dio unas fuertes palmadas en la espalda.

—¿Cuántos...? —intentó de nuevo.

—¿Ya ha vuelto a empinar el codo, jefe? —quiso saber M'Bu, con voz preocupada.

—¿Cuántos elefantes tenemos?

—Acabo de terminar de limpiarlos —replicó M'Bu—. Tenemos tres.

—¿Estás seguro?

—Sí, jefe —asintió el muchacho, con voz razonable—. Es muy fácil estar seguro con los elefantes.

Azhural se acuclilló en el polvo rojizo, y empezó a garabatear números con un palito.

—Seguro que el viejo Muluccai tiene por lo menos media docena más —murmuró—. Y Tazikel nunca tiene menos de veinte. También está la gente del delta, que por lo general suelen tener...

—¿Alguien ha pedido elefantes, jefe?

—... y el otro día me comentó que tenía quince cabezas, y seguro que los del campamento maderero tienen unos cuantos y los venden baratos, pongamos dos

docenas...

—¿Alguien ha pedido muchos elefantes, jefe?

—... comentaron que habían visto una manada que iba rumbo a T'etse, no nos darán ningún problema, y también están todos los valles que caen de camino a...

M'Bu se recostó contra la valla y esperó.

—Quizá unos doscientos, diez arriba o diez abajo —terminó Azhural, al tiempo que tiraba a un lado el palito—. Ni para empezar.

—No se pueden calcular diez elefantes arriba o abajo, jefe —dijo M'Bu con firmeza.

Sabía que contar elefantes era un trabajo de precisión. Un hombre podía mostrarse inseguro acerca del número de esposas que tenía, pero no le podía suceder lo mismo con los elefantes. O se tenían, o no se tenían.

—Nuestro agente en Klatch ha recibido un pedido de... —Azhural tragó saliva con dificultad—. ¡De un millar de elefantes! ¡Un millar! ¡Con suma urgencia! ¡Se pagarán contra entrega!

El tratante de ganado dejó caer el papel al suelo.

—Había que llevarlos a un lugar llamado Ankh-Morpork —dijo con gesto de desaliento—. Habría sido bonito —suspiró con tristeza.

M'Bu se rascó la cabeza y observó las espesas nubes que se acumulaban sobre el Monte F'twangi. Pronto, los hierbajos secos se estremecerían bajo el retumbar estrepitoso de las lluvias.

Luego, se inclinó y recogió el palito.

—¿Qué haces? —quiso saber Azhural.

—Estoy dibujando un mapa, jefe —replicó el muchacho sin alzar la vista.

Azhural sacudió la cabeza.

—No vale la pena, chico. Creo que hay casi cinco mil kilómetros de aquí a Ankh-Morpork. Me había dejado llevar por el entusiasmo. Hay demasiados kilómetros, y demasiado pocos elefantes.

—También podríamos ir atravesando las llanuras, jefe —replicó M'Bu—. En las llanuras hay muchos elefantes. Podríamos enviar mensajeros como avanzadilla. Por el camino recogeríamos muchos animales, en eso no habría problema. Las llanuras enteras están cubiertas de elefantes.

—No, lo mejor sería que fuéramos bordeando la costa —replicó el tratante, al tiempo que dibujaba una línea curva sobre la arena—. ¿Y por qué, te preguntarás? Pues porque la selva está justo aquí. —Dio unos golpecitos sobre el arañado terreno—. Y aquí. —Dio otro golpecito, causando contusiones leves a una langosta optimista que había asomado la cabeza, confundiendo los primeros golpes con el inicio de las lluvias—. Por si lo has olvidado, te recuerdo que en la selva no hay caminos.

M'Bu le cogió el palito de la mano y dibujó una línea recta a través de la

selva.

—Cuando un millar de elefantes quieren avanzar, jefe, no les hacen falta caminos.

Azhural meditó la idea unos momentos. Luego, le quitó el palito y dibujó una línea zigzagueante que atravesaba la selva.

—Pero el caso es que también tenemos aquí las Montañas del Sol —dijo—. Son muy altas. Hay muchos abismos profundos. Sin puentes.

M'Bu cogió el palito, señaló la selva y sonrió.

—Sé dónde hay un lugar con muchos troncos recién cortados, jefe —dijo.

—Ah, ¿sí? Muy bien, chico, pero aun así habría que llevarlos hasta las montañas.

M'Bu sonrió de nuevo. Su tribu tenía la costumbre de afilarse los dientes hasta dejarlos puntiagudos<sup>[14]</sup>.

Le devolvió el palito.

Azhural abrió la boca lentamente.

—Por las siete lunas de Nasreem —se atragantó—. Podríamos conseguirlo, es verdad, sería posible. De esa manera sólo serían mil novecientos o dos mil kilómetros. Quizá incluso menos. Sí, es verdad, podríamos conseguirlo.

—Sí, jefe.

—¿Sabes? Siempre he deseado hacer algo grande en mi vida. Algo increíble —siguió Azhural—. O sea, no sé si me entiendes... un avestruz aquí, una jirafa allá... a nadie se le recuerda por eso... —Se quedó mirando el horizonte, teñido ya de un gris púrpureo—. Podríamos conseguirlo, ¿verdad que sí? —insistió.

—Claro, jefe.

—¡Pasar por las montañas!

—Claro, jefe.

Si uno miraba con mucha atención, advertía que el gris púrpureo estaba coronado de blanco.

—Subir y bajar, subir y bajar —añadió M'Bu con una sonrisa traviesa.

—Cierto, cierto —asintió Azhural—. Así que, al hacer la media aritmética, ¡el camino sería llano!

Contempló de nuevo las montañas.

—Un millar de elefantes —murmuró—. ¿Sabes una cosa, muchacho? Cuando construyeron la Tumba del Rey Leonid de Efebo, se utilizaron cien elefantes para transportar las piedras. Y, según dice la historia, se usaron doscientos elefantes para la construcción del palacio del Rhoxie, en la ciudad de Klatch.

El trueno retumbó a lo lejos.

—Un millar de elefantes —repitió Azhural—. Un millar de elefantes. ¿Para qué los querrán?

Victor se pasó el resto del día inmerso en una especie de trance. Hubo más galopes a lomos del camello, y más peleas a espada, y más reorganización aleatoria del tiempo. Al joven aún le costaba trabajo comprenderlo. Al parecer, luego cortarían la película y la volverían a pegar, de manera que las cosas sucederían en el orden lógico y adecuado. Y algunas de las cosas ni siquiera tenían que suceder. Vio al dibujante rotular un cartel en el que decía «En el palacio del rey, una hora después».

Había desaparecido una hora entera de Tiempo, así por las buenas. Por supuesto, Victor tenía conciencia clara de que no se la habían amputado quirúrgicamente de la vida. Era algo que sucedía constantemente en los libros. Y también en los escenarios. Una vez había visto a un grupo de actores ambulantes, y en la representación se había saltado mágicamente de «Un campo de batalla en Camis-Eb» a «La Fortaleza Efeba, esa misma noche», sin que hiciera falta más que el rápido descenso de un telón confeccionado con sacos y los sonidos amortiguados de muchos tropezones y maldiciones mientras cambiaban el decorado.

Pero aquello era diferente. Diez minutos después de hacer una escena, te encontrabas rodando otra que tenía lugar el día anterior, en otro lugar, porque Ecurridizo había alquilado las tiendas para las dos escenas y no quería verse obligado a pagar más de lo necesario. Tenías que intentar olvidarte de todo excepto del Ahora, y eso resultaba difícil, sobre todo cuando se vivía siempre esperando el momento de que volviera aquella sensación de inconsciencia, aquel perder de vista el mundo y la realidad...

Pero no volvió. Rodaron otra escena de lucha a espada de mala gana, y Ecurridizo anunció que habían terminado.

—¿No vamos a rodar el final? —se sorprendió Ginger.

—Lo rodasteis esta mañana —señaló Soll.

—Ah.

Se oyó un sonido chirriante en el momento en que dejaron salir a los demonios de su caja. Los pequeños monstruos se sentaron mecendo las piernecitas en el borde de la tapa, pasándose un diminuto cigarrillo de mano en mano. Los extras hicieron cola para cobrar el salario del día. El camello asestó una soberana coz al vicepresidente al cargo de los camellos. Los operadores rebobinaron eficazmente los grandes rollos de película, los sacaron de las cajas y se alejaron para dedicarse a las misteriosas tareas de corte y pegado a que se dedicaban siempre los operadores durante las horas de oscuridad. La señora Cosmopilita, vicepresidenta al cargo de sastrería, recogió todas las ropas y se marchó, probablemente a devolverlas a sus respectivas camas.

Unos cuantos acres de tela de saco polvoriento dejaron de ser las ondulantes

dunas del Gran Nef y volvieron a ser tela de saco polvorienta. Víctor tenía la sensación de que a él le estaba sucediendo algo muy semejante.

Solos o por parejas, los fabricantes de imágenes en acción se fueron alejando, riendo, bromeando y acordando citas en el local de Borgle para más tarde.

Ginger y Victor se quedaron solos en un círculo de vacío cada vez más amplio.

—Así me sentí la primera vez que se fue el circo —dijo Ginger.

—El señor Escurridizo dice que mañana vamos a rodar otra peli —replicó Víctor—. Empiezo a estar convencido de que se las inventa sobre la marcha. Pero bueno, el caso es que nos paga diez dólares por cada una. Descontando lo que le debemos a Gaspode —añadió con honradez. Dirigió una sonrisa bobalicona a la joven—. ¡Ánimate un poco! —exclamó—. Estás haciendo lo que siempre has deseado.

—No seas imbécil. Hasta hace un par de meses, no sabía nada de las imágenes en acción. Ni siquiera existían.

Caminaron sin rumbo hacia la ciudad.

—¿Qué querías ser? —se atrevió a preguntar Víctor. La joven se encogió de hombros.

—Ni idea. Sólo sabía que no quería trabajar en la lechería. En su ciudad también había habido lecherías.

Victor intentó recordar algo sobre ellas.

—A mí siempre me ha parecido un trabajo muy interesante —dijo con vaguedad—. Con todo eso de la mantequilla... mucho aire libre...

—Hace un frío que te mueres, te pasas la vida empapada y, justo cuando acabas de terminar, la maldita vaca tira el cubo de una patada. No me lo recuerdes. No quiero acordarme de las lecheras. Ni de las pastoras. Ni tampoco de las cuidadoras de gansos. Por si te interesa, la verdad es que odiaba a muerte nuestra granja.

—Oh.

—Además, todo el mundo quería que me casara con mi primo a los quince años.

—¿Eso es legal?

—Y tanto que sí. En el lugar donde nací, todos los matrimonios son entre primos.

—¿Por qué? —quiso saber Víctor.

—Bueno, supongo que así ya no tienes que preocuparte por lo que harás las noches de los sábados.

—Oh.

—Y tú, ¿nunca quisiste ser nada concreto? —inquirió Ginger, poniendo toda una frase de desprecio en dos simples letras.

—La verdad es que no —suspiró Victor—. Todo me parece muy interesante hasta que lo hago. Entonces, descubro que no es más que otro trabajo, como los demás. Me apuesto lo que sea que incluso la gente como Cohén el Bárbaro se levantan por las mañanas pensando, « Oh, no, otro día de pisotear con mis pies calzados con sandalias los enjoyados tronos de la Tierra» .

—¿A eso se dedica? —preguntó Ginger, interesada muy a su pesar.

—Según las leyendas, sí.

—¿Por qué?

—Ni idea. Supongo que es su trabajo.

Ginger recogió un puñado de arena. Contenía diminutas conchitas blancas, que se le quedaron en la mano cuando dejó que la arena se deslizara entre sus dedos.

—Yo me acuerdo de cuando el circo se instaló en nuestro pueblo. Había una chica que llevaba leotardos con purpurina. Caminaba por la cuerda floja. Incluso daba unos saltitos sobre ella. Todo el mundo aplaudía a rabiar. A mí no me dejaban ni subirme a un árbol, pero a ella la aplaudían. Entonces fue cuando tomé la decisión.

—Ah —asintió Victor, tratando de seguir el hilo de su psicología—. ¿Tomaste la decisión de ser alguien?

—No digas burradas. Entonces fue cuando tomé la decisión de que quería ser mucho más que alguien.

Lanzó las conchas hacia el sol poniente, y se echó a reír.

—Ahora voy a ser la persona más famosa del mundo, todos los hombres se enamorarán de mí, y viviré eternamente.

—Siempre es bueno saber lo que se quiere —contestó Victor diplomáticamente.

—¿Sabes cuál es la mayor tragedia que hay en el mundo? —siguió Ginger, sin prestarle la menor atención—. Toda esa gente que nunca llega a saber lo que quiere hacer, aquello para lo que tienen auténtico talento. Todos esos hijos que se hacen herreros sólo porque sus padres eran herreros. Todas esas personas que podrían ser maravillosos flautistas, y crecen, se hacen viejos y mueren sin haber visto jamás un instrumento musical, así que en vez de eso trabajan como malos labradores. Toda esa gente que nunca llega a descubrir cuál es su talento. Quizá ni siquiera nacen en una época en que les sea posible averiguarlo.

Respiró profundamente.

—Todas esas personas que nunca llegan a saber lo que pueden ser en realidad. Todas las oportunidades desperdiciadas. Bueno, pues Holy Wood es mi oportunidad, ¿comprendes? ¡Y la he tenido en mi época!

Victor no comprendía.

—Sí —dijo.

Magia para gente corriente, como la había llamado Silverfish. Un hombre



daba vueltas a una manivela, y tu vida cambiaba.

—Y no sólo para mí —prosiguió Ginger—. Es una oportunidad para todos nosotros. Para todos los que no somos magos, ni reyes, ni héroes. Holy Wood es como un gran puchero de estofado hirviendo, pero esta vez lo que flota arriba son nuevos ingredientes. De pronto, la gente puede hacer muchas cosas nuevas. ¿Sabes que en los teatros no permiten actuar a las mujeres? Pero en Holy Wood, sí. Y en Holy Wood hay empleos para los trolls que no consisten en golpear a la gente. Otra cosa, ¿qué hacían los operadores antes de que existieran las manivelas?

Hizo un vago gesto en dirección al brillo lejano de Ankh-Morpork.

—Ahora están buscando alguna manera de añadir sonido a las imágenes en acción —siguió—. Seguro que en el mundo habrá gente con un talento increíble para... para... para hacer sonidos. ¡Y ni siquiera lo sabrán todavía! Pero están ahí. Lo presiento. Están ahí.

Los ojos le brillaban con una luz dorada. Victor pensó que quizá fuera sólo el sol poniente, pero algo le decía que había más...

—Porque, en Holy Wood, cientos de personas están descubriendo qué es lo que siempre han querido ser —dijo Ginger—. Y otras miles y miles de personas tienen oportunidad de olvidarse de sus propias vidas durante un largo rato. ¡El mundo entero ha recibido una buena sacudida!

—Eso es —asintió Victor—. Eso es precisamente lo que me preocupa. Tengo la sensación de que nos están haciendo encajar como piezas de un rompecabezas. Pensamos que utilizamos Holy Wood, pero en realidad es Holy Wood el que nos usa a nosotros. A todos nosotros.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé, pero...

—Fíjate en los magos, por ejemplo —siguió Ginger, vibrando de indignación—. ¿Alguna vez han hecho algo bueno para todo el mundo con su magia? ¿Sirve para algo?

—Creo que es lo que mantiene la cohesión del mundo... —empezó Victor.

—Vale, se les da muy bien hacer llamas mágicas y todo eso, pero, en cuanto a utilidad... ¿pueden crear siquiera una hogaza de pan?

Ginger no estaba de humor como para prestar atención a nadie.

—No por mucho tiempo —respondió Victor, impotente.

—¿Qué quieres decir?

—Algo real, como una hogaza de pan, contiene una gran cantidad de... bueno... supongo que tú lo llamarías energía —explicó el joven—. Hace falta una enorme cantidad de poder para crear cualquier cantidad de energía, por pequeña que sea. Sólo un mago realmente bueno, un mago de primera, es capaz de crear una hogaza de pan que dure en este mundo algo más de una fracción de segundo. Pero es que ése no es el verdadero objetivo de la magia, ¿sabes? —

añadió rápidamente—. Porque este mundo es...

—¿Qué más da eso? —lo interrumpió Ginger—. El caso es que Holy Wood hace cosas de verdad en beneficio de la gente normal. Magia de la gran pantalla.

—¿Qué mosca te ha picado? Anoche...

—Eso fue el pasado —replicó la joven con impaciencia—. ¿No lo entiendes? Podemos ir a cualquier lugar. Podemos convertirnos en cualquier persona. Todo gracias a Holy Wood. El mundo es...

—Una langosta —dijo Victor.

La joven sacudió una mano, irritada.

—Cualquier crustáceo que se te ocurra —dijo—. La verdad es que yo pensaba en una ostra.

—¿De verdad? Yo estaba pensando en una langosta.

—¡Tesoreroooo!

No tendría que ir por ahí corriendo de esta manera a mi edad, ya estoy viejo para esto, pensó el tesorero al tiempo que caminaba apresuradamente por el pasillo, en respuesta al aullido apremiante del archicanciller. Además, ¿por qué demonios le interesaba tanto aquel condenado cacharro? ¡Maldita vasija...!

—Ya voy, señor —jadeó.

El escritorio del archicanciller estaba cubierto de documentos antiguos.

Cuando un mago pasaba a mejor vida, todos sus papeles quedaban almacenados en alguno de los estantes más recónditos de la biblioteca. A todo lo largo y ancho de una superficie incalculable se alineaban estanterías y más estanterías abarrotadas de documentos que se enmohecían lentamente, bajo las patas de misteriosos escarabajos y una creciente capa de podredumbre reseca. Todo el mundo decía que allí había material valiosísimo para cualquier investigador, sólo hacía falta que ese voluntarioso investigador sacara tiempo para repasarlo.

El tesorero estaba muy molesto. No encontraba al bibliotecario por ninguna parte. En los últimos días no había manera de dar con el simio. Había tenido que rebuscar aquellos papelajos en persona.

—Creo que éstos son los últimos, archicanciller —suspiró al tiempo que dejaba caer una avalancha de documentos manuscritos sobre el escritorio.

Ridcully espantó a manotazos una nube de polillas.

—Papeles, papeles, papeles... —murmuró—. ¿Cuántas malditas hojas de papel hay aquí, eh?

—Esto... veintitrés mil ochocientos trece, archicanciller —respondió el tesorero—. Él llevaba un registro muy exacto.

—Mira aquí —señaló su superior—. «Contabilizador de Estrellas» ... «Numerador Preciso para Utilización en Zonas Eclesiásticas» ... «Pantanómetro» ... ¡Un pantanómetro! ¡Ese tipo estaba como una cabra!

—Tenía una mente muy ordenada —lo corrigió el tesorero.

—Tanto da.

—Eh... ¿es realmente importante esto, archicanciller? —se atrevió a preguntar el hombre.

—¡Ese condenado cacharro me ha disparado perdigones! —exclamó Ridcully—. ¡Dos veces!

—Estoy seguro de que no lo hizo... con mala idea, señor...

—¡Pero hombre, quiero saber cómo fue! ¡Imagina las posibilidades en el plano deportivo!

El tesorero intentó con todas sus fuerzas imaginar las posibilidades.

—Estoy seguro de que Riktor no pretendía que fuera un mecanismo ofensivo —aventuró a la desesperada.

—¿Y a quién le importa lo que pretendía? ¿Dónde está ese trasto ahora?

—Hice que dos de los criados lo rodearan de sacos de arena.

—Bien pensado. Es... ..uuhhhmm... uuhhhmm...

En el pasillo, se escuchó un sonido amortiguado. Los dos magos intercambiaron una mirada cargada de sentido.

...uuhhhmm... uuhhhmmUUHHHMMM...

El tesorero contuvo el aliento.

Plib.

Plib.

Plib.

El archicanciller echó un vistazo al reloj de arena que reposaba sobre la repisa de la chimenea.

—Ahora lo hace cada cinco minutos —informó.

—Y ha subido a tres perdigones —gimió el tesorero—. Tendré que ordenar que pongan más sacos de arena alrededor de la vasija.

Repasó uno de los montones de papeles polvorientos. Una palabra le llamó la atención.

Realidad.

Se quedó mirando la caligrafía que fluía por las líneas de la página. Era muy pequeña, apretada, malintencionada. Alguien le había dicho que eso se debía a que «Números» Riktor había sido un retentivo anal. El tesorero no sabía muy bien qué significaba eso con exactitud, y tenía la esperanza de no averiguarlo nunca.

Otra de las palabras era «Medición». Recorrió la página con la mirada, subiendo por las líneas, hasta llegar al título subrayado: Algunas Anotaciones sobre la Medición Objetiva de la Realidad.

En la misma página había un dibujo esquemático. El tesorero lo miró.

—¿Has encontrado algo? —quiso saber el archicanciller sin alzar la vista.

El tesorero se metió el papel disimuladamente en la manga de la túnica.

—Nada importante —replicó.

Mucho más abajo, las olas iban a romper contra la playa. (Y, muy por debajo de la superficie, las langostas caminaban hacia atrás por las profundas calles sumergidas bajo las aguas del mar...).

Víctor echó al fuego otro trozo de leña arrastrada por la marea. Ardió con un chisporroteo azul debido a la sal reseca que la cubría.

—No la comprendo —suspiró—. Ayer estaba tan normal, y hoy se le sube a la cabeza.

—¡Perras! —asintió Gaspode, comprensivo.

—Bueno, yo tampoco iría tan lejos —replicó Víctor—. Sólo es un poco alocada, tiene pájaros en la cabeza.

—¡Pájaras! —asintió Gaspode.

—Es que la inteligencia te joroba a modo la vida sexual —intervino No-Me-Llames-Tambor—. Los conejos nunca hemos tenido esos problemas. Aquí te pillo, aquí te mato, y cómo decías que te llamabas, guapa.

—Podrías probar a regalarles un ratón —sugirió el gato—. Shalvando lo preshente, por shupueshto —añadió con tono culpable, tratando de esquivar la mirada de Desde-Luego-Botitas-No.

—A mí tampoco me ha mejorado mucho la vida social desde que soy inteligente —dijo Tambor con amargura—. Hace una semana ni sabía lo que eran los problemas. Ahora, de repente, intentas entablar conversación, y ellas se te quedan mirando, frunciendo la nariz y moviendo los bigotes. Te llegas a sentir como un verdadero imbécil.

Se oyó un graznido estrangulado.

—El pato quiere preguntarte si has hecho algo con respecto al libro —dijo Gaspode.

—Le eché un vistazo durante la hora del almuerzo —respondió Víctor.

Se oyó otro graznido irritado.

—El pato dice que sí, que muy bien, pero que si has hecho algo con el libro —volvió a traducir Gaspode.

—Mira, a ver si lo entiendes, ¿no puedo largarme a Ankh-Morpork así como así! —estalló Víctor—. ¡Se tarda horas en hacer el viaje! ¡Y nos pasamos la jornada rodando las imágenes en acción!

—Pide un día libre —sugirió Tambor.

—¡Nadie ha pedido nunca un día libre en Holy Wood! —bufó Víctor—. Ya me despidieron una vez, gracias, no quisiera repetir la experiencia.

—Y volvieron a readmitirte, con un sueldo muy superior —señaló Gaspode—. Qué cosas pasan, ¿en? —Se rascó una oreja—. Dile que en tu contrato se especifica que puedes tener un día libre.

—No tengo contrato. Lo sabes muy bien. Trabajas y te pagan, así de fácil.

—Sí —asintió Gaspode—. Sí, muy cierto. Un contrato verbal, así de fácil. Me gusta.

Hacia el final de la noche, Detritus el troll se descubrió caminando, al parecer sin rumbo, por las sombras cercanas a la puerta trasera del local nocturno llamado Liásico Azul. Su cuerpo se había visto azotado por extrañas pasiones durante todo el día. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a ver una figura con una forma semejante a la de una colina pequeña.

Tenía que asumir los hechos.

Detritus estaba enamorado.

Sí, cierto, se había pasado muchos años en Ankh-Morpork, golpeando a la gente a cambio de un salario. Sí, cierto, había sido una vida embrutecedora, siempre sin amigos. Y solitaria, desde luego. Ya se había resignado a una senectud de amarga soltería... y ahora, de repente, Holy Wood le presentaba una oportunidad con la que ni siquiera se había atrevido a soñar en toda su existencia.

Detritus había recibido una educación muy estricta, y recordaba bien el discurso que le había largado su padre cuando era un joven troll recién llegado a la pubertad. Si ves a una chica que te gusta, no tienes que lanzarte sobre ella, así sin más. Las cosas se tienen que hacer de la manera correcta.

Así que había bajado a la playa, y había rebuscado por la arena hasta dar con una roca. Pero no cualquier roca vieja, qué va. Había elegido cuidadosamente una con los cantos suavizados por las mareas, y venillas de cuarzo rosa y blanco adornando toda su superficie. Había oído decir que a las chicas les gustaban esas cosas.

Ahora aguardaba con timidez a que ella saliera de trabajar.

Intentó imaginar qué le diría; nadie le había explicado nunca qué había que decir. Además, no era un troll listo, como Rock o Morry, a quienes se les daba bien eso de la palabrería. Él, por el contrario, nunca había necesitado un vocabulario muy extenso. Dio una patada desesperada a la arena. ¿Qué posibilidades tenía con una dama tan hermosa e inteligente como aquella?

Se oyó el ruido de unos pasos pesados, y la puerta trasera del local se abrió de golpe. El objeto de sus deseos salió al aire fresco de la noche y respiró hondo, cosa que a Detritus le causó el mismo efecto que si le deslizaran un cubito de hielo por la nuca.

Lanzó una mirada histérica a su roca. Ahora, de pronto, no le parecía lo suficientemente grande, comparada con ella. Pero quizá lo importante no fuera la roca, sino lo que hacías con ella.

Bueno, tenía que lanzarse. Siempre había oído decir que la primera vez no se olvidaba jamás...

Alzó el brazo con la roca y la golpeó directamente entre los ojos.

En ese momento, todo empezó a ir mal.

Según la tradición, cuando la chica volvía a ser capaz de enfocar la vista, y si la roca le parecía aceptable, se pondría inmediatamente a disposición del troll para lo que él sugiriese, por ejemplo un humano para dos a la luz de las velas...

aunque claro, esa costumbre ya no se practicaba demasiado a menudo, sobre todo si existía el riesgo de que te atraparan.

En cualquier caso, seguro que la chica no tenía que entrecerrar los ojos, lanzar un rugido airado y darle un coscorrón tras la oreja que le hiciera temblar los globos oculares.

—¡Estúpido troll! —gritó Rubí mientras Detritus se tambaleaba en círculos—. ¿Por qué demonios has hecho eso? ¿Es que crees que soy una chica sin sofisticación, recién llegada de las montañas? ¿Por qué no lo has hecho bien?

—Pero... pero... —empezó Detritus, aterrado ante la ira de su amada—, no podía pedir permiso a tu padre para golpearte, no sé dónde vive...

Rubí se irguió en toda su altura.

—Todo eso son costumbres anticuadas, muy incultas ahora —bufó—. No es el estilo moderno. No me interesa ningún troll —añadió, remarcando las palabras—, que no esté al día. Una roca contra la cabeza puede ser bastante sentimental —siguió, perdiendo el tono de seguridad de su voz a medida que avanzaba hacia el resto de la frase—, pero los diamantes son los mejores amigos de una chica.

Se detuvo, titubeante. Aquello no le sonaba bien ni a ella.

Desde luego, a Detritus lo desconcertaba bastante.

—¿Cómo? ¿Quieres que me arranque los dientes para complacerte? —preguntó.

—Bueno, de acuerdo, dejemos lo de los diamantes —concedió Rubí—. Pero ahora existen otros modales modernos. Tienes que cortejar a la chica.

Detritus se animó.

—Ah, pero si ya... —empezó.

—Cortejar, no cortar —se apresuró a interrumpirle Rubí—. Tienes que... tienes que...

No supo cómo seguir.

No estaba en absoluto segura de lo que el caballero tenía que hacer. Pero Rubí llevaba ya varias semanas en Holy Wood, y lo que mejor hacía Holy Wood era cambiar las cosas. Allí se había encontrado con una francmasonería femenina interespecial que ni siquiera había imaginado que existiera, y estaba aprendiendo muy deprisa. Había mantenido largas charlas con compasivas chicas humanas. Y con enanas. Por todos los dioses, hasta los enanos tenían mejores rituales de cortejo. Y los humanos llegaban hasta extremos que resultaban verdaderamente asombrosos.

En cambio, una hembra troll sólo podía esperar un rápido golpe en la cabeza, y luego tendría que pasarse el resto de la vida esclavizada, cocinando cualquier cosa que el macho arrastrara a la caverna.

Bueno, pues aquello iba a cambiar. La próxima vez que Rubí fuera de visita a las montañas de los trolls, sus congéneres se iban a llevar la mayor sacudida desde la última colisión continental. Y, entretanto, tenía toda la intención de

empezar a aplicar los cambios a su propia vida.

Movió una gigantesca mano en un gesto vago.

—Tienes que... tienes que cantar junto a la ventana de la chica —indicó—. Y además... además tienes que darle oograah.

—¿Oograah?

—Sí. Un oograah bien bonito<sup>[15]</sup>.

Detritus se rascó la cabeza.

—¿Por qué? —quiso saber.

Por un momento, Rubí se quedó desconcertada. Aunque la mataran no podría decir por qué era tan importante la entrega de un vegetal incomedible, pero no tenía la menor intención de admitirlo.

—Me extraña que no lo sepas —replicó, despectiva. Detritus no captó el sarcasmo. Eran muchas cosas las que no captaba.

—Claro que lo sé —dijo—. No soy tan incúltico como crees —añadió—. Estoy del día. Ya lo verás.

El retumbar atronador de los martillazos llenaba el aire. Cada vez había más edificios que se alejaban de la calle principal sin nombre, en dirección a las dunas. Nadie poseía la tierra en Holy Wood: si estaba libre, podías construir lo que quisieras.

Ahora Escurridizo tenía dos despachos. En uno de ellos gritaba a todo el mundo, y en el otro, más grande y justo a la salida del primero, todo el mundo gritaba a todo el mundo. Soll gritaba a los operadores. Los operadores gritaban a los alquimistas. Los demonios correteaban por todas las superficies lisas, se ahogaban en las tazas de café y se gritaban unos a otros. Un par de loros verdes experimentales se gritaban a ellos mismos. Había gente que llevaba ropas raras, entraba allí y empezaba a gritar. Silverfish gritaba porque no había manera de averiguar por qué su escritorio se encontraba en el despacho exterior, aunque era el dueño del estudio.

Gaspode se había sentado estólido junto a la puerta del despacho interior. En los cinco últimos minutos había conseguido una patada desgana, una galleta rancia y una palmadita en la cabeza. Tenía la sensación de que no se le permitía participar demasiado.

Estaba intentando prestar atención a todas las conversaciones a la vez. Aquello resultaba enormemente instructivo. Para empezar, algunas de las personas que entraban a gritar llevaban bolsas de dinero...

—¿Que quieres qué?

El grito había surgido del despacho interior. Gaspode irguió la otra oreja.

—Quiero... eh... quiero un día libre, señor Escurridizo —estaba diciendo Victor.

—¿Un día libre? ¿No quieres trabajar?

—Sólo durante un día, señor Ecurridizo.

—Pero bueno, ¿te crees que voy a ir pagando a la gente para que tengan días libres? ¿Es que te ha dado la sensación de que estoy hecho de dinero? ¡Pues no es así, jovencito! Ni siquiera estamos teniendo ganancias, todo lo más conseguimos que no haya pérdidas. ¿Por qué no me pisoteas un poco más, si te parece?

Gaspode miró las bolsas amontonadas delante de Soll, que estaba ajetreadisimo echando en ellas montones de monedas. Arqueó una cínica ceja.

Hubo una pausa. Oh, no, pensó Gaspode. Ese imbécil se está olvidando de su papel.

—No quiero que me pague el día, señor Ecurridizo.

Gaspode se relajó.

—¿No quieres que te lo pague?

—No, señor Ecurridizo.

—Pero lo que sí querrás es que tu trabajo te esté esperando cuando regreses, ¿no? —bufó Ecurridizo con voz sarcástica.

Gaspode se tensó. Le había costado mucho entrenar a Victor para aquello.

—Bueno, señor Ecurridizo, sí me gustaría, sí. Pero también había pensado ir a ver qué me pueden ofrecer en Alquimistas Unidos.

Se oyó algo que se parecía mucho al sonido que hace el respaldo de una silla al chocar contra la pared. Gaspode no pudo contener una sonrisa malévola.

Alguien dejó caer otra saca con dinero en el montón que Soll tenía delante.

—¿¡Alquimistas Unidos!?

—Al parecer, están haciendo grandes progresos con la cuestión del sonido, señor Ecurridizo —señaló Victor con voz amable.

—¡Pero si son unos aficionados! ¡Y unos cretinos!

Gaspode frunció el ceño. No había podido instruir a Victor sobre lo que tendría que decir una vez pasada esta etapa del diálogo.

—Bueno, señor Ecurridizo, la verdad es que es un alivio.

—¿Por qué?

—Imagínese que fueran cretinos profesionales.

Gaspode asintió. No estaba mal. Nada mal.

Se oyó el sonido de unos pasos que rodeaban apresuradamente el escritorio. Cuando Ecurridizo volvió a hablar, se podría haber excavado un pozo en su voz y vender lo que se sacara a diez dólares el barril.

—¡Victor! ¡Vic! ¿No he sido como un tío para ti, muchacho?

Bueno, sí, pensó Gaspode. Es como un tío para la mayor parte de la gente que hay aquí. Pero eso se debe a que todos son primos.

Dejó de escuchar, en buena parte porque Victor iba a conseguir su día libre, y muy probablemente con paga incluida, pero sobre todo porque alguien había entrado en la habitación acompañado por otro perro.



Era grande, esbelto y deslumbrante. Su pelaje brillaba como la miel.

Gaspode lo identificó al momento, era un perro de caza de pura raza, de las Montañas del Carnero. Cuando se sentó junto a él, fue como si un yate deportivo de líneas esbeltas acabara de amarrar junto a una barcaza de carbón.

—Así que ésta es la última idea de mi tío, ¿eh? —oyó que decía Soll—. ¿Cómo se llama?

—Laddie —respondió el cuidador.

—¿Cuánto ha costado?

—Sesenta dólares.

—¿Sesenta dólares por un perro? Nos hemos equivocado de negocio.

—El criador me dijo que sabía hacer todo tipo de trucos. Que es más listo que el hambre, me lo garantizó. Justo lo que el señor Escurridizo anda buscando.

—Bueno, déjalo aquí atado. Y si al otro chuchó le da por pelearse, lo echas de una patada.

Gaspode dedicó a Soll un mirada larga, escrutadora, dolida. Luego, cuando se hubo asegurado de que ya nadie les prestaba atención, se acercó discretamente al recién llegado, lo miró de arriba abajo, y le habló en voz muy queda, por la comisura de la boca.

—¿Para qué has venido tú? —preguntó.

El otro perro le dirigió una mirada de atractiva incompreensión.

—Es decir, ¿pertenece a alguno de estos, o qué? —insistió Gaspode. El perro gimoteó suavemente.

Gaspode intentó hablar en canino básico, que es una combinación de gruñidos suaves y olisquees.

—¡Hola! —aventuró—. ¿Hay alguien ahí dentro?

El otro perro sacudió la cola, inseguro.

—La comida de aquí es repugnante —insistió Gaspode a la desesperada.

El perro alzó su hocico de pura raza.

—¿Qué lugar éste? —preguntó.

—Esto es Holy Wood —replicó el Perro Maravilla, en tono conversacional—. Yo me llamo Gaspode. En honor al famoso Gaspode, y a sabes. Oye, si necesitas alguna cosa, no tienes más que...

—Todos estos dos patas... ¿qué lugar éste?

Gaspode se lo quedó mirando.

En aquel momento, Escurridizo abrió la puerta de golpe. Victor salió tosiendo desde el otro lado de un enorme cigarro puro.

—Excelente, excelente —decía Escurridizo al tiempo que lo seguía fuera de su despacho—. Sabíamos que podíamos aclarar esta situación. No lo desperdicies, muchacho, no lo desperdicies. Cada caja cuesta un dólar. Ah, veo que has traído a tu perrito.

—Guau —gruñó Gaspode, irritado.

El otro perro lanzó un ladrido breve, seco, y se sentó, irradiando caninidad por cada pelo de su cuerpo.

—Ah —siguió Ecurridizo—. Y también tenemos aquí a nuestro perro maravilla.

Lo que en Gaspode pasaba por rabo se estremeció un par de veces.

En ese momento, comprendió.

Miró al perro grande, abrió la boca para decir algo y consiguió controlarse justo a tiempo. Logró transformar en un « ¡Guau! » el sonido que salía ya por su garganta.

—Es una idea que se me ocurrió la otra noche, cuando vi a tu perro —siguió Ecurridizo, animadamente—. Pensé que a la gente le gustan los animales. A mí, sin ir más lejos, me encantan los perros. El perro da buena imagen. Salva vidas. Es el mejor amigo del hombre, y todo eso.

Victor advirtió la expresión furiosa de Gaspode.

—Gaspode es bastante inteligente —intervino rápidamente.

—Oh, claro, comprendo que opines eso —asintió Ecurridizo—, pero no tienes más que mirarlos y compararlos. Por un lado tenemos a este animal de ojos espabilados, alerta, hermoso, y por el otro a esta bola de pelo con resaca. No hay punto de comparación, ¿no te parece?

El perro maravilla lanzó un breve ladrido.

—¿Qué lugar éste? ¡Buen chico Laddie!

Gaspode puso los ojos en blanco.

—¿Entiendes lo que quiero decir? —insistió Ecurridizo—. Ponle el nombre adecuado, entrénalo un poquito, y ha nacido una estrella. —Dio otra palmada a Victor en la espalda—. Encantado de verte por aquí, encantado de verte por aquí, pasa a visitarme cuando quieras, pero que no sea muy a menudo, a ver si comemos juntos un día de estos, te marchabas ya, ¿verdad?, Soll!

—Ya voy, tío.

Victor se encontró repentinamente solo, si se exceptuaba a los dos perros y a una habitación entera abarrotada de gente. Se quitó el cigarro de la boca, escupió al extremo encendido, y lo escondió cuidadosamente tras una maceta con un pote.

—Ha nacido un imbécil —dijo una voz quejumbrosa junto a su rodilla.

—¿Qué dicho él? ¿Qué lugar éste?

—A mí que me registren —se defendió Victor—. Yo no tengo nada que ver con esto.

—Pero ¿tú lo has visto bien? ¡En mi vida me había encontrado con tal demostración de estupidez! —se burló Gaspode.

—¡Buen chico Laddie!

—Vamos —suspiró Victor—. Tengo que estar en el rodaje dentro de cinco minutos.

Gaspode lo siguió, refunfuñando entre sus horribles dientes. Víctor alcanzó a oír algún que otro « felpudo viejo » y varios « el mejor amigo del hombre », así como unos cuantos « perro maravilla y una mierda ». Por último, decidió que no lo soportaba más.

—Lo que te pasa es que estás celoso —dijo.

—¿De quién, de un cachorro hiperdesarrollado con un cociente intelectual de una sola cifra? —se burló amargamente Gaspode.

—Y que tiene el pelaje brillante, el morro húmedo y probablemente un pedigrí tan largo como tu... tan largo como mi brazo —señaló Víctor.

—¿Pedigrí? ¿Pedigrí? ¿Y a quién demonios le importa eso del pedigrí? ¡No es más que cuestión de raza y de antepasados! Por si no lo sabes, yo también tuve un padre. Y dos abuelos. Y cuatro bisabuelos. Y hasta te puedo decir que muchos de ellos eran el mismo perro. Así que no vengas a decirme que yo no tengo pedigrí —bufó Gaspode.

Hizo una pausa momentánea para levantar una pata contra una de las columnas sobre las que se apoyaba el nuevo cartel de las « Imágenes en Acción Siglo del Murciélago Frugívoro ».

Sucedía una cosa más que tenía muy desconcertado a Thomas Silverfish. Había llegado aquella mañana, y se había encontrado con que ya no estaba el cartel pintado a mano que decía « Cinematografía Interesante e Instructiva », y en su lugar se alzaba aquel enorme letrero. En aquel momento, Silverfish se encontraba sentado en su despacho, con la cabeza entre las manos, tratando de convencerse de que aquello había sido idea suya.

—Holy Wood me llamó a mí, no a él —siguió autocompadeciéndose Gaspode en voz baja—. Yo vine hasta aquí, y ahora van y eligen a esa cosa grande y peluda. Además, seguro que trabaja a cambio de un plato de carne al día, como si lo viera.

—Bueno, míralo de otra manera, a lo mejor no fuiste llamado a Holy Wood para ser un perro maravilla —lo consoló Víctor—. Quizá tiene en mente otra cosa para ti.

Esto es ridículo, pensó para sus adentros. ¿Por qué estamos hablando de esta manera? Para empezar, un lugar no tiene mente. No puede llamar a la gente... a no ser que se tengan en cuenta cosas como la nostalgia, por ejemplo. Pero no se puede sentir nostalgia de un lugar donde no has estado antes, no tiene lógica. Y la última vez que hubo alguien aquí debió de ser hace miles de años.

Gaspode olisqueó una pared.

—¿Le dijiste a Escurridizo todo lo que te expliqué? —preguntó.

—Sí. Y se puso muy nervioso cuando le mencioné que estaba pensando marcharme a Alquimistas Unidos —replicó Víctor con una sonrisa.

Gaspode lanzó un bufido.

—¿Le dijiste también eso que te enseñé, lo de que un contrato verbal no vale

ni el papel en el que está impreso?

—Sí. Me respondió que no entendía ni una palabra. Pero me dio un cigarro. Y también dijo que muy pronto nos pagaría a Ginger y a mí por ir a Ankh-Morpork. Me explicó que estaba planeando una película a lo grande, algo realmente importante.

—¿No te dio más datos? —inquirió Gaspode con desconfianza.

—No.

—Escucha, muchacho —suspiró el Perro Maravilla—, Escurridizo está ganando una fortuna. Conté el dinero que tenían allí, había cinco mil doscientos setenta y tres dólares con cincuenta y dos peniques, y eso sólo en el escritorio de Soll. Ese dinero lo has ganado tú. Bueno, lo habéis ganado Ginger y tú.

—¡Cielos!

—En fin, ahora quiero que aprendas unas cuantas palabras más —siguió Gaspode—. ¿Te ves con fuerzas?

—Eso espero.

—Por-cen-ta-je de ta-qui-lla —deletreó el perro—. Eso es. A ver, ¿lo recordarás?

—Por-cen-ta-je de ta-qui-lla —repitió Victor obedientemente.

—Así me gusta, buen chico.

—¿Qué significa?

—Tú no te preocupes por eso —replicó Gaspode—. Lo único que tienes que decir es que quieres eso. Cuando llegue el momento adecuado, ¿comprendido?

—¿Y cuándo llegará el momento adecuado? —quiso saber Victor. Gaspode le dedicó una sonrisa malévola.

—Personalmente, me gustaría que lo dijeras cuando Escurridizo tenga la boca llena de comida.

La colina de Holy Wood bullía de actividad, como un hormiguero. En la zona más cercana al mar, los estudios Películas en Acción filmaban El Tercer Gnomo. Estudios Microlíticos, que estaban dirigidos casi exclusivamente por enanos, trabajaba a marchas forzadas en Buscadores de Oro, a la que seguiría La Fiebre del Oro. Películas de Entretenimiento ultimaba los preparativos para el lanzamiento de Sopa de Pavo. Y el local de Borge estaba siempre abarrotado.

—No sé cómo se titulará, pero estamos haciendo una que va sobre que hay que ir a buscar a un mago. Y también tenemos que seguir una carretera de adoquines amarillos —le estaba explicando un hombre medio disfrazado de león a su compañero de espera en la cola.

—Creía que no había magos en Holy Wood.

—Oh, éste es admisible, porque no se le da muy bien hacer magia.

—Como a todos, ¿no?

¡Sonido! Ése era el principal problema. Los alquimistas trabajaban febrilmente en los cobertizos de Holy Wood, chillando a loros, suplicando a cacatúas, construyendo complicadísimas botellas para atrapar el sonido y hacer que rebotara dentro de manera inofensiva hasta que llegara la hora de liberarlo. Ahora, a los habituales estallidos del octoceluloide, se sumaba de cuando en cuando algún que otro gemido de agotamiento, y eran muy comunes los gritos de dolor agónico, cuando un loro rabioso confundía un pulgar distraído con una nuez.

Los loros no estaban respondiendo a las esperanzas en ellos depositadas. Era verdad que tenían la capacidad de recordar lo que oían y repetirlo aceptablemente, pero no había manera de desconectarlos, y tenían la mala costumbre de integrar todos los sonidos que escuchaban o, según las sospechas de Escurridizo, que aprendían de algunos operadores malintencionados. Así, las breves frases sentimentales de los diálogos románticos se veían salpicadas de cuando en cuando por gritos de «¡Ruaaaaak! ¡Quesequitelarropa!», y el ex vendedor de salchichas había afirmado que no tenía intención de producir ese tipo de imágenes en acción, al menos en un futuro próximo.

¡Sonido! Según se decía, los primeros estudios que consiguieran el sonido, se harían dueños de Holy Wood. La gente acudía ahora en bandadas a ver las películas, pero ya se sabe que el público se aburre pronto. El color era otra cosa. El color no era más que cuestión de criar demonios capaces de pintar a la suficiente velocidad. Lo verdaderamente novedoso sería el sonido.

Mientras llegaba, se habían tomado medidas muy diferentes. El estudio de los enanos se había apartado de la práctica habitual de escribir el diálogo en carteles y colocarlos entre las escenas, y habían inventado los subtítulos. Los subtítulos funcionaban muy bien, aunque los actores tenían que acordarse de no avanzar demasiado para no derribar las letras.

Pero, si no había sonido, era imprescindible llenar toda la pantalla con un festín para los ojos. El ruido de los martillazos había sido siempre el sonido de fondo en Holy Wood, pero ahora parecía redoblado...

En Holy Wood se estaban construyendo las ciudades de todo el mundo.

Alquimistas Unidos fueron los que empezaron, con un bosque entero en escala uno-diez, y una réplica sobre lienzo de la Gran Pirámide de Camis-Et. Pronto los matorrales resecos de la colina se llenaron de calles enteras de Ankh-Morpork, palacios de Pseudópolis, castillos de las regiones del Eje... en algunos casos, las calles estaban pintadas por la parte de detrás de los palacios, de manera que lo único que separaba a los príncipes del populacho era el espesor de una lona pintarrajeada.

Victor se pasó el resto de la mañana trabajando en una película de un rollo. Ginger apenas le dirigió la palabra, ni siquiera después del beso obligatorio cuando la rescató de lo que fuera Morry aquel día. La magia de Holy Wood que funcionaba sobre ellos no estaba funcionando aquel día. Victor se alegró de

terminar.

Después, se dedicó a vagabundear por entre la maleza, y a observar cómo se iniciaba el adiestramiento de Laddie, el Perro Maravilla.

Al ver aquel cuerpo esbelto, aerodinámico como una flecha, que saltaba por encima de los obstáculos y mordía a su entrenador en un brazo bien acolchado, no cabía duda de que se trataba de un perro casi diseñado por la naturaleza para ocupar un lugar privilegiado en las imágenes en acción. Hasta sus ladridos eran fotogénicos.

—¿Y sabes qué dice concretamente? —preguntó una voz gruñona junto a Víctor.

Era Gaspode, la viva imagen del abatimiento con las patas torcidas.

—Sí, ¿qué dice?

—Yo Laddie. Yo buen chico. Buen chico Laddie —refunfuñó Gaspode—. ¿No te dan ganas de vomitar?

—Bueno, vale, pero... ¿podrías tú saltar un obstáculo de un metro ochenta? —inquirió Víctor.

—¿Y eso te parece inteligente? —replicó el perro, airado—. Yo me limitaría a pasar por un lado... oye, ¿qué están haciendo ahora?

—Parece que le dan la comida.

—¿Y a eso lo llaman comida?

Víctor se quedó mirando cómo Gaspode avanzaba para echar un vistazo en el cuenco del otro perro. Laddie le dirigió una mirada de soslayo. Gaspode ladró en voz baja. Laddie gimoteó. Gaspode ladró de nuevo.

Hubo un prolongado intercambio de ladridos breves.

Luego, Gaspode volvió trotando, y se sentó al lado de Víctor.

—Mira ahora —indicó.

Laddie cogió el cuenco de comida en la boca, y lo volvió del revés.

—Era una cosa repugnante —susurró Gaspode—. Todo ternillas y sobras. No se lo daría ni a un perro, y yo soy un perro.

—¿Le has dicho que tirara su propia comida? —exclamó Víctor, horrorizado.

—Y me ha parecido un muchacho muy obediente —asintió Gaspode, complacido.

—¡Qué cosa más cruel!

—No, qué va. También le he dado unos consejos. Laddie ladró en tono dominante a la gente que se arremolinaba en torno a él. Víctor los oyó hacer comentarios entre ellos.

—El perro no quiere comer —le llegó la voz de Detritus—. El perro pasará hambre.

—No seas bestia. ¡El señor Escurridizo dice que vale más que nosotros!

—Quizá no es la comida a la que está acostumbrado. La verdad es que es un perro de postín, y lo que le hemos puesto daba asco, ¿no?

—¡Es comida para perros! ¡Es lo que se supone que comen los perros!

—Sí, vale, pero... ¿es comida para perros maravilla? ¿Qué comen los perros maravilla?

—¡El señor Escurridizo nos echará de comer al perro si hay algún problema!

—De acuerdo, de acuerdo... Detritus, ve al local de Borgle, a ver si tienen algo bueno. Que no te den lo que les ponen a los clientes.

—Ya le hemos dado lo que pone a los clientes.

—Por eso mismo.

Cinco minutos más tarde, Detritus volvió al lugar acarreando unos cinco kilos de carne cruda. Los dejó caer en el cuenco del perro. Los entrenadores se quedaron mirando fijamente a Laddie.

Laddie miró de soslayo a Gaspode quien asintió de manera casi imperceptible.

El gran perro puso una pata sobre uno de los extremos del trozo de carne, agarró el otro con los dientes, y lo desgarró de un tirón. Después, trotó por el terreno y fue a dejarlo caer respetuosamente delante de Gaspode, que examinó la comida con gesto crítico.

—No sé, no sé... —dijo por fin—. ¿A ti te parece que esto es el diez por ciento, Victor?

—¿Has negociado su comida?

La voz de Gaspode le llegó amortiguada por la carne que tenía en la boca.

—Me parece que un diez por ciento es un trato justo. Muy justo, dadas las circunstancias.

—¿Sabes que eres un hijo de perra? —señaló Victor.

—A mucha honra —replicó Gaspode al tiempo que masticaba. Deglutió los últimos fragmentos de carne y suspiró con satisfacción.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—La verdad es que hoy debería acostarme pronto. Mañana saldremos muy temprano hacia Ankh-Morpork —respondió el muchacho, dubitativo.

—¿Sigues sin hacer progresos con el libro?

—Sí.

—Anda, deja que le eche un vistazo.

—¿Sabes leer?

—No lo sé, nunca lo he intentado.

Victor miró a su alrededor. Nadie les prestaba atención. Nadie les prestaba atención nunca. Cuando las manivelas de las cajas de imágenes dejaban de dar vueltas, nadie se molestaba en mirar a los actores. Era como si se volvieran invisibles temporalmente.

Se sentó sobre un montón de tablones, abrió el libro al azar por una de las primeras páginas, y lo sostuvo ante la mirada crítica de Gaspode.

—Está lleno de marquitas —dijo al final el perro. Victor suspiró.

—Eso es escritura —dijo. Gaspode entrecerró los ojos.

—¿El qué, todos esos dibujitos enanos?

—La escritura antigua era así. La gente dibujaba imágenes pequeñas para representar ideas.

—De manera que... si una imagen aparece mucho, eso significa que se trata de una idea importante, ¿no?

—¿Qué? Bueno... sí, es muy posible.

—Como el hombre muerto.

Victor se había perdido.

—¿El hombre muerto de la playa?

—No. El hombre muerto que hay en estas páginas. ¿Lo ves? Está por todas partes.

Victor lo miró extrañado, y luego cogió el libro para examinarlo más de cerca.

—¿Dónde? No veo a ningún hombre muerto.

Gaspode dejó escapar un bufido.

—Está aquí, por toda la página —dijo—. Tiene la misma pinta que esas tumbas que se ven en los templos antiguos y en sitios así, ¿sabes a qué me refiero? Esas que tienen una estatua rígida tumbada encima de la losa, con los brazos cruzados sobre el pecho y una espada entre las manos. Los muertos nobles.

—¡Santo dios! ¡Tienes razón! Parece una especie de... muerto...

—Seguro que toda la escritura habla de lo buen tipo que era cuando estaba vivo —dijo Gaspode con tono de entendido—. Ya sabes, que mató a miles, y esas cosas. Probablemente dejó mucho dinero para que los sacerdotes recitaran plegarias, encendieran velas y sacrificaran cabras y esas cosas. Antes esas cosas se hacían mucho. ¿Te lo imaginas? Esos tipos se pasaban la vida de putas, bebiendo y haciendo lo que les daba la gana, pero en cuanto la Parca asoma la guadaña afilada, de repente se vuelven la mar de religiosos y pagan montones de dinero a los sacerdotes para hacerle un lavado rápido al alma, la pintan por encima e intentan que los dioses se crean que eran gente de lo más decente.

—¿Gaspode? —dijo Víctor con voz neutra.

—¿Qué?

—Eras un perro de espectáculos callejeros. ¿Cómo es que sabes todas esas cosas?

—No soy sólo una cara bonita.

—Ni siquiera eres una cara bonita, Gaspode.

El perrito se encogió de hombros.

—Siempre he tenido ojos y oídos —dijo—. Te sorprendería saber la cantidad de cosas de las que se entera uno cuando es un perro. En su momento, no sabía qué significaban, claro. Pero ahora, sí.



Victor volvió a mirar fijamente las páginas. Desde luego, aquella figurita se asemejaba mucho a la estatua de un caballero con las manos reposando sobre una espada, aunque había que entrecerrar un poco los ojos para advertir la similitud.

—Puede que no signifique que es un hombre —dijo—. La escritura pictográfica no funciona de esa manera. Todo se interpreta según el contexto, ¿sabes? —Se exprimió los sesos para intentar recordar algunos libros que había visto—. Por ejemplo, en el idioma agateo, los signos de «mujer» y «esclavo», cuando aparecen juntos, significan en realidad «esposa».

Observó detenidamente la página. El hombre muerto (o el hombre durmiendo, o el hombre de pie con las manos apoyadas sobre su espada... la figura era demasiado esquemática como para estar seguro), aparecía la mayoría de las veces junto a otro dibujo bastante común. Pasó el dedo por la línea de pictogramas.

—Mira —señaló de repente—, es posible que la figura del hombre sea sólo parte de una palabra. ¿Ves? Aquí, por ejemplo. Siempre está a la derecha de este otro dibujo, que parece... es como... como una puerta, o algo así. Así que quizá signifique realmente... «Puertahombre» —aventuró.

Giró el libro ligeramente.

—Puede que se trate de algún rey viejo —intervino Gaspode—. A lo mejor quiere decir que El Hombre de la Espada está Prisionero, o algo así. O quizá significa Cuidado, Hombre con Espada detrás de la Puerta. La verdad es que puede significar cualquier cosa.

Victor examinó el libro de nuevo.

—Es raro —dijo, titubeante—. No parece muerto. Parece... no vivo. ¿A la espera de estar vivo? ¿Un hombre que espera con una espada?

Victor examinó de cerca el dibujo esquemático del hombrecito. Apenas si tenía rasgos, pero aun así le resultaba vagamente familiar.

—¿Sabes? —empezó—. Es igual que mi Tío Osric...

Clicaclicaclica. Clic.

La película se detuvo. Se oyó el retumbar de los aplausos, el ruido de las pisadas por el pasillo, y el crepitar de las bolsas vacías de pajaritos.

En la primera fila del Odium, el bibliotecario contemplaba la pantalla, ahora vacía. Era la cuarta vez aquella tarde que veía la película Sombras del Desierto, porque los orangutanes de ciento cincuenta kilos tienen un no sé qué que hace que la gente no sienta demasiadas ganas de echarlos del local al acabar cada sesión. Junto a sus pies había un montón de cáscaras de cacahuets y varias bolsas de papel arrugadas.

Al bibliotecario le encantaban las películas. Le hablaban directamente al

alma. Incluso había empezado a escribir una historia que, en su opinión, sería buen material para las imágenes en acción<sup>[16]</sup>. Se la había enseñado a varios conocidos, y todos le habían dicho que era sencillamente excepcional, muchos incluso antes de leerla.

Pero aquella película en concreto tenía algo que le preocupaba. La había visto de principio a fin cuatro veces, y seguía preocupado.

Se levantó de los tres asientos que había estado ocupando, y arrastró los nudillos por el pasillo, en dirección a la pequeña sala donde Bezam estaba rebobinando ya la película.

Cuando el orangután abrió la puerta, Bezam alzó la vista.

—Fuera de... —empezó. En ese momento, sonrió desesperado, y se corrigió a media frase—. Hola, señor. Bonita película, ¿eh? Volveremos a proyectarla de un momento a otro y... ¿Qué demonios haces? ¡Estate quieto! ¡No puedes coger eso!

El bibliotecario arrancó el gran rollo de película del proyector, y lo repasó con sus dedos de cuero, alzándolo para examinar cada fotograma a la luz. Bezam intentó arrebatarárselo, y consiguió una palmada en el pecho que lo dejó firmemente sentado en el suelo, donde grandes bobinas de películas se derrumbaron sobre él.

Contempló horrorizado al gran simio que, con un gruñido, agarró un trozo de película con ambas manos y, de dos mordiscos, lo censuró. Luego el bibliotecario lo puso en pie, le sacudió el polvo de la ropa, le dio unas palmaditas en la cabeza, depositó el enrevesado montón de película desenrollada en sus brazos impotentes, y salió rápidamente de la habitación con unos cuantos fotogramas de película colgando de una zarpa peluda.

Bezam se lo quedó mirando sin poder hacer nada.

—¡Te voy a prohibir la entrada! —gritó, cuando consideró que el simio estaba lo suficientemente lejos como para no poder oírlo. Entonces, bajó la vista hacia los dos extremos cortados. No era poco corriente que las películas se rompieran. Bezam se había pasado muchos minutos febriles cortando y pegando, mientras el público pateaba alegremente y lanzaba cacahuetes, cuchillos y hachas de doble filo a la pantalla con entusiasmo.

Dejó que las volutas de película cayeran a su alrededor, y buscó rápidamente las tijeras y el pegamento. Al menos (esto lo averiguó tras examinar a la luz de una lámpara los dos extremos del corte), el bibliotecario no se había llevado un trozo muy interesante. Era extraño. Bezam se habría apostado cualquier cosa a que el simio había elegido el trozo en que la chica mostraba demasiado pecho, o bien una de las escenas de peleas. Pero lo único que había cogido era el trozo en el que aparecían los hijos del desierto galopando por las llanuras, en fila india, todos en camellos idénticos.

—No sé para qué querría eso —refunfuñó al tiempo que destapaba el bote de

pegamento—. Ahí sólo aparecían un montón de rocas.

Victor y Gaspode estaban de pie entre las dunas arenosas cercanas a la playa.

—Ahí es donde estaba la choza de troncos —dijo Victor, señalando con el dedo—. Además, si miras bien, verás una especie de camino que llevaba hacia la cima de la colina. Pero el caso es que en esa colina no hay nada más que árboles viejos.

Gaspode volvió la vista hacia la Bahía de Holy Wood.

—Es extraño que tenga una forma tan circular —apuntó.

—A mí también me lo pareció —asintió Victor.

—Oí decir a alguien que aquí hubo en el pasado una ciudad, pero sus habitantes eran tan malvados que los dioses la convirtieron en un charco de cristal fundido —dijo Gaspode, aunque no viniera mucho a cuento—. Y además, la única persona que vio cómo sucedía se transformó en una columna de sal durante el día y en un batidor de mantequilla durante la noche.

—Cielos. ¿Qué había estado haciendo esa gente?

—Ni idea. Seguramente, no fue gran cosa. Hace falta bien poco para molestar a los dioses.

—¡Yo buen chico! ¡Buen chico Laddie!

El perro llegó trotando sobre las dunas, como un cometa de pelaje dorado y naranja. Frenó con un patinazo delante de Gaspode, y luego empezó a dar saltitos, nervioso, al tiempo que ladraba.

—Se ha escapado y ahora quiere que juegue con él —dijo Gaspode, despectivo—. ¿No es ridículo? ¡Muérete, Laddie!

Laddie, obediente, se dejó caer rodando, con las patas en el aire.

—Le gustas —señaló Victor.

—Ja —bufó Gaspode—. ¿Cómo vamos a conseguir los perros que se nos respete aunque sólo sea un poco si vamos por ahí adorando a la gente, simplemente porque nos dan algo de comer? ¿¿Qué quiere que haga con esto??

Laddie había dejado caer un palito delante de Gaspode, y lo miraba expectante.

—Quiere que lo lances lejos —explicó Victor.

—¿Para qué?

—Para que él te lo traiga.

—Lo que no consigo comprender —dijo el perro, cuando Victor recogió el palito y lo lanzó a la distancia, mientras Laddie salía corriendo tras él—, es cómo es que descendemos de los lobos. Es decir, por término medio, los lobos son tipos inteligentes, ¿entiendes a qué me refiero? Mentes llenas de astucia, y todo eso. Zarpas grises que corren sobre la tundra virgen, ahí es a donde quería llegar.

Gaspode contempló pensativo las montañas lejanas.

—Y de repente, unas cuantas generaciones más tarde, tenemos a Percy el Cachorro, con su morro húmedo, sus ojos animados, su pelaje brillante y el cerebro de un arenque en salazón.

—Y a ti —añadió Victor.

Laddie llegó en medio de una nube de arena, y dejó caer el palito mojado delante de él. Victor lo recogió y lo lanzó de nuevo. Laddie se alejó saltando, ladrando hasta ponerse enfermo de emoción.

—Sí, bueno —asintió Gaspode, deambulando sobre sus patas torcidas—. Pero la diferencia está en que yo sé cuidar de mí mismo. Ahí fuera, el perro es un lobo para el perro. ¿Tú crees que ese cretino tan mono sobreviviría cinco minutos en Ankh-Morpork? En cuanto pusiera una pata en las calles, lo convertirían en tres pares de guantes de piel y en dos platos combinados en el primer restaurante klatchiano abierto las veinticuatro horas.

Victor volvió a lanzar el palito.

—Dime —pidió—, ¿quién fue ese famoso Gaspode, en honor al cual te pusieron el nombre?

—¿No has oído hablar de él?

—No.

—Pues fue muy famoso.

—¿Era un perro?

—Sí. Vivió hace muchos años. Había no sé qué tío en Ankh que la palmó. Practicaba una de esas religiones extrañas en las que te entierran cuando te mueres, y el tipo tenía este perro viejo...

—... ¿llamado Gaspode...?

—Eso es, y este perro viejo había sido su única compañía durante muchos años. El caso es que, cuando enterraron al tipo, se tendió sobre su tumba y aulló y aulló durante un par de semanas. Gruñía a todo el que se atrevía a acercarse. Y luego se murió.

Victor se detuvo cuando iba a lanzar el palito de nuevo para Laddie.

—Es una historia muy triste —dijo.

Lo lanzó. Laddie echó a correr tras él, y desapareció entre unos árboles rescos de la ladera de la colina.

—Sí. Todo el mundo dice que eso demuestra lo sincero y eterno que es el amor que un perro profesa a su amo —suspiró Gaspode, escupiendo las palabras como si fueran hebras de tabaco.

—¿Y tú no lo crees?

—La verdad es que no. Lo que creo es que cualquier jodido perro se quedará tendido y aullará si le pillas la cola con la losa de la tumba.

Se oyeron feroces ladridos.

—No te preocupes por él, seguro que se ha encontrado con una roca amenazadora, o algo por el estilo —dijo Gaspode, despectivo. Había encontrado

a Ginger.

El bibliotecario arrastró los nudillos decididamente por el laberinto que era la biblioteca de la Universidad Invisible, y descendió por los peldaños que llevaban a las estanterías de máxima seguridad.

Casi todos los libros de la biblioteca eran considerablemente más peligrosos que los libros normales, por el simple hecho de ser mágicos. La mayoría estaban encadenados a los estantes para impedir que se pasaran el día revoloteando por la estancia.

Pero, los niveles inferiores...

... en los niveles inferiores era donde se guardaban los libros malvados, los libros cuyo comportamiento, o cuyo mero contenido exigía una estantería entera, cuando no una habitación entera, para ellos solos. Libros caníbales, libros que, si se quedaban en un estante con sus congéneres más débiles, aparecerían a la mañana siguiente mucho más gordos y con pinta de satisfacción junto a un montoncito de cenizas humeantes. Eran libros cuyas páginas podían reducir una mente desprotegida a la condición de queso azul. Se trataba de libros que no eran simples libros de magia, sino libros mágicos.

Se dicen muchas tonterías sobre la magia. La gente va por ahí hablando de armonías místicas, equilibrios cósmicos y unicornios... y todo eso es a la auténtica magia lo que una marioneta de guante a la Royal Shakespeare Company.

La auténtica magia es la mano que se acerca al interruptor, la chispa que prende en la caja de pólvora, la distorsión dimensional que te lleva de bruces al corazón de una estrella, la espada llameante que arde desde la punta al pomo. Es mucho más seguro hacer malabarismos con antorchas en un pozo lleno de alquitrán que trastear con la auténtica magia. Es mucho más seguro tumbarse delante de un millar de elefantes.

Al menos, eso es lo que dicen los magos, y por eso se permiten el lujo de cobrar unas tarifas tan desmesuradas por tener que practicarla.

Pero allí abajo, en los oscuros túneles, no había manera de esconderse detrás de amuletos, tónicas con estampado de estrellas y sombreros puntiagudos. Aquí abajo, o la tenías o no la tenías. Y si no la tenías, lo tenías crudo.

Al paso del bibliotecario, se oían sonidos amortiguados detrás de las pesadas puertas de barrotes. En un par de ocasiones, algo muy pesado se lanzó contra una puerta, haciendo que se estremecieran las bisagras.

También había ruidos.

El orangután se detuvo delante de una entrada en forma de arco, bloqueada por una puerta que no era de madera, sino de piedra. La puerta estaba fabricada de manera tal que se podía abrir fácilmente desde el interior, pero era capaz de

soportar cualquier presión procedente del interior.

Hizo una pausa momentánea, y luego rebuscó en un pequeño nicho. Extrajo una máscara de hierro y cristal ahumado, que se puso, y un par de pesados guantes de piel reforzados con acero. También había una antorcha hecha con trapos empapados en aceite. La encendió en una de las titubeantes lámparas que iluminaban el túnel.

En el fondo del nicho había una llave de latón.

Cogió la llave, y respiró hondo.

Todos los Libros de Poder tienen su naturaleza particular. El Octavo era rudo y dominante. El Grimorio Para Morirte de Risa era aficionado a poner en práctica algunas bromas mortíferas. El Placer Tántrico de Amar se tenía que mantener constantemente en agua helada. El bibliotecario conocía cada uno de los libros, y sabía muy bien cómo tratar con ellos.

Éste era diferente. Por lo general, la gente sólo veía copias de décima o duodécima generación, tan semejantes al auténtico original como el dibujo de una explosión es semejante a... bueno, a una explosión. Éste era el libro que había absorbido la maldad pura de grafito gris del tema que trataba.

Su nombre estaba grabado en grandes letras sobre el arco, para que ni hombres ni simios lo olvidaran: necrotelicomnicon.

El bibliotecario metió la llave en la cerradura y elevó una plegaria a los dioses.

—Oook—dijo fervorosamente—. Oook

La puerta se abrió.

En la oscuridad del interior, una cadena tintineó ligeramente.

—Todavía respira—dijo Victor.

Laddie saltaba en torno a ellos, sin dejar de ladrar furiosamente.

—Supongo que deberías aflojarle la ropa, o algo por el estilo —sugirió Gaspode—. No era más que una idea —se apresuró a añadir—. Tampoco es para que me mires así. Soy un perro, ¿qué quieres que sepa?

—Parece que está bien, pero... mírale las manos —indicó Victor—. ¿Qué demonios habrá estado intentando hacer?

—Abrir esa puerta —replicó Gaspode.

—¿Qué puerta?

—Esa de allí.

Parte de la arena de la colina se había deslizado. De la tierra surgían ahora enormes bloques de cemento. Se veían los tocones de antiguas columnas, que se alzaban en el aire como dientes fluorizados.

Entre dos de ellos había una entrada en forma de arco, tres veces tan alta como Victor. La sellaban un par de puertas color gris claro, que o bien eran de

piedra o de madera a la que los años habían dado la dureza de la piedra. Una de ellas estaba ligeramente abierta, pero la arena que había caído delante le había impedido abrirse más. En la arena había surcos frenéticos, como si alguien hubiera estado intentando apartarla a la desesperada. Ginger había querido quitarla con las manos.

—Vaya tontería, con este calor —dijo Victor vagamente.

Paseó la mirada desde la puerta hasta el mar, y luego volvió a clavar la vista en Gaspode.

Laddie excavaba en la arena, muy excitado, y ladraba a la ranura que quedaba entre las puertas.

—¿Para qué hace eso? —preguntó Victor, que de pronto estaba asustado—. Tiene todo el pelaje de punta. ¿Crees que puede tener una de esas misteriosas premoniciones animales sobre algo maligno?

—Lo que creo es idiota perdido —bufó Gaspode—. ¡Cállate, Laddie!

Laddie dejó escapar un gemido. Se apartó de la puerta, y perdió el equilibrio en la arena insegura. Cayó rodando por la ladera de la colina. Se puso en pie de un salto y empezó a ladrar de nuevo; no era un ladrido vulgar y estúpido de perro, esta vez era la auténtica variedad destinada a aterrorizar gatos en los árboles.

Victor se inclinó hacia delante y tocó la puerta.

La notó muy fría, a pesar del perpetuo calor de Holy Wood. También advirtió, aunque no habría podido jurarlo, una tenue vibración.

Pasó los dedos por la superficie. Era irregular, como si allí hubiera habido tallas, que el paso del tiempo se hubiera encargado de borrar.

—Una puerta así —dijo Gaspode, detrás de él—, una puerta así, si quieres saber mi opinión, una puerta así, una puerta así... —Tomó aliento, inhalando profundamente—. Una puerta así, es ominosa.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Por qué es ominosa?

—No tiene por qué tener un motivo concreto —dijo Gaspode—. Es el hecho simple de serlo. Y ya es bastante malo, te lo digo yo.

—Debió de ser muy importante en su momento. Parece propia de un templo —respondió Victor—. ¿Por qué querría abrirla?

—Enormes trozos de colina que se derrumban para dejar a la luz puertas misteriosas... —suspiró Gaspode, meneando la cabeza—. Es ominosa, vaya si lo es. Venga, vámonos muy lejos de aquí a meditar sobre esto, ¿vale?

Ginger dejó escapar un gemido. Victor se acuclilló junto a ella.

—¿Qué ha dicho?

—No lo sé —replicó el perro.

—Me ha parecido que era algo como « Quiero estar bola », ¿no?

—Tonterías, para mí que le ha dado demasiado el sol —afirmó Gaspode con tono de experto.

—Puede que tengas razón. Desde luego, le noto la cabeza muy caliente.

La levantó entre sus brazos, tambaleándose un poco bajo el peso.

—Vamos —consiguió decir—. Tenemos que volver a la ciudad. Pronto oscurecerá.

Miró a su alrededor, examinando los árboles cercanos. La puerta se encontraba en una especie de hondonada, con lo cual probablemente se podía acumular el suficiente rocío como para que la maleza estuviera un poco menos deshidratada que en otras zonas.

—¿Sabes? Este lugar me suena de algo —dijo lentamente—. Aquí fue donde hicimos nuestra primera película. Aquí fue donde la conocí.

—¡Qué romántico! —exclamó Gaspode desde lejos, trotando mientras Laddie saltaba alegremente a su alrededor—. Si sale algo espantoso por esa puerta, podréis decir que es « Nuestro Monstruo » .

—¡Eh! ¡Espérame!

—Pues date prisa.

—¿Para qué crees que puede querer estar bola?

—Ni idea...

Cuando se hubieron marchado, el silencio volvió a reinar en la hondonada.

Un poco más tarde, el sol se puso. Su luz alargada llegó hasta la puerta, convirtiendo los simples arañazos en un profundo relieve. Con un poco de imaginación, se diría que podían formar la imagen de un hombre.

Con una espada.

Se oyó un ruido tenue, ligerísimo, cuando, grano a grano, la arena empezó a apartarse de la puerta. A medianoche ya se había abierto al menos medio milímetro.

*Holy Wood soñaba.*

Soñaba con despertar.

Rubí echó agua en los fuegos que ardían bajo las tinas, colocó los bancos encima de las mesas y se dispuso a cerrar el Liásico Azul. Pero, justo antes de soplar para apagar la última lámpara, titubeó ante el espejo.

Él había estado allí otra vez aquella noche. Igual que todas las noches. Durante toda la velada, sonriendo para sí mismo. Planeaba algo.

Rubí había escuchado los consejos de algunas de las chicas que trabajaban en las películas, y ahora, además de la boa de plumas, lucía su última adquisición, un sombrero de ala ancha con un poco de oograah (creía recordar que se llamaban algo así como fresas). Todos le habían asegurado que causaba un efecto increíble.

El problema, Rubí tenía que reconocerlo, era que se trataba de un troll muy ... bueno, muy atractivo. Durante millones de años, las mujeres troll se habían



sentido atraídas instintivamente por trolls con la constitución de un monolito con una manzana en la cima. Los traicioneros instintos de Rubí no dejaban de enviarle mensajes ígneos por la columna vertebral, insistiendo insidiosamente de que aquellos colmillos largos y aquellas piernas torcidas eran todo lo que una troll podía desear en un compañero.

Otros trolls, como Rock o Morry, eran mucho más modernos, por supuesto, y sabían hacer algunas cosas como usar el cuchillo y el tenedor, pero Detritus tenía un algo... un algo tranquilizador. Quizá era la manera tan dinámica en que sus nudillos se arrastraban por el suelo. Y además, mucho más importante, estaba segura de que era más inteligente que él. Detritus tenía una especie de presencia imponente que a ella le resultaba fascinante. Ahí era donde volvían a entrar en acción los instintos... la inteligencia nunca había sido una cualidad importante para la supervivencia de un troll.

Además, tenía que admitir que, por mucho que intentara disimularlo con boas de plumas y sombreros modernos, se acercaba ya a los ciento cuarenta, y estaba doscientos kilos por encima del peso que marcaba la moda.

Ojalá él pusiera en orden sus ideas.

O al menos una idea.

A lo mejor valía la pena probar aquel maquillaje del que le habían hablado las chicas.

Rubí suspiró, apagó la lámpara de un poderoso soplado, abrió la puerta y salió a un laberinto de raíces.

Un gigantesco árbol ocupaba todo el largo del callejón. Detritus tenía que haberlo arrastrado kilómetros y kilómetros para llevarlo allí. Las escasas ramas supervivientes atravesaban las ventanas o se alzaban impotentes por el aire.

En medio de todo aquello estaba Detritus, sentado en el tronco con cara de supremo orgullo, con el rostro hendido por una sonrisa gigantesca y los brazos abiertos de par en par.

—¡Tachaaan! —exclamó.

Rubí dejó escapar un suspiro retumbante. El romanticismo no es sencillo para un troll.

El bibliotecario abrió la página a la fuerza, y luego la encadenó. El libro intentó cerrarse sobre sus dedos.

Su contenido lo había convertido en lo que era. Un libro malvado y traicionero.

Contenía conocimiento prohibido.

Bueno, prohibido, lo que se dice prohibido, no. Nadie había llegado al extremo de prohibirlo. Principalmente porque, para prohibir una cosa, tienes que conocer qué es, y eso estaba prohibido. Pero, desde luego, contenía información de esa que, una vez la conocías, darías cualquier cosa por no conocerla<sup>[17]</sup>.

Las leyendas decían que cualquier mortal que leyera más de unas pocas

líneas del ejemplar original, moriría loco.

Eso era cierto, sin lugar a dudas.

Las leyendas decían también que el libro contenía ilustraciones que podían hacer que a un hombre fuerte se le saliera el cerebro por las orejas.

Probablemente eso también era cierto.

Las leyendas iban aún más lejos y afirmaban que, con sólo abrir el Necrotelicomnicon, la carne del hombre se caería a pedazos de su mano, y seguramente también de todo su brazo.

Nadie sabía con certeza si era verdad, pero parecía lo suficientemente espantoso como para serlo, y nunca se encontró un voluntario para hacer el experimento.

De hecho, las leyendas tenían mucho que decir sobre el Necrotelicomnicon, pero nada sobre los orangutanes, que, por lo que a las leyendas respectaba, podían hacer pedacitos el libro y luego tragárselo. Lo peor que le había pasado al bibliotecario después de echarle un vistazo había sido una ligera migraña y un poquito de eccema, pero eso no era motivo para correr riesgos tontos. Se ajustó el cristal ahumado del visor, y pasó un dedo de cuero negro por el índice; las palabras se retorcieron al paso del índice, lanzándole mordiscos malévolos.

De cuando en cuando, alzaba el trozo de película a la luz titubeante de la antorcha.

El viento y la arena las habían hecho más borrosas, pero no cabía la menor duda de que había unas tallas en la roca. Y no era la primera vez que el bibliotecario veía dibujos como aquellos.

Encontró la referencia que buscaba y, tras un breve enfrentamiento durante el cual se vio obligado a amenazar al Necrotelicomnicon con la antorcha, obligó al libro a pasar la página.

La examinó más de cerca.

Gran tipo, aquel Achmed Sólo Son Jaquecas.

«... y en esa colina, según se decía, se halló una Puerta que llevaba a Otro Mundo, y las gentes de la ciudad vieron Lo Visto dentro, sin conocer los horrores que acechaban entre los universos...».

La punta del dedo del bibliotecario pasó de derecha a izquierda por las imágenes, y saltó hasta el siguiente párrafo.

«... porque Otros encontraron la Puerta de Holy Wood, y cayeron sobre el Mundo, y durante una noche tuvieron lugar Toda Clase de Locuras, y el Caos reinó, y la Ciudad se hundió bajo el Mar, y todos fueron uno con los peces y las langostas, salvo los pocos que huyeron...».

Frunció un labio, y bajó la vista aún más por la misma página.

«... un Guerrero Dorado, que hizo retroceder a los Demonios y salvó al Mundo, y dijo, Allí Donde está la Puerta, Allí estoy también Yo; Soy Aquel que Nació de Holy Wood, para guardar la Idea Loca. Y ellos dijeron, Lo que

Debemos Hacer es Destruir la Puerta para Siempre, y él les dijo, Eso No Podéis Hacerlo, porque no se Trata de una Cosa, pero yo Guardaré la Puerta en Vuestro Nombre. Y ellos que no Habían nacido Ayer, temiendo más al Remedio que a la Enfermedad, le dijeron, Qué nos Cobrarás, por Guardar la Puerta. Y él creció hasta que fue tan alto como un árbol y dijo, Sólo vuestro Recuerdo, que no Soy Tonto. Tres veces al día recordaréis Holy Wood. Si no, las Ciudades del Mundo Temblarán y Caerán, y las Veréis Todas en Llamas. Y diciendo esto el Hombre Dorado cogió su Espada Dorada y entró en la Colina y se quedó ante la Puerta, para Siempre.

« Y los Habitantes de la Ciudad se dijeron unos a otros, es Curioso, se parece a mi Tío Osbert... » .

El bibliotecario pasó la página.

. « ... Pero había algunos entre ellos, tanto hombres como animales, tocados por la magia de Holy Wood. Se transmite de generación en generación, como una maldición de la antigüedad. Tiemble el Mundo si algún día los sacerdotes dejan de Recordar al Hombre Dorado... » .

El bibliotecario dejó que el libro se cerrara de golpe.

No era una leyenda poco corriente. Ya la había leído antes (o al menos había leído la mayor parte), en libros mucho menos peligrosos que aquél. En todas las ciudades de las Llanuras de Sto se conocían diferentes versiones. Había existido una ciudad en el pasado, perdida entre las nieblas de la prehistoria, una ciudad más grande que Ankh-Morpork, si eso era posible. Sus habitantes habían hecho algo, habían cometido algún crimen inenarrable, no sólo contra la humanidad o contra los dioses, sino contra la naturaleza misma del universo. Había sido un algo tan temible que la ciudad se había hundido en el mar una noche tormentosa. Sólo unas pocas personas sobrevivieron para transmitir a los pueblos bárbaros, en zonas menos avanzadas del disco, todas las artes y conocimientos de la civilización, como por ejemplo la usura y el macramé.

Nadie se había tomado muy en serio semejante cuento. No era más que otro de los habituales mitos tipo « Si sigues haciendo eso te quedarás ciego » que la civilización tiende a transmitir a sus descendientes. Al fin y al cabo, la misma Ankh-Morpork se consideraba una ciudad tan malvada como era posible en una ciudad, y hasta entonces había esquivado cualquier estilo de venganza sobrenatural, aunque también era posible que la venganza hubiera llegado sin que nadie se diera cuenta.

Las leyendas siempre habían situado la ciudad sin nombre en tiempos y tierras muy lejanos.

Nadie sabía dónde estaban, ni siquiera si habían existido de verdad.

El bibliotecario volvió a mirar los símbolos. Le resultaban muy, muy familiares. Estaban en las viejas ruinas, por todo Holy Wood.

Azhural se irguió sobre una colina baja, contemplando la marea de elefantes que se movían por la llanura. Aquí y allá, un carromato de provisiones destacaba entre el mar de elefantes como un bote salvavidas. Un kilómetro y medio de sabana estaba siendo arrasado, convertido en terreno lodoso y desprovisto de yerba... aunque, a juzgar por su olor, cuando llegaran las lluvias se convertiría en la franja de terreno más verde del disco.

Se secó las comisuras de los ojos con una punta de la túnica.

¡Trescientos sesenta y tres! ¿Quién lo habría dicho?

El aire era una masa sólida que retumbaba con el barritar de trescientos sesenta y tres elefantes. Los grupos de caza y los tramperos ya los precedían, así que pronto habría muchos más. Al menos eso decía M'Bu. Y él no tenía la menor intención de llevarle la contraria.

Eso era extraño, desde luego. Durante años, había considerado a M'Bu como una especie de sonrisa móvil. Un chaval eficaz con una pala y un rastrillo, pero en absoluto lo que se diría un tenaz emprendedor.

Y entonces, de repente, aparecía alguien que quería un millar de elefantes, y el muchacho alzaba la cabeza, le aparecía un brillo en los ojos, y cualquiera podía ver que bajo esa sonrisa había un kilopaquidermólogo dispuesto a mostrarse a la altura del encargo. Era extraño, sí. Puedes conocer a alguien durante toda tu vida y no llegar a darte cuenta de que los dioses lo han puesto en este mundo para guiar a un millar de elefantes.

Azhural no tenía hijos. Ya había tomado la decisión de dejarle todo lo que poseía a su ayudante. En aquel momento, todo lo que poseía eran trescientos sesenta y tres elefantes y, ejem, una increíble cantidad de deudas, pero lo que contaba era la intención.

M'Bu corrió sendero arriba para reunirse con él. Llevaba el portapapeles firmemente sujeto bajo un brazo.

—Todo preparado, jefe —le informó—. Sólo falta que des la orden.

Azhural se irguió en toda su estatura. Contempló la marea de cuerpos grises, los baobabs lejanos, las montañas color púrpura. Ah, sí, las montañas. Había tenido sus dudas con respecto a las montañas. Se las transmitió a M'Bu, que dijo, « Cuando lleguemos, las cruzaremos con puentes, jefe» . Azhural le informó de que en las montañas no había ni un solo puente, pero el muchacho lo miró con firmeza a los ojos y se limitó a replicar, « Primero construiremos los puentes, y después los cruzaremos, jefe» .

Mucho más allá de las montañas se encontraba el Mar Circular, y Ankh-Morpork, y aquel lugar llamado Holy Wood. Lugares lejanos, con nombres exóticos.

Un viento sopló por la sabana, llevando tenues susurros incluso allí.

Azhural alzó su cayado.

—Quedan setecientos kilómetros para llegar a Ankh-Morpork —dijo—.

Tenemos trescientos sesenta y tres elefantes, cincuenta carros de forraje, está a punto de soplar el monzón, y llevamos... llevamos... unas cosas raras, como de cristal... sólo que oscuras... unas cosas raras de cristal oscuro delante de los ojos...

No consiguió terminar la frase. Frunció el ceño, como si acabara de escuchar su propia vocecita interior y no la hubiera entendido muy bien.

El aire pareció brillar.

Advirtió que M'Bu lo miraba.

Se encogió de hombros.

—Vamos —dijo.

M'Bu se llevó las manos a la boca formando bocina. Se había pasado la noche preparando un grito adecuado para abrir la marcha.

—Sección Azul al mando del tío N'gru... ¡adelante! —gritó—. Sección Amarilla al mando de la tía Googool... ¡adelante! Sección Verde al mando del primo segundo ¡KcK!... ¡Adelante!

Una hora más tarde, la sabana al pie de la baja colina había quedado desierta, si se exceptuaba la presencia de mil millones de moscas y un escarabajo pelotero que no daba crédito a su suerte.

Algo hizo «plop» en el polvo rojo, creando un pequeño cráter.

Y otra vez. Y otra.

Un rayo hendió el tronco del baobab más cercano.

Empezaron las lluvias.

A Víctor empezaba a dolerle la espalda. Transportar a hermosas jóvenes para ponerlas a salvo parecía una idea excelente sobre el papel, pero presentaba grandes inconvenientes después de los cien primeros metros.

—¿Tienes idea de dónde vive? —pregunto—. Y sobre todo, ¿es cerca de aquí?

—No —replicó Gaspode.

—Una vez me dijo no sé qué sobre que era encima de una tienda de ropa —recordó el joven.

—Entonces tiene que ser en el callejón que hay al lado del local de Borge —señaló el perro.

Gaspode y Laddie abrieron la marcha por los callejones, y subieron por una destartalada escalera exterior de madera. Quizá podían olfatear la habitación de Ginger. Victor no tenía la menor intención de ponerse a discutir sobre los misteriosos sentidos de los animales.

El joven subió por los peldaños tan silenciosamente como le fue posible. Era vagamente consciente de que las casas de los demás solían incluir Caseros Vulgares y A Menudo Desconfiados, y consideraba que por el momento ya tenía bastantes problemas.

Utilizó los pies de Ginger para abrir la puerta de un empujón.

Se trataba de una habitación pequeña, con el techo muy bajo, y con uno de esos tristes mobiliarios gastados por el tiempo que se pueden encontrar en cualquier habitación alquilada del multiverso. Al menos, eso había sido en un principio.

Ahora estaba amueblada con Ginger.

La joven había guardado absolutamente todos los carteles. Incluso los de las primeras películas, en los que aparecía en letra muy pequeña como Una Chica. Estaban pegados con chinchetas a las paredes. La cara de Ginger, y también la suya propia, lo contemplaban desde todos los ángulos.

Había un espejo muy grande en uno de los lados de la destartada habitación, y junto a él un par de velas ya medio consumidas.

Victor depositó cuidadosamente a la chica en la estrecha cama, y luego, con sumo cuidado, empezó a mirar a su alrededor. Su sexto sentido, el séptimo, e incluso el octavo, le estaban gritando al oído. Se encontraba en un lugar lleno de magia.

—Es como una especie de templo —murmuró—. Un templo dedicado... a ella misma.

—Me da escalofríos —dijo Gaspode.

Victor escudriñó la habitación. Sí, había conseguido con todo éxito evitar que se le hiciera entrega del sombrero puntiagudo y el cayado, pero había adquirido los instintos de un mago. Tuvo una repentina visión de una ciudad bajo las aguas del mar, con pulpos deslizándose sigilosamente a través de las puertas anegadas, y langostas recorriendo vigilantes las calles.

—Al destino no le gusta que la gente ocupe más espacio del debido. Eso lo sabe todo el mundo.

Voy a ser la persona más famosa del mundo —pensó Victor—. Eso fue exactamente lo que dijo.

Sacudió la cabeza.

—No —dijo en voz alta—, lo que pasa es que le gustan los carteles. Es vanidad, nada más.

Hasta a él mismo le sonó increíble. La habitación entera casi zumbaba con la presencia de...

...¿de qué? Hasta entonces, nunca había sentido nada semejante. Era algún tipo de poder, desde luego. Algo que arañaba sus sentidos, les hablaba a gritos. No era exactamente magia. Al menos, no era la magia a la que él estaba acostumbrado. Sino algo que se le parecía bastante, aunque sin llegar a ser lo mismo, como el azúcar comparado con la sal: la misma forma y el mismo color, pero...

La ambición no era mágica. Poderosa, sí, pero no mágica... ¿verdad?

La magia no era difícil. Ése era el gran secreto que todo el barroco edificio de la hechicería intentaba ocultar. Cualquiera que tuviera un mínimo de inteligencia y la perseverancia suficiente podía practicar la magia, y por eso los magos lo llenaban todo de rituales. De ahí también el asunto de los sombreros puntiagudos.

Lo difícil era hacer magia y que no te pasara nada.

Porque, en esencia, era como si la raza humana fuera un campo de maíz, y la magia ayudara a los que la usaban a elevarse un poco por encima de la media, y así sobresalir. Eso atraía la atención de los dioses y... Víctor titubeó... y de otras Cosas que habitan fuera de este mundo. La gente que practica la magia sin saber lo que hace suele encontrar un final poco decorativo.

Generalmente por toda la habitación.

Recordó la imagen de Ginger, allí en la playa. Quiero ser la persona más famosa del mundo. Ahora que lo pensaba bien, quizá eso fuera algo nuevo. No se trataba de ambicionar oro, ni poder, ni tierras, ni todas esas cosas que resultaban familiares en el mundo humano. Era ambición de ser tú mismo, pero lo más grande posible. No una ambición de tener, sino de ser.

Sacudió la cabeza de nuevo. Simplemente, se encontraba en una habitación barata, de un edificio barato, en una ciudad tan real como... como... bueno, tan real como el espesor de una película. No era lugar adecuado para tener pensamientos como aquéllos.

Lo importante era recordar que Holy Wood no era un lugar real en absoluto.

Volvió a contemplar los carteles. Sólo se tiene una oportunidad, solía decir Ginger. Puedes vivir hasta los setenta años y, si eres afortunado, consigues una oportunidad. Imagínate a todos los esquiadores natos que han nacido en desiertos. Imagínate a todos los herreros excepcionales que nacieron siglos antes de que se inventara el caballo. Todos esos talentos que nadie utilizó... todas esas oportunidades desperdiciadas...

Qué suerte tengo de vivir en esta época, pensó Víctor con amargura.

Ginger se removió en sueños. Al menos, ahora respiraba de manera más regular.

—Vamos —lo apremió Gaspode—. No está bien que estés solo en el buduar de una dama.

—No estoy solo —replicó Víctor—. Estoy con ella.

—A eso me refiero —señaló Gaspode.

—Guau —añadió Laddie con lealtad.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Víctor, siguiendo a los perros que descendían por las escaleras—. Empiezo a tener la sensación de que aquí hay algo que va muy mal. Está sucediendo alguna cosa, y no consigo adivinar qué es. ¿Por qué intentaba Ginger entrar en la colina?

—Seguro que está aliada con los Poderes Malévolos —respondió Gaspode.

—La ciudad, y la colina, y el viejo libro, y todo... —siguió Victor, haciendo caso omiso—. Todo tendría sentido, si yo supiera cómo relacionarlo.

Salieron a la clara noche, a las luces y ruidos de Holy Wood.

—Mañana, a la luz del día, subiremos otra vez allí y aclararemos esto de una vez por todas —anunció.

—No —le replicó Gaspode—. Más que nada porque mañana estaremos en Ankh-Morpork, ¿recuerdas?

—¿«Estandremos»? —dijo Victor—. Vamos a ir Ginger y yo. No sabía que pensaras apuntarte.

—Laddie también viene —añadió Gaspode—. Se...

—¡Buen chico Laddie!

—Sí, claro, claro. Se lo oí decir a sus entrenadores. Así que tengo que acompañaros, para evitar que se meta en cualquier lío.

Victor bostezó.

—Bueno, yo me voy a la cama. Lo más probable es que tengamos que salir temprano.

Gaspode escudriñó el callejón con expresión de inocencia. En algún lugar cercano se abrió una puerta, y les llegó el sonido de carcajadas ebrias.

—Me parece que yo daré un paseito antes de meterme en el saco —dijo—. Para enseñarle a Laddie...

—¡Buen chico Laddie!

—... los lugares típicos y todo eso.

Victor parecía dubitativo.

—No estéis fuera hasta demasiado tarde —indicó—. La gente se puede preocupar.

—Sí, claro —asintió Gaspode—. Buenas noches.

Se sentó y vio cómo Victor se alejaba.

—Uff —dijo entre sus espantosos dientes—. Ya me gustaría ver a alguien preocupándose por mí.

Alzó la vista hacia Laddie, que se puso obedientemente en posición de firmes.

—Bueno, jovencito, cachorro mío —dijo—. Ya va siendo hora de que te eduquemos un poco. Lección Número Uno, Cómo Conseguir Bebidas Gratis en un Bar. Has tenido suerte de encontrarte conmigo —añadió.

Dos formas caninas se tambalearon inseguras por las calles a medianoche.

—Shomosh pobresh corderillosh —aulló Gaspode—, que han perdido el rumbo...

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—Shomosh pobresh corderillosh... que han... que han...



Gaspode se rascó una oreja como pudo. Al menos, se rascó lo que a él le pareció una oreja. Su pata se movía insegura por el aire. Laddie, que estaba junto a él, le dirigió una mirada compasiva.

Había sido una velada de un éxito increíble. Gaspode siempre había conseguido beber gratis sentándose en el suelo y mirando con intensidad a los clientes del bar, hasta que se sentían lo suficientemente incómodos como para echarle un poco de cerveza en un plato, con la esperanza de que lo bebiera y se marchara. Era una labor lenta y tediosa, pero, como técnica, siempre le había resultado de lo más eficaz. En cambio, Laddie...

Laddie hacía trucos. Laddie sabía beber directamente de las botellas. Laddie era capaz de contar con ladridos el número de dedos que había levantados en una mano. Gaspode también, claro, pero nunca se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera recompensar tal actividad.

Laddie podía dirigirse a cualquier joven que estuviera debidamente acompañada; le ponía la cabeza en el regazo, y le dirigía una mirada tan cargada de inteligencia que el acompañante le compraba un plato de cerveza y una bolsa de galletitas en forma de pez, con tal de impresionar a la posible amada. Eso Gaspode nunca había podido hacerlo, en parte porque era demasiado pequeño como para llegar a ningún regazo, pero sobre todo porque, si lo intentaba, no conseguiría más que gritos de repugnancia.

Se había sentado bajo la mesa, contemplando la escena con gesto de desaprobación perpleja al principio, y con gesto de ebria desaprobación perpleja después, porque Laddie era la generosidad canificada cuando se trataba de compartir sus platos de cerveza.

Al final, cuando los expulsaron a ambos, Gaspode decidió que ya era hora de que empezaran las lecciones sobre la esencia de ser perro.

—No tienes que ir hullándote. Millándote. Humillándote ante los humanos —dijo balbuceante—. Así nos dejas mal a todos. Si los perros como tú van por ahí siempre siendo encantadores con la gente, nunca nos quitaremos las cadenas de dependencia con que nos atan los humanos. Me sentí personalmente ofendido cuando te dedicaste al truquito ese de hacerte el muerto, por si no lo notaste.

—Guau.

—No eres más que un perro de los humanos imperialistas —siguió Gaspode con severidad.

Laddie se puso las patas en el morro.

Gaspode intentó levantarse, se enredó las patas y se dejó caer sentado. Tras un rato, un par de gruesas lágrimas le corrieron por el pelaje.

—Pero claro —balbuceó—, yo nunca tuve una oportunidad, ¿sabes? —Consiguió erguirse sobre las cuatro patas—. No tienes más que ver cómo tuve que empezar mi vida. Me metieron en un saco y me echaron a un río, ¿lo entiendes? ¡En un saco! El pobre perrito, el cachorrito, abre los ojos al mundo de

los prodigios, y resulta que está en un saco. —Las lágrimas le gotearon por el morro—. Durante dos semanas, estuve convencido de que el ladrillo era mi madre.

—Guau —replicó Laddie, compadecido aunque no entendía una palabra.

—Menos mal que tuve suerte y me habían tirado al Ankh —siguió Gaspode—. En cualquier otro río, me habría ahogado y ahora estaría en el cielo de los perros. He oído decir que llega un gran perro negro espectral, cuando te mueres, y te dice que ha llegado tu lora. Mora. Hora.

Gaspode clavó los ojos en la nada.

—Pero uno no se puede hundir en el Ankh —añadió, pensativo—. Es un río duro, el Ankh.

—Guau.

—Eso no se le hace ni a un perro —insistió—. Metafóricamente hablando.

—Guau.

Gaspode miró cansadamente la cara de Laddie, animada, alerta e irrevocablemente estúpida.

—No entiendes ni una maldita palabra de lo que te estoy diciendo, ¿verdad?

—¡Guau! —respondió Laddie, suplicante.

—Tienes suerte —suspiró el perro.

En aquel momento, se oyó una conmoción al otro lado del callejón. Gaspode escuchó una voz:

—¡Ahí está! ¡Ven, Laddie! ¡Ven, chico!

Las palabras rezumaban alivio.

—Es el Hombre —gruñó Gaspode—. No estás obligado a acudir.

—¡Buen chico Laddie! ¡Buen chico Laddie! —ladró Laddie al tiempo que echaba a andar obediente, aunque un tanto inseguro.

—¡Te hemos buscado por todas partes! —murmuró uno de los entrenadores, alzando un palo.

—¡Ni se te ocurra pegarle! —le gritó el otro—. ¡Lo echarás todo a perder!

Escudriñó el callejón con la mirada, y se encontró con la mirada de Gaspode desde el otro extremo.

—Es ese saco de pulgas que está siempre rondando por ahí —dijo—. Me pone la carne de gallina.

—Tírale algo —sugirió el otro hombre.

El segundo entrenador se inclinó y recogió una piedra. Cuando volvió a incorporarse, el callejón estaba desierto. Borracho o sobrio, Gaspode tenía unos reflejos perfectos en determinadas circunstancias.

—¿Lo ves? —dijo el entrenador, mirando hacia las sombras—. Es casi como si nos leyera la mente.

—No es más que un chucho —replicó su compañero—. No te preocupes por él. Venga, ponle la correa a éste y volvamos antes de que el señor Escurridizo se

dé cuenta de que se nos había perdido.

Laddie los siguió obedientemente de vuelta a los estudios Siglo del Murciélago Frugívoro, y permitió que lo encadenaran a su caseta de madera. Lo más probable era que no le gustara la idea, pero era difícil saberlo a ciencia cierta en el entramado de deberes, obligaciones y tenues sombras emocionales que constituían su « mente », a falta de una palabra mejor con que denominarla.

Dio un par de tirones de la cadena a modo de prueba, y luego se tendió en el suelo, a la espera de futuros acontecimientos.

Tras un buen rato, una voz ronca, baja, lo llamó desde el otro lado de la valla.

—Te podría enviar un hueso con una lima dentro, pero seguro que te la comerías —dijo. Laddie alzó la vista.

—¡Buen chico Laddie! ¡Buen chico Laddie!

—¡Shhh! ¡Calla! Como mínimo tendrían que haberte permitido hablar con un abogado —siguió Gaspode—. Encadenar a alguien es una violación de los derechos humanos.

—¡Guau!

—Además, ya se lo he hecho pagar. He seguido a ese tipo asqueroso hasta su casa y he meado por toda la puerta de entrada.

—¡Guau!

Gaspode suspiró y se alejó tambaleándose. A veces, en lo más profundo de su corazón, se preguntaba si al fin y al cabo no sería bonito « pertenecer » a alguien. No sólo ser propiedad de alguien, ni que te encadenaran, sino « pertenecer », de manera que te alegraras de ver a tu amo, le llevaras las zapatillas con los dientes y te quedaras tendido sobre su tumba cuando muriera.

En realidad a Laddie le gustaba esa vida, si en su caso se podía utilizar la palabra « gustar ». Era más bien un sentimiento aferrado a los huesos. Gaspode se preguntó sombríamente si aquélla era la esencia del perro, y dejó escapar un gruñido que le salió de lo más profundo de la garganta. Por lo que a él respectaba, no lo era ni lo sería nunca. Porque la esencia de ser perro no tiene nada que ver con zapatillas, ni con paseos, ni con quedarte tirado en la tumba de la gente. Gaspode estaba seguro. La esencia de ser perro consistía en ser duro, en ser independiente, en ser desagradable.

Sí, claro.

Gaspode tenía entendido que todos los animales caninos podían cruzarse, incluso con los lobos originales, de manera que, en lo más profundo de su ser, cada perro era un lobo. Se podía sacar un perro de un lobo, pero no se podía sacar al lobo del perro. Cuando las garrapatas atacaban con fuerza, cuando las pulgas se ponían especialmente molestas y agresivas, esa idea resultaba reconfortante.

Suspiró y se preguntó qué se sentiría al copular con una loba, y qué pasaría al acabar.

Bueno, eso tampoco tenía mucha importancia. Lo verdaderamente importante era que los auténticos perros no iban por ahí encantados de la vida sólo porque un humano tenía a bien decirles algo.

—Sí, claro.

Lanzó un gruñido a un montón de basura, y la retó a que le respondiera.

Parte del montón se movió, y asomó para mirarlo una cara felina que llevaba el cadáver de un pez en la boca. Estaba a punto de dedicarle un ladrido desganao, sólo por tradición, cuando el gato escupió el pescado y le habló.

—Hola, Gaspode.

Gaspode se relajó.

—Ah. Hola, gato. No pretendía ofenderte. No sabía que eras tú.

—Siempre he detestado el pezcado —dijo el felino—. Pero al menos no habla.

Se removió otra zona del montón de basura, y apareció Botitas, el ratón.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí abajo? —se interesó Gaspode—. Pensé que os sentáis más seguros en la colina.

—Ya no —replicó el gato—. Aquello ze ezta poniendo muy zobrenatural.

El perro frunció el ceño.

—Eres un gato —señaló con tono desaprobador—. Se supone que te gusta todo lo sobrenatural.

—Zí, pero ezo no incluye tener chizpaz doradaz en el pelo todo el rato, ni que el zuelo tiemble conzantemente. Ni a oír vocez eztrañas que parecen zonar dentro de tu cabeza —replicó el gato—. Aquello ze ezta poniente demaziado zobrenatural.

—Así que todos hemos decidido bajar —añadió Bolitas—. Tambor y el pato están escondidos fuera de la ciudad, detrás de las dunas...

Otro gato saltó de la valla junto a ellos. Era grande y atigrado, y Holy Wood no lo había bendecido con la inteligencia. Se quedó mirando el espectáculo que ofrecía un ratón tranquilo al lado de un felino.

Bolitas le dio un codazo al gato en la zarpa.

—Líbrate de ése —pidió.

El gato clavó la vista en el recién llegado.

—Ábrete —dijo—. Venga, que te largues, que te des el piro. Dioses, esto es humillante.

—No sólo para ti —replicó Gaspode, cuando el segundo gato se alejó sacudiendo la cabeza—. Si algunos de los perros de esta ciudad me vieran charlando con un gato, perdería toda la credibilidad en las calles.

—Hemos estado pensando —empezó el gato, sin dejar de lanzar algunas miradas nerviosas a Botitas—, que a lo mejor deberíamos rendirnos de una vez y ver si es posible... si es posible...

—Lo que el gato intenta decir, es que a lo mejor hay un lugar para nosotros

en las imágenes en acción —intervino Botitas—. ¿A ti qué te parece?

—¿Como pareja de actores? —quiso saber Gaspode. Los dos asintieron.

—Imposible, de todo punto imposible —bufó el perro—. ¿Quién va a pagar una entrada por ver a gatos y ratones persiguiéndose? Los perros no les interesan más que si hacen la pelota constantemente a los humanos, así que desde luego no querrán ver a un gato cazando a un ratón. Podéis creer lo que os digo. Yo entiendo de imágenes en acción.

—En ese caso, ya va siendo hora de que los humanos aclaren este embrollo, para que podamos volver a casa —le espetó el ratón—. Ese muchacho no está haciendo nada.

—Es un inútil —corroboró el gato.

—Está enamorado —lo defendió Gaspode—. Es una situación complicada.

—Sí, lo comprendo, yo también he pasado por eso —asintió el gato, compasivo—. La gente no deja de tirarte botas viejas. Es horrible.

—¿Botas viejas? —se sorprendió el ratón.

—Eso es lo que me ha pasado a mí siempre que he estado enamorado —asintió el felino.

—En el caso de los humanos, es diferente —dijo Gaspode, algo inseguro—. No te tiran tantas botas ni cubos de agua. Es más cuestión de... no sé, de flores, de discusiones y cosas por el estilo.

Los animales se miraron, malhumorados.

—Los he estado observando —dijo Botitas—. La chica opina que tu amigo es un imbécil.

—Es parte de su juego —le explicó Gaspode—. A eso lo llaman « romance » .

El gato se encogió de hombros.

—Yo prefiero mil veces una bota. Al menos con una bota sabes a qué atenerte.

El brillante espíritu de Holy Wood seguía entrando en el mundo, pero ya no era un reguerrillo, sino una inundación. Burbujeaba en las venas de la gente, incluso en las de los animales. Cuando los operadores daban vueltas a las manivelas, allí estaba. Cuando los carpinteros martilleaban los clavos, estaban martilleando por Holy Wood. Holy Wood estaba en el estofado que se servía en el local de Borgle, y en la arena, y en el aire. Estaba creciendo.

Iba a florecer...

Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo, o Y.V.A.L.R., como prefería que lo llamaran ahora, se incorporó en su cama y contempló fijamente la oscuridad.

En su mente, ardía una ciudad.

Rebuscó apresuradamente las cerillas junto a la cabecera de la cama, consiguió encender la vela y, al final, dio con una pluma.

En cambio, no localizó ni un trozo de papel. Había dado instrucciones muy concretas de que hubiera siempre papel junto a su cama, por si se despertaba con una idea en la cabeza. En esos momentos es cuando uno tiene las mejores ideas, cuando está durmiendo.

Al menos tenía pluma y tintero...

Las imágenes pasaban ante sus ojos. O las atrapaba ahora, o se le escaparían para siempre...

Esgrimió la pluma y empezó a garabatear sobre las sábanas.

¡La Pasión de un Hombre y Una Mujer en una Ciudad Desgarrada por la Guerra Civil!

La pluma avanzaba a trompicones, dejando manchas sobre el tosco tejido.

¡Sí! ¡Sí! ¡Eso era!

Él les había enseñado lo que era bueno, se olvidarían de sus estúpidas pirámides de yeso y de sus locales baratos. ¡Todo el mundo querría ver ésta! ¡Ésta marcaría los estándares! Cuando se escribiera la historia de Holy Wood, ésta sería la que señalarían, de ella dirían, ¡Fue la Película que acabó con todas las Películas!

¡Trolls! ¡Batallas! ¡Romance! ¡Hombres con finos bigotes! ¡Mercenarios! Y una mujer luchando por conservar el... Esgurridizo titubeó... bueno, algo que ama más que a nada en el mundo, pero eso ya lo pensaremos más adelante. ¡En un Mundo Enloquecido!

La pluma manchaba, desgarraba, avanzaba precipitadamente por la sábana.

¡Hermano contra hermano! ¡Mujeres con vestidos de crinolina dando bofetones a la gente! ¡La caída de una poderosa dinastía!

¡Una gran ciudad en llamas! No de pasión, anotó al margen, sino de las de verdad.

Quizá incluso con...

Se mordió el labio.

Sí. ¡Aquello era lo que había estado esperando! ¡Sí!

¡Con más de mil elefantes!

(Más tarde, Soll Esgurridizo dijo:

—Mira, tío, la guerra civil de Ankh-Morpork... es una idea estupenda. Por ahí no hay problema. Es un famoso acontecimiento histórico, no hay problema. Lo que pasa es que ninguno de los historiadores mencionó que hubiera elefantes.

—Fue una guerra muy grande —replicó Esgurridizo a la defensiva—. Se les pudo escapar alguna cosa.

—Dudo que nadie pueda dejar de advertir que hay un millar de elefantes.

—¿Quién dirige este estudio?

—Es que...

—Escúchame bien —zanjó Esgurridizo—. A lo mejor en esa guerra no hubo un millar de elefantes, pero nosotros vamos a tener un millar de elefantes, porque

con un millar de elefantes quedará más realista, ¿entendido?

La sábana fue llenándose poco a poco con la caligrafía nerviosa de Eскурrido. Llegó al final de la tela y siguió con la madera de la cama.

Por los dioses, ¡aquello era un material de primera! Nada de tontas batallitas en aquella película. ¡Iba a necesitar a todos los operadores de Holy Wood!

Volvió a sentarse, agotado y feliz.

Ahora ya la podía ver. Podía darla por hecha.

Sólo necesitaba un buen título. Algo sonoro. Algo que la gente recordara para siempre. Algo... (se rascó la barbilla con la pluma), algo que sugiriese que los problemas de la gente normal no eran más que polvo en las grandes tormentas de la historia. Tormentas, por ahí, bien. Una tormenta sugería una buena imagen. Había truenos. Rayos. Lluvia. Viento. Tempestades.

¡Tempestades! ¡Eso era!

Avanzó hasta la parte de arriba de la sábana y, con gran cuidado, escribió:

LO QUE LA TEMPESTAD SE LLEVÓ.

Víctor daba vueltas y más vueltas en la estrecha cama, tratando inútilmente de conciliar el sueño. Por su mente medio adormecida corrían las imágenes. Había carreras de cuadrigas, y barcos piratas, y cosas que no conseguía identificar... y, en medio de todo, aquella cosa trepando por una torre. Era algo enorme y terrible, que sonreía desafiante al mundo. Y alguien gritaba...

Se incorporó, empapado en sudor.

Tras unos pocos minutos, bajó las piernas de la cama y se dirigió hacia la ventana.

Por encima de las luces de la ciudad, la Colina de Holy Wood se perfilaba con las primeras luces del amanecer. Iba a ser otro hermoso día.

Los sueños de Holy Wood recorrieron las calles en grandes oleadas doradas, invisibles.

Y Algo vino con ellas.

Algo que nunca, jamás soñaba. Algo que nunca, jamás dormía.

Ginger salió de la cama, y también miró en dirección a la colina, aunque era más que dudoso que la viera. Moviéndose como una persona sin vista por una habitación conocida, avanzó hacia la puerta, bajó por las escaleras y salió a la calle con los últimos rastros de la noche.

Un pequeño perro, un gato y un ratón la observaban desde las sombras cuando avanzó en silencio por el callejón y se encaminó hacia la colina.

—¿Le habéis visto los ojos? —susurró Gaspode.

—Le brillaban —asintió el gato—. ¡Puaaj!

—Va a la colina —insistió el perro—. Esto no me gusta nada.

—¿Y qué más da? —replicó Bolitas, encogiéndose de hombros—. Se pasa la vida en la colina. Sube allí todas las noches, mirando a las musarañas y haciendo cosas raras.

—¿Qué?

—Todas las noches. Nosotros pensábamos que era por eso que dijiste del romance.

—Pero, ¿es que no lo veis? Esa manera de moverse... aquí falla algo —insistió Gaspode a la desesperada—. Eso no es caminar, es tambalearse. Como si la guiara una especie de voz interior, o algo así.

—A mí no me mires —se defendió Bolitas—. Para mí, caminar sobre dos patas es tambalearse.

—¡No hace falta más que verle la cara para notar que algo va mal!

—Claro que algo va mal. Es humana —asintió el ratón.

Gaspode valoró las posibles alternativas. No había demasiadas. La más evidente era ir a buscar a Víctor para que hiciera algo. Pero la rechazó. Para su gusto, se parecía demasiado a lo de dar saltitos y ladrar, el tipo de cosa que haría Laddie. Daba a entender que lo mejor que podía hacer un perro enfrentado a un enigma era buscar a cualquier humano para que lo resolviera.

Se dirigió rápidamente hacia Ginger y agarró firmemente entre los dientes el borde del camión de la sonámbula. La joven siguió caminando, arrastrando tras ella al perro. El gato se echó a reír con una buena carga de sarcasmo, que molestó mucho a Gaspode.

—Ya es hora de despertarse, guapa —gruñó, soltando el camión. Ginger siguió caminando.

—¿Lo ves? —señaló el gato, despectivo—. Les das unos pulgares oponibles y se creen especiales.

—Yo voy a seguirla —decidió Gaspode—. Es de noche, puede hacerse daño.

—Así son los perros —dijo el gato a Bolitas en tono burlón—. Siempre van por ahí haciendo fiestas a la gente. La próxima vez que lo veamos tendrá una cadena con un collar de diamantes y un cuenco para la comida con su nombre, le lo digo yo.

—Si lo que quieres es llevarte un buen mordisco, estás siguiendo el camino adecuado, gatito —ladró Gaspode, mostrando de nuevo sus dientes llenos de caries.

—No tengo por qué tolerar que se me hable en ese tono —bufó el gato, al tiempo que alzaba orgullosamente la nariz—. Venga, Bolitas, vamos a buscar algún estercolero donde no haya tanta basura.

Gaspode se quedó mirando los cuartos traseros que se alejaban.

—¡Cobardes! —les gritó.

Echó a andar rápidamente hacia Ginger, detestándose a sí mismo por



hacerlo. Si fuera un lobo, cosa que técnicamente soy, pensó, no utilizaría los colmillos para agarrarle el camisón. Cualquier chica que caminara sola de noche correría peligro de muerte. Podría atacarla, podría atacarla en el momento que quisiera, lo que pasa es que he decidido no hacerlo. Pero lo que desde luego tampoco voy a hacer es ir por ahí cuidándola. Ya sé que Victor me dijo que la cuidara, pero que me aspen si tengo intención de hacer lo que me diga un humano. Aún no ha nacido el humano que me dé órdenes a mí. Le arrancaría la garganta de un bocado, eso es lo que haría. Ja.

Si a esta imbécil le pasara algo, Victor se pasaría días y días lloriqueando, y seguro que se olvidaría de darme de comer. No es que un perro como yo necesite que ningún humano le dé de comer, podría saltar sobre el lomo de un reno y morderle la yugular, pero reconozcámoslo, es mucho más cómodo que te lo pongan en el plato.

Ginger caminaba bastante deprisa. Gaspode iba con la lengua fuera para tratar de mantener su paso. Le empezaba a doler la cabeza.

Se arriesgó a lanzar unas cuantas miradas a ambos lados, para ver si había algún otro perro observándolo. Si lo hubiera, pensó, tendría que fingir que la estaba persiguiendo. Al fin y al cabo, la estaba persiguiendo, en el sentido más amplio de la palabra. Claro. Lo malo era que ni en sus mejores momentos había sido un perro atlético, y le estaba costando lo suyo no perderla de vista. La chica podría tener la decencia de ir un poco más despacio.

Ginger empezó a ascender por la ladera de la colina.

Gaspode consideró la posibilidad de ladrar. Luego, si alguien le mencionaba el detalle, siempre podía decir que lo había hecho para asustarla. El problema era que no le quedaba aliento suficiente ni para un gruñido amenazador.

Ginger llegó a la cima de un promontorio y descendió hacia la pequeña hondonada entre los árboles.

Gaspode trotó como pudo en pos de ella, recuperó la compostura, abrió la boca para lanzar un ladrido de advertencia, y estuvo a punto de tragarse la lengua.

La puerta se había abierto varios centímetros. Ante los ojos atónitos de Gaspode, un poco más de arena se desprendió y cayó al montón.

Y ahora alcanzaba a oír voces. No parecían pronunciar palabras, sino los esqueletos de palabras, una maldad sin disfraces ni disimulos. Los sonidos zumbaban en torno a su cabeza alargada como mosquitos mendicantes, suplicando, lisonjeando y...

... era el perro más famoso del mundo. Se deshicieron los nudos de su pelaje, de las zonas peladas brotó un vello rizado y brillante que se extendió por todo el cuerpo, repentinamente esbelto, y le llegó hasta un morro de dientes ahora blancos y sanos. Ante él aparecieron platos de comida, que no era la mezcolanza de misteriosos órganos multicolores a la que estaba acostumbrado, sino carne

roja, oscura. En el cuenco que llevaba su nombre había agua limpia, no, cerveza de la buena. Los tentadores aromas que le traía el viento le sugerían que buen número de perritos estarían encantadas de trabar amistad con él en cuanto acabara de comer y beber. Miles de personas lo consideraban maravilloso. Tenía un collar con su nombre escrito y...

No, eso sí que no. De collares, nada. Si tragaba con lo del collar, lo siguiente sería verse tratado como un muñequito de peluche.

La imagen se derrumbó en un caos confuso, y fue sustituida por...

... la manada corría entre los árboles oscuros, cubiertos de nieve, con las bocas rojas entreabiertas y las largas patas golpeando el terreno. Los humanos que intentaban escapar no tenían ni una posibilidad; uno fue derribado cuando un miembro de la manada saltó sobre él desde una rama, y se quedó tendido en el suelo mientras Gaspode y los lobos se precipitaban sobre él...

No, eso tampoco sería correcto, pensó con amargura. Uno nunca llegaba a comerse a los humanos. Los dioses sabían que a veces le tocaban las narices, pero no podías llegar a comértelos.

La caótica confusión de instintos amenazaba con cortocircuitar su esquizofrénica mente canina.

Las voces se rindieron y dejaron de asediario. Asqueadas, concentraron su atención en Ginger, quien, metódicamente, trataba de apartar más arena.

Una de las pulgas de Gaspode lo picó con todas sus fuerzas. Seguramente soñaba con que era la pulga más grande del mundo. Gaspode alzó la pata automáticamente para rascarse, y el hechizo se desvaneció. El perro parpadeó.

—Mierda —gimió.

¡Aquello era lo que les estaba sucediendo a los humanos! No pudo evitar preguntarse con qué estarían haciendo soñar a Ginger.

A Gaspode se le pusieron de punta los pelos del lomo.

Para aquello no hacía falta tener ningún misterioso instinto animal. Los instintos vulgares y corrientes de cada día bastaban y sobraban para dejarlo horrorizado. Al otro lado de aquella puerta había algo espantoso.

Y Ginger trataba de dejarlo salir.

Tenía que despertarla.

Abandonó la idea de espabilarla de un mordisco. Sus dientes ya no eran los de antes. También tenía serias dudas sobre si ladrar serviría de algo. Así que sólo quedaba una posible solución...

La arena se removía de una manera extraña bajo sus patas. Quizá soñaba con que se convertía en rocas. Los arbolitos retorcidos de la hondonada estaban inmersos en sus fantasías de secuoyas. Hasta el aire mismo se enroscaba en torno a la cabeza alargada de Gaspode de una forma diferente, aunque nadie tiene idea sobre cuáles pueden ser los sueños del viento.

Gaspode trotó hacia Ginger y le arrimó el morro a la pierna.

En el universo se conocen muchísimas maneras espantosas de despertar, como por ejemplo los gritos de una multitud derribando la puerta de entrada, el aullido de las alarmas contra incendios, o la comprensión repentina de que es lunes por la mañana, momento que la noche del viernes quedaba cálidamente lejano. El morro húmedo de un perro no es, en el sentido más estricto, la peor de ellas, pero tiene su propia cualidad espantosa que los expertos en horrores y los propietarios de perros a lo largo de la historia han llegado a conocer y a temer. Es como que te froten cariñosamente con un trocito de hígado medio descongelado.

Ginger parpadeó. El brillo se esfumó de sus ojos. Bajó la vista, y la expresión de horror de su rostro se transformó en otra de puro asombro. Luego, al ver a Gaspode apoyado contra ella, volvió a transformarse en una de horror, pero mucho más cotidiano.

—Hola —dijo Gaspode, tratando de congraciarse.

La muchacha dio un paso atrás al tiempo que alzaba las manos en gesto protector. La arena se escurrió de entre sus dedos. La contempló unos instantes, asombrada, y luego volvió a mirar al perro.

—¡Dioses, es espantoso! —gimió—. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué estoy aquí? —Se llevó las manos a la boca—. Oh, no —susurró—. ¡Otra vez, no!

Se lo quedó mirando unos instantes, y luego se volvió de nuevo hacia la puerta. Dejó escapar una exclamación. Se dio media vuelta, se recogió el borde del camisón, y echó a correr entre las nieblas de la madrugada.

Gaspode la siguió a toda prisa, consciente de la furia que palpitaba en el aire, tratando desesperadamente de poner todo el espacio posible entre él y la puerta.

Ahí dentro hay algo espantoso, pensó. Seguramente, cosas con tentáculos que te arrancan la cara a pedacitos. O sea, cuando uno encuentra puertas misteriosas en la ladera de una colina, lo más lógico es suponer que a lo que haya dentro no le va a hacer gracia verte. Serán sin duda malvadas criaturas que el hombre no debe ver jamás, y que el perro desde luego tampoco debe ver jamás. ¿Por qué Ginger no habrá...?

Gruñó, camino de la ciudad.

A su espalda, la puerta se movió, se abrió otra fracción de milímetro.

Holy Wood había despertado mucho antes que Victor, y el retumbar de los martillazos en el Siglo del Murciélago Frugívoro resonaba en el ambiente. Ante el arco que formaba la entrada aguardaban su turno varios carromatos cargados de madera. El joven se vio arrastrado y zarandeado por una marea de albañiles y carpinteros. Dentro del recinto, multitud de trabajadores se ajetreaban en torno a

las discutidoras figuras de Y.V.A.L.R. Eскурridizo y Silverfish.

Victor llegó junto a ellos en el momento en que Silverfish se atragantaba con las palabras.

—¿Toda la ciudad? —estaba tartamudeando.

—Bueno, no hace falta que sea toda —replicó Eскурridizo—. Podemos olvidarnos de los barrios periféricos. Lo que quiero es todo el centro. El palacio, la universidad, los gremios... todos los edificios que la convierten en una ciudad-ciudad, ¿entiendes? ¡Tiene que ser perfecta!

Tenía el rostro enrojecido. Detrás de él se alzaba la figura imponente de Detritus, el troll, que sostenía pacientemente por encima de su cabeza algo que parecía una cama. La llevaba como un camarero la bandeja. Eскурridizo tenía las sábanas en una mano. Entonces Victor se dio cuenta de que toda la cama, no sólo las sábanas, estaba cubierta de apretada caligrafía.

—Pero el precio será... —protestó Silverfish.

—Ya encontraremos alguna manera de conseguir el dinero —replicó Eскурridizo con tranquilidad.

Silverfish no habría parecido más espantado si Eскурridizo se hubiera presentado ante él vestido de bailarina. Trató de recuperar la compostura.

—Bueno, Ruina, si estás decidido...

—¡Estoy decidido!

—... supongo que, si lo calculamos bien todo, podríamos amortizarlo con otras películas, quizá incluso alquilarlo a otros estudios...

—Pero ¿qué estás diciendo? —le recriminó Eскурridizo—. ¡Lo vamos a construir para Lo que la Tempestad se Llevó.

—Sí, sí, claro —intentó tranquilizarlo Silverfish—. Y luego, después, podremos...

—¿Después? ¡No habrá un después! ¿Es que no has leído el guión? ¡Detritus, enséñale el guión!

Detritus, obediente, dejó caer la cama entre los dos hombres.

—Esto es tu cama, Ruina —señaló el ex alquimista con paciencia.

—Guión, cama... ¿qué más da? Mira... aquí... justo encima de la cabecera...

Hubo una pausa mientras Silverfish se esforzaba por leer. Fue una pausa bastante larga. Silverfish no estaba acostumbrado a leer cosas que no vinieran en columnas y con totales abajo.

—¿Le vas a... prender... fuego? —preguntó al final.

—Es la historia. Y no se puede discutir con la historia —replicó Eскурridizo afectadamente—. La ciudad se quemó durante la guerra civil, todo el mundo lo sabe.

Silverfish se irguió en toda su estatura.

—Puede que la ciudad se quemara —dijo tensamente—, ¡pero yo no tenía

que buscar el presupuesto! ¡Esto es una extravagancia intolerable!

—Conseguiré el dinero —se limitó a decir Ecurridizo, inmutable.

—En una sola palabra... ¡imposible!

—Eso son dos palabras.

—No tengo la menor intención de trabajar en algo así —siguió Silverfish, haciendo caso omiso de la interrupción—. He tratado de comprenderte, de verlo desde tu perspectiva, ¿no? Pero has cogido las imágenes en acción y las estás intentando transformar en... en... ¡en sueños! ¡Y yo no pretendía que las cosas se hicieran así! ¡No cuentes conmigo!

—De acuerdo.

Ecurridizo alzó la vista hacia el troll.

—El señor Silverfish se marchaba ya —dijo. Detritus asintió, y entonces, lentamente, con firmeza, levantó a Silverfish por el cuello de la camisa. El ex alquimista se puso blanco.

—¡No te puedes librar de mí de esta manera! —exclamó.

—¿Quieres apostarte algo?

—¡No habrá ni un solo alquimista de Holy Wood que quiera trabajar para ti! ¡Y nos llevaremos también a los operadores! ¡Estarás acabado!

—¡Escúchame bien! ¡Cuando la gente vea esta película, todo Holy Wood vendrá a pedirme trabajo! ¡Detritus, echa de aquí a este imbécil!

—Dicho y hecho, señor Ecurridizo —gruñó el troll, zarandeando a Silverfish.

—¡Esto no se acaba aquí, maldito... maldito megalómano traidor!

Ecurridizo se quitó el puro de la boca.

—Para ti, señor megalómano —indicó.

Volvió a ponerse el cigarro entre los labios e hizo una señal al troll. Detritus, con suavidad pero con firmeza, agarró a Silverfish también por una pierna.

—Es mi trabajo, señor Silverfish —le explicó con calma, al tiempo que lo llevaba hacia la puerta—. Soy el Vicepresidente al Cargo de Echar Fuera a la Gente que Molesta al Señor Ecurridizo.

—¡En ese caso, vas a necesitar un ayudante! —aulló el ex alquimista.

—Tengo un sobrino que anda buscando trabajo —replicó el troll—. Buenos días.

—Bien, bien, bien —dijo Ecurridizo, al tiempo que se frotaba las manos—. ¡Soll!

Soll apareció desde detrás de una mesa trestle de caballetes llena de planos enrollados, y se sacó un lápiz de la boca.

—¿Sí, tío?

—¿Cuánto tiempo se tardará?

—Unos cuatro días, tío.

—Eso es demasiado. Contrata a más gente, pero lo quiero para mañana, ¿comprendido?

—Pero, tío...

—¡Si no, estás despedido! —exclamó Ecurridizo. Soll pareció algo asustado.

—Soy tu sobrino, tío —protestó—. No se puede despedir a un sobrino.

Ecurridizo miró a su alrededor, y pareció advertir por primera vez la presencia de Victor.

—Ah, Victor —lo saludó—. A ti se te da bien la palabrería. ¿Se puede despedir a un sobrino?

—Eh... no, creo que no. Me parece que hay que repudiarlo, o algo por el estilo —respondió el muchacho con timidez—. Pero...

—¡Exacto! ¡Exacto! Ya sabía yo que había una palabra así —aplaudió Ecurridizo—. Repudiar. ¿Has oído eso, Soll? ¡Repudiar!

—Sí, tío —asintió el desanimado muchacho—. Voy a buscar más carpinteros, ¿eh?

—Bien pensado.

Soll lanzó a Victor una mirada de asombrado horror mientras se alejaba. Ecurridizo empezó a arengar a un grupo de operadores. Las instrucciones brotaban de su boca como agua de una fuente.

—Deduzco que hoy no habrá viaje a Ankh-Morpork —dijo una voz junto a la rodilla de Victor.

—Desde luego, esta mañana está muy... muy ambicioso —asintió el joven—. No parece él mismo.

Gaspode se rascó una oreja.

—Tenía que decirte algo, ahora no caigo... ¡ah, sí, ya me acuerdo! Sí, sí, es sobre tu chica. Tu chica es el agente de unos poderes diabólicos. Aquella noche que la vimos en la colina, seguramente iba a entrar en comunión con el mal. ¿Qué te parece eso?

Sonrió. Estaba bastante orgulloso de su habilidad para plantear el tema.

—Muy interesante, muy interesante —asintió Victor, distraído.

Desde luego, Ecurridizo estaba más extraño que de costumbre. Incluso más extraño que de costumbre según los estándares de Holy Wood.

—Sí —replicó Gaspode, algo molesto por la acogida de sus informaciones—. No me extrañaría que se pasara las noche tramando maldades con las oscuras inteligencias mágicas que habitan al Otro Lado.

—Bien —dijo Victor.

En Holy Wood, normalmente, no se quemaba nada. Se guardaba todo y se reaprovechaba pintándolo por el otro lado. Muy a su pesar, comenzaba a interesarle aquello.

—... un reparto de miles de personas —estaba diciendo Ecurridizo—. No me importa de dónde las saquéis, si hace falta contratad a todo el que esté en Holy Wood, ¿comprendido? Y también quiero...

—Si quieres saber mi opinión, seguro que colabora con ellas en sus maléficos

intentos de dominar el mundo —insistió Gaspode.

—¿De veras?

Escurridizo se había vuelto para hablar con un par de aprendices de alquimista. ¿Qué estaba diciendo? ¿Una película de veinte rollos? ¡Pero si nadie había soñado jamás con pasar de los cinco!

—Sí, quiere despertarlas de su sueño milenario para sembrar el caos en este universo, y esas cosas —insistió Gaspode—. Seguro que cuenta con la colaboración de los gatos, te lo digo yo...

—Oye, ¿quieres hacer el favor de callarte un rato? —lo interrumpió Victor, irritado—. ¡Estoy intentando enterarme de lo que dicen!

—¡Vaya, hombre, lo siento! ¡Yo sólo intentaba salvar el mundo! —gruñó Gaspode—. ¡Luego, si unas criaturas espectrales procedentes del amanecer de los tiempos empiezan a meterse debajo de tu cama y no te dejan dormir, no me vengas a mí con quejas!

—¿De qué demonios hablas?

—Oh, de nada, de nada.

Escurridizo alzó la vista, vio el rostro atento de Victor, y lo llamó con un gesto.

—¡Ven, muchacho! ¡Ven aquí! ¡Tengo un papel para ti, el papel de tu vida!

—¿De verdad? —se interesó Victor mientras se abría paso entre la multitud.

—¡Eso es lo que he dicho!

—No sé, me pareció que lo preguntaba... —empezó Victor.

Pero lo pensó mejor y se rindió.

—¿Y dónde, si se puede saber, está la señorita Ginger? —lo interrogó Escurridizo—. ¿Vuelve a llegar tarde?

—... seguro que está durmiendo como un tronco... —gruñó una voz ofendida entre el mar de piernas—. Debe de ser agotador eso de entrar en contacto con lo desconocido...

—Soll, envía a alguien a buscarla.

—Sí, tío.

—... pero era de esperar, la gente a la que le gustan los gatos es así, no se puede confiar en ellos...

—¡Y que alguien transcriba la cama!

—Sí, tío.

—... pero, ¿me hacen caso? ¡Nooo! Me apuesto lo que sea a que si tuviera el pelaje brillante y me pasara el día dando saltitos y ladrando me harían más caso...

Escurridizo abrió la boca para decir algo, pero en vez de eso frunció el ceño y alzó una mano.

—¿De dónde vienen esos murmullos? —quiso saber.

—... seguramente he salvado al mundo entero, y mira como me lo pagan, me tendrían que levantar una estatua, pero no, qué va, eso no es para Gaspode,

Gaspode no está a la altura de...

Los gimoteos cesaron. La multitud se apartó a un lado, dejando al descubierto a un perrito gris de patas torcidas, que alzó la vista impassible hacia Ecurridizo.

—¿Guau? —dijo con inocencia.

Las cosas siempre sucedían deprisa en Holy Wood, pero los preparativos para Lo que la Tempestad se Llevó avanzaron como un huracán. Se interrumpió el rodaje de todas las demás producciones Murciélago Frugívoro. También tuvieron que detenerse la mayoría de las películas de la ciudad, porque Ecurridizo estaba contratando a actores y cámaras por un salario que doblaba el que ofrecían los demás.

Y una especie de Ankh-Morpork empezó a alzarse entre las dunas. Soll no dejaba de quejarse. Según él habría sido más barato arriesgarse a las iras de los magos, llevar a hurtadillas una caja de imágenes a Ankh-Morpork y luego dar a alguien un puñado de dólares para que dejara caer una cerilla en el lugar adecuado.

Ecurridizo no estaba de acuerdo.

—Aparte de otras muchas razones —afirmó—, no quedaría bien en la pantalla.

—¡Pero si sería el auténtico Ankh-Morpork, tío! —exclamó Soll—. Quedaría perfecto. ¿Por qué dices que no?

—Porque Ankh-Morpork no parece tan auténtico —replicó Ecurridizo, pensativo.

—¡Pues no hay nada más auténtico! —saltó Soll, para quien los lazos de la sangre se estaban tensando y se acercaban al punto de ruptura—. ¡Está ahí! ¡Es la autenticidad personificada! ¡No se puede pedir más autenticidad!

Ecurridizo se quitó el puro de la boca.

—Sí se puede —afirmó—. Ya lo verás.

Ginger apareció casi a la hora de almorzar. Estaba tan pálida que ni Ecurridizo tuvo valor para gritar. La muchacha miraba sin cesar a Gaspode, que trataba de mantenerse fuera de su camino.

Además, Ecurridizo estaba muy preocupado. Se encontraba en su despacho, explicando El Argumento.

En realidad era bastante sencillo, intervenían los elementos habituales de Chico Conoce Chica, Chica Conoce a Otro Chico, Chico Pierde Chica, pero en esta ocasión había una guerra civil de por medio.

Los orígenes de la Guerra Civil de Ankh-Morpork (8:32 pm, 3 de grunio del 432 10:54 am, 4 de grunio del 432) siempre han sido un tema de acalorado debate entre los historiadores. Existen dos teorías que dividen a los expertos: 1) El pueblo llano, tras soportar los impuestos excesivos de un rey más estúpido y



antipático que los demás, decidió que aquello ya era demasiado, y que ya era hora de acabar con el trasnochado concepto de la monarquía y sustituirlo por lo que resultaron ser una serie de tiranos déspotas que los cargaban con idénticos impuestos, pero al menos no tenían la desfachatez de decir que los dioses les habían dado ese derecho, con lo cual todo el mundo se quedó mucho más satisfecho; o 2) uno de los participantes de una partida de Cebolla Tullida, en una taberna de la ciudad, fue acusado por otro de sacar más ases de los que hay en la baraja. Aparecieron cuchillos, luego alguien golpeó a alguien con un banco, después otro apuñaló a otro, empezaron a volar las flechas, un idiota se colgó del candelabro, un hacha de doble filo lanzada con descuido golpeó a un transeúnte, la Guardia entró en juego, y no se sabe quién prendió fuego a la taberna, y otro golpeó a un montón de gente con una mesa, y entonces todos se lo tomaron a mal y empezaron a pelearse.

En fin, el caso es que hubo una guerra civil, cosa que todas las civilizaciones maduras necesitan tener en su historia...<sup>[18]</sup>

—Tal y como yo lo veo —empezó a explicar Ecurridizo—, tenemos a esta joven de alta cuna que vive completamente sola en una gran casa, eso es, y su chico se va a combatir a los rebeldes, ¿entendéis?, y entonces ella conoce a otro tipo, y hay química...

—¿Explotan? —se asombró Victor.

—Quiere decir que se enamoran —replicó Ginger con voz gélida.

—Eso es, más o menos —asintió Ecurridizo—. Miradas que se encuentran a través de una habitación abarrotada de gente. Y ella está sola en el mundo, a excepción de los criados y de... sí, eso es, y de su perrito...

—¿Que será Laddie? —quiso saber la joven.

—Claro. Por supuesto, la chica va a hacer todo lo posible para salvar la mina de la familia, así que se dedica a coquetear con los dos, quiero decir con los dos hombres, no con el perro, y entonces a uno lo matan en la guerra, y el otro la manda a hacer gárgaras, pero no pasa nada porque ella tiene el corazón duro. —Se sentó en la silla—. ¿Qué os parece? —quiso saber.

Todos los que estaban sentados a su alrededor se miraron, intranquilos.

Hubo un silencio inquieto.

—Tiene muy buena pinta, tío —dijo Soll, que no quería más problemas aquel día.

—Supone un auténtico desafío desde el punto de vista técnico —aportó Gaffer.

Se oyó un auténtico coro de asentimientos procedentes de los aliviados miembros del grupo.

—Pues yo no sé... —dijo Victor lentamente.

Los ojos de todos se volvieron hacia él de la misma manera que los espectadores en el pozo de los leones observan al primer criminal condenado que

traspasa la verja de hierro. Pero Victor no se dio por aludido.

—Es decir... ¿no hay nada más? La verdad es que no parece muy... muy complicado, para una película tan larga. Gente enamorándose mientras se desarrolla una guerra civil... no veo que se pueda sacar mucho de ahí.

Hubo otro silencio torturado. Un par de personas cercanas a Victor se apartaron rápidamente de él. Ecurridizo lo miraba fijamente.

Victor podía oír una vocé en la casi inaudible, que procedía de debajo de su silla.

—... ah, pero claro, para Laddie siempre hay un papel... me gustaría saber por qué para él sí y para mí no, a ver, qué tiene que no tenga...

Ecurridizo seguía mirando fijamente a Victor.

—Tienes razón —dijo al final—. Tienes razón. Victor tiene razón. ¿Por qué nadie más se había dado cuenta?

—Yo estaba pensando exactamente lo mismo, tío —se apresuró a declarar Soll—. Necesitamos darle un poco más de sustancia al argumento.

Ecurridizo hizo un vago gesto con el cigarro.

—Yaharemos más cosas sobre la marcha, no hay problema en eso. Por ejemplo... por ejemplo, ¿qué tal una carrera de cuadrigas? Son muy emocionantes. A la gente le encantan las carreras de cuadrigas. ¿Qué le pasará al chico, se caerá, se soltarán las ruedas? Sí. Una carrera de cuadrigas.

—Eh... tío, he estado... he estado leyendo cosas sobre la Guerra Civil —empezó Soll con cautela—, y creo que en ningún momento se menciona...

—En ningún momento se menciona que no hubiera carreras de cuadrigas, ¿verdad? —lo atajó Ecurridizo, con una voz suave que tenía el filo decidido de una amenaza.

Soll dio marcha atrás.

—Visto así, tío... tienes razón —suspiró.

—Y... —siguió el ex vendedor de salchichas, reflexionando—, también podríamos probar... ¿un gran tiburón, un tiburón gigante?

Hasta el propio Ecurridizo se quedó asombrado ante semejante sugerencia.

Soll miró a Victor, esperanzado.

—Estoy casi seguro de que los tiburones no combatieron en la Guerra Civil —señaló el joven.

—¿Tú crees?

—La gente se habría dado cuenta —asintió Victor.

—Además, los elefantes los habrían aplastado —murmuró Soll.

—Es verdad —suspiró Ecurridizo con tristeza—. No era más que una idea. La verdad es que no sé cómo se me ha podido ocurrir.

Se quedó mirando fijamente hacia la nada durante un rato, y al final sacudió bruscamente la cabeza.

Un tiburón, pensó Victor. Todos los pececitos dorados de tus pensamientos

están nadando tan tranquilos, y de repente las aguas se agitan y llega del exterior ese gran tiburón blanco que es otro pensamiento. Como si alguien nos enviara sus ideas.

—No sabes comportarte —le reprochó Victor a Gaspode cuando se encontraron a solas—. Te he estado oyendo refunfuñar debajo de la silla todo el rato.

—Puede que yo no sepa comportarme, pero al menos no me dedico a babear detrás de una chica que va por ahí dejando entrar en este mundo a Terribles Criaturas de la Noche —replicó Gaspode.

—Claro que no —asintió Victor. Entonces, lo miró fijamente—. ¿Qué quieres decir?

—¡Hombre, por fin consigo que me escuches! Tu novia...

—No es mi novia.

—Tu futura novia —insistió Gaspode—, sale todas las noches a intentar abrir aquella puerta de la colina. Anoche lo estubo haciendo otra vez, después de que tú te fueras. Yo la vi. Y yo se lo impedí —añadió en tono desafiante—. Aunque claro, no espero que nadie me lo agradezca, faltaría más. Detrás de esa puerta hay algo espantoso, y ella está intentando dejarlo salir. No me extraña que llegue tarde todas las mañanas, ni que esté tan cansada, si se pasa las noches excavando.

—¿Cómo sabes que es algo espantoso? —preguntó Victor con voz débil.

—Míralo de esta manera —replicó Gaspode—. Si «algo» está encerrado en una cueva, bajo una colina, detrás de unas puertas enormes, no es porque la gente quiera que salga por las noches a fregar los platos, ¿verdad? De todos modos —añadió, magnánimo—, no estoy sugiriendo que tu chica lo haga a sabiendas. Seguramente «ellos» tienen manera de controlar el cerebro de cualquier hembra frágil, débil y a la que le gusten los gatos, de moldearla y utilizarla para que haga su perversa voluntad.

—A veces dices muchas tonterías —bufó Victor. Pero no parecía muy convencido.

—Pues pregúntale a ella —señaló el perro, encogiéndose de hombros.

—¡Lo voy a hacer!

—¡Bien!

Pero ¿cómo lo voy a hacer?, iba pensando Victor a medida que caminaban bajo la luz del sol. Disculpe, señorita, pero mi perro ha dicho... no. Oye, perdona, Ginger, tengo entendido que por las noches sales a... no. Eh, Ging, ¿cómo es que mi perro te vio...? No.

Quizá la mejor solución fuera iniciar cualquier conversación y esperar a que se desviara de manera natural hacia el tema de las Monstruosidades que Habitan Más Allá del Vacío.

Pero aquello tendría que esperar, porque estaba teniendo lugar una pelea.

La causa era el tercer papel principal en Lo que la Tempestad se Llevó. Por supuesto, Victor encarnaría al héroe osado pero peligroso, y Ginger era la única opción presentable para la protagonista, pero el segundo papel masculino... el aburrido, pero honrado... estaba causando muchos problemas.

Victor nunca había visto a nadie dar una patada al suelo en un arranque de ira. Siempre había pensado que era algo que sucedía sólo en los libros. Pero, en aquel mismo momento, Ginger lo estaba haciendo.

—¡Porque yo parecería idiota! ¿Te parece poco motivo? —gritaba. Soll, que ya empezaba a sentirse como un pararrayos en un día tormentoso, agitaba la mano con gestos frenéticos.

—¡Pero él es ideal para el papel! —exclamaba—. Tiene que ser un personaje sólido...

—¿Sólido? ¡Pues claro que es sólido! ¡Faltaría más! ¡Está hecho de piedra! —gritó Ginger—. Vale, lleva una cota de mallas y un bigotito postizo, ¡pero no por eso deja de ser un troll!

Rock, que se alzaba como un monolito junto a ambos jóvenes, carraspeó estruendosamente.

—Disculpa, pero creo que tus motivos son elementalistas —recreminó a la chica.

Ahora le tocó a Ginger agitar las manos.

—No es verdad, me gustan los trolls —replicó—. Como trolls, claro. Pero no me podéis pedir en serio que represente una escena de amor con un... un... un... ¡con un trozo de acantilado!

—Oye, para un momento —la interrumpió Rock, con una voz más tensa que el brazo de un pitcher—. Estás sugiriendo que no pasa nada si los trolls aparecen machacando a la gente con garrotes, pero que no deben mostrarse en la pantalla con sus sentimientos más delicados, como los blandos de los humanos. ¿Es eso?

—No, no dice eso —intervino Soll a la desesperada—. Ginger no quería...

—Si me cortas, ¿acaso no sangro? —declamó Rock

—No, no sangras —respondió Soll—, pero...

—Bueno, claro, pero sangraría. Si tuviera sangre, sangraría a montones.

—Y una cosa más —intervino un enano, dando un codazo en la rodilla al sobrino de Ecurridizo—. En el guión dice que ella es la dueña de una mina llena de enanos alegres, que ríen y cantan sin parar, ¿no?

—Oh, sí —asintió Soll, dejando de lado por un momento el problema del troll—. ¿Qué pasa con eso?

—Pues que es un poco estereotipado, ¿no te parece? —señaló el enano—. O sea, siempre se dice lo mismo: enanos = mineros. No creo que se nos deba seguir encasillando como raza, las cosas tienen que empezar a cambiar.

—Pero es que la mayor parte de los enanos son mineros —señaló Soll, desesperado.

—Bueno, vale, es cierto, pero eso no significa que nos guste —intervino otro enano—. Y además, los mineros no se pasan la vida cantando.

—Eso es verdad —corroboró un tercer enano—. Son las normas de seguridad, ¿sabes? Si te pones a cantar, se te puede venir la mina encima.

—Otra cosa, no hay ni una sola mina en los alrededores de Ankh Morpork —dijo el que probablemente era el primer enano, aunque a Soll todos le parecían idénticos—. Eso lo saben hasta los niños. Es terreno cenagoso. Si nuestra gente nos ve excavando en busca de joyas cerca de Ankh-Morpork, seremos el hazmerreír de todo el mundo.

—Yo no soy un trozo de acantilado —murmuró Rock, que a veces tardaba cierto tiempo en digerir las frases—. Estoy algo agrietado, vale, pero de ahí a decir que soy un trozo de acantilado...

—La cuestión es —intervino uno de los enanos—, que no entendemos por qué todos los papeles interesantes son para los humanos, y a nosotros siempre nos toca hacer los papeles pequeños.

Soll dejó escapar la risita humorística de alguien arrinconado, que espera que un chiste aligere un poco el ambiente.

—Ah, eso es porque vosotros sois... —empezó.

—¿Sí? —dijeron todos los enanos al unísono.

—En... —tartamudeó Soll. Buscó desesperadamente un cambio de tema—. A ver si nos entendemos, todo el argumento, tal como yo lo veo, se basa en que Ginger hará cualquier cosa por mantener la mansión y la mina, sin...

—Espero que podamos hacerlo —señaló Gaffer—, porque la verdad es que tengo que limpiar la caja de los demonios dentro de una hora.

—Ah, ya entiendo —bufó Rock—. Y yo soy «cualquier cosa», ¿verdad?

—Las minas no se mantienen —señaló uno de los enanos—. Las minas te mantienen a ti. Se sacan tesoros de ellas, no se meten. Puede que te parezca un simple detalle, pero es básico para el negocio.

—Bueno, pues a lo mejor esta mina está gastada —se apresuró a decir Soll—. El caso es que Ginger...

—En ese caso, no habría por qué mantenerla —dijo otro de los enanos, con el tono pausado de quien se dispone a dar una larga explicación—. Las minas agotadas se abandonan, eso sí, poniendo los puntales precisos, y se excava otro pozo a lo largo de la veta principal...

—Siempre que lo permita la estructura del terreno y la consistencia de las rocas circundantes —corroboró otro de los enanos.

—Por supuesto, siempre que lo permita la estructura del terreno y la consistencia de las rocas circundantes, pero después de eso...

—Y de las posibilidades de encontrar veta.

—Claro, pero después...

—A menos que se trate de una mina de ópalos, en cuyo caso...

—Por supuesto, pero...

—No entiendo —insistió Rock—, por qué ha tenido que decir que soy un trozo...

—¡callaos! —gritó Soll—. ¡Callaos todos ahora mismo! ¡callaos! ¡El próximo que no se calle, no volverá a trabajar en esta ciudad! ¿Comprendido? ¿Me he explicado con claridad? Perfecto. —Carraspeó, y siguió hablando en un tono de voz más normal—. Muy bien. Ahora, quiero que a todo el mundo le quede bien claro que esto será una Impresionante Película Romántica sobre una mujer que lucha para salvar... —Consultó su portapapeles, y siguió hablando valientemente—. Que lucha por salvar todo aquello que ama en un Mundo Enloquecido, y no quiero ni una protesta más.

Un enano levantó la mano tímidamente.

—Perdón...

—¿Sí? —lo apremió Soll.

—¿Por qué todas las películas del señor Escurridizo se desarrollan en un mundo enloquecido?

Soll entrecerró los ojos.

—Porque el señor Escurridizo —gruñó—, es un hombre muy observador.

Escurridizo había estado en lo cierto. La ciudad nueva era como la antigua, pero destilada. Los callejones estrechos eran aún más estrechos, y los edificios altos, más altos. Las gárgolas eran más amenazadoras, los tejados más puntiagudos. La imponente Torre del Arte, en la Universidad Invisible, era aquí todavía más alta, más imponente, más precaria, y eso que sólo medía la cuarta parte que la original; los edificios de la Universidad Invisible eran todavía más barrocos y con más contrafuertes; en el palacio del patricio había más columnas. Los carpinteros pululaban por doquier en torno a una construcción que, cuando estuviera terminada, haría que Ankh-Morpork pareciera una mala copia de sí misma, y eso a pesar de que los edificios de la ciudad original no estaban pintados sobre lonas tensadas entre bastidores de madera, al menos no la mayor parte, y su suciedad no había sido colocada con tanto cuidado. Los edificios de Ankh-Morpork se habían tenido que ensuciar por su cuenta.

Se parecía a Ankh-Morpork mucho, mucho más que Ankh-Morpork.

Antes de que Victor tuviera ocasión de entablar conversación con Ginger, ya se la habían llevado a las tiendas que servían de vestuarios. Luego comenzó el rodaje, y se hizo demasiado tarde.

El Siglo del Murciélago Frugívoro (y ahora en el cartel ponía también, con letras un poco más pequeñas, «Más estrellas que en el cielo»<sup>[19]</sup> creía

firmeramente que una película tenía que rodarse en menos de diez veces el tiempo que se tardaba en verla. Lo que la Tempestad se Llevó iba a ser diferente. Allí había batallas. Había escenas nocturnas, y los demonios tenían que pintar furiosamente a la luz de las antorchas. Los enanos trabajaban alegremente en una mina que hasta entonces nadie había visto: en sus paredes de escayola había pedazos de oro falsos del tamaño de pollos. Como Soll había exigido que todos movieran los labios al unísono para hacer ver que cantaban, entonaban una versión de tono subido del « Aibó aibó », que se había convertido en una tonadilla muy popular para toda la población enana de Holy Wood.

Existía una ligera posibilidad de que Soll supiera cómo encajaban todas las piezas. Victor, desde luego, no tenía la menor idea. Ya había tenido tiempo de descubrir que lo mejor era no intentar seguir el argumento de las películas en las que intervenía, y además, de todos modos, Soll no se estaba limitando a rodarla del final al principio, sino también de un lado al otro. Todo resultaba espantosamente confuso, igual que la vida real.

Cuando tuvo la oportunidad de hablar con Ginger, dos operadores y todos los intérpretes que no tenían nada que hacer en aquel momento los estaban mirando fijamente.

—De acuerdo, gente —dijo Soll—. Ésta es la escena que tiene lugar hacia el final, cuando Victor se encuentra con Ginger después de todo lo que han sufrido, y en el cartón pondrá que dice... a ver...

Examinó el gran cuadrángulo negro que le tendieron rápidamente.

—Sí, dice... « Francamente, querida, me importan mucho las... costillas de cerdo... que se sirven en... el local de Harga... con salsa especial... de curry... ».

La voz de Soll fue apagándose hasta desaparecer. Cuando volvió a tomar aliento fue como una ballena al salir a la superficie.

—¿Quién ha escrito esto?

Uno de los dibujantes alzó una mano con cautela.

—El señor Escurridizo me lo dictó —aclaró a toda velocidad.

Soll repasó rápidamente el gran montón de cartones que representaban los diálogos de buena parte de la película. Sus labios se tensaron. Hizo una señal a uno de los hombres que llevaban portapapeles bajo el brazo.

—¿Te importa ir al despacho de mi tío y pedirle que venga, si tiene un momento?

El joven eligió un cartón de la pila y leyó « Oh, echo mucho de menos la antigua mina, pero cuando la nostalgia se apodera de mí siempre voy a Harga... la Casa... de las... ». Ah. Ya entiendo.

Elegió otro al azar.

—Vaya, esto son las últimas palabras de un soldado monárquico.

« ¡Qué no daría yo por poder acudir a la oferta especial de Harga... "come

hasta que digas basta"... sólo por un dólar... madre!» .

—A mí me parece conmovedor —señaló Ecurridizo, detrás de él—. En esta escena, todo el mundo llorará a moco tendido.

—Tío... —empezó Soll. Ecurridizo alzó las manos.

—Dije que conseguiría el dinero como fuera —explicó—. Y Sham Harga nos está ayudando mucho, incluso nos proporciona la comida para la escena de la barbacoa.

—¡Pero también dijiste que no te entrometerías en los asuntos del guión!

—Esto no es entrometerme —replicó Ecurridizo, impasible—. No creo que se pueda considerar una intromisión, no señor. Sólo son unos pequeños retoques aquí y allá. Además, la oferta de Harga « Coma hasta que digas basta sólo por un dólar» es realmente excepcional hoy en día.

—¡Pero es que la película se desarrolla hace cientos de años! —gritó Soll.

—Bueeenooo —titubeó Ecurridizo—, supongo que alguien puede decir algo así como, « Me pregunto si la comida en Harga, La Casa de las Costillas, será igual de buena dentro de cientos de años...» .

—¡Eso no son imágenes en acción! ¡Eso es mercantilismo puro!

—Ojalá tengas razón —asintió Ecurridizo—. Porque, si no, estaremos en un buen aprieto.

—Oye, mira... —empezó Soll, amenazador. Ginger se volvió hacia Víctor.

—¿Podemos ir a alguna parte para hablar un momento? —pidió en voz baja—. Sin tu perro —añadió, ya en tono normal—. Sobre todo sin tu perro.

—¿Quieres hablar conmigo? —se extrañó Víctor.

—No hemos tenido mucha ocasión, ¿verdad?

—Claro. Es cierto. Gaspode, quédate. Eso es, perrito bueno.

Víctor consiguió un atisbo de satisfacción por la expresión de repugnancia que pasó brevemente por el rostro de Gaspode.

Tras ellos, la eterna discusión de Holy Wood había alcanzado su cúspide a velocidad de crucero, mientras Soll y Y.V.A.L.R. se alaban nariz contra nariz, en medio de un círculo de personal interesado y divertido.

—¡No tengo por qué tolerar esto ni un minuto más! ¡Voy a dimitir!

—¡No puedes dimitir! ¡Eres mi sobrino! ¡No se puede dimitir del puesto de sobrino!

Ginger y Víctor se sentaron en los escalones de una mansión de lona y madera. Tenían una intimidad absoluta. Con el jaleo monstruoso que tenía lugar a pocos metros, nadie soñaría con perder el tiempo mirándolos.

—Eh... —empezó Ginger.

Se estaba retorciendo los dedos. Víctor se dio cuenta de que tenía las uñas rotas.

—Eh... —dijo de nuevo la chica.

Su rostro era el vivo retrato de la angustia, estaba terriblemente pálida bajo el



maquillaje. No es bonita, se oyó pensar Victor, pero cualquiera lo diría.

—Yo... eh... la verdad, no sé por dónde empezar —suspiró Ginger—. En fin... eh... ¿alguien se ha dado cuenta de que camino dormida?

—¿Hacia la colina? —señaló Victor. Ginger giró la cabeza como una serpiente.

—¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes? ¿Es que me has estado espionando? —le espetó.

Volvía a ser la Ginger de antes, todo fuego, veneno y con la agresividad de la paranoia.

—Laddie te encontró... dormida, ayer por la tarde —replicó el joven, al tiempo que se echaba hacia atrás.

—¿Durante el día?

—Sí.

La chica se llevó las manos a la boca.

—Es peor de lo que imaginaba —susurró—. ¡Todo va mal! ¿Te acuerdas de cuando me encontraste, en la cima de la colina? Poco antes de que Escurridizo nos localizara, y pensara que estábamos... arrullándonos... —se sonrojó—. ¡Bueno, pues yo no tenía ni la menor idea de cómo había llegado allí!

—Y anoche, volviste —la informó Victor.

—Te lo dijo el perro, ¿eh?

—Sí. Lo siento.

—Ahora es todas las noches —gimió la chica—. Lo sé, porque, aunque vuelva a la cama, hay arena por todo el suelo, y me encuentro con que tengo las uñas rotas. ¡Voy allí todas las noches, y ni siquiera sé por qué!

—Estás intentando abrir la puerta —le dijo el joven—. Ya sabes, esa puerta tan grande y tan antigua, donde ha habido un corrimiento de tierras en la colina y...

—¡Sí, y a lo sé! ¡Lo que quiero saber es por qué!

—Bueno, a mí se me ocurren un par de explicaciones... —empezó Victor con cautela.

—¡Dímelas!

—Mmm... bueno, ¿has oído hablar de una cosa que se llama genius locil?

—No. —Ginger frunció el ceño—. ¿Es algo muy listo?

—Es como si dijéramos el alma de un lugar. Puede llegar a ser muy fuerte. O se puede hacer que sea fuerte, con adoración, odio o amor, si las emociones duran lo suficiente. Yo empiezo a preguntarme si el espíritu de este lugar puede llamar a la gente. Y también a los animales. O sea, Holy Wood es diferente, ¿verdad? Aquí la gente se comporta de otra manera. En todos los demás lugares, lo más importante son los dioses, o el dinero, o las cabezas de ganado... En cambio, aquí, lo más importante es ser importante.

Había conseguido que Ginger le dedicara toda su atención individual.

—¿Sí? —lo alentó la chica—. Hasta ahí, no me parece que sea tan malo.

—Es que lo malo viene ahora.

—Oh.

Victor tragó saliva. Su cerebro hervía como un caldero. Hechos apenas recordados afloraban, tentadores, y volvían a hundirse. Unos profesores secos y viejos, en habitaciones viejas de techos altos, le habían estado contando cosas aburridas y viejas, que de pronto eran tan apremiantes como cuchillos. El joven trataba desesperadamente de hacerse con ellas.

—No estoy... —empezó con voz chillona. Carraspeó para aclararse la garganta—. No estoy tan seguro de que esté bien —consiguió decir—. Puede que venga de otra parte. Es posible. ¿Has oído alguna vez hablar de ideas cuyo momento ha llegado?

—Sí.

—Bueno, pues ésas son las ideas domesticadas. Luego están las otras. Son ideas tan llenas de energía, que no pueden esperar a que llegue su momento. Ideas salvajes. Ideas evadidas. Y lo malo es que, cuando tienes una de esas ideas, se crea un agujero...

Observó la expresión de educado desconcierto en el rostro de la chica. Las analogías burbujeaban hacia la superficie como costrones soggy en el caldo. Imagina todos los mundos que alguna vez han existido, y en cierto modo aún existen, apretados como un bocadillo... como un mazo de cartas... como una hoja doblada... si se dan las condiciones adecuadas, las cosas pueden atravesarlas, en vez de sortear los pliegues... pero si abres una puerta entre los mundos, existen peligros espantosos, por ejemplo...

Por ejemplo...

Por ejemplo...

Por ejemplo, ¿cuáles?

De pronto, algo se alzó en su recuerdo, como el fragmento de un sospechoso tentáculo recién descubierto, justo cuando te parecía que podías comer la paella con tranquilidad.

—Es posible que algo esté intentando entrar por el mismo camino —aventuró—. En la... en... en la nada que hay entre los algos, habitan criaturas que, sinceramente, no quisiera tener que describirte.

—Ya me las has descrito —replicó Ginger con voz tensa.

—Y... eh... por lo general, tienen unas ganas locas de entrar en los mundos reales. Puede que establezcan contacto contigo cuando estás dormida y...

Se rindió. No podía soportar ni un momento más la expresión en la cara de la chica.

—Aunque puede que me equivoque —añadió rápidamente.

—Tienes que impedirme que abra la puerta —susurró Ginger—. Yo podría ser uno de Ellos.

—Oh, no me parece probable —replicó Victor—. Creo recordar que tienen

muchos brazos.

—Probé a poner chinchetas en el suelo para despertarme —suspiró la chica.

—Qué daño. ¿Sirvió de algo?

—No. A la mañana siguiente, volvían a estar en la bolsa. Seguramente las recogí en sueños. Victor frunció los labios.

—Eso podría ser una buena señal —dijo.

—¿Por qué?

—Si estuvieras poseída por algo... eh... por algo desagradable, creo que no le importaría que te hicieras daño en los pies.

—Agh.

—No tienes ni idea de por qué está pasando todo esto, ¿verdad? —la interrogó Victor.

—¡No! Pero siempre he tenido el mismo sueño. —Entrecerró los ojos—. Oye, ¿cómo es que sabes todas estas cosas?

—Soy... me lo contó un mago.

—No serás mago, ¿verdad?

—Por supuesto que no. En Holy Wood no hay magos. ¿Qué pasa con ese sueño?

—Oh, es demasiado extraño como para que signifique nada. Además, ya tenía ese sueño cuando era pequeña. Todo empieza con una montaña, pero no es una montaña normal, porque...

Detritus, el troll, apareció como una torre ante los dos jóvenes.

—El señorito Ecurridizo dice que ya es hora de que vuelva a empezar el rodaje —rugió.

—¿Vendrás a mi habitación esta noche? —susurró Ginger—. ¡Por favor!

—Bueno... eh, sí, claro, pero puede que a tu casera no le guste... —empezó Victor.

—Oh, no pasa nada, la señora Cosmopilita tiene miras muy amplias —lo tranquilizó Ginger.

—¿De verdad?

—Claro. Sólo pensará que tenemos relaciones sexuales.

—Ah —asintió Victor con voz átona—. En ese caso, no pasa nada.

—Al señorito Ecurridizo no le gusta que lo hagan esperar —señaló Detritus.

—Anda, cállate —bufó Ginger.

Se levantó y se sacudió la arena del vestido. Detritus parpadeó. Por lo general, nadie le decía que se callara. Unas cuantas arrugas de preocupación aparecieron en su entrecejo. Se volvió y ensayó otra mirada amenazadora, esta vez dirigida a Victor.

—Al señorito Ecurridizo no le gusta...

—Vete a hacer gárgaras —le espetó Victor, echando a andar tras la chica.

Detritus se quedó solo. Trató de pensar, y el esfuerzo le hizo poner los ojos en

blanco.

Por supuesto, la gente a veces le decía cosas como «Cállate», o «Vete a hacer gárgaras», pero siempre con la voz temblorosa de una bravata aterrorizada, así que él siempre respondía «Ja, ja», y los golpeaba. Pero nadie, en toda su vida, le había hablado como si su existencia fuera la última de las preocupaciones. Sus gigantescos hombros temblaban. Quizá tanto rondar a Rubí le estaba afectando.

Soll estaba de pie junto al dibujante que rotulaba los carteles. Alzó la vista cuando oyó acercarse a Victor y a Ginger.

—Vaya, menos mal —dijo—. Todo el mundo a sus puestos. Pasaremos directamente a la escena de la sala de baile. Parecía bastante satisfecho consigo mismo.

—¿Está ya arreglado lo de los diálogos? —quiso saber Victor.

—No habrá problemas —replicó Soll con orgullo. Echó un vistazo hacia el sol—. Aún nos queda mucho tiempo —añadió—, así que será mejor que no sigamos perdiéndolo.

—Qué cosas, no creía que lograras convencer así a Y.V.A.L.R. —señaló Victor.

—No tenía argumentos con qué defenderse. Supongo que ahora estará en el despacho, rumiando —dijo Soll con altivez—. De acuerdo, vamos a empezar...

El rotulista le tiró de la manga.

—Todavía falta una cosa, señor Soll, ¿qué pongo en esa escena tan importante, donde Victor mencionaba las costillas de Harga...?

—¡No me molestes con eso, hombre!

—Pero, si me pudiera sugerir algo...

Soll se sacudió la mano del hombre de la manga.

—Francamente —dijo—, me importa un bledo. Y echó a andar a zancadas hacia el plato. El dibujante se quedó solo. Cogió su pincel. Sus labios se movían en silencio, vocalizando las palabras.

—Mmm —dijo al final—. No está nada mal.

Banana N'Vectif, el cazador más astuto de las grandes llanuras doradas de Klatch, contuvo el aliento mientras, ayudándose con los alicates, colocaba en su lugar la última pieza. La lluvia tamborileaba contra el techo de su choza.

Así. Ya estaba.

Nunca en su vida había hecho nada semejante, pero sabía que lo estaba haciendo bien.

Había cazado de todo, desde cebras a thargas, ¿y qué había obtenido a cambio? Pero, ayer, cuando llevó una carga de pieles a N'Kouf, había oído decir a un comerciante que si alguien pudiera construir una ratonera mejor que las que existían, tendría el mundo a sus pies.

Se había quedado despierto toda la noche, meditando al respecto.

Luego, con las primeras luces del amanecer, dibujó los primeros bocetos del esquema en la pared de la choza, con un palito, antes de salir a trabajar. Durante su estancia en la ciudad, había tenido ocasión de examinar algunas ratoneras, y desde luego le parecieron muy imperfectas. No las habían construido auténticos cazadores.

En aquel momento, cogió la ramita y la acercó muy despacio al mecanismo. Snap.

Perfecto.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era llevarlo a N'Kouf y ver si el comerciante...

La lluvia caía con estrépito, desde luego. En realidad, su sonido recordaba a...

Cuando Banana despertó, estaba tendido entre las ruinas de su choza, que a su vez se encontraban en una zona de un kilómetro de ancho de lodo pisoteado.

Contempló con tristeza lo que quedaba de su hogar. Contempló la cicatriz grisácea que se extendía a todo lo largo del horizonte. Contempló la nube oscura que se divisaba en uno de sus extremos.

Luego, bajó la vista. La mejor ratonera del mundo era ahora un bonito esquema bidimensional, aplastado en el centro de una huella gigantesca.

—Al fin y al cabo, no era tan buena —suspiró.

Según los libros de historia, la decisiva batalla con que concluyó la Guerra Civil de Ankh-Morpork, tuvo lugar entre dos puñados de hombres agotados, en un pantano, a primera hora de una nebulosa mañana. Y, aunque uno de los bandos contendientes dijo ser el vencedor, el resultado final fue de Humanos O Buitres 1.000, como suele suceder en casi todos los combates de este estilo.

Una de las pocas cosas en las que estaban de acuerdo los dos Escurridizos era que, si ellos hubieran controlado la situación, no hubieran permitido bajo ningún

concepto una guerra tan chapucera. Era un crimen que se hubiera consentido a la gente poner en escena un momento crucial de la historia de la ciudad sin que intervinieran miles de personas, camellos, zanjás, terraplenes, arietes, máquinas de guerra, caballos y banderas.

—Y encima, con una niebla de mil diablos —se quejó Gaffer—. Nadie tuvo en cuenta los niveles de luz.

Supervisó el futuro campo de batalla, protegiéndose los ojos del sol con una mano. En aquella escena iban a trabajar once operadores, para tomarla desde todos los ángulos imaginables. Uno por uno, todos fueron levantando los pulgares.

Gaffer dio unos golpecitos en la caja de imágenes que tenía delante.

—¿Preparados, muchachos? —preguntó. Se oyó un coro de chillidos.

—Así me gusta —dijo—. Hacedlo bien esta vez y os daré un lagarto de propina a la hora del té.

Aferró la manivela de la caja con una mano, mientras con la otra alzaba un megáfono.

—¡Cuando quiera, señor Escurridizo! —gritó.

Y.V.A.L.R. asintió, y estaba a punto de levantar la mano cuando el brazo de Soll salió disparado y se lo sujetó. Su sobrino estaba mirando fijamente las marciales hileras de jinetes.

—Un momento, un momento —dijo con voz queda. Se llevó ambas manos a la boca y lanzó un grito—. ¡Eh, tú, el de allá! ¡El caballero que hace el número quince! ¡Sí, tú! ¿Te importa desplegar esa bandera, por favor? Gracias. Ten la amabilidad de ir a pedir una nueva a la señora Cosmopolita. Gracias.

Soll se volvió hacia su tío, con las cejas arqueadas.

—Es... es un símbolo heráldico —se apresuró a explicarle Escurridizo.

—¿Unas costillas gualda sobre un campo de lechuga? —preguntó Soll.

—Sí, hay que ver, estos caballeros de la antigüedad eran muy leales a su comida...

—También me ha gustado mucho su lema —asintió su sobrino—. «Reponte de la batalla en Harga, La Casa de las Costillas». Vaya, me pregunto cuál hubiera sido su grito de batalla si llegamos a tener sonido.

—Eres carne de mi carne y sangre de mi sangre —gimió Escurridizo, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo me puedes hacer esto?

—Porque soy carne de tu carne y sangre de tu carne —replicó Soll. Escurridizo se animó. Por supuesto, visto de esa manera, la cosa no parecía tan grave.

Esto es Holy Wood. Para que el tiempo pase deprisa, sólo hay que filmar las manecillas del reloj girando a toda velocidad...

En la Universidad Invisible, el resógrafo marca ya siete plibs por minuto.

Y, más o menos hacia el final de la tarde, prendieron fuego a Ankh-Morpork.

La ciudad auténtica había ardido muchas veces a lo largo de su historia... por venganza, por descuido, por despecho, o a veces incluso para cobrar el seguro. La mayor parte de los edificios de piedra que convertían a Ankh-Morpork en una ciudad de verdad, en vez de en un simple montón de chozas reunidas, solían sobrevivir intactos, y mucha gente<sup>[20]</sup> consideraba que un buen incendio cada cien años o cosa así era esencial para la salud de la ciudad, ya que ayudaba a controlar el número de ratas, cucarachas, pulgas y, por supuesto, de gente que no era lo suficientemente rica como para vivir en casas de piedra.

El famosísimo Incendio que tuvo lugar durante la Guerra Civil era memorable sobre todo porque ambos bandos lo iniciaron al mismo tiempo, con el objetivo de impedir que la ciudad cayera en manos enemigas.

Por otra parte, según los libros de historia, tampoco había sido un incendio lo que se dice impresionante. El Ankh corría muy alto aquel verano, y la mayor parte de la ciudad había estado demasiado húmeda como para arder.

En esta ocasión, fue mucho mejor.

Las llamas se elevaron hacia el cielo. Como aquello era Holy Wood, todo ardía: la única diferencia entre los edificios de piedra y los de madera era el tipo de pintura sobre las lonas. La bidimensional Universidad Invisible ardió. El palacio plano del patricio ardió. Hasta la maqueta a escala de la Torre del Arte ardió como una vela.

Escurridizo lo contemplaba todo con gesto de preocupación.

Tras un rato, Soll se fijó en él.

—¿Esperas algo, tío?

—¿Mmm? Oh, no. Ojalá Gaffer se esté concentrando en la Torre, eso es todo —replicó Escurridizo—. Es un punto simbólico muy importante.

—Desde luego que sí —asintió Soll—. Muy importante. Tan importante, de hecho, que envié a algunos de los chicos a revisarla durante la hora del almuerzo, sólo para asegurarme de que todo iba bien.

—¿De verdad? —tartamudeó Escurridizo.

—Sí. ¡Y no te vas a creer lo que encontraron! Descubrieron que alguien había puesto unos fuegos artificiales en la parte de atrás. Montones de fuegos artificiales. Menos mal que dieron con ellos, porque, si llegan a prenderse, hubieran estropeado toda la escena, y no habríamos tenido manera de rodarla de nuevo. Además, ¡ni te lo imaginas...! Los muchachos dijeron que esos fuegos artificiales parecían de los que dibujan palabras en el cielo —añadió Soll.

—¿Qué palabras?

—Ni se me pasó por la cabeza preguntárselo —replicó su sobrino—. Ni se me pasó por la cabeza.

Se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar en tono quedo. Tras un rato, miró de soslayo a su tío.

—« Las mejores costillas de la ciudad » —murmuró—. ¡Vamos, hombre!

Escurridizo puso cara de circunstancias.

—Bueno, me pareció que sería un detalle divertido —se excusó.

—Mira, tío, no podemos seguir así —insistió Soll—. Tiene que acabarse todo este asunto de los anuncios, ¿entendido?

—Vale, vale.

—¿Seguro? Escurridizo asintió.

—He dicho que sí, ¿no basta con eso?

—No, tío, necesito algo más.

—Te prometo» solemnemente que no volveré a entrometerme en la película —anunció Escurridizo con tono grave—. Soy tu tío. Soy tu familia. ¿Te basta con eso?

—Bueno. Vale.

Cuando el fuego se hubo apagado, recogieron unas cuantas brasas con un rastrillo para confirmar la reconciliación con una barbacoa a la luz de las estrellas.

La sábana aterciopelada de la noche se enrosca en torno a la jaula de loros que es Holy Wood, y en las noches cálidas como ésta hay mucha gente que se dedica a sus asuntos pendientes.

Una joven pareja, que paseaba de la mano por las dunas de arena, recibió un susto de muerte cuando un gigantesco troll saltó ante ellos desde detrás de una roca, agitando los brazos y gritando « ¡Aaaaaggh! ».

—Os he asustado, ¿eh? —preguntó Detritus, esperanzado. Los dos asintieron, pálidos como sábanas.

—Menos mal, qué alivio —suspiró el troll. Les dio unas palmaditas en las cabezas, con lo cual les clavó un poco los pies en el suelo.

—Gracias, muchas gracias. Que lo paséis bien —añadió con tristeza.

Los vio alejarse, cogidos de la mano, y se echó a llorar a lágrima viva».

En el cobertizo de los operadores, Y.V.A.L.R. Escurridizo observaba pensativo cómo Gaffer cortaba y pegaba el metraje del día. El operador se sentía muy gratificado; hasta aquel momento, el señor Escurridizo jamás había mostrado el menor interés por las técnicas del montaje de las películas. Quizá eso explicara por qué estaba siendo un poco más comunicativo que de costumbre con los secretos del Gremio, que sólo se transmitían de generación a la misma generación.

—¿Por qué son iguales todas las imágenes pequeñas? —preguntó Escurridizo, mientras el operador enrollaba la película en torno al carrete—. Me



parece un desperdicio de dinero.

—En realidad, no son iguales —respondió Gaffer—. Cada una es un poquito diferente de lo anterior, ¿lo ve? Así, los ojos de los espectadores ven pasar muchas imágenes entre las que hay ligeras diferencias, y les da la sensación de estar viendo algo en movimiento.

Escurridizo se quitó el puro de la boca.

—Entonces, ¿no es más que un truco? —preguntó, atónito.

—Exacto, así es.

El operador dejó escapar una risita y cogió el bote de cola.

Escurridizo observaba, fascinado.

—Yo pensaba que se trataba de alguna clase especial de magia —señaló, un poco decepcionado—. ¡Y ahora me dices que no es más que un juego de manos!

—Más o menos. Mire, en realidad la gente no llega a ver ni una imagen. Ven muchas a la vez, ¿entiende?

—No, me parece que me he perdido.

—Cada imagen es una parte del efecto general. Los espectadores no ven cada una por separado, sólo perciben el efecto general causado por varias al pasar muy deprisa ante sus ojos.

—¿De verdad? Qué interesante —asintió Escurridizo—. Sí, muy interesante.

Sacudió la ceniza del puro en dirección a los demonios. Uno de ellos la atrapó y se la comió.

—Dime una cosa —dijo muy despacio—, ¿qué pasaría si, por ejemplo, hubiera una imagen diferente en toda la película?

—Es curioso que lo mencione —replicó Gaffer—. Nos sucedió el otro día, cuando montábamos Más allá del Valle de los Trolls. Uno de los aprendices se equivocó e incluyó una imagen de La Fiebre del Oro, y todos nos pasamos la mañana pensando en oro, sin saber por qué. Fue como si la imagen nos hubiera llegado directamente al cerebro, sin que la viéramos con los ojos. Por supuesto, cuando me di cuenta, le sacudí una buena tunda al muchacho, pero si yo no hubiera examinado la película despacio nunca nos habríamos apercibido del cambio.

Volvió a coger el pincel del pegamento, examinó un par de trozos de película, los encoló y los unió. Tras un rato, se dio cuenta de que tras él se había hecho un silencio muy extraño.

—¿Se encuentra bien, señor Escurridizo? —preguntó.

—¿Mmm? Ah. —El ex vendedor de salchichas estaba inmerso en sus pensamientos—. ¿Y dices que una sola imagen tuvo ese efecto?

—Ah, sí. ¿De verdad se encuentra bien?

—Nunca me había encontrado mejor, muchacho —sonrió Escurridizo—. Nunca me había encontrado mejor. Se frotó las manos.

—Tú y yo vamos a tener una pequeña charla, de hombre a hombre —añadió

- . Porque... de verdad... —Puso una mano amistosa sobre el hombro de Gaffer  
—. Tengo la sensación de que hoy puede ser tu día de suerte.

Mientras, en otro callejón, Gaspode seguía refunfuñando entre dientes.

—Ja. Quédate, va y me dice. Se atreve a darme órdenes. Sólo para que su chica no tenga que soportar a un asqueroso perro maloliente en su habitación. Así que aquí estoy yo, el mejor amigo del hombre, sentado en la calle bajo la lluvia. Bueno, si lloviera, estaría bajo la lluvia. Vale, no llueve, pero si lloviera, a estas alturas estaría empapado. Le estaría bien empleado que me levantara y me largara. Además, puedo hacerlo. En cualquier momento, cuando me dé la gana. No tengo por qué quedarme aquí sentado. Espero que nadie crea que estoy aquí sentado porque me han dicho que me quede aquí sentado.

Aún no ha nacido el humano que me pueda dar órdenes a mí, eso ni en sueños.

Luego gimoteó un rato, y se refugió entre las sombras, donde era menos probable que lo vieran.

Arriba, en la habitación, Victor estaba de pie, de cara a la pared. Aquello era humillante. Ya había sido bastante malo tropezarse con una sonriente señora Cosmopilita en el rellano de las escaleras. La mujer le había dedicado una amplia sonrisa y un complicado gesto que incluía un uso intensivo del codo... era un gesto que, en opinión de Victor, no debería formar parte del bagaje cultural de las dulces ancianitas.

Se oyeron tintineos y susurro de ropas tras él mientras Ginger se preparaba para acostarse.

—La señora Cosmopilita es muy amable conmigo. Ayer me dijo que había tenido cuatro maridos —explicó a Victor.

—¿Qué hizo con los huesos?

—No tengo ni idea de qué quieres decir —replicó Ginger con voz tensa—. Bueno, y a puedes darte la vuelta. Estoy en la cama.

Victor se relajó y se dio media vuelta. Ginger se había subido las sábanas hasta el cuello, y las sujetaba como una guarnición asediada dirigiendo las barricadas.

—Tienes que prometerme —le dijo que, si pasa algo, no intentarás aprovecharte de la situación. Victor suspiró.

—Lo prometo.

—Es que tengo que pensar en mi carrera, ¿lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

Victor se sentó junto a la lámpara y se sacó el libro del bolsillo.

—No es que quiera ser desagradecida, ni nada así —siguió Ginger.

Victor fue pasando las páginas amarillentas, en busca del punto por donde iba. En la Colina de Holy Wood habían vivido montones de personas, cuyo único objetivo parecía ser mantener el fuego encendido y entonar cánticos tres veces

al día. ¿Por qué? ¿Quién era el Guardián de la Puerta?

—¿Qué lees? —preguntó Ginger al cabo de un rato.

—Un libro viejo que encontré hace unos días —replicó Victor brevemente—. Habla sobre Holy Wood.

—Oh.

—Yo que tú trataría de dormir un poco —dijo, moviéndose un poco de manera que la luz de la lámpara iluminara mejor la retorcida caligrafía.

La oyó bostezar.

—¿Terminé de contarte lo del sueño? —le preguntó.

—Creo que no —replicó Victor, con una voz que esperaba fuera amablemente desalentadora.

—Todo empieza con esa montaña...

—Mira, la verdad es que no deberías hablar...

—... y hay estrellas alrededor, ya sabes, en el cielo, pero una de ellas, cae, y resulta que no es una estrella, qué va, es una mujer que sostiene una antorcha por encima de su cabeza...

Victor, lentamente, cerró el libro para examinar la cubierta.

—¿Sí? —dijo con cautela.

—Pues esa mujer intenta decirme algo, alguna cosa, pero no la comprendo, no sé qué de despertar a alguien, y entonces hay muchas luces, y se oye un rugido terrible, como de un león, o de un tigre, ¿me entiendes? Entonces suele ser cuando me despierto.

El dedo de Victor recorrió el perfil de la montaña bajo las estrellas.

—Probablemente no se trate más que de un sueño —dijo—. Seguro que no significa nada.

Cierto que la Colina de Holy Wood no era puntiaguda. Pero quizá la hubiera sido en el pasado, en los tiempos en que allí se había alzado una ciudad, donde ahora estaba la bahía. Dioses. Algo había odiado a muerte a aquel lugar.

—¿No recuerdas por casualidad otros detalles del sueño? —preguntó con fingido desinterés.

No obtuvo respuesta. Se acercó a la cama.

La chica estaba dormida.

Regresó a la silla, que prometía volverse extremadamente incómoda antes de media hora, y se inclinó para recibir mejor la luz de la lámpara.

Algo en la colina. Ése era el peligro.

El peligro más inmediato era que él también estaba a punto de quedarse dormido.

Se quedó sentado en la oscuridad, preocupado. Por cierto, ¿qué había que hacer para despertar a un sonámbulo? Recordaba remotamente que, según la sabiduría popular, era algo muy peligroso. Se contaban muchas historias sobre personas que soñaban que las estaban ejecutando y, cuando alguien las había

tocado en el hombro para despertarlas, se les había caído la cabeza al suelo. No había ninguna aclaración sobre cómo se había sabido lo que soñaban los sonámbulos, si ya estaban muertos. A lo mejor los fantasmas volvían luego y se quedaban al pie de la cama, quejándose sin parar.

La silla crujió de manera alarmante cuando Victor cambió de postura. Quizá si estiraba una pierna, así, podría apoyarla en el borde de la cama. De esa manera, aunque se durmiera, Ginger no podría levantarse sin despertarlo.

Qué cosas tenía la vida. Se había pasado semanas transportándola en sus brazos, defendiéndola valientemente de Morry en sus diversos disfraces, besándola y, todos los días, alejándose a caballo hacia el ocaso para vivir felices, probablemente muy felices, por siempre jamás y aún más tiempo. De todos los espectadores que habían visto las películas, ni uno se creería que luego pasaba la noche sentado en la habitación de Ginger, relegado a una silla que parecía hecha de astillas. Hasta a él le resultaba increíble, y eso que estaba allí. En las películas no pasaban aquellas cosas. Las películas narraban siempre una Historia de Pasión en un Mundo Enloquecido. Si aquello fuera una película, él no tendría que estar allí a oscuras, sentado en una silla dura. Estaría... bueno, no estaría allí a oscuras, sentado en una silla dura, eso por descontado.

El tesorero cerró la puerta de su despacho tras él. Era una precaución imprescindible. El archicanciller era de la opinión que lo de llamar antes de entrar era una exótica costumbre de las otras personas.

Al menos, aquel hombre espantoso parecía haber perdido todo interés en el resógrafo, o como quiera que lo llamara Riktor. El tesorero había pasado un día terrible tratando de ocuparse de los asuntos de la Universidad, aun sabiendo que el documento estaba escondido en su habitación.

Lo sacó de debajo de la alfombra, encendió la lámpara y empezó a leer.

Él mismo habría sido el primero en admitir que no se le daban bien las cosas relacionadas con la mecánica. Pronto se rindió y dejó de leer lo relativo a ejes, péndulos de othierro y aire que por alguna razón extraña se hallaba comprimido en fuelles.

Volvió de nuevo al párrafo que decía: « Entonces, si una turbación en el tejido de la realidad provoca ondas que se extienden a partir del epicentro, el péndulo se balanceará, comprimiendo el aire en los fuelles relevantes, y hará que el elefante ornamental más cercano al epicentro deje caer una pequeña bola de plomo. Por tanto, la dirección de la turbación... ».

...uuhmm... uuhmm...

Ahora alcanzaba a oírlo incluso desde su estudio. Acababan de poner más sacos de arena en torno al cacharro. Ya nadie se atrevía a moverlo. El tesorero trató de concentrarse y de proseguir con la lectura.

—« ...se podrá calcular por el número y la fuerza...» .

... uuhhmm... uuhhmm WHHMMUHHMMM...

El tesorero descubrió que estaba conteniendo el aliento.

—« ... de los perdigones expelidos, que, en caso de disturbios serios, calculo que puede llegar a ser...» Plib.

—« ... hasta de dos perdigones...» Plib.

—« ... propulsados a varios centímetros...» Plib.

—« ... durante el...» Plib.

—« ... transcurso...» Plib.

—« ... de...» Plib,

—« ... un...» Plib.

—« ... mes.» Plib.

Gasgode despertó, y se puso rápidamente en lo que esperaba que pareciera una posición de alerta.

Alguien estaba gritando, aunque educadamente, como si pidiera ayuda, pero sólo si no era demasiada molestia.

Subió los peldaños con un rápido trotecillo. La puerta estaba entreabierta. Terminó de abrirla con un golpecito de la cabeza.

Victor estaba tendido sobre la espalda, atado a una silla. Gasgode se sentó junto a él y lo observó con atención, por si hacía algo interesante.

—¿Qué, estamos bien? —preguntó tras un rato.

—¡No te quedes ahí sentado, idiota! ¡Desátame estos nudos! —gritó Victor.

—Puede que yo sea idiota, pero advierto que no estoy atado —señaló Gasgode con tono amable—. La chica te ha dado esquinazo, ¿eh?

—Debí de quedarme dormido un momento —replicó Victor.

—Un momento lo suficientemente largo como para que ella se levantara, cortara en tiras una sábana y te atara a la silla —analizó el perro.

—Sí, de acuerdo, de acuerdo. ¿No puedes roer las cuerdas, o algo así?

—¿Con estos dientes? Anda ya. En cambio, sé quién puede hacerlo —sonrió Gasgode.

—Oye, no creo que sea buena idea...

—No te preocupes. Volveré enseguida —lo interrumpió el perro. Salíó trotando de la habitación.

—¡Quizá sea un poco difícil de explicar...! —le gritó Victor, ansioso.

Pero el perro ya estaba bajando por las escaleras, y deambulaba por el laberinto de pasadizos y callejones que había tras los edificios del Siglo del Murciélagos Frugivoro.

Trotó hasta la alta verja. Se oyó el suave tintineo de una cadena.

—¿Laddie? —susurró con voz ronca. Le llegó un ladrido alegre.

—¡Buen chico Laddie!

—Sí, sí —asintió Gaspode—. Buen chico.

Suspiró. ¿Él también había sido así alguna vez? Si lo había sido, daba gracias a los dioses por no acordarse.

—¡Yo buen chico!

—Claro, claro, Laddie, pero calla —murmuró Gaspode. Metió su cuerpo artrítico por debajo de la valla. Cuando salió, Laddie le lamio la cara.

—Soy demasiado viejo para estas cosas —murmuró, mirando la caseta—. Un lazo corredizo. Un jodido lazo corredizo. Deja de tirar, idiota. Atrás. Atrás. Así.

Gaspode metió la pata por el aro del lazo y lo pasó por encima de la cabeza de Laddie.

—Ya está —dijo—. Si todos supiéramos hacer esto, hace mucho que dirigiríamos el mundo. Venga, deja de hacer tonterías. Te necesitamos.

Laddie se irguió bruscamente, con la lengua fuera. Si los perros se pudieran poner firmes, él lo estaría en aquel momento.

Gaspode volvió a arrastrarse por debajo de la valla, y aguardó. Alcanzaba a oír las pisadas de Laddie al otro lado, pero el gran perro parecía alejarse de la verja.

—¡No! —siseó Gaspode—. ¡Ven conmigo!

Se oyeron más pisadas aceleradas, y luego algo silbó por el aire.

Laddie saltó la alta valla e hizo un aterrizaje de diez puntos ante él.

Gaspode consiguió sacarse la lengua del fondo de la garganta.

—Buen chico —murmuró—. Buen chico.

Víctor se sentó y se frotó la cabeza.

—Cuando se cayó la silla, me pegué un buen golpe —explicó. Laddie lo miró, expectante, con los restos de la sábana entre los dientes.

—¿A qué espera? —preguntó Víctor.

—Tienes que decirle que es un buen chico —suspiró Gaspode.

—¿No prefiere un trozo de carne, o un azucarillo, o algo así? El perro sacudió la cabeza.

—No, sólo dile lo buen chico que es. Para los perros, es mejor que pagar en metálico.

—¿Sí? Bien, de acuerdo. Buen chico, Laddie. Laddie empezó a dar saltitos, emocionado. Gaspode maldijo entre dientes.

—Lo siento —dijo—. Es patético, ¿no?

—Buen chico, busca Ginger —indicó Víctor.

—Oye, eso lo puedo hacer yo —se apresuró a señalar Gaspode, a la desesperada, mientras Laddie empezaba a olisquear el suelo—. Todos sabemos

adonde ha ido. No es necesario que...

Laddie salió corriendo por la puerta, pero con toda elegancia. Se detuvo al pie de las escaleras y lanzó un ladrido ansioso, de «seguidme».

—Patético —repitió Gaspode, deprimido.

Las estrellas siempre parecían más brillantes en el cielo de Holy Wood. Por supuesto, el aire era más claro que sobre Ankh, y no había mucho humo, pero aun así... parecían también hasta más grandes, y más cercanas, como si el cielo fuera una gigantesca lupa.

Laddie recorrió las dunas como un rayo, deteniéndose de cuando en cuando para que Victor le diera alcance. Gaspode los seguía a cierta distancia, con paso tambaleante y respiración entrecortada.

La pista llevaba hasta la hondonada, que estaba desierta.

La puerta se había abierto ya unos treinta centímetros. La arena en torno a ella estaba pisoteada. Eso indicaba que, hubiera salido o no, Ginger había entrado.

Victor la miró.

Laddie se sentó junto a la puerta, mirando a Victor con gesto esperanzado.

—Está esperando —señaló Gaspode.

—¿A qué? —replicó Victor, aprensivo. Gaspode dejó escapar un gemido.

—¿Tú que crees? —bufó.

—Ah. Sí. Buen chico, Laddie.

Laddie lanzó un ladrido, y empezó a saltar sobre la arena.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Victor—. Supongo que tenemos que entrar, ¿no?

—Es posible —asintió Gaspode.

—Eh... también podemos esperar hasta que salga ella. La verdad es que nunca me ha hecho mucha gracia la oscuridad —titubeó el joven—. Es decir, la oscuridad de la noche, pase, pero la oscuridad absoluta...

—Me juego lo que sea a que Cohén el Bárbaro no tiene miedo de la oscuridad —se burló el perro.

—Bueno, claro...

—Y la Sombra Negra del Desierto... seguro que él tampoco tiene miedo de la oscuridad.

—Vale, pero...

—Y Caimán Smith, cazador de balgrogs, desayuna oscuridad todas las mañanas —insistió Gaspode.

—¡Sí, pero yo no soy ellos! —aulló Victor.

—Pues intenta explicárselo a toda esa gente que va pagando dinero por verte serlo —replicó el perro. Se rascó una pulga insomne—. Dioses, qué bueno sería tener aquí un operador ahora mismo, ¿verdad? —siguió alegremente—.

Tendríamos una comedia de primera. El Señor Héroe Tiene Miedo de la Oscuridad, no sería mal título. Sería mejor que Sopa de Pavo. Sería más divertida que Una Noche en la Arena. Te apuesto lo que quieras a que la gente haría cola para...

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró Victor—. Me adentraré un poquito. —Miró desesperadamente a su alrededor, y se fijó en los arbolitos resacos que crecían en torno a la hondonada—. Pero haré una antorcha —añadió.

Había esperado encontrar arañas, humedad y probablemente serpientes, si no algo peor...

En vez de eso, tenía ante él un pasadizo seco, casi cuadrado, que se adentraba con una ligera inclinación hacia abajo. El aire tenía un leve olor salado, que sugería que el túnel conectaba en algún punto con el mar.

Victor dio unos cuantos pasos tentativos, y se detuvo.

—Espera —dijo—. Si la antorcha se apaga, nos perderemos, será horrible.

—No, no nos perderemos —explicó Gaspode con paciencia—. Sentido del olfato, ¿recuerdas?

—Ah, qué buena idea.

Se adentró un poco más. Los muros estaban cubiertos de versiones grandes de los ideogramas cuadrados que aparecían en el libro. Victor se detuvo y pasó los dedos sobre uno de ellos.

—¿Sabes una cosa? —dijo lentamente—. Esto no es realmente un lenguaje escrito. Más bien parece...

—Sigue moviéndote y deja de buscar excusas —lo interrumpió Gaspode, detrás de él.

El pie del joven tropezó con algo, que rebotó en la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —tartamudeó.

Gaspode se adelantó, olfateó en la oscuridad y volvió sobre sus pasos.

—No te preocupes —lo tranquilizó.

—¿No?

—Sólo era un cráneo.

—¿De quién?

—No me lo dijo.

—¡Cállate!

Algo crujió bajo la sandalia de Victor.

—Y eso... —empezó Gaspode.

—¡No quiero saberlo!

—En realidad, era una concha.

Victor escudriñó el cuadrángulo móvil de oscuridad que tenían ante ellos. La artesanal antorcha temblaba con la brisa y, si prestaba mucha atención,



alcanzaba a oír un sonido rítmico. O se trataba de una bestia que rugía a lo lejos, o era el ruido del mar moviéndose por algún túnel subterráneo. Eligió creer lo segundo.

—Algo la ha estado llamando —dijo—. En sueños. Alguien que quiere que lo dejen salir. Tengo miedo de que Ginger sufra algún daño.

—No creo que esa muchacha valga la pena —se burló Gaspode—. No te conviene andar con chicas que son presa de las Criaturas del Vacío, te lo digo yo. Nunca sabrías con qué te ibas a despertar a la mañana siguiente.

—¡Gaspode!

—Ya verás como tengo razón.

La antorcha se apagó.

Victor la sacudió desesperadamente, sopló sobre ella en un último intento de reanimar las brasas. Saltaron unas cuantas chispas, que se desvanecieron en el aire. No quedaba suficiente antorcha.

La oscuridad volvió a dominar la situación. Victor en su vida había visto una oscuridad como aquélla. No importaba cuánto rato la mirases, los ojos nunca se acostumbraban a ella. No había nada a lo que acostumbrarse. Era la oscuridad, la madre de la oscuridad, la oscuridad absoluta, la oscuridad bajo la tierra, la oscuridad tan densa que era casi tangible, como un manto frío de terciopelo.

—Qué oscuridad —corroboró Gaspode.

Esto que siento debe de ser lo que llaman un «sudor frío», pensó Victor. Vaya, no sabía que era así. Siempre había tenido curiosidad. Avanzó a pasitos hacia un lado, hasta llegar a tocar la pared.

—Será mejor que demos la vuelta —dijo con lo que esperaba que fuera un tono de voz razonable—. Más adelante puede aguardarnos cualquier cosa. Precipicios, o algo así. Será mejor que busquemos más antorchas, y más gente, y luego volvamos.

Se oyó un ruido estruendoso, procedente del fondo del pasillo.

Uoompf.

Lo siguió una luz tan intensa que proyectó la imagen de las pupilas de Victor en la pared trasera de su cráneo. Se amortiguó a los pocos segundos, pero aun así seguía siendo casi dolorosamente brillante. Laddie gimoteó.

—Bueno, ya está —susurró Gaspode con voz ronca—. Ya tienes toda la luz que quieras. Ahora todo va bien, ¿no?

—Sí, pero... ¿de dónde sale?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Victor siguió avanzando a centímetros. Su sombra bailaba delante de él.

Tras recorrer unos cien metros, el pasadizo se ensanchaba en lo que quizá fue en el pasado una caverna natural. La luz brotaba de un arco, situado en un extremo, a gran altura. Bastaba y sobraba para iluminar cada detalle.

La cueva era mucho más amplia que la Gran Sala de la Universidad, y en

otros tiempos debió de ser aún más impresionante. La luz se reflejaba en la barroca decoración dorada, y en las estalactitas que apuñalaban el techo. Unas escaleras tan anchas como para que cupiera un regimiento se alzaban desde un ancho agujero sombrío en el suelo; el sonido regular, rítmico, y el olor a sal, indicaban que el mar había encontrado una entrada por abajo. El aire tenía un tacto frío y húmedo, viscoso.

—¿Es una especie de templo? —murmuró Victor.

Gaspode olfateó un tapiz de color rojo oscuro que colgaba a un lado de la entrada. Cuando lo tocó, el tejido se desmoronó y se convirtió en un montón de polvo.

—¡Pua! —exclamó—. ¡Aquí todo está podrido!

Algo con muchas patas se escurrió rápidamente por el suelo, y cayó por las escaleras.

Victor tocó con cautela una gruesa cuerda roja, que colgaba entre columnas llenas de incrustaciones de oro. La cuerda se desintegró.

Los agrietados peldaños de la escalera ascendían hacia el lejano arco iluminado. Subieron por ellos, saltando los montones de algas resacas y restos arrastrados por alguna marea alta.

El arco se abría para dar a otra cueva gigantesca, como un anfiteatro. Había hileras de asientos, que descendían suavemente hacia una...

...¿una pared?

Brillaba como el mercurio. Si se pudiera llenar de mercurio una piscina rectangular del tamaño de una casa, y luego se la pudiera colocar sobre un costado sin que se derramara, se obtendría algo semejante a aquello.

Sólo que no tan malévolos.

Era plana y de superficie regular, pero, de pronto, Victor tuvo la sensación de que lo estaban observando, como a través de una lente.

Laddie gimoteó.

En aquel momento, el joven comprendió qué era lo que lo hacía sentir incómodo.

Aquello no era una pared. Las paredes siempre estaban pegadas a algo. Aquella cosa no estaba pegada a nada. Simplemente, pendía del aire, vibrando y ondulante, como una imagen en un espejo, pero sin espejo.

La luz brotaba de la nada que había al otro lado. Victor alcanzaba a verlo ahora, un punto brillante que se movía entre las sombras al otro lado de la cámara.

Echó a andar hacia el pasillo descendente, entre las hileras de asientos de piedra. Los perros caminaban junto a él, con las orejas pegadas al cráneo y los rabos entre las patas. Caminaron por encima de algo que quizá fue una alfombra en otros tiempos. Se desgarraba con un sonido húmedo y se desintegraba bajo sus pies.

—No sé si lo habéis notado, pero... —empezó a decir Gaspode a los pocos metros.

—Lo sé —asintió Víctor, sombrío.

—... los asientos todavía están...

—Lo sé.

—... ocupados.

—Lo sé.

Toda aquella gente... aquellas cosas que habían sido gente... sentadas en hileras... era como si hubieran estado viendo una película.

Ya casi había llegado al final de la sala. Brillaba por encima de él, era un rectángulo con longitud y altura, pero sin espesor.

Justo delante de Víctor, casi debajo de la pantalla plateada, un tramo más corto de peldaños llevaba hacia abajo, hacia una zona circular llena de cascotes y restos. El joven descendió. Desde allí, pudo ver la pantalla por detrás, el lugar donde nacía la luz.

Era Ginger. Estaba de pie, con una mano alzada sobre la cabeza. La antorcha que llevaba brillaba como el fósforo.

La chica contemplaba un cuerpo tendido sobre una losa. Era un gigante. O, al menos, parecía un gigante. Quizá se tratara simplemente de una armadura con una espada sobre ella, medio enterrada en el polvo y la arena.

—¡Es la cosa del libro! —siseó—. Por los dioses, ¿qué demonios piensa Ginger que hace?

—No creo que piense en absoluto —replicó Gaspode.

Ginger se volvió parcialmente, y Víctor le vio la cara. Estaba sonriendo.

Tras la losa, Víctor alcanzó a ver una especie de disco enorme, erosionado. Al menos este disco colgaba del techo gracias a cadenas adecuadas, no desafiaba a la gravedad de una manera tan desconcertante.

—Se acabó —dijo Víctor—. Esto se va a terminar ahora mismo. ¡Ginger!

Su voz retumbó y resonó en las paredes lejanas. Escuchó la repetición de la última sílaba a lo largo de cavernas y pasadizos... er, er, er. Se oyó el ruido de una roca al caer en algún lugar detrás de él.

—¡Cállate! —le recriminó Gaspode—. ¡Vas a hacer que la cueva se nos venga encima!

—¡Ginger! —susurró Víctor—. ¡Soy yo!

La chica se volvió y miró hacia él, o a través de él, o al interior de él.

—Víctor —respondió con voz dulce—. Vete. Vete ahora mismo, o acontecerá un terrible mal.

—«Acontecerá un terrible mal» —murmuró Gaspode—. Eso es lo que yo llamo ominoso, sí señor.

—No sabes lo que haces —replicó Víctor—. ¡Tú misma me pediste que te detuviera! Vuelve. Vuelve conmigo.

Trató de subir...

...y algo se hundió bajo sus pies. Se oyó un ruido gorgoteante a lo lejos, un golpe metálico, y luego una nota musical acuosa resonó por encima de él. Los ecos la repitieron por toda la cueva. Víctor apartó el pie a toda prisa, pero fue a ponerlo en otro lugar de la cornisa, que también se hundió, produciendo una nota diferente.

Ahora se oía también un sonido como de arañazos. Víctor había estado de pie sobre un saliente que daba a un pequeño patio de butacas hundido. Horrorizado, se dio cuenta de que empezaba a elevarse lentamente, siguiendo el tono de las notas y el ronroneo de una antigua maquinaria. Extendió los brazos y se agarró a una erosionada repisa, que emitió una nota diferente antes de derrumbarse. Laddie aullaba. Víctor vio que Ginger dejaba caer la antorcha y se llevaba las manos a los oídos.

Un bloque de cemento se balanceó muy despacio hacia delante en el muro, y se derrumbó estrepitosamente sobre los asientos. Los fragmentos de roca saltaron por todas partes, y un sonido retumbante sugirió que la caverna entera estaba cambiando de forma.

Entonces, el ruido se extinguió, con un largo gorgoteo estrangulado y un último jadeo. Una serie de bruscos tirones y crujidos indicó que, fuera cual fuera la maquinaria prehistórica que Víctor había activado, había cumplido su cometido antes de colapsarse.

Volvió el silencio.

El joven consiguió auparse con todo cuidado para salir fuera del patio de butacas musical, que ahora se había elevado varios metros, y corrió hacia Ginger. La chica estaba de rodillas, y sollozaba.

—Vamos —la urgió—, tenemos que irnos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me está pasando?

—No sé ni por dónde empezar a explicártelo.

La antorcha titubeaba ya en el suelo. Su fuego había dejado de ser tan brillante, no era ya más que un trozo de madera chamuscada y casi extinguida. Víctor lo agarró veloz y lo movió rápidamente hasta que apareció una mortecina llama amarillenta.

—¿Gaspode? —llamó.

—¿Sí?

—Vosotros, los perros, guiadnos.

—Vaya, muchas gracias.

Ginger se aferró a él, y caminaron juntos casi a tientas por el pasadizo. Pese al incipiente terror, Víctor hubo de admitir que era una sensación muy agradable. Miró a su alrededor, a los ocupantes de los asientos, y contó un escalofrío.

—Parece como si hubieran muerto viendo una película —señaló.

—Sí. Una comedia —replicó Gaspode, que trotaba por delante de él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todos sonríen.

—¡Gaspode!

—Oye, hay que mirar las cosas por el lado bueno, ¿no? —se burló el perro—. No podemos ir por ahí en plan tristón sólo porque nos encontramos en una tumba subterránea perdida, con una loca a la que le gustan los gatos y una antorcha que se va a apagar de un momento a otro...

—¡Sigue caminando! ¡Sigue caminando!

Bajaron por las escaleras, medio corriendo medio tambaleándose, resbalaron desagradablemente en las algas de la base, y se dirigieron rápidamente hacia la pequeña puerta en forma de arco que llevaba hacia la maravillosa perspectiva de aire vivo y luz del día. La antorcha empezó a quemar la mano de Víctor. La soltó. Al menos, no habían tenido problemas en el pasadizo. Si se mantenían pegados a la pared y no hacían ninguna tontería, tarde o temprano llegarían a la puerta sanos y salvos. Además, ya debía de haber amanecido, con lo cual no pasaría mucho tiempo antes de que vieran la luz del sol.

Víctor se irguió en toda su altura. Aquello era muy heroico, desde luego. No había tenido que luchar con ningún monstruo, pero probablemente los monstruos de aquel lugar estaban podridos desde hacía siglos. Sí, había sido una experiencia espeluznante, pero en el fondo no se había tratado más que de... bueno, de arqueología. Ahora que todo quedaba atrás, no le parecía tan...

Laddie, que corría varios metros por delante de ellos, lanzó un breve ladrido.

—¿Qué dice? —preguntó Víctor.

—Que el túnel está bloqueado —replicó Gaspode.

—¡Oh, no!

—Seguramente ha sido cosa del recital de órgano que diste.

—¿Bloqueado del todo?

Bloqueado del todo. Víctor trepó a la cima del montón de rocas. Varias losas grandes del techo se habían derrumbado, provocando que se desplomaran toneladas de piedras con ellas. Empujó un par de ellas, pero eso sólo provocó más derrumbamientos.

—Quizá haya otra manera de salir —dijo—. A lo mejor los perros podéis ir a...

—Ni lo sueñes, amigo —lo interrumpió Gaspode—. Además, si hay otra salida, tiene que estar bajando por esas escaleras. Las que llevaban hacia el mar, ¿recuerdas? Todo lo que tienes que hacer es sumergirte, nadar y cruzar los dedos para que tus pulmones lo aguanten.

Laddie ladró.

—Tú no, idiota —refunfuñó Gaspode—. No hablaba contigo. Nunca te ofrezcas voluntario para nada.

Víctor siguió excavando entre las rocas.

—No sé, no sé —dijo al cabo de un rato—, pero me da la sensación de que veo un poco de luz. ¿Qué te parece a ti?

Oyó los pasos vacilantes de Gaspode trepando por las piedras.

—Es posible —asintió el perro de mala gana—. Parece que un par de losas han formado un túnel, queda algo de espacio.

—¿Un espacio lo suficientemente grande como para que alguien pequeño se arrastre por él? —inquirió Victor, alentador.

—Sabía que ibas a decir eso.

Victor oyó el roce de las patas contra las piedras sueltas.

—Aquí se abre un poco... —dijo al final una voz amortiguada—. Mierda... es muy estrecho... Se hizo el silencio.

—¿Gaspode? —llamó Victor, aprensivo.

—Estoy bien. Ya he pasado. Desde aquí ya alcanzo a ver la puerta.

—¡Estupendo!

Victor sintió que el aire se movía cerca de él, y oyó el ruido de unas uñas contra la piedra. Extendió la mano con cautela, y encontró un cuerpo peludo que se agitaba furiosamente.

—¡Laddie quiere ir contigo!

—Es demasiado grande, ¡se quedará atascado! Se oyó un gruñido canino, unas patadas frenéticas cubrieron a Victor de arena, y se oyó un breve ladrido triunfal.

—Claro, que es más esbelto que yo —dijo Gaspode tras unos momentos.

Oyó a los dos perros alejarse. El ladrido de despedida de Laddie indicó que habían llegado al exterior.

Victor se sentó.

—Ahora sólo tenemos que esperar —suspiró.

—Estamos en el interior de la colina, ¿verdad? —preguntó la voz de Ginger en la oscuridad.

—Sí.

—¿Cómo hemos llegado aquí?

—Te seguí.

—¡Te pedí que me detuvieras!

—Sí, pero es que me ataste.

—¡Yo no hice semejante cosa!

—Me ataste —repitió Victor—. Y luego viniste hasta aquí, abriste la puerta e hiciste una especie de antorcha. Bajaste hasta ese... ese lugar. No quiero ni imaginar qué hubieras hecho si no llego a despertarte.

Hubo una pausa.

—¿De verdad hice todo eso? —preguntó Ginger, insegura.

—De verdad.

—¡Pero si no me acuerdo de nada!

—Te creo. De todos modos, lo hiciste.

—¿Qué... qué era este lugar?

Victor se removió intranquilo en la oscuridad, tratando de acomodarse.

—No lo sé —confesó—. Al principio pensé que se trataba de una especie de templo. Al parecer, aquí venía la gente a ver imágenes en acción.

—¡No es posible, debe de tener cientos de años!

—Más bien miles.

—Oye, mira, no puede ser verdad —insistió Ginger, con la voz aguda de quien intenta ser razonable mientras la locura está derribando la puerta con un ariete—. Los alquimistas tuvieron la idea hace sólo unos meses.

—Sí. Da que pensar, ¿eh?

Extendió un brazo y la estrechó. El cuerpo de la chica era una estaca rígida, y se estremeció ante su toque.

—Aquí estamos a salvo —añadió—. Gaspode traerá a alguien para que nos ayude. No te preocupes por eso.

Trató de no pensar en el mar que batía contra las escaleras, en las cosas de muchas patas que se arrastraban por el suelo negro como la medianoche. Trató de quitarse de la cabeza la imagen de muchos pulpos deslizándose silenciosamente por los asientos, delante de aquella pantalla viviente, cambiante. Trató de olvidar a los espectadores que había visto sentados en la oscuridad mientras, sobre ellos, transcurrían los siglos. Quizá aún estuvieran esperando que pasara un vendedor con pajaritos y salchichas calientes.

La vida entera es como ver una película, pensó. Lo que pasa es que siempre parece como si hubieras llegado diez minutos después de que empezara, y nadie te cuenta de qué va, de manera que lo tienes que ir averiguando todo sobre la marcha, a medida que la ves.

Y nunca, nunca, tienes ocasión de quedarte en el asiento para el segundo pase.

La luz de las velas titubeó en los pasillos de la Universidad Invisible.

El tesorero no se consideraba una persona valiente. Cuando más a gusto se sentía era cuando se enfrentaba a una columna de números, y su habilidad con esos números había hecho que ascendiera en la jerarquía de la Universidad Invisible mucho más que la magia. Pero no podía dejar pasar por alto aquello.

... uuhhmm... uuhhmm... uuhhmmMw/z/znmuuhhmmuuHHMM  
UUHHMM.

Se acurrucó detrás de una columna, y contó once perdigones. De los sacos brotó la arena a regueros. Ahora era cada dos minutos.

Corrió hacia el montón de sacos y los apartó bruscamente.

La realidad no era la misma en todas partes. Eso lo sabía cualquier mago, por

supuesto. La realidad no tenía suficiente grosor en ningún lugar del Mundodisco. En algunos lugares era delgadísima. Por eso mismo funcionaba la magia. Lo que Riktor creía poder medir eran los cambios en la realidad, los lugares en que lo real se transformaba en irreal rápidamente. Y todos los magos sabían lo que podía suceder si las cosas reales se volvían tan irreales como para causar un agujero.

Pero, para eso, se necesitaban cantidades enormes de magia, pensó mientras apartaba frenético los sacos. Si se estuviera produciendo magia en esas cantidades, nosotros lo habríamos detectado. Llamaría la atención tanto como... bueno, tanto como un montón de magia.

Ya debían de haber pasado al menos cincuenta segundos.

Examinó el recipiente en su bunker.

Oh.

Había albergado la esperanza de estar equivocado.

Todos los perdigones habían salido disparados en la misma dirección. Media docena de los sacos estaban llenos de agujeros. Y Números había dicho que un par de perdigones al mes indicarían la existencia de una cantidad creciente de irrealidad...

El tesorero trazó una línea mental que iba de la vasija, a través de los sacos agujereados, hacia el otro extremo del pasillo.

... uuhhmm... uuhhmm...

Se echó hacia atrás bruscamente, antes de darse cuenta de que no tenía por qué preocuparse. Los perdigones salían por el elefante ornamental cuya cabeza quedaba en el lado contrario. Se tranquilizó.

... uuhhmm... uuhhmm...

La vasija tembló violentamente mientras la misteriosa maquinaria giraba en su interior. El tesorero acercó la cabeza al recipiente. Sí, desde luego, allí dentro se oía un siseo, como de aire comprimido...

Once perdigones se estrellaron a toda velocidad contra los sacos de arena.

La vasija retrocedió bruscamente, de acuerdo con el popular principio de acción y reacción. En vez de golpear un saco de arena, acertó de pleno al tesorero.

Ming-ng-ng.

El hombre parpadeó. Dio un paso hacia atrás. Se derrumbó.

Las turbaciones de la realidad en Holy Wood estaban extendiendo unos tentáculos débiles, pero la mar de oportunos, que ya llegaban incluso hasta Ankh-Morpork. Por eso, un par de pajaritos revolotearon en torno a la cabeza del tesorero durante un momento, exclamando « pío pío » justo antes de desaparecer.

Gasplode se quedó tendido en la arena, jadeando. Laddie bailoteaba en torno a él



y ladraba en tono apremiante.

—Estamos por encima de esas cosas —consiguió decir.

Se puso de pie como pudo, y se sacudió.

Laddie seguía ladrando. Estaba increíblemente fotogénico.

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró Gaspode—. Lo mejor será que vayamos a ver si encontramos algo para desayunar. Luego tendríamos que recuperar un poco de sueño, y más tarde ya pensaríamos...

Laddie ladró de nuevo.

Gaspode suspiró.

—Vale, bien —dijo—. Será como dices tú. Pero te advierto de antemano que no te van a dar las gracias.

El perro grande salió como una centella sobre la arena. Gaspode lo siguió a un paso más tranquilo, y se quedó muy sorprendido cuando Laddie volvió sobre sus pasos, lo cogió suavemente por la piel del cogote, y echó a correr con energías renovadas.

—¡Te atreves a hacerme esto sólo porque soy pequeño! —se quejó Gaspode, sacudido de un lado al otro—. ¡No, por ahí no! —añadió—. A estas horas de la mañana, los humanos no valen para nada. Lo que necesitamos son trolls. Todavía estarán despiertos, y a ellos se les da mejor todo el asunto de las rocas y las cavernas subterráneas. Dobla por la próxima a la derecha. Tenemos que ir al Liásico Azul y... ¡Oh, mierda!

De repente, acababa de darse cuenta de que se vería obligado a hablar.

Y en público.

Te podías pasar la vida ocultando cuidadosamente a la gente tus talentos verbales, y entonces, de repente, te encontrabas en una situación que te obligaba a hablar. Si no lo hacías, el joven Victor y la Mujer Gato se quedarían en la cueva por los siglos de los siglos. Laddie lo iba a soltar delante de cualquiera, y lo miraría expectante, y él tendría que dar explicaciones. Después de eso, lo considerarían una especie de monstruo el resto de su vida.

Laddie trotó calle arriba, hacia el ambiente cargado a la puerta del Liásico Azul, que estaba abarrotado de gente. Se abrió camino por un laberinto de piernas gruesas como troncos de árboles. Llegó hasta la barra, lanzó un ladrido agudo, y dejó caer a Gaspode en el suelo.

Lo miró, expectante.

El murmullo de las conversaciones se interrumpió.

—Ése es Laddie —dijo un troll—. ¿Qué querrá? Gaspode caminó torpemente hasta el troll más cercano, y le tiró educadamente del cinturón que colgaba de su oxidada cota de mallas.

—Disculpe —dijo.

—Es un perro condenadamente inteligente —dijo otro troll, apartando a un lado a Gaspode con una patada distraída—. Lo vi ayer en una película. Sabe

hacerse el muerto, y es capaz de contar hasta cinco.

—O sea, dos más que tú.

Esto provocó una carcajada general<sup>[21]</sup>.

—Esperad, callaos —ordenó el primer troll—. Parece que intenta decirnos algo.

—... disculpe...

—No hay más que ver cómo salta, como ladra.

—Es verdad. Lo vi en esa película, guiaba a la gente para encontrar a niños perdidos en una cueva.

—... disculpe...

Uno de los trolls frunció en el ceño.

—¿Para comérselos?

—No, imbécil, para sacarlos de allí.

—¿Y guardarlos para alguna barbacoa?

—... disculpe...

Otra patada acertó a Gaspode en un lado de la cabeza alargada.

—A lo mejor es que ha encontrado más. Mirad cómo corre y da vueltas junto a la puerta. Es un perro listísimo.

—Podríamos ir a echar un vistazo —señaló el primer troll.

—Buena idea, me muero de hambre.

—Oye, en Holy Wood no puedes ir por ahí comiéndote a la gente. ¡Nos da mala fama! Además, la Liga Silícea Antidifamación te caería encima como una tonelada de esas cosas rectangulares para hacer edificios.

—Sí, pero a lo mejor hay una recompensa, o algo por el estilo.

—... disculpe...

—¡Bien pensado! Además, si encontramos niños perdidos, la imagen pública de los trolls ganará mucho, conseguiremos conectar mejor con los espectadores...

—Y, si no los encontramos, siempre nos podemos comer al perro, ¿verdad?

El bar se quedó vacío en pocos minutos. Allí sólo quedaron la habitual nube de humo, varios calderos de bebidas fundidas típicas de los trolls, Rubí frotando perezosamente la lava reseca de las jarras, y un perrito pequeño, apollado, cansado.

El perrito pequeño, apollado, cansado, meditó profundamente sobre la diferencia que existía entre parecer y comportarse como un perro maravilla, y simplemente serlo.

—Mierda —dijo.

Victor recordó que, cuando era pequeño, le daban miedo los tigres. La gente le explicaba en vano que el tigre más cercano se encontraba a cinco mil kilómetros. El niño se limitaba al preguntar, «¿Hay algún mar entre el lugar donde viven y esta ciudad?», y la gente le respondía, «Bueno, no, pero...», y él

replicaba, « Entonces, sólo es cuestión de distancia» .

La oscuridad era lo mismo. Todos los lugares oscuros y temibles estaban conectados por la naturaleza misma de la oscuridad. La oscuridad estaba por todas partes, constantemente, aguardando únicamente a que se apagaran las luces. Era, en realidad, igual que las Dimensiones Mazmorra. Sólo esperaban un agujerito en la realidad.

Abrazó con fuerza a Ginger.

—No hace falta —le dijo la chica—. Ya estoy más controlada.

—Ah, qué bien —dijo débilmente.

—Lo malo es que tú también me tienes controlada. Victor se relajó y la soltó.

—¿Tienes frío? —preguntó Ginger.

—Un poco. Esto es muy húmedo.

—¿Esos chasquidos que oigo son tus dientes?

—¿Qué iban a ser si no? No —se apresuró a añadir—. Ni lo pienses.

—¿Sabes una cosa? —suspiró la chica al cabo de un rato—. No recuerdo eso que dices de que te até. Ni siquiera se me da bien hacer nudos.

—Pues éstos eran muy buenos.

—Lo único que recuerdo es el sueño. Esa voz que me decía que despertara a... ¿al hombre durmiente?

Victor pensó en la figura de la armadura tendida sobre la losa.

—¿Lo llegaste a ver bien? —preguntó a Ginger—. ¿Cómo era ese hombre durmiente?

—El de esta noche, no tengo ni idea —replicó la chica con un suspiro—. Pero, en mis sueños, siempre tiene cierto parecido con mi tío Oswald.

Victor recordó una espada más alta que él mismo. No se podía detener una estocada de una cosa semejante, seguro que atravesaría lo que fuera. Sin saber muy bien por qué, le costaba imaginarse a un Oswald con una espada como aquélla.

—¿Por qué te recuerda a tu tío Oswald? —preguntó.

—Porque mi tío Oswald siempre estaba así, tendido, muy quieto. Aunque claro, sólo lo vi una vez. Y fue en su funeral.

Victor abrió la boca para decir algo... y, en aquel momento, le llegaron unas voces lejanas, amortiguadas. Unas cuantas piedras se movieron. Una voz, ahora algo más cercana, rugió:

—¡Hola, niñitos! ¡Por aquí, niñitos!

—¡Es Rock! —exclamó Ginger.

—Reconocería esa voz en cualquier parte —asintió Victor—. ¡En, Rock! ¡Soy yo! ¡Victor!

Hubo una pausa teñida de preocupación. Luego, volvió a oírse la voz de Rock

—¡Es mi amigo Victor!

—¿Eso quiere decir que no nos lo podemos comer?

—¡Nadie se come a mi amigo Víctor! ¡Lo que hay que hacer es sacarlo de ahí enseguida!

Se oyó el ruido de unos mordiscos frenéticos. Luego, les llegaron las quejas de otro troll.

—¿A esto lo llaman piedra caliza? ¡No sabe a nada! Hubo más ruido de rocas apartadas.

—No entiendo por qué no podemos comérmolo —se quejó una tercera voz—. ¡Nadie se enteraría!

—¡Qué troll tan poco civilizado! —se burló Rock—. ¿Es que no lo entiendes? Si vas por ahí comiéndote a la gente, todo el mundo se reirá de ti. Dirán «Qué troll tan defectuoso, no sabe comportarse educadamente en sociedad». Dejarán de pagarte tres dólares al día, y te enviarán de vuelta a las montañas antes de que te des cuenta.

Víctor dejó escapar lo que esperaba que sonara como una breve carcajada.

—Qué panda de bromistas, ¿eh?

—Pedruscos —bufó Ginger.

—Supongo que sabes que todo eso de que se comen a la gente son simples bravatas. Casi nunca lo hacen. No tienes por qué preocuparte.

—No estoy preocupada por eso. Lo que me preocupa es que voy por ahí caminando cuando estoy dormida, y no sé por qué. Por lo que dices tú, parece que voy a despertar a esa criatura durmiente. Es una idea espantosa. Es como si tuviera algo dentro de la cabeza.

Cayeron más rocas en el exterior.

—Eso es lo más extraño —señaló Víctor—. Cuando la gente está... eh... poseída, la cosa que los... eh... posee no suele preocuparse demasiado por ellos ni por nadie. O sea, que no me habría atado. Se habría limitado a dejarme inconsciente de un golpe en la cabeza.

Cogió la mano de Ginger en la oscuridad.

—Ese ser de la losa... —empezó.

—¿Qué pasa?

—Lo he visto antes. Aparece en el libro que encontré. En esas páginas hay montones de imágenes, los que lo escribieron debían de pensar que era muy importante mantenerlo tras la puerta. Eso es lo que dicen los pictogramas... me parece. El hombre... de la Puerta. El hombre detrás de la puerta. El prisionero. Mira, creo que la razón por la que todos esos sacerdotes o lo que fueran tenían que entonar cánticos tres veces al día era...

Alguien apartó desde fuera una de las losas que había junto a su cabeza, y la tenue luz del día inundó el pasadizo. La siguió de cerca Laddie, que intentó lamer la cara de Víctor y ladrar al mismo tiempo.

—¡Vale, vale! Bien hecho, Laddie —exclamó el muchacho, tratando de quitárselo de encima—. Buen perro. Buen chico Laddie.

—¡Buen chico Laddie! ¡Buen chico Laddie! Los ladridos hicieron que cayeran del techo más fragmentos de roca.

—¡Ajá! —exclamó Rock.

Las cabezas de otros muchos trolls aparecieron tras él cuando Victor y Ginger miraron por el agujero.

—No son niñitos —murmuró el que se había estado quejando del sabor de la piedra—. Parecen correosos.

—Ya os lo dije —replicó Rock, amenazador—. Nada de comer gente. Nos traería cantidad de problemas.

—¿Y si sólo cogemos una pierna? Así todos conten...

Rock cogió una losa de media tonelada con una mano, la sopesó con gesto pensativo, y luego golpeó al otro troll con tanta fuerza que la rompió.

—Te lo advertí —dijo a la figura inerte—. Los trolls como tú son los que nos dan mala fama. ¿Cómo vamos a ocupar el lugar que nos corresponde por derecho en la hermandad de especies sapientes con trolls defectuosos que no hacen más que darnos reputación de salvajes?

Metió los brazos por el agujero y sacó a Victor de un poderoso tirón.

—Gracias, Rock. Eh... Ginger también está ahí abajo. Rock le dio un codazo de complicidad que le hizo un cardenal entre las costillas.

—Ya veo, ya veo —dijo—. Y lleva una negligente de seda muy bonita, por cierto. Así que los tortolitos buscaban un lugar discreto para arrullarse, y poco más y el Disco se les cae encima, ¿eh?

Los demás trolls sonrieron.

—Bueno, sí... —empezó Victor.

—¡Eso es mentira! —gritó Ginger mientras la ayudaban a salir del agujero—. ¡No estábamos...!

—¡Sí estábamos! —la interrumpió Victor, haciendo gestos frenéticos con las manos y con las cejas—. ¡Estábamos mucho! ¡Tienes toda la razón, Rock!

—Sí —corroboró uno de los trolls que había tras el aludido—. Los he visto en las películas. Él no deja de besarla y de alejarse con ella.

—Oye, tú... —empezó Ginger.

—Ahora tenemos que largarnos a toda velocidad —la interrumpió Rock—. El techo de la cueva me parece un tanto defectuoso. Puede derrumbarse en cualquier momento.

Victor alzó la vista. La arenilla caía ominosamente.

—Tienes razón —asintió.

Cogió a la refunfuñante Ginger por un brazo, y tiró de ella a lo largo del pasadizo. Los trolls recogieron al compatriota caído que no sabía comportarse educadamente en sociedad, y echaron a andar tras ellos.

—Ha sido repugnante, no tenías derecho a hacer que pensaran... —siseó Ginger.

—¡Cállate! —le ordenó Victor—. ¿Se puede saber qué querías que dijera, eh? A ver, ¿qué explicación te habría parecido adecuada? ¿Qué quieres que sepa la gente?

La chica titubeó.

—Bueno, vale —asintió—. Pero ya podría habérsete ocurrido otra cosa. Podrías haber dicho que estábamos explorando, o buscando fósiles...

Su voz se fue apagando.

—Sí, a media noche, y tú vestida con una negligente de seda —bufó Victor—. Por cierto, ¿qué demonios es una negligente?

—Es una negligé —lo corrigió Ginger.

—Vamos, tenemos que volver a la ciudad. Después, a lo mejor me da tiempo a dormir un par de horas.

—¿Cómo que después? ¿Después de qué?

—Vamos a tener que invitar a algo a estos muchachos...

Se oyó un retumbar grave procedente de la colina. Una nube de polvo surgió de la puerta, cubriendo a los trolls. El resto del techo se había desplomado.

—Bueno, ya está —suspiró Victor—. Se acabó. ¿Crees que se lo podrás explicar con claridad a tu parte sonámbula? No sirve de nada que siga intentando entrar, ya no hay túnel. Está bloqueado. Se acabó. Menos mal.

En todas las ciudades hay un bar así. Está escasamente iluminado, y los clientes, aunque hablan, no se hablan realmente entre sí, y además tampoco escuchan. Sólo hablan para dejar salir el dolor que llevan dentro. Son bares para los abandonados, para los desafortunados, para toda esa gente que se ha visto temporalmente apartada de la carrera de la vida y se encuentra en los boxes.

Son bares que hacen negocio.

En aquel amanecer en concreto, los deprimidos clientes ocupaban todo el largo de la barra, cada uno inmerso en su nube de pesadumbre, cada uno convencido de ser el ente más desdichado del mundo.

—Yo lo creé —suspiró Silverfish con tristeza—. Pensé que sería educativo. Que serviría para ampliar los horizontes de la gente. Nunca prendí que fuera un... un espectáculo. ¡Con más de mil elefantes! —añadió, furioso.

—Sí —asintió Detritus—. Ella no sabe lo que quiere. Hago todo lo que me dice, y luego me responde que eso no está bien, que soy un troll sin sensibilidad, que no comprendo las necesidades de una chica. Dice que una chica quiere cosas pegajosas que se comen, en una caja con un lazo, y voy y hago la caja con el lazo, ella desata el lazo, y va y grita, y dice que no se refería a un caballo despellejado. Es lo que te digo, no sabe lo que quiere.

—Sí —añadió una voz desde debajo del taburete de Silverfish—. Si ahora mismo me largara a unirme a los lobos, les estaría bien empleado.

—O sea, por ejemplo, eso de Lo que la Tempestad se Llevó —siguió Silverfish—. Ni siquiera es real. Las cosas no fueron así. No es más que un montón de mentiras. Cualquiera vale para contar mentiras.

—Sí —dijo Detritus—. Y otra cosa, va y dice, una chica quiere música bajo la ventana, y yo toco música bajo la ventana, todo el mundo se despierta en la calle y empiezan a pegar gritos, que si troll malo, que si qué haces golpeando piedras a estas horas de la noche... En cambio, ella ni siquiera se despierta.

—Sí —suspiró Silverfish.

—Sí —suspiró Detritus.

—Sí —suspiró la voz bajo el taburete.

Por supuesto, el propietario del bar estaba de lo más alegre. No era en absoluto difícil estar alegre cuando tus clientes se comportaban como pararrayos para cualquier desgracia que flotara por los alrededores. Ya había llegado a la conclusión de que no valía la pena decir cosas como « No te preocupes, míralo por el lado bueno» , porque nunca había un lado bueno» , ni « Ánimate, quizá eso no llegue a pasar» , porque a menudo eso ya había pasado. Lo único que se esperaba de él era que sirviera las bebidas con rapidez.

Pero, aquella mañana, estaba un poco desconcertado. Parecía haber una persona más junto a la barra, aparte de quienquiera que le estuviera hablando desde el suelo. No dejaba de tener la sensación de que servía una copa de más, incluso de que le pagaban por ella, hasta estaba seguro de que hablaba con el misterioso cliente. Pero no podía verlo. De hecho, no estaba seguro de lo que veía, ni de con quién hablaba.

Se dirigió hacia el otro extremo de la barra.

Un vaso se deslizó hacia él.

OTRA DE LO MISMO —pidió una voz desde entre las sombras.

—Eh... —titubeó el camarero—. Sí. Claro. ¿Qué era?

CUALQUIER COSA.

El camarero llenó el vaso de ron. Alguien lo hizo desaparecer. Intentó decir algo, cualquier cosa. Sin saber muy bien por qué, estaba aterrorizado.

—No viene mucho por aquí, ¿verdad? —consiguió tartamudear.

ME GUSTA EL AMBIENTE. OTRA DE LO MISMO.

—¿Qué, trabaja en Holy Wood? —insistió desesperadamente el camarero, llenando el vaso a toda velocidad.

Volvió a desaparecer.

—Hace tiempo que no. Otra de lo mismo.

El camarero titubeó. En el fondo, tenía un alma bondadosa.

—¿No cree que ya ha tenido bastante? —preguntó con amabilidad.

SÉ MUY BIEN CUANDO HE TENIDO BASTANTE.

—Todo el mundo dice lo mismo.

SÉ CUANDO HA TENIDO BASTANTE TODO EL MUNDO.

Aquella voz tenía una cualidad muy extraña. El camarero no estaba del todo seguro de estar oyéndola con las orejas.

—Oh, bueno —suspiró—. ¿Otra de lo mismo?

NO. MAÑANA ME AGUARDA UN DÍA AJETREADO. QUÉDESE CON EL CAMBIO.

Un puñado de monedas cayó sobre el mostrador. Estaban heladas al tacto, y la mayoría parecían muy viejas y oxidadas.

—Eh, esto... —empezó el camarero.

La puerta se abrió y se cerró, dejando entrar una ráfaga de aire frío pese a la calidez del amanecer.

El camarero limpió la barra con gestos distraídos, esquivando cuidadosamente las monedas.

—En un bar se conoce a gente muy rara —murmuró.

SE ME OLVIDABA —dijo una voz junto a su oído—. UN PAQUETE DE CACAHUETES, POR FAVOR.

La nieve brillaba en las cimas de las Montañas del Carnero situadas más cerca de la Periferia. Las Montañas del Carnero son esa gigantesca cordillera que, al curvarse en torno al Mar Circula, forma un muro natural entre Klatch y las grandes llanuras de Sto.

Allí había espantosos glaciares, allí tenían lugar terribles avalanchas, entre los elevados campos silenciosos cubiertos de nieve.

Y también había yetis. Los yetis pertenecen a una especie que vive en las grandes alturas, tienen cierto parentesco con los trolls, e ignoran por completo que devorar a la gente ya no está de moda. Su filosofía es: si se mueve, cómetelo. Si no se mueve, espera a que se mueva. Y cómetelo.

Habían estado escuchando los sonidos todo el día. Los ecos habían rebotado de pico en pico a lo largo de la cordillera congelada, y ahora eran un estruendoso retumbar sordo.

—Mi primo —dijo uno de ellos, que se hurgaba perezosamente en un diente podrido con una zarpa—, dijo que eran animales grises, enormes. Elefantes.

—¿Más grandes que nosotros? —se interesó el otro yeti.

—Casi tan grandes como nosotros —replicó el primero—. Y me dijo que eran montones. Más de los que él era capaz de contar.

El segundo yeti olfateó el viento y pareció meditar sobre la afirmación.

—Sí, bueno —dijo, malhumorado—. Pero es que tu primo sólo sabe contar hasta uno.

—Dijo que había muchos unos. Grandes elefantes grises, gordos, todos atados unos a otros, subiendo. Muy grandes, muy despacio. Y llevaban montones de oograah.



—Ah.

El primer yeti señaló la vasta llanura nevada.

—Hoy es bien profunda —dijo—. Aquí nada se puede mover deprisa, ¿no? Si nos tumbamos en la nieve, no nos verán hasta que estén encima de nosotros. Los asustaremos y Comeremos Bien. —Hizo un gesto con una de sus gigantescas zarpas—. Mi primo dijo que eran muy pesados —insistió—. No se moverán muy deprisa, créeme.

El otro yeti se encogió de hombros.

—Bueno, vamos —dijo, levantando la voz para hacerse oír por encima de los ecos del barritar.

Se tendieron en la nieve. Sus pellejos blancos los transformaban en dos montecillos de aspecto inofensivo. Era una técnica que les había funcionado una y otra vez, y se había transmitido de yeti en yeti durante miles de años, aunque no seguiría transmitiéndose mucho más tiempo.

Aguardaron.

Se oyó el ruido de la manada al aproximarse.

Al final, el primer troll volvió la cabeza hacia el otro.

—¿Qué obtienes...? —empezó con voz pausada, porque llevaba mucho tiempo meditando esto—. ¿Qué obtienes si cruzas... una montaña con un elefante?

Nunca llegó a obtener una respuesta.

Los yetis habían estado en lo cierto.

Cuando los quinientos dos elefantes llegaron al risco, a noventa kilómetros por hora, barritando aterrorizados, no vieron a los yetis hasta que no estuvieron literalmente encima de ellos.

Victor sólo pudo dormir dos horas, pero cuando se levantó se sentía mucho más descansado y optimista.

Todo había terminado. A partir de aquel momento, las cosas irían mucho mejor. Ginger había sido bastante amable con él la noche anterior... bueno, hacía unas horas... y, fuera lo que fuera lo que había en la colina, había quedado enterrado para siempre.

A veces pasaban cosas como aquélla, pensó mientras echaba un poco de agua en la jofaina agrietada para lavarse rápidamente. El espíritu de rey malvado o un mago retorcido, cuando enterraban el cadáver, trataba de arreglar un poco las cosas, o algo por el estilo. No era nada fuera de lo común. Pero ahora debía de haber un millón de toneladas de roca bloqueando el túnel, y eso no había espíritu que se lo saltara.

Por un breve instante, recordó la pantalla, desagradablemente viva, pero ahora ya no le parecía tan aterradora. La cueva había estado muy oscura, las

sombras parecían moverse, y además él había estado más tenso que la cuerda de un reloj, no era de extrañar que los ojos le hubieran jugado una mala pasada. También había estado la cuestión de los esqueletos, pero ahora no le resultaban tan aterradores. Victor conocía las leyendas sobre los jefes de tribus de las llanuras gélidas, que se hacían enterrar en compañía de ejércitos enteros de hombres a caballo, para que sus almas vivieran en el otro mundo. Quizá allí hubiera habido una civilización semejante en el pasado. Sí, a la fría luz del día todo resultaba mucho menos aterrador.

Porque en realidad era eso. Luz fría.

La habitación estaba llena de esa luz que hay cuando te despiertas una mañana de invierno y sabes, por la luz, que ha nevado. Era una luz sin sombras.

Salió a la ventana, y contempló el pálido brillo dorado.

Holy Wood había desaparecido.

Las visiones de lo acontecido durante la noche volvieron a poblar su mente, igual que vuelve la oscuridad cuando se va la luz.

Espera un momento, espera un momento, pensó, combatiendo el pánico. No es más que niebla. Estamos muy cerca del mar, alguna vez tenía que haber niebla. Y si brilla es porque ha salido el sol. La niebla no tiene nada de extraño. No son más que pequeñas gotas de agua suspendidas en el aire. Sólo eso, nada más.

Se puso la ropa a toda velocidad, abrió la puerta que daba al pasillo y estuvo a punto de tropezar con Gaspode, que estaba tendido cuan largo era ante la puerta, como el felpudo más apollado del mundo.

El perrito se levantó inseguro, y clavó en Victor la mirada de sus ojos amarillentos.

—Oye —dijo—, quiero que esto quede bien claro, no estoy tumbado delante de tu puerta porque sea un perro leal protegiendo el sueño de su amo, ni ninguna de esas tonterías. Lo que pasó fue que, cuando volví...

—Cállate, Gaspode.

Victor abrió la puerta exterior. La puerta se coló en la casa. Parecía tener un talante explorador. Entraba como si hubiera estado aguardando aquella oportunidad.

—La niebla no es más que niebla —dijo en voz alta—. Vamos. Hoy es cuando viajamos a Ankh-Morpork, ¿o ya te habías olvidado?

—Tengo la cabeza como el fondo de una cesta para gatos —se quejó Gaspode.

—Ya dormirás un poco en el carro. Bien pensado, creo que yo haré lo mismo.

Dio unos pasos en el brillo argentino y, casi al momento, se perdió. Los edificios se cernían vagamente sobre él en el aire espeso, húmedo.

—¿Gaspode? —llamó, titubeante.

La niebla no es más que niebla, se repitió. Pero parece abarrotada. Da la sensación de que, si se despejara de repente, vería a mucha gente mirándome. Desde fuera. Y eso es ridículo, porque yo estoy fuera, y no hay nada fuera de fuera. Por lógica.

—Supongo que querrás que te guíe —dijo una voz presuntuosa junto a su rodilla.

—Hay mucho silencio, ¿no te parece? —replicó Victor, tratando de hablar con tranquilidad—. Supongo que la niebla amortigua todos los ruidos.

—Claro, aunque también es posible que hayan surgido del mar unas criaturas fantasmales que hayan acabado con todo bicho viviente excepto con nosotros —replicó Gaspode con voz alegre.

—¡Cállate!

Una mole amenazadora se acercó a ellos entre el brillo. Al acercarse, pareció encoger, y los tentáculos y las antenas con que lo había dotado la imaginación de Victor se convirtieron en las piernas más o menos vulgares de Soll Ecurridizo.

—¿Victor? —preguntó, inseguro.

—¿Soll?

El alivio del joven Ecurridizo fue evidente.

—Con esta maldita cosa, no veo nada —dijo—. Pensamos que podrías perderte. Venga, es casi mediodía. Ya estamos preparados para marcharnos.

—Yo también.

—Perfecto.

Las gotas de niebla se habían condensado sobre el pelo y la ropa de Soll.

—Eh... —dijo—, ¿dónde estamos, concretamente?

Victor se dio la vuelta. Sus habitaciones habían estado tras él.

—La niebla lo cambia todo, ¿verdad? —señaló Soll, nervioso—. Eh... oye, ¿crees que tu perrito será capaz de encontrar el camino hasta los estudios? Parece un bicho muy listo.

—Guau, guau —dijo Gaspode.

Se sentó y meneó la cola con un gesto que Victor comprendió que era de sarcasmo puro.

—¡Caray! —exclamó Soll—. Casi parece que nos entienda, ¿verdad? Gaspode lanzó un ladrido seco. Tras uno o dos segundos, se oyó una mezcla de ladridos emocionados, a modo de respuesta.

—Claro, ése es Laddie —se animó el joven Ecurridizo—. ¡Qué perro tan inteligente!

Gaspode puso cara de asco.

—Sí, sí, Laddie es un fuera de serie —siguió Soll, mientras caminaban en dirección a los ladridos—. Podría enseñar unos cuantos trucos a tu perro, ¿eh?

Victor no se atrevió a mirar hacia abajo.

Tras unos cuantos giros en falso, el arco del Siglo del Murciélagos Frugívoro pasó sobre sus cabezas como un espectro. Allí había más gente: los terrenos del estudio parecían abarrotados de paseantes extraviados que no sabían a qué otro lugar dirigirse.

Un carro de caballos aguardaba a la puerta del despacho de Ecurridizo. El propio Ecurridizo estaba de pie junto a él, dando patadas al suelo para entrar en calor.

—Vamos, vamos —los apremió—. He enviado a Gaffer por delante con la película. Llegáis tarde, subid al carro los dos de una vez.

—¿Podemos viajar con este tiempo? —se sorprendió Víctor.

—¿Qué tiene de malo? —replicó Ecurridizo, encogiéndose de hombros—. Hay un camino que lleva a Ankh-Morpork. Además, lo más probable es que esta cosa desaparezca en cuanto nos alejemos de la costa. No entiendo por qué está todo el mundo tan nervioso. La niebla no es más que niebla.

—Eso mismo digo yo —asintió Víctor al tiempo que subía al carruaje.

—Menos mal que acabamos ayer mismo el rodaje de Lo que la Tempestad se Llevó —suspiró Ecurridizo—. Seguramente esto es cosa de la estación. Nada preocupante.

—Eso ya lo has dicho antes —le recriminó bruscamente su sobrino—. Lo has dicho por lo menos cinco veces en lo que va de mañana.

Ginger estaba ya sentada en uno de los asientos, con Laddie tendido a sus pies. Víctor se deslizó para colocarse junto a ella.

—¿Has conseguido dormir algo? —le preguntó.

—Sólo una hora o dos —suspiró la chica—. No ha pasado nada. No he tenido ningún sueño. Víctor se relajó un poco.

—Entonces es verdad, todo ha terminado —dijo—. No estaba seguro.

—¿Y la niebla? —quiso saber ella.

—¿Perdona? —se atragantó Víctor.

—¿De dónde sale esta niebla?

—Bueno —empezó el joven—, según tengo entendido, cuando una corriente de aire frío pasa sobre una zona cálida, el agua se precipita...

—¿Sabes de sobra lo que quiero decir! ¡No es una niebla normal y corriente! Tiene... tiene formas extrañas —terminó de mala gana—. Y casi se oyen voces dentro de ella —añadió.

—No se pueden oír voces «casi» —señaló Víctor, con la esperanza de que su propia mente racional le prestara atención—. O se oyen, o no se oyen. Escucha, los dos estamos muy cansados. No pasa nada más. Últimamente hemos trabajado muy duro, y, eh... no hemos dormido demasiado, así que es perfectamente comprensible que creamos que casi vemos y oímos cosas.

—Ah, así que tú también casi ves cosas, ¿eh? —señaló Ginger con voz triunfal—. Y a mí no me pongas esa voz tranquila y sensata —añadió—. Detesto

cuando la gente me pone voz tranquila y sensata.

—Eh, tortolitos, espero que no os estéis peleando ahora, ¿eh?

Victor y Ginger se pusieron rígidos. Escurridizo se sentó en el asiento frente a ellos, y se inclinó hacia delante con una sonrisa alentadora. Soll entró en el carro. Se oyó un fuerte golpe cuando el cochero cerró la puerta tras él.

—Pararemos a mitad de camino para comer algo —los informó Escurridizo cuando el carro empezó a moverse. Titubeó, y olfateó el aire con gesto de sospecha.

—¿A qué huele? —preguntó.

—Es mi perro, me temo que está bajo su asiento —respondió Victor.

—¿Está enfermo? —quiso saber Escurridizo.

—No, siempre huele así.

—¿No sería mejor que le dieras un baño?

Una voz, justo por debajo del umbral de audición, dijo, malhumorada: « ¿No sería mejor si te arrancara un pie de un mordisco?» .

Mientras tanto, por encima de Holy Wood, la niebla se espesaba...

Los carteles de Lo que la Tempestad se Llevó llevaban ya varios días circulando por Ankh-Morpork y el interés era fervoroso.

En esta ocasión, los carteles habían llegado incluso hasta la Universidad Invisible. El bibliotecario había colgado uno en el nido fétido, plagado de libros, que él llamaba « hogar» [22], y otros muchos circulaban a hurtadillas hasta entre los propios magos.

El dibujante había conseguido una auténtica obra maestra. En brazos de Victor, contra un fondo en el que se divisaba una ciudad en llamas, Ginger aparecía, no sólo mostrando casi todo lo que tenía, sino también mucho de lo que, en un sentido estricto, no tenía.

El efecto que esto causaba sobre los magos era todo lo que Escurridizo podía esperar en sus mejores sueños. En la Sala No-Común, el cartel pasaba de mano temblorosa en mano temblorosa, como si todos tuvieran miedo de que pudiera explotar.

—Esta chica Lo tiene —dijo el profesor de Estudios Indefinidos. Era uno de los magos más gordos de la Universidad, y tan engreído que parecía estar a la altura de su cargo.

—¿Qué tiene, profesor? —quiso saber otro mago.

—Bueno, y a sabes... eso, lo que tiene. Gancho. Garra. Sexapil.

Todos lo miraron con educado interés, como si esperasen una aclaración.

—Dioses, ¿es que os lo tengo que deletrear? —suspiró el mago.

—Quiere decir que tiene magnetismo sexual —intervino el conferenciante de Runas Modernas alegrement— El atractivo de unos senos cálidos y blandos, y

muslos tersos y duros, y las frutas prohibidas del deseo que...

Con cautela, uno o dos de los magos apartaron sus sillas de él.

—Ah, sexo —asintió el decano de Pentagramas, interrumpiendo al conferenciante de Runas Modernas a medio suspiro—. La verdad es que, en mi opinión, últimamente hay demasiado de eso.

—Oh, yo no sabría qué decir... —replicó el conferenciante de Runas Modernas.

Parecía pensativo.

El ruido despertó a Windle Poons, que había estado sesteando en su silla de ruedas junto a la chimenea. Ya fuera invierno o verano, en la Sala No-Común había siempre una chimenea encendida.

—¿Qué pasa? —dijo.

El decano se inclinó hacia su oreja.

—Estaba diciendo —exclamó, vocalizando que, cuando éramos jóvenes, no conocíamos el significado de la palabra «sexo».

—Es cierto. Es muy cierto —asintió Poons. Contempló las llamas con gesto reflexivo—. ¿Recordáis si... mmm... si llegamos a averiguarlo?

Hubo un momento de silencio.

—Bueno, digáis lo que digáis, es una mujer bandera —insistió el conferenciante de Runas Modernas, en tono desafiante.

—Varias mujeres bandera —asintió el decano.

Windle Poons enfocó la mirada insegura en el llamativo cartel.

—¿Quién es el joven? —preguntó.

—¿Qué joven? —quisieron saber varios magos.

—El que está en el centro del dibujo —señaló Poons—. El que la tiene en brazos.

Todos miraron de nuevo el cartel.

—Ah, ése —asintió el profesor, distraído.

—No sé... tengo la sensación de que lo he visto antes... —meditó Poons.

—Mi querido Poons, espero que no te hayas estado escapando para ver las imágenes en acción —intervino el decano, sonriendo a los demás—. Ya sabes, es un descártido que un mago asista a las diversiones del populacho. El archicanciller se enfadaría con nosotros.

—¿Qué? —quiso saber Poons, llevándose una mano a la oreja.

—Pues, ahora que lo dices, sí que me suena de algo su cara —añadió el decano al tiempo que examinaba de nuevo el cartel.

El conferenciante de Runas Modernas echó también un vistazo al dibujo.

—Oye, ¿no es el joven Victor?

—¿Eh? —inquirió Poons.

—¿Sabéis? Puede que tenga razón —asintió el profesor de Estudios Indefinidos—. Por lo menos, tiene el mismo bigotito insignificante.

—¿Quién es? —insistió Poons.

—¡Pero si era un estudiante! ¡Podría haber llegado a mago! —exclamó el decano—. ¿Por qué iba a querer ir por ahí a coger mujeres en sus brazos?

—Mirad aquí, es un Victor, sí, pero no nuestro Victor —indicó el profesor—. Pone que se llama Victor Maraschino.

—Oh, eso no tiene nada que ver, no es más que un nombre de película —explicó animadamente el conferenciante de Runas Modernas—. Todos tienen nombres raros de ese estilo. Delores De Syn, y Blanche Languish, y Rock Acantilad, cosas por el estilo... —Se dio cuenta de que todos lo miraban con gesto acusador—. Bueno, eso me han dicho —añadió rápidamente—. El portero, por ejemplo. Va a ver imágenes en acción casi todas las noches.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Poons, sacudiendo el bastón en el aire.

—El cocinero también va todas las noches —corroboró el profesor—. Igual que casi todo el personal de cocinas. Reto a quien sea a que consiga un bocadillo de jamón después de las nueve de la noche.

—Casi todo el mundo va a ver las imágenes en acción —asintió el conferenciante—. Menos nosotros.

Uno de los otros magos examinó atentamente la base del cartel.

—Aquí dice —empezó—, que se trata de « ¡Una saga de pasiones desatadas y escaleras anchas en la turbulenta historia de Ankh-Morpork! ».

—Ah. Entonces debe de ser algo histórico —dijo el conferenciante.

—Y luego pone, « ¡¡Una épica historia de amor que conmocionó a hombres y a dioses!! ».

—Ah. También hay religión.

—Y luego añade, « ¡¡¡Con más de mil elefantes!!! ».

—Muy bien, ciencias naturales. Las ciencias naturales siempre han sido muy educativas —asintió el profesor, mirando al decano con gesto especulativo.

Los demás magos estaban haciendo lo mismo.

—Según mi parecer —empezó el conferenciante con voz pausada—, nadie tendría nada que objetar contra el hecho de que unos magos de alto nivel fueran a ver un trabajo de interés histórico, religioso y... eh... ciencionaturalífico.

—Las reglas de la Universidad son muy estrictas en ese sentido —señaló el decano, aunque sin demasiado entusiasmo.

—Pero no cabe duda de que sólo se aplican a los estudiantes —terció el conferenciante—. Es perfectamente comprensible que no se permita a los estudiantes ver cosas como ésta. Lo más probable es que se dedicaran a silbar, y a lanzar cosas a la pantalla. En cambio, nadie puede pretender que se impida examinar este fenómeno popular a unos magos de alto nivel como nosotros.

El bastón que blandía Poons asestó un buen golpe en las corvas al decano.

—¡Exijo saber de qué habla todo el mundo! —aulló.

—¡No entendemos por qué no se permite a unos magos de alto nivel ver

imágenes en acción! —chilló el profesor a pleno pulmón.

—¡Pues estaría muy bien! —gritó Poons—. ¡A todo el mundo le gusta ver a una mujer bonita!

—Nadie ha mencionado nada sobre mujeres bonitas. Lo que nos interesa es examinar este fenómeno popular —aclaró apresuradamente el profesor.

—Bueno, llámalo como quieras —rió Windle Poons.

—Si la gente ve que unos magos se meten a ver unas vulgares imágenes en acción, perderán todo el respeto debido a la profesión —bufó el decano—. No es magia auténtica. No son más que trucos.

—¿Sabéis una cosa? —dijo uno de los magos inferiores, en tono pensativo—. Siempre me he preguntado en qué consisten exactamente esas malditas películas. ¿Son una especie de espectáculo de marionetas? ¿O gente que actúa sobre un escenario? ¿O sombras sobre una pantalla?

—¿Lo veis? —corroboró el decano—. Se supone que somos sabios, y no lo sabemos.

Todos miraron al decano.

—Sí, pero... ¿quién quiere ver a un montón de jovencitas bailando con las piernas al aire? —preguntó por último a la desesperada.

Ponder Stibbons, el mago posgraduado más afortunado en la historia de la Universidad Invisible, se dirigió alegremente hacia la entrada secreta del muro. En su cabeza, por lo general bastante desierta, se aglomeraban las imágenes de jarras de cerveza, y quizá una película, y quizá un curry klatchiano extracaliente para redondear la noche, y luego a lo mejor...

Fue el segundo peor momento de su vida.

Allí estaban todos. Todo el personal docente superior. Hasta el decano. Hasta el viejo Poons, en su silla de ruedas. Todos allí de pie, entre las sombras, mirándolo con caras raras. La paranoia hizo explosión con sus oscuros fuegos artificiales en el basurero de su mente. Lo estaban esperando a él.

Se quedó paralizado.

El decano le habló.

—Oh. Oh. Oh. Eh. Ah. Mm. Mmm —empezó. Luego, pareció recuperar el control sobre su lengua—. Oh. ¿Qué tenemos aquí? ¿Qué tenemos aquí? ¡Ven ahora mismo, joven!

Ponder titubeó un instante. Luego, huyó como si le fuera en ello la vida.

Tras un rato, el conferenciante en Runas Modernas se atrevió a hablar.

—Era el joven Stibbons, ¿verdad? ¿Se ha marchado?

—Creo que sí.

—Seguro que dirá algo a alguien.

—Lo dudo —replicó el decano.



—¿Crees que llegó a ver que habíamos sacado los ladrillos?  
—No, yo me había puesto delante de los agujeros —lo tranquilizó el profesor.  
—Pues venga, vamos. ¿Por dónde estábamos?  
—Escuchad, esto me parece un poco alocado —protestó el decano.  
—Cállate, vejestorio, y coge este ladrillo.  
—Vale, pero ahora, decidme... ¿cómo pensáis sacar la silla de ruedas?  
Todos contemplaron la silla de Poons.

Existen sillas de ruedas que son esbeltas y ligeras, diseñadas para que sus propietarios se muevan con independencia y sin problemas en la sociedad moderna. Para la cosa en la que habitaba Poons, eran como gacelas comparadas con un hipopótamo. Poons era perfectamente consciente de su función en la sociedad moderna y, por lo que a él respectaba, consistía en que lo empujaran a todas partes y, en resumidas cuentas, en que lo llevaran en palmitas.

Era larga, muy ancha, y se controlaba gracias a unas ruedecillas en la parte de delante y un largo mango de hierro fundido. En realidad, el hierro fundido era buena parte de su estructura básica. La silla tenía barrocos adornos de hierro, que parecían hechos a partir de tuberías de hierro soldadas. Las ruedas de la parte trasera no llevaban cuchillas afiladas, pero daba la sensación de que eran un extra opcional. La silla tenía varias palancas de aspecto ominoso, cuyo objetivo sólo conocía el propio Poons. Había también una gran capucha de tela impermeable, que se podía levantar en tan sólo unas pocas horas y serviría para proteger a su ocupante de chaparrones, tormentas y, probablemente, de meteoritos y edificios que se derrumbaran. Quizá para hacerla un poco menos ominosa, la palanca delantera estaba adornada con un amplio surtido de trompetas, bocinas y silbatos, con los cuales Poons tenía costumbre de anunciar su paso por los pasillos y salones de la Universidad. Porque una de las características de aquella silla de ruedas era que hacía falta un hombre musculoso para ponerla en marcha, pero, una vez en movimiento, resultaba imparable; quizá tuviera frenos, pero Windle Poons nunca se había molestado en averiguarlo. Tanto el personal docente como los estudiantes sabían que, si oían un bocinazo o un silbido demasiado cerca, su única posibilidad de supervivencia estaba en aplastarse al máximo contra la pared más cercana mientras pasaba el temible vehículo.

—No vamos a poder pasarla por encima del muro —dijo el decano con firmeza—. Debe de pesar como mínimo una tonelada. Además, de todos modos, sería mejor que se quedara. Es demasiado viejo para estas cosas.

—Cuando yo era joven, saltaba este muro, mmm, todas las noches —dijo Poons con resentimiento. Dejó escapar una risita—. Menudas juergas nos corríamos en aquellos tiempos. Os lo digo yo. Si me dieran un penique, mmm, por cada vez que la Guardia me persiguió hasta aquí... —Sus viejos labios se movieron en un repentino frenesí de cálculo—. Tendría cinco peniques y medio.

—A lo mejor, si... —empezó a decir el profesor. Se interrumpió a media frase y se quedó mirando al anciano—. ¿Cómo que cinco peniques y medio?

—Recuerdo que una vez se quedaron a medio camino —explicó Poons alegremente—. Oh, vaya si eran buenos tiempos, y tanto que sí. Recuerdo que una vez el viejo «Números» Riktor, y «Gordito» Spold y yo, nos metimos en el Templo de los Dioses Menores, ya sabéis, a mitad de un servicio, y Gordito llevaba un cochinito en un saco, y entonces...

—¿Veis lo que habéis hecho? —se quejó el conferenciante de Runas Modernas—. Ahora no habrá manera de pararlo.

—Podríamos intentar elevarla con magia. El Ascensor Sin Esfuerzo de Gindle bastará y sobraré.

—... y entonces el sumo sacerdote se dio la vuelta, je, je, ¡y qué cara puso! Luego el viejo Números dijo, ¿por qué no vamos a...?

—No es un uso muy digno de la magia —bufó el decano.

—Desde luego, es mucho más digno que levantar nosotros mismos a pulso ese jodido trasto por encima del muro, ¿no te parece? —insistió el conferenciante de Runas Modernas mientras se arremangaba—. Vamos, muchachos.

—... y luego vimos a Granos aporreando la puerta del Gremio de los Asesinos, y allí estaba el viejo Scummidge, que era el portero entonces, je, je, ni os lo imagináis, era un espanto, bueno, pues el caso es que salió, mmm, y en ese momento los guardias doblaron la esquina...

—¿Preparados? ¡Ya!

—... lo que me recuerda aquella vez en que «Pepinillo». Framer cogió un bote de pegamento y fue a...

—¡Por tu lado, decano!

Los magos gruñeron con el esfuerzo.

—... y, mmm, también recuerdo como si fuera ayer la cara que puso al...

—¡Ahora, bajadla por el otro lado!

Las ruedas de hierro tintinearono suavemente contra los guijarros del callejón. Poons asintió, sonriendo.

—Eran buenos tiempos, vaya si eran buenos tiempos —murmuró.

Y se quedó dormido.

Los magos salieron también, trepando muy despacio por el muro y saltando inseguros al otro lado, con los amplios traseros brillando a la luz de la luna. Llegaron al callejón, y se quedaron allí unos segundos, jadeantes.

—Dime, decano —resolló el conferenciante, apoyándose en la pared para evitar el temblor de las piernas—. ¿Hemos dado... órdenes... para que... hagan el muro... más alto... en los cincuenta... últimos años?

—Creo... que... no.

—Qué cosa más extraña. Antes yo lo saltaba como una gacela. Y no hace tanto tiempo. No hace tanto, desde luego.

Los magos se secaron las frentes y se miraron tímidamente unos a otros.

—Yo solía saltarlo casi todas las noches para tomarme una o... o varias jarras de cerveza —empezó el profesor.

—Yo, por las noches, estudiaba —señaló el decano escrupulosamente.

El profesor entrecerró los ojos.

—Sí, es verdad, siempre —dijo—. Lo recuerdo muy bien.

Los magos empezaban a aprehender la situación. Estaban fuera de la Universidad, de noche y sin permiso, por primera vez desde hacía décadas. Una cierta excitación contagiosa se transmitió de unos a otros. Cualquier observador atento al lenguaje corporal había estado dispuesto a apostar lo que fuera a que, después de la película, alguno sugeriría que, ya que estaban fuera, podían ir a cualquier sitio a beber algo, y luego otro sugeriría que ya que estaban en ello podían cenar, y siempre quedaría sitio para más bebidas, y al final darían las cinco de la madrugada y la Guardia de la ciudad llamaría respetuosamente a las puertas de la Universidad Invisible, para preguntar al archicanciller si podía ir a los calabozos a identificar a unos supuestos magos que estaban cantando canciones obscenas en un sexteto desacompañado, y que si de paso le importaría llevar algo de dinero para pagar los destrozos. Porque, en el interior de cada anciano, hay un joven preguntándose qué demonios ha pasado.

El profesor alzó la mano y se agarró el ala de su puntiagudo sombrero de mago.

—Bueno, muchachos —dijo—. Gorros fuera.

Todos se descubrieron, pero de mala gana. Los magos llegan a encariñarse mucho con sus sombreros puntiagudos. Les da cierta garantía de identidad. Pero, como había dicho al principio de la conversación el profesor, la gente sabía que eran magos gracias a los sombreros puntiagudos; por tanto, si se los quitaban, los confundirían con mercaderes adinerados o algo por el estilo.

El decano se estremeció.

—Me siento como si me hubiera quitado toda la ropa —tartamudeó.

—Los podemos meter debajo de la manta de Poons —señaló el profesor—. Nadie se dará cuenta de que somos nosotros.

—Ni siquiera nosotros —suspiró el conferenciante de Runas Modernas.

—Pensarán que somos... bueno, que somos ciudadanos corrientes.

—Así es como me siento —asintió el decano—. Como un ciudadano corriente.

—O comerciantes —insistió el profesor. Se pasó los dedos por el pelo blanco.

—Recordadlo —insistió—. Si alguien nos dice algo, no somos magos. Sólo honrados comerciantes que han salido a divertirse una noche, ¿de acuerdo?

—¿Qué pinta tiene un honrado comerciante? —preguntó uno de los magos.

—¿Cómo quieres que lo sepamos? —replicó el profesor—. Bien, la cuestión es que nadie deberá hacer nada de magia —prosiguió—. No hace falta que os

diga lo que pasará si el archicanciller se entera de que el personal docente ha asistido a espectáculos populares.

—Me preocupa mucho más que se enteren los estudiantes —se estremeció el decano.

—¡Barbas falsas! —intervino el conferenciante de Runas Modernas—. ¡Tendríamos que llevar barbas falsas! El profesor puso los ojos en blanco.

—Todos tenemos barba —le explicó—. A ver, ¿me quieres decir qué clase de disfraz sería una barba falsa para nosotros?

—¡Ah, eso es lo más agudo de la cuestión! —exclamó el conferenciante—. Nadie sospechará que, si llevamos barbas falsas, tenemos barbas de verdad debajo, ¿a que no?

El profesor abrió la boca para refutar semejante afirmación, pero luego titubeó.

—Bueno... —empezó.

—Pero ¿dónde vamos a conseguir barbas falsas a estas horas de la noche? —preguntó uno de los magos, dubitativo.

El conferenciante les dedicó una amplia sonrisa y se metió la mano en el bolsillo.

—No nos harán falta —dijo—. Eso es lo más ingenioso del asunto. He traído un rollo de alambre, ¿veis? Lo único que necesitaremos es cortar dos trozos cada uno, retorcernoslo alrededor de las patillas, y luego dejar que sobresalga en plan chapucero por encima de las orejas... así. —Hizo una demostración—. Y ya está.

El profesor lo miró.

—Increíble —dijo al final—. ¡Es verdad! ¡Parece que lleves una barba falsa muy mal hecha!

—Es sorprendente, ¿verdad? —asintió el profesor en tono alegre, tendiendo el alambre a sus colegas—. Todo es cuestión de cabezología.

Tras esto, hubo varios minutos de ajetreado trasteo, salpicados de algún que otro gemido cuando los magos se pinchaban con el alambre. Pero, al final, todos estuvieron preparados. Se miraron unos a otros con timidez.

—Si ponemos un almohadón, sin almohada, claro, debajo de la túnica del profesor, de manera que asome un poco la punta, parecerá que es un hombre delgado con una almohada en la barriga para hacerse pasar por gordo —sugirió uno de los magos.

Advirtió la mirada del profesor, y tuvo la sensatez de no insistir.

Dos de los magos agarraron los asideros de la tremenda silla de Poons, y la empujaron sobre los húmedos guijarros de la calle.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacéis? —quiso saber el anciano, que se había despertado de repente.

—Vamos a hacer de ciudadanos corrientes —le informó el decano.

—Qué divertido.

—¿Me oyes, muchacho?

El tesorero abrió los ojos.

La enfermería de la Universidad no era demasiado grande, y apenas la utilizaban. Los magos, por lo general, o tenían una salud de hierro, o estaban muertos. La única medicina que solían necesitar era cualquier fórmula contra la acidez y una habitación en penumbra hasta la hora de comer.

—Te he traído algo para leer —siguió la voz, con cierta timidez. El tesorero consiguió enfocar la vista sobre el lomo de Aventuras con arco y ballesta.

—Menudo golpe te llevaste, tesorero. Llevas todo el día noqueado.

El tesorero, débilmente, contempló el brillo rosa y anaranjado que, poco a poco, se fue concretando en la forma del rostro rosa y anaranjado del rostro del archicanciller en persona.

A ver, pensó, ¿cómo he llegado a...?

Se incorporó bruscamente y agarró al archicanciller por el cuello de la túnica. Y gritó a la cara rosa y anaranjada: —¡Está a punto de suceder algo espantoso!

Los magos caminaron por las calles a la escasa luz del ocaso. Hasta el momento, su disfraz funcionaba a la perfección. Los demás transeúntes hasta les daban empujones. Nadie daba jamás un empujón a un mago, al menos a sabiendas. Era una experiencia nueva para ellos.

Junto a la entrada del Odium, había una gran multitud, formando una cola que se perdía calle abajo. El decano hizo caso omiso de ella, y guió a sus colegas hacia las puertas.

—¡Eh! —los llamó alguien.

Alzó la vista hacia un troll de rostro enrojecido, que vestía un traje de aspecto militar y corte deleznable, con unas charreteras del tamaño de cazuelas, y sin pantalones.

—¿Sí?

—Eso de ahí es una cola —señaló el troll.

El decano asintió con educación. En Ankh-Morpork una cola era, casi por definición, algo con un mago a la cabeza.

—Ya lo veo —asintió—. Y está muy bien, desde luego. Ahora, si tiene la amabilidad de apartarse, entraremos a ocupar nuestras localidades.

El troll le clavó un dedo en el estómago.

—¿Quiénes creéis que sois? —preguntó—. ¿Magos, o algo por el estilo?

Esto arrancó una carcajada de los que aguardaban más cerca. El decano se

inclinó hacia delante.

—En realidad, sí, somos magos —siseó. El troll sonrió.

—A otro troll con esa roca —gruñó—. ¡Se nota a la legua que las barbas son falsas!

—Oye, escucha... —empezó el decano.

Pero su voz se convirtió en un aullido incoherente cuando el troll lo levantó por el cuello de la túnica y lo empujó a la calle.

—¡Tendréis que hacer cola como todos los demás! —exclamó. En la cola se oyó un coro de risas burlonas. El decano lanzó un gruñido y alzó la mano derecha, con los dedos separados...

El profesor lo agarró por el brazo.

—Sí, buena idea —siseó—. De mucho nos iba a servir, ¿eh? ¡Vamos!

—¿Adonde?

—¡Al final de la cola!

—¡Pero nosotros somos magos! ¡Nunca aguardamos nuestro turno para nada!

—Somos honrados comerciantes, ¿recuerdas? —replicó el profesor. Miró en dirección a los espectadores más cercanos, que lo miraban con caras raras—. Somos honrados comerciantes —repitió, más alto. Dio un codazo al decano—. Venga, empieza —siseó.

—¿Que empiece a qué?

—A decir algo comerciante.

El decano lo miró, boquiabierto.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó.

—¡Di lo que sea! ¡Todo el mundo nos está mirando!

—Oh. —El rostro del decano se contrajo en una mueca de terror, pero entonces se le ocurrió algo—. Qué manzanas tan bonitas —dijo—. Cómprelas ahora que aún están calientes. Son preciosas... ¿vale con eso?

—Supongo que sí. Venga, vamos al final...

Hubo una conmoción en el otro extremo de la calle. La gente se precipitó hacia delante. La cola rompió filas y atacó. Los honrados comerciantes se vieron rodeados de repente por una multitud que los empujaba con desesperación.

—¡Eh, hay que respetar la cola! —exclamó el honrado comerciante de Runas Modernas con timidez, mientras lo empujaban de un lado a otro.

El decano agarró por el hombro a un muchacho que le estaba clavando un codo con ferocidad.

—¿Qué pasa aquí, joven? —exigió saber.

—¡Ya vienen! —gritó el chico.

—¿Quién viene?

—¡Las estrellas!

Los magos alzaron la vista como un solo hombre.

—No, qué va —replicó el decano.

Pero el chico ya se había liberado de su mano, y se había perdido entre la marea de gente.

—Es una extraña superstición primitiva —señaló el decano en tono despectivo.

Los magos, con excepción de Poons, que se estaba quejando y blandía el bastón a diestro y siniestro, se pusieron de puntillas para intentar ver algo.

El tesorero encontró al archicanciller en uno de los pasillos.

—¡No hay nadie en la sala No-Común —gritó.

—¡La biblioteca está desierta! —aulló el archicanciller.

—Había oído hablar de este tipo de cosas —gimió el tesorero—. Nosequéos espontáneos. ¡Todos se han vuelto espontáneos!

—Calma, hombre, calma. Sólo porque...

—¡Es que ni siquiera encuentro a los criados! ¡Ya sabes lo que pasa cuando la realidad se esfuma! Probablemente, en este mismo momento los gigantescos tentáculos de...

Se oyó un uuhhmm... uuhhmm... lejano, seguido por el ruido de los perdigones estrellándose contra la pared.

—Y siempre en la misma dirección —murmuró el tesorero.

—¿En qué dirección?

—¡La dirección desde donde vendrán Ellos! ¡Creo que me voy a volver loco!

—Venga, venga —lo tranquilizó el archicanciller, dándole palmaditas en el hombro—. No puedes ir por ahí hablando de esa manera. Es de locos.

Ginger, aterrorizada, miró por la ventanilla del carruaje.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó.

—Son admiradores —explicó Ecurridizo.

—¿Y qué miran?

—Mi tío quiere decir que es gente a la que le gusta veros en las películas —explicó Soll—. Eh... les gustáis mucho.

—Ahí fuera también hay mujeres —dijo Victor. Se arriesgó a hacer un cauteloso gesto de saludo. Entre la multitud, una mujer se desmayó.

—Eres famosa —dijo—. Me dijiste que siempre habías querido ser famosa.

Ginger volvió a mirar a la multitud.

—¡Pero no me imaginaba que sería así! ¡Están gritando nuestros nombres!

—Nos hemos esforzado mucho para que todo el mundo se interesara por Lo que la Tempestad se Llevó —asintió Soll.

—Sí —corroboró Ecurridizo—. Hemos dicho que es la película más

importante en toda la historia de Holy Wood.

—La verdad es que sólo llevamos un par de meses haciendo películas —señaló Ginger.

—¿Y qué? Dos meses siguen siendo una historia, aunque sea breve —bufó el ex vendedor de salchichas.

Victor vio la expresión en el rostro de Ginger. ¿Cuándo se habría iniciado en realidad la historia de Holy Wood? Quizá hubiera alguna piedra calendario de la antigüedad en el lecho marino, entre las langostas. O a lo mejor no había manera de medir el tiempo en este caso. ¿Cómo se puede calcular la edad de una idea?

—También van a asistir muchas personalidades importantes —señaló Escurridizo—. El patricio, todos los nobles, los presidentes de los gremios, y algunos sumos sacerdotes. Los magos no, claro, malditos vejesterios engreídos. Pero será una noche memorable, eso os lo garantizo.

—¿Tendrán que presentarnos a todos? —quiso saber Victor.

—No. Os los presentarán a vosotros —lo corrigió Escurridizo—. Será la mayor emoción de sus vidas. Victor volvió a contemplar la multitud.

—¿Son imaginaciones mías, o empieza a haber niebla? —preguntó.

Poons asestó un golpe con el bastón a las piernas del profesor.

—¿Qué pasa? —quiso saber—. ¿Por qué aplaude todo el mundo?

—El patricio acaba de bajar de su carruaje —le informó el profesor.

—Pues no veo qué tiene eso de asombroso —refunfuñó Poons—. Yo he bajado de carruajes cientos de veces. No tiene ningún mérito.

—Es un poco extraño —tuvo que admitir el profesor—. Y también han aplaudido al presidente del gremio de los asesinos, y al sumo sacerdote de lo el Ciego. Y ahora, acaban de desenrollar una alfombra roja.

—¿Qué? ¿En la calle? ¿En Ankh-Morpork?

—Sí.

—No me gustaría tener que pagar la factura de la tintorería —dijo Poons.

El conferenciante de Runas Modernas dio un buen codazo en las costillas al profesor. En realidad, le dio un codazo en el punto donde debían de encontrarse las costillas, bajo los estratos de grasa fruto de cincuenta años de excelentes cenas.

—¡Callaos! —siseó—. ¡Ya vienen!

—¿Quién?

—Parece que alguien importante.

El rostro del profesor se contrajo en una mueca de terror bajo la auténtica barba falsa.

—No pensaréis que han invitado al archicanciller, ¿verdad?

Los magos trataron de encogerse dentro de sus túnicas, como si fueran



tortugas.

La verdad era que se trataba de un carruaje mucho más impresionante que cualquiera de los destartados vehículos que poblaban las cocheras de la Universidad. La multitud se precipitó contra la barrera de trolls y guardias de la ciudad. Todos contemplaban con expectación la puerta del carruaje. Hasta el aire mismo parecía vibrar.

El señor Bezam, tan henchido de orgullo que parecía a punto de flotar por los aires, se acercó a la puerta del carruaje, y la abrió.

La multitud contuvo el aliento colectivo, a excepción de una pequeña parte de ella, que golpeaba con su bastón a todos los que le rodeaban.

—¿Qué está pasando? —preguntaba—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué nadie me dice qué está pasando? ¡Exijo que alguien me diga, mmm, qué está pasando!

La puerta permaneció cerrada. Ginger se había aferrado al picaporte como si fuera un salvavidas.

—¡Ahí fuera hay miles de personas! —gritó—. ¡No puedo salir!

—¡Pero si son los que ven tus películas! —le suplicó Soll—. ¡Son tu público!

—¡No!

Soll se llevó las manos a la cabeza.

—¿No la puedes convencer? —preguntó a Víctor.

—Ni siquiera estoy muy seguro de poder convencerme a mí mismo.

—¡Pero si ya habéis pasado días delante de toda esa gente! —señaló Ecurridizo.

—No es verdad —replicó Ginger—. Allí sólo estaba usted, y los operadores, y los trolls, y los demás. Eso era diferente. Además, en realidad, no era yo. Era Delores De Syn.

Victor, pensativo, se mordisqueó el labio.

—Entonces, quizá la que debería salir es Delores De Syn —señaló.

—¿Cómo voy a hacerlo?

—Bueno... ¿por qué no haces como si fuera una película?

Los Ecurridizo, tío y sobrino, intercambiaron una mirada. Luego, Soll se llevó las manos a la cara, con los dedos formando un círculo, como si fuera el ojo de la caja de imágenes. Ecurridizo, tras un codazo de complicidad, le puso una mano en la cabeza y empezó a dar vueltas a la manivela invisible de su oreja.

—¡Acción! —ordenó.

La puerta del carruaje se abrió.

La multitud dejó escapar el aliento en un monstruoso suspiro. Victor salió del



—¡Oh, dioses, mira a toda esa gente que espera para que nos la presenten!

—Ya los veo —asintió Victor.

—¡Pero son importantes!

—Creo que nosotros también.

—¿Por qué?

—Porque somos nosotros. Es lo que tú dijiste aquella vez en la playa. Somos nosotros, tan grandes como es posible. Es lo que querías. Somos...

Se detuvo.

El troll situado ante la puerta del Odium le dedicó un saludo titubeante. Cuando se llevó la mano a la oreja, el ruido del golpe resultó audible incluso por encima del rugido de la multitud...

Gaspode se tambaleó a toda velocidad callejón abajo, mientras Laddie trotaba obediente tras él, pisándole los talones. Nadie les había prestado la menor atención cuando saltaron (en el caso de Gaspode sería más correcto decir «cayeron») del carruaje.

—Pasarnos toda la noche en un local lleno de gente no es el mejor plan que se me ocurre —murmuró Gaspode—. Esto es la gran ciudad. No Holy Wood. Tú ven conmigo, cachorro, y no te pasará nada. Primera parada, la puerta trasera de Harga, La Casa de las Costillas. Allí me conocen. ¿De acuerdo?

—¡Buen chico Laddie!

—Claro —asintió Gaspode.

—¡Mira lo que lleva puesto! —se sorprendió Victor.

—Una chaqueta de terciopelo rojo con cordones dorados —dijo Ginger por el rabillo de la boca—. ¿Y qué? No habría sido mala idea que la complementara con un par de pantalones.

—Oh, dioses —jadeó el joven.

Entraron en el iluminado vestíbulo del Odium.

Bezam se había esforzado al máximo. Trolls y enanos habían trabajado allí de sol a sol para acabarlo todo a tiempo.

Había cortinas rojas afelpadas, y columnas, y espejos.

Hasta la última superficie aparecía cubierta de querubines regordetes y frutas variadas, todo pintado de color dorado.

Era como entrar en una caja de bombones carísimos.

O en una pesadilla. Victor casi esperaba oír de un momento a otro el rugido del mar, y ver caer los cortinajes, transformados en una mancha de lodo negro.

—Oh, dioses —repitió.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Ginger, sonriendo fijamente a la hilera de

personalidades de la ciudad que aguardaban el momento de las presentaciones.

—Ahora lo verás —dijo Victor con voz ronca—. ¡Es Holy Wood! ¡Han traído Holy Wood a Ankh-Morpork!

—Sí, pero...

—¿No recuerdas nada de aquella noche, en la colina? ¿Antes de que te despertaras?

—Ya te dije que no.

—Ahora lo verás —repitió Victor.

Contempló el ornamentado caballete que había cerca de una de las paredes.

Decía: « ¡Tres sesiones al día! » .

Y Victor recordó las dunas de arena, los antiguos mitos, las langostas.

La cartografía nunca había sido un arte muy preciso en el Mundodisco. Todos los que lo intentaban empezaban con buenas intenciones, pero luego se dejaban arrastrar por el entusiasmo que despertaban en ellos las ballenas, los monstruos, las olas y otros adornos del mobiliario cartográfico, y se les olvidaba incluir los aburridos ríos y montañas.

El archicanciller puso un abarrotado cenicero en la esquina que amenazaba con enrollarse. Pasó un dedo por la arrugada superficie.

—Aquí dice « Hay dragones » —señaló—. Y dentro de la ciudad. Qué cosas.

—No, sólo es el Refugio para Dragones Enfermos de Lady Ramkin —aclaró el tesorero en tono distraído.

—Y aquí dice, « Terra Incógnita » —siguió el archicanciller—. ¿Por qué?

El tesorero se inclinó para ver mejor.

—Bueno, probablemente es mucho más interesante que dibujar muchos campos de repollos.

—Aquí pone « Hay dragones » , otra vez.

—Eso, creo, es una mentira.

El pulgar calloso del archicanciller siguió en la dirección que habían deducido. Apartó un par de moscas muertas.

—Aquí no hay absolutamente nada —dijo. Se inclinó un poco más—. Sólo el mar y ... —Entrecerró los ojos—. Holy Wood. ¿Qué es eso?

—¿No es el lugar a donde se fueron todos los alquimistas? —señaló el tesorero.

—Ah, sí.

—Supongo —tutubeó el tesorero que no estarán haciendo nada mágico...

—¿Los alquimistas? ¿Magia?

—Lo siento, qué tontería he dicho, ya lo sé. El portero me contó que se dedican a hacer espectáculos de sombras, creo. O de marionetas. O de algo así. La verdad es que no presté mucha atención. Es decir... ¿los alquimistas? Naaaa... Los asesinos, pase. Los ladrones, pase. Hasta los comerciantes... los comerciantes pueden llegar a ser muy retorcidos. Pero en cambio, los

alquimistas... no conozco a seres más bienintencionados, despistados, chapuceros...

Su voz se fue apagando a medida que las orejas comprendían lo que decía su boca.

—No se atreverían, ¿verdad? —tartamudeó.

—¿No?

El tesorero dejó escapar una carcajada hueca.

—Naaa, qué va. ¡No se atreverían! Saben que les pondríamos las cosas muy difíciles si osaran practicar magia aquí... Volvió a quedarse sin voz.

—Estoy seguro de que no se atreverían —insistió.

—Ni siquiera tan lejos —insistió.

—No se atreverían —insistió.

—Nada de magia. ¿Verdad? —insistió.

—¡Nunca he confiado en esos cabrones de manos sucias! —insistió—. Jamás han sido como nosotros. ¡Ni siquiera saben lo que es la dignidad!

La multitud que se aglomeraba en torno a la taquilla estaba cada vez más airada.

—¿Os habéis revisado todos los bolsillos? —insistió el profesor.

—¡Sí! —gimió el decano.

—Pues revisadlos otra vez.

Por lo que a los magos respectaba, el concepto de «pagar» era una desgracia que les sucedía a los demás. Un sombrero puntiagudo solía allanar todos los obstáculos.

Mientras el decano se revisaba frenético los pliegues de la túnica, el profesor dirigió una sonrisa enloquecida a la joven que vendía las entradas.

—Pero, querida, te aseguro que somos magos —insistió a la desesperada.

—Se nota de lejos que las barbas son falsas —bufó la chica—. Además, aquí estamos acostumbrados a todos los trucos. ¿Cómo sé yo que no eres tres niños con la chaqueta de vuestro padre?

—¡Señorita!

—Yo tengo dos dólares y quince peniques —dijo el decano, rescatando las monedas de entre un puñado de pelusa y misteriosos objetos mágicos.

—Entonces, tenéis para dos entradas en el patio de butacas —dijo la chica, desenrollando de mala gana dos cartoncitos. El profesor los recogió a toda velocidad.

—Entonces, entraré yo con Windle —dijo rápidamente, volviéndose hacia los demás—. Me temo que vosotros tendréis que volver a comerciar honradamente.

Hizo un gesto apurado con las cejas.

—No entiendo por qué... —empezó el decano.

—Si no, llegaremos con retraso —insistió el profesor, haciendo evidentes

gestos discretos—. Si no volvéis atrás.

—Oye, tú, el dinero era mío, y no pienso... —se enfadó el decano. Pero el conferenciante de Runas Modernas lo cogió por el brazo.

—Calla y ven —dijo. Hizo un guiño largo, decidido, en dirección al profesor—. Es hora de que vayamos atrás.

—Sigo sin entender... —se quejó el decano mientras se lo llevaban casi a rastras.

Las nubes grises se arremolinaban en el espejo mágico del archicanciller. Casi todos los magos tenían espejos mágicos, pero había pocos que se tomaran la molestia de utilizarlos. Eran confusos y poco fiables. Ni siquiera resultaban muy útiles para afeitarse.

Ridcully, en cambio, era sorprendentemente aficionado a ellos.

—Para acechar las presas —dijo a modo de explicación—. No soportaba tanto arrastrarme por encima de helechos húmedos durante horas, diantres. Sírverte algo de beber, hombre. Y ponme una copa a mí también.

Las nubes se movieron un poco.

—Creo que no veo nada más —dijo—. Qué cosa más rara, no hay más que niebla.

El archicanciller carraspeó. El tesorero empezaba a darse cuenta de que, contra todas las apariencias, su superior era bastante inteligente.

—¿Has visto alguna vez uno de estos espectáculos con sombras de imágenes de marionetas en acción? —preguntó Ridcully.

—Suelen ir los criados —replicó el tesorero. Ridcully dedujo que aquello significaba «no».

—Pues me parece que deberíamos ir a echar un vistazo —decidió.

—Como tú digas, archicanciller —dijo el tesorero con humildad.

Una regla inquebrantable que siguen todos los edificios donde se exhiben imágenes en acción, a lo largo y ancho de todo el multiverso, es que lo espantoso de la arquitectura por la parte de atrás es directamente proporcional a lo suntuoso de la arquitectura por la parte de delante. Por delante: columnas, arcos, panes de oro, luces. Por detrás: extrañas tuberías, misteriosos tramos de cañerías, paredes sucias, callejones fétidos.

Y la ventana de los lavabos.

—No hay motivo alguno para que hagamos esto —gimió el decano mientras los magos forcejeaban en la oscuridad.

—Cállate y sigue empujando —jadeó el conferenciante de Runas Modernas, desde el otro lado de la ventana.

—Podríamos haber transformado cualquier cosa en dinero —insistió el decano—. Una simple ilusión rápida, nada más. ¿Qué tiene eso de malo?

—Es devaluar la moneda —replicó el conferenciante—. Por hacer algo así, te pueden tirar al pozo de los escorpiones. ¿Dónde estoy poniendo el pie? ¿Dónde estoy poniendo el pie?

—No pasa nada —lo tranquilizó uno de los magos—. Venga, decano, para arriba.

—Oh, cielos —gimió el decano mientras lo empujaban por el estrecho ventanuco, hacia la oscuridad inmenable que había más allá—. De esto no puede salir nada bueno.

—Mira, tú ten cuidado con dónde pones los pies. ¡Vaya, mira lo que has hecho! ¿No te dije que tuvieras cuidado? ¡Vamos, entra de una vez!

Los magos caminaron de puntillas (el decano chapoteó furtivamente) por el área reservada detrás del escenario, para adentrarse en el abarrotado auditorio, donde Windle Poons les estaba guardando unos cuantos asientos por el sencillo y expeditivo sistema de blandir el bastón ante cualquiera que se acercara a ellos. Se metieron como pudieron, tropezando unos con las piernas de otros, hasta que, por fin, pudieron sentarse.

Contemplaron el sombrío rectángulo gris al otro lado de la sala.

Durante un rato.

—La verdad, no entiendo por qué le gusta tanto a la gente —dijo el profesor al final.

—¿Han hecho ya el «conejo deforme»? —preguntó el conferenciante de Runas Modernas.

—Aún no ha empezado —siseó el decano.

—Tengo hambre —se quejó Poons—. Soy un anciano, mmm, y tengo hambre.

—¿Sabéis lo que hizo? —bufó el profesor—. ¿Sabéis lo que hizo este viejo idiota? Cuando una joven con una antorcha nos acompañó hasta nuestros asientos, le dio un pellizco en... ¡al final de la espalda!

Poons dejó escapar una risita.

—¡Jejeje! ¿Ya sabe tu madre que sales de noche? —cloqueó alegremente.

—Esto es demasiado para él —siguió quejándose el profesor—. No deberíamos haberlo traído.

—¿Os habéis dado cuenta de que nos estamos perdiendo la cena? —señaló el decano.

Al recordarlo, los magos se quedaron en silencio. Una mujer corpulenta pasó junto a la silla de Poons, y se sobresaltó bruscamente. Miró a su alrededor con gesto de sospecha, pero no vio más que a un encantador ancianito, que, evidentemente, dormitaba.

—Y los martes ponen ganso asado —suspiró el decano.

Poons abrió un ojo e hizo sonar la bocina de la silla de ruedas.

—¡Je, je! ¡Juerga, juerga, marcha! —exclamó.

—¿Veis lo que quiero decir? —señaló el profesor—. No sabe ni en qué siglo estamos.

Poons clavó en él unos ojos brillantes.

—Puede que sea viejo, mmm, y un poco tonto, vale —dijo—. Pero no pienso pasar hambre.

Rebuscó por las recónditas profundidades de su silla de ruedas, y sacó una grasienta bolsita negra. El contenido de la bolsita tintineaba.

—Antes, a la entrada, vi a una jovencita que vendía una comida especial para las imágenes en acción —dijo.

—¿Quieres decir que tú tenías dinero? —casi gritó el decano—. ¿Y no nos lo dijiste?

—No me lo preguntasteis —respondió Poons.

Los magos contemplaron la bolsa con gesto hambriento.

—Tienen pajaritos con mantequilla, y salchichas en panecillos, y cosas de chocolate con cosas encima... —explicó Poons. Les dirigió una sonrisa astuta y desdentada—. Coged si queréis —ofreció generosamente.

El decano fue marcando las compras en la lista.

—Bueno —dijo—, así que son seis paquetes patricio-size de pajaritos con doble de mantequilla, ocho salchichas en panecillo, un supervaso de bebida burbujeante, y una bolsa de pasas cubiertas de chocolate.

Tendió el dinero.

—Eso es —asintió el profesor, al tiempo que recogía los paquetes—. Oye, ¿no deberíamos comprar algo también para los demás?

En la sala desde la cual se proyectaban las imágenes, Bezam maldecía entre dientes mientras metía el enorme rollo de Lo que la Tempestad se Llevó en la máquina.

A pocos metros de allí, en una zona del palco protegida con cuerdas, el patricio de Ankh-Morpork, Lord Vetinari, tampoco estaba demasiado cómodo.

Tenía que admitir que se trataba de una pareja de jóvenes muy agradables. Lo que pasaba era que no estaba seguro de por qué se encontraba sentado junto a ellos, ni de por qué eran tan importantes.

Estaba acostumbrado a la gente importante, o al menos a gente que se creía importante. Los magos llegaban a ser importantes por sus hazañas mágicas. Los ladrones llegaban a ser importantes por sus atrevidos robos, igual que los comerciantes, aunque con ciertos matices. Los guerreros llegaban a ser importantes tras vencer en las batallas y seguir vivos. Los asesinos se hacían importantes por sus habilidosas inhumaciones. Había muchos caminos que



llevaban a la importancia, pero todos eran tangibles, todos se podían comprender. Tenían cierta lógica.

Mientras que aquellas dos personas, lo único que habían hecho era moverse de una manera interesante delante de la nueva maquinaria de las imágenes en acción. Comparado con ellos, hasta el actor más inútil de la ciudad era un genio de la interpretación, pero a nadie se le ocurriría abarrotar las calles y gritar su nombre.

Era la primera vez que el patricio acudía a ver las imágenes en acción. Por lo que alcanzaba a discernir, Víctor Maraschino era famoso por una especie de mirada fogosa que hacía que las señoras de mediana edad, a las que él personalmente habría considerado más sensatas, se desmayaran en los pasillos; y la especialidad de la señorita De Syn era comportarse lánguidamente, abofetear a la gente y tener un aspecto sensacional tendida entre cojines de seda.

Mientras que él, el patricio de Ankh-Morpork, gobernaba la ciudad, protegía la ciudad, amaba la ciudad, detestaba la ciudad y se había pasado toda la vida al servicio de la ciudad...

Y, mientras el pueblo llano ocupaba las localidades menos privilegiadas, su agudo oído había captado un fragmento de conversación.

—¿Quién es ése de ahí arriba?

—¡Es Víctor Maraschino, está con Delores De Syn! ¿Es que no sabes nada o qué?

—Me refiero al tipo alto, el de negro.

—Ah, ni idea. Supongo que algún pez gordo.

Sí, aquello era fascinante. Por lo visto, uno se podía hacer famoso sólo por el hecho de ser... bueno, famoso. Le pasó por la cabeza que aquello podía llegar a ser algo extremadamente peligroso, y probablemente algún día se viera obligado a matar a alguien, aunque con pesar<sup>[24]</sup>.

Entretanto, había una especie de gloria secundaria que venía dada por el hecho de estar en compañía de los admirados. Y, para su sorpresa, lo estaba disfrutando.

Además, estaba sentado muy cerca de la señorita del Syn, y la envidia del resto del público era tan palpable que casi podía saborearla. No se podía decir otro tanto de la bolsa de cosas blancas, algodonosas, que le habían dado para comer.

Sentado a su otro lado, aquel tipo espantoso, Escurridizo, le estaba explicando la mecánica de las imágenes en acción, en la errónea creencia de que el patricio le prestaba alguna atención.

De pronto, sonaron los aplausos.

El patricio se inclinó un poco hacia Escurridizo.

—¿Por qué están apagando las lámparas? —le preguntó.

—Ah, señor —sonrió el ex vendedor de salchichas—, eso es para que se vean

mejor las imágenes.

—¿De verdad? Cualquiera habría imaginado que, sin luz, las imágenes se verían mucho peor —señaló.

—Con las imágenes en acción no pasa eso, señor —respondió Ecurridizo.

—Fascinante.

El patricio se inclinó hacia el otro lado, en dirección a Ginger y a Victor. Se sorprendió un poco al darse cuenta de que los dos parecían muy nerviosos. Lo había notado en cuanto entraron en el Odium. El joven miraba todos aquellos ridículos adornos de las paredes como si le dieran un miedo espantoso; y, cuando la chica entró en la sala, la oyó contener un gemido.

Ambos parecían conmocionados.

—Supongo que, para vosotros, todo esto es de lo más corriente —dijo.

—No —le respondió Victor—. La verdad es que no. Nunca habíamos estado en uno de estos locales.

—Sólo una vez —señaló Ginger con amargura.

—Sí. Sólo una vez.

—Bueno, pero vosotros hacéis imágenes en acción —señaló el patricio con amabilidad.

—Sí, pero nunca llegamos a verlas. Sólo algunos fragmentos, cuando los operadores las están pegando. Las únicas películas que yo he visto se proyectaban al aire libre, sobre una sábana vieja —dijo el joven.

—De manera que todo esto os resulta nuevo... —insistió el patricio.

—No exactamente —respondió Victor, con el rostro ceniciento.

—Fascinante —dijo el patricio.

Y se volvió para seguir no escuchando a Ecurridizo. No había llegado a ocupar el lugar que ocupaba molestándose en descubrir cómo funcionaban las cosas. Lo que le intrigaba era cómo funcionaba la gente.

En la misma hilera, más lejos, Soll se inclinó hacia su tío y le puso un trocito de película en el regazo.

—Creo que esto es tuyo —dijo dulcemente.

—¿Qué es? —quiso saber Ecurridizo.

—Bueno, me pareció que no estaría de más echar un vistazo rápido a la película antes de la proyección...

—¿Sí? —suspiró el hombre.

—Y ¿adivinas lo que encontré en medio de la escena de la ciudad en llamas? Nada menos que cinco minutos enteros de película, en los que sólo aparecía un plato de costillas magras con salsa especial de cacahuete de Harga. Sé muy bien por qué, claro. Lo que me gustaría saber es por qué esto.

Ecurridizo sonrió, con gesto culpable.

—Bueno, tal como lo veo yo —empezó—, si una simple imagen rápida puede hacer que la gente quiera comprar cosas, imagina lo que harán cinco minutos

enteros.

Soll se lo quedó mirando.

—Esto me duele, de verdad —insistió Escurridizo—. No confiaste en mí. No confiaste en tu propio tío. Después de que te prometí solemnemente que no volvería a intentar nada, seguiste sin confiar en mí. Esto me duele, Soll. Me duele mucho. ¿Qué ha sido de la integridad?

—Supongo que se la vendiste a alguien, tío.

—Esto me duele mucho, de veras.

—Pero tú no cumpliste tu promesa, tío.

—Eso no tiene nada que ver. Es una cuestión de negocios. Ahora estamos hablando de la familia. Tienes que aprender a confiar en tu familia, Soll. Sobre todo, en mí.

Soll se encogió de hombros.

—Bueno. De acuerdo.

—¿De verdad?

—Sí, tío. —Soll sonrió—. Te lo prometo solemnemente.

—¡Así me gusta, muchacho!

Al otro lado de la hilera, Victor y Ginger contemplaban la pantalla vacía con horror.

—Sabes lo que va a suceder, ¿verdad? —susurró la chica.

—Sí. De un momento a otro, alguien empezará a tocar música en un agujero del suelo.

—Entonces, ¿en esa cueva de verdad se proyectaban películas?

—Creo que sí, más o menos —asintió Victor con cautela.

—Pero la pantalla de aquí no es más que una pantalla. No es... bueno, es una pantalla. Una simple sábana, sólo que de más calidad. No tiene...

Se oyó una ráfaga de sonido procedente del vestíbulo. Con un sonido rechinante y el siseo del aire escapándose a la desesperada, la hija de Bezam, Caliope, se elevó lentamente del suelo, tocando una pequeña gaita con todo el entusiasmo de varias horas de práctica y los esfuerzos combinados de dos trolls vigorosos que manejaban los fuelles entre bastidores. Era una joven regordeta; y, fuera cual fuera la pieza que estaba tocando, nadie la reconoció.

Abajo, en las localidades, el decano pasó una bolsa al profesor.

—Choke una pasa cubierta de chocolate —ofreció. El profesor arrugó la nariz.

—Parecen cacas de rata —dijo.

El decano examinó el contenido en la penumbra.

—Lo son —dijo—. La bolsa se me cayó antes al suelo. Ya me parecía a mí que no estaba tan llena.

—¡Shhh! —ordenó una mujer, en la fila de detrás. Windle Poons giró la cabeza como un imán.

—¿Qué vas a hacer luego, guapa? —cloqueó.

La intensidad de las luces bajó aún más. La pantalla se iluminó. En ella aparecieron números, que parpadeaban rápidamente en una cuenta atrás.

Caliope contempló con atención la partitura que tenía delante. Se arremangó, se apartó el pelo de los ojos, y arremetió contra una animosa melodía que los más voluntariosos identificaron como el antiguo himno de la ciudad de Ankh-Morpork<sup>[25]</sup>.

Las luces se apagaron.

El cielo parpadeaba. Aquello no era una niebla corriente. Proyectaba una luz plateada, de tono pizarra, que temblaba por dentro como una mezcla entre la Aurora Coriolis y un relámpago veraniego.

Sobre la zona de Holy Wood, el cielo estaba desgarrado por los rayos. Se veían incluso desde el callejón de La Casa de las Costillas de Sham Harga, donde dos perros disfrutaban de la oferta especial « Todo lo que puedas llevarte de la cocina a hurtadillas, gratis» .

Laddie alzó la vista y gruñó.

—Te comprendo —asintió Gaspode—. Ya dije yo que era ominoso. Espero que todo el mundo recuerde que lo dije. Su pelo chisporroteaba.

—Vamos —suspiró—. Tenemos que avisar a la gente. Eso se te da bien.

Clicaclicaclica...

Era el único sonido que se escuchaba en el Odium. Caliope había dejado de tocar y tenía la vista clavada en la pantalla.

Todas las bocas estaban abiertas. Se cerraban sólo para masticar puñados de pajaritos.

Victor era vagamente consciente de haber intentado combatirlo. Había intentado apartar la vista. Incluso en aquel momento, una vocecilla dentro de su propia mente le decía que las cosas iban mal, muy mal. Pero él no hacía caso. Obviamente, las cosas iban bien, muy bien. Había participado en el coro de suspiros mientras la heroína trataba de defender la vieja mina de la familia en un Mundo Enloquecido... se había estremecido en las batallas de la guerra. Había observado la escena de la sala de baile inmerso en una nube de romanticismo. Había... de pronto, notó una sensación fría contra su pierna. Era como si le hubieran metido un cubito de hielo a medio derretir por la pernera de los pantalones. Intentó hacer caso omiso, pero la sensación tenía un algo que no lo permitía. Bajó la vista.

—Mil perdones —dijo Gaspode.

Victor consiguió enfocar la mirada. Al momento, sintió que sus ojos se veían arrastrados de nuevo hacia la pantalla, donde una enorme versión de sí mismo estaba besando a una enorme versión de Ginger.

Volvió a sentir el frío pegajoso en la pierna. De nuevo, salió a la superficie.

—Si quieres, te puedo morder —ofreció Gaspode.

—Yo... eh... yo... —empezó Victor.

—Puedo morder muy fuerte —añadió el perro—. Sólo tienes que decirlo.

—No, eh...

—Ominoso, justo lo que dije yo, ominoso. Ominoso, ominoso, ominoso. Laddie ha estado ladrando hasta quedarse afónico, y nadie le hace caso. Así que decidí probar con el viejo truco de la nariz fría. Nunca falla.

Victor miró a su alrededor. El resto del público contemplaba la pantalla como si estuvieran dispuestos a quedarse en sus asientos durante... durante...

... durante toda la eternidad.

Cuando levantó bruscamente los brazos del asiento, sus dedos chisporrotearon. El aire tenía un tacto aceitoso que hasta los estudiantes de magia aprendían pronto a identificar con una vasta acumulación de potencial mágico. Y, en la sala, había niebla. Era ridículo, pero allí estaba, cubriendo el suelo como una marea plateada.

Sacudió el hombro de Ginger. Le pasó una mano por delante de los ojos. Le gritó al oído.

Luego intentó hacer lo mismo con el patricio, y con Escurridizo. Todos cedían ante la presión, pero, en cuanto los soltaba, volvían suavemente a su sitio.

—La película les está haciendo algo —dijo—. Tiene que ser la película. Pero no lo entiendo, ¡no lo entiendo! Es una película vulgar y corriente. En Holy Wood no usamos magia. Al menos... no es magia normal...

Se abrió paso empujando las rodillas que encontró en su camino, hasta llegar al pasillo. Lo recorrió rápidamente entre los tentáculos de la niebla. Golpeó la puerta de la sala desde donde se proyectaban las imágenes. Al no obtener respuesta, la derribó de una patada.

Bezam estaba contemplando la pantalla a través de un diminuto ventanuco horadado en la pared. El proyector de imágenes seguía cliqueteando alegremente por su cuenta. Nadie daba vueltas a la manivela. Al menos, se corrigió Victor, nadie que él pudiera ver.

Se oyó un retumbar lejano. El suelo tembló.

Se arriesgó a echar un rápido vistazo a la pantalla. Reconoció la escena. Era poco antes de que se quemara Ankh-Morpork.

Su mente trabajaba a toda velocidad. ¿Cómo era la frase que se solía decir sobre los dioses? ¿Que no existirían si la gente no creyera en ellos? La misma teoría se podía aplicar a todo. La realidad era lo que sucedía en la mente de la gente. Y, delante de él, cientos de personas estaban creyendo de verdad lo que veían...

Victor rebuscó apresuradamente entre los trastos que abarrotaban la mesa de trabajo de Bezam. No encontró ni unas tijeras, ni un cuchillo, ni nada por el estilo. La máquina seguía cliqueteando, rebobinando realidad del futuro al pasado.

Oyó la voz de Gaspode, casi como en un sueño.

—Bueno, os he salvado a todos, ¿eh?

Por lo general, en el cerebro suelen resonar los gritos de varios pensamientos irrelevantes, todos intentando llamar la atención a la vez. Hace falta que tenga lugar una verdadera emergencia para que se callen. En aquel momento, estaban callados. Un pensamiento claro, que llevaba mucho tiempo tratando de hacerse oír, había conseguido que su voz resonara en el silencio.

¿Y si hubiera algún punto donde la realidad fuera un poco más delgada que en los demás sitios? ¿Y si se hiciera algo que debilitara todavía más esa capa de realidad? Los libros no lo hacían. Ni siquiera el teatro habitual lo hacía, porque, en lo más profundo de su corazón, los espectadores saben que están viendo a gente con ropas raras sobre un escenario. Pero Holy Wood entraba directamente por los ojos y llegaba al cerebro. El corazón pensaba que todo era real. Las películas sí lo hacían.

Eso era lo que había bajo la Colina de Holy Wood. Los habitantes de la vieja ciudad habían usado el agujero en la realidad para divertirse. Y, entonces, las Cosas los habían encontrado.

Y ahora la gente lo estaba haciendo otra vez. Era como aprender a hacer juegos malabares con antorchas en una fábrica de fuegos artificiales. Las Cosas habían estado aguardando su oportunidad...

Pero ¿por qué seguía sucediendo aquello? Había detenido a Ginger.

La película seguía su curso. Parecía haber una niebla alrededor de la caja proyectora de imágenes, algo que difuminaba su perfil.

Agarró la manivela que giraba. Opuso resistencia un instante, antes de romperse. Victor apartó suavemente a un lado a Bezam, que se cayó de la silla. La cogió y golpeó con ella la caja proyectora. La silla se hizo pedazos. Abrió la caja por detrás y sacó las salamandras. Aun así, la película siguió desarrollándose en la pantalla.

El edificio tembló de nuevo.

Sólo tienes una oportunidad, pensó, y luego muertes.

Se quitó la camisa y se envolvió la mano con ella. Luego agarró la tira de película, y la arrancó.

La caja se movió bruscamente hacia atrás. La película se siguió desenrollando en brillantes rizos, que caían al suelo como serpientes.

Clicaclic... a... clic.

Las ruedecillas se detuvieron.

Con cautela Victor pisoteó el montón de película que tenía a los pies. Casi esperaba que, de un momento a otro, le atacara.

—¿Qué, hemos salvado al mundo, o no? —dijo Gaspode—. La verdad es que me gustaría saberlo.

Victor miró hacia la pantalla.

—No —dijo.

Aún había imágenes. No eran muy claras, pero se podían distinguir las formas difusas de Ginger y de él mismo, aferrándose a la existencia. Y la pantalla, la pantalla en sí, se movía. Se abultaba en algunas zonas, había ondulaciones como las que podrían darse en un estanque de mercurio. Aquello le resultaba desagradablemente familiar.

—Nos han encontrado —dijo.

—¿Quién? —quiso saber Gaspode.

—¿Te acuerdas de esas criaturas espantosas de las que hablaste? Gaspode frunció el ceño.

—¿Las de antes del amanecer de los tiempos?

—En el lugar de donde vienen, no hay tiempo —replicó Victor. El público se empezaba a mover.

—Tenemos que sacar de aquí a todo el mundo —dijo—. Pero sin que cunda el pánico...

Se oyó un coro de gritos. Los espectadores empezaban a despertar.

La Ginger de la pantalla se estaba bajando de ella. Era tres veces más grande que la Ginger original, y parecía hecha de luz parpadeante. También era vagamente transparente, pero tenía peso, porque el suelo se combó y se astilló bajo sus pies.

Los espectadores se habían levantado para marcharse. Victor se abrió camino pasillo abajo justo en el momento en que la silla de ruedas de Poons avanzaba en marcha atrás con la marea de gente.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Que ahora empieza lo bueno! —aullaba su ocupante. El profesor agarró el brazo de Victor, apremiante.

—¿Esto es habitual? —quiso saber.

—¡No!

—Entonces, ¿no es un efecto especial? —insistió el profesor, esperanzado.

—A menos que los hayan mejorado muchísimo en las últimas veinticuatro horas, no —replicó Victor—. Creo que son las Dimensiones Mazmorra.

El profesor lo miró fijamente.

—Tú eres el joven Victor, ¿verdad? —dijo.

—Sí. Discúlpame —replicó el muchacho.

Empujó a un lado al atónito mago y trepó por los asientos hasta llegar a donde estaba Ginger, todavía sentada, contemplando su propia imagen. La Ginger monstruo miraba a su alrededor y parpadeaba muy despacio, como un lagarto.

—¿Ésa soy yo?

—¡No! —exclamó Victor—. Bueno, quiero decir, sí. A lo mejor. No del todo. Más o menos. ¡Vámonos!

—¡Pero parezco yo! —insistió la chica, con la voz agudizada por la histeria.

—¡Eso es porque tienen que utilizar Holy Wood! Holy Wood... define la

manera en que aparecen. O eso creo —añadió Víctor apresuradamente.

La obligó a levantarse. Echó a correr, con los pies perdidos entre la niebla, haciendo crujir la capa de pajaritos. La chica se tambaleaba como podía tras él, sin dejar de lanzar miradas por encima del hombro.

—¡Hay otro que quiere salir de la pantalla! —gritó.

—¡Sigue corriendo!

—¡Eres tú!

—¡Yo soy yo! ¡Eso es... otra cosa! ¡Lo que pasa es que utiliza mi forma!

—¿Y qué forma tiene si no?

—¡No quieres saberlo!

—¡Claro que quiero! ¿Por qué crees que te lo he preguntado, si no? —chilló Ginger mientras caminaban a trompicones por entre los asientos rotos.

—¡Pues tiene un aspecto peor de lo que puedas imaginar!

—¡Te advierto que puedo imaginar cosas horribles!

—¡Por eso he dicho que peor!

—Oh.

La gigantesca Ginger espectral pasó de largo junto a ellos, parpadeando como una luz estroboscópica. Se oyeron gritos en el exterior.

—Parece como si se estuviera haciendo más grande —susurró la chica.

—Sal fuera —indicó Víctor—. Di a los magos que lo detengan.

—¿Qué vas a hacer tú?

Victor se irguió en toda su estatura.

—Hay Cosas que un hombre tiene que hacer solo —afirmó con orgullo.

La chica lo miró, irritada, sin comprender.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Ahora te dan ganas de ir al lavabo?

—¡Haz el favor de salir!

La empujó hasta las puertas. Luego, se volvió, y se encontró con los dos perros, que lo miraban expectantes.

—Vosotros también, fuera —dijo. Laddie ladró.

—Un perro tiene que permanecer junto a su amo, o eso se dice —gruñó Gaspode, avergonzado.

Victor miró a su alrededor, desesperado. Cogió un trozo de asiento, abrió la puerta, y lanzó la madera tan lejos como pudo.

—¡A por ella! —gritó.

Ambos perros salieron corriendo tras el palo, impulsados por el instinto. Pero, a mitad de la carrera, Gaspode recuperó el suficiente autocontrol como para lanzar un grito.

—¡Cabrón!

Victor abrió de un empujón la puerta de la sala del proyector, y salió con un montón de Lo que la Tempestad se Llevó en las manos.

El Víctor gigante tenía problemas para salir de la pantalla. La cabeza y uno de



los brazos ya estaban libres y tridimensionales. El brazo se agitó vagamente en dirección a su versión original, mientras el joven le lanzaba metódicamente los rizos de octoceluloide.

Corrió de vuelta a la sala del proyector, y sacó todos los rollos de películas que Bezam, desafiando a la lógica más elemental, había almacenado debajo de la mesa.

Trabajando con la calma metódica que da ese terror que se aferra a los intestinos, llevó las latas hasta la pantalla y las lanzó hacia allí. La Cosa consiguió liberar otro brazo de la bidimensionalidad, y trató de arrebatárselas, pero, fuera lo que fuera lo que lo controlaba, no tenía práctica en el dominio de aquella nueva forma. Probablemente le resultaba extraño tener sólo dos brazos, razonó Víctor.

Lanzó la última lata al montón.

—En nuestro mundo, tienes que obedecer nuestras reglas —dijo—. Y apuesto a que ardes muy bien, ¿eh?

La Cosa se debatió para sacar una pierna.

Victor se rebuscó en los bolsillos. Corrió a la sala del proyector y miró a su alrededor, desesperado.

Cerillas. ¡No tenía cerillas!

Abrió de golpe las puertas del vestíbulo y salió corriendo a la calle, donde la multitud se arremolinaba con una mezcla de fascinación y horror, contemplando a la Ginger de quince metros que se movía torpemente entre los restos de un edificio.

Victor oyó un cliqueteo a su espalda. Gaffer, el operador, intentaba grabar la escena.

El profesor estaba gritando a Escurridizo.

—¡Claro que no podemos usar la magia contra ellos! ¡Necesitan magia! ¡Lo único que haríamos sería volverlos más fuertes!

—¡Pero seguro que podéis hacer alguna cosa! —chilló Escurridizo.

—Mi querido amigo, no hemos sido nosotros los que hemos andado investigando sobre cosas que el hombre no debe... —El profesor titubeó a media frase—. No debe conocer —terminó como pudo.

—¡Cerillas! —gritó Víctor—. ¡Cerillas! ¡Deprisa! Todos se lo quedaron mirando. Entonces, el profesor asintió.

—Fuego vulgar y corriente —dijo—. Tienes razón. Seguramente bastará con eso. Bien pensado, muchacho.

Se rebuscó en los bolsillos y sacó el puñado de cerillas que llevaban siempre los magos, habituados a fumar un cigarrillo tras otro.

—¡No puedes quemar el Odium! —estalló Escurridizo—. ¡Ahí dentro hay montones de películas!

Victor arrancó un cartel de la pared, lo retorció para formar una rudimentaria

antorcha, y la encendió por un extremo.

—Eso es precisamente lo que voy a quemar —dijo.

—Disculpad...

—¡Idiota! ¡Idiota! —aulló el ex vendedor de salchichas—. ¡Eso arde muy deprisa!

—Disculpad...

—¿Y qué? No tengo intención de quedarme ahí dentro —replicó Víctor.

—¡He dicho que arde muy deprisa!

—Disculpad... —insistió Gaspode, con paciencia. Bajaron la vista hacia él.

—Laddie y yo podríamos hacerlo —siguió—. Cuatro patas siempre son mejores que dos, como se suele decir. Al menos para salvar al mundo.

Victor miró a Ecurridizo, y arqueó las cejas.

—Puede que no sea mala idea —tuvo que reconocer Ecurridizo. Victor asintió. Laddie saltó elegantemente, le cogió la antorcha de la mano con los dientes, y corrió de vuelta al edificio con Gaspode pisándole los talones.

—¿Me estoy imaginando cosas, o ese perrito puede hablar? —dijo Ecurridizo.

—Él dice que no —replicó Victor.

Ecurridizo titubeó. Las emociones lo tenían un poco desconcertado.

—Bueno —dijo—, supongo que él lo sabe mejor que nadie.

Los perros corrieron hacia la pantalla. La Cosa-Victor ya casi había pasado, estaba medio tendida entre las latas de películas.

—¿Me dejas que encienda yo el fuego? —pidió Gaspode—. Me corresponde a mí, de verdad.

Laddie ladró, obediente, y dejó caer el papel encendido. Gaspode lo recogió y avanzó cautelosamente hacia la Cosa.

—Hay que salvar a la humanidad —suspiró. Dejó caer la antorcha sobre un rollo de película. Al momento, el octoceluloide empezó a arder con un fuego blanco, pegajoso.

—Ya está —dijo—. Ahora, vámonos de aquí antes de que...

La Cosa gritó. Perdió todo parecido con Víctor, y algo semejante a una explosión en un acuario se retorció entre las llamas. Un tentáculo salió propulsado y se enroscó en torno a una pata de Gaspode.

El perro trató de morderlo.

Laddie regresó a toda velocidad, y se lanzó contra el espantoso tentáculo. Éste se contrajo y volvió a expandirse, derribando al hermoso perro y lanzando a Gaspode rodando por el suelo.

El perrito se incorporó, dio unos cuantos pasos titubeantes, y cayó.

—El muy cerdo me ha roto la pata —murmuró. Laddie lo miró, apenado.

Las llamas reptaban por las latas de películas.

—¡Venga, cachorro estúpido, lárgate de aquí! —gritó Gaspode—. ¡Esto va a venirse abajo de un momento a otro! ¡No ¡No me levantes! ¡Bájame! ¡No tienes tiempo para...

Las paredes del Odium se expandieron con aparente lentitud. Cada tablón, cada piedra, conservaba su posición relativa con respecto a las demás, pero flotaba con independencia.

Entonces, el Tiempo alcanzó a los acontecimientos.

Victor se lanzó de bruces al suelo.

Bum.

Una bola de fuego anaranjado levantó el techo y se alzó hacia el cielo casi oculto por la niebla. Los restos del edificio se estrellaron contra los muros de las casas más cercanos. Una lata de película al rojo vivo pasó como una guadaña por encima de las cabezas de los magos tumbados en el suelo, haciendo un amenazador sonido como uipuiyip, y se estrelló contra una pared lejana.

Se oyó un zumbido alto, agudo, que de pronto se detuvo bruscamente.

La Cosa-Ginger se tambaleaba con el calor. La ráfaga de aire cálido le levantó las enormes faldas en pliegues en torno a la cintura, y la gigante se detuvo, parpadeante e insegura, mientras los restos llovían a su alrededor.

Luego, se dio media vuelta y echó a andar.

Victor miró a Ginger, que tenía la vista clavada en las nubes de humo sobre el montón de cascotes que habían sido el Odium.

—Esto no puede ser —estaba murmurando—. Las cosas no son así. Nunca son así. Justo cuando crees que ya es demasiado tarde, salen corriendo de entre el humo. —Volvió hacia él unos ojos embotados—. ¿Verdad? —suplicó.

—Eso es en las películas —negó Victor—. Esto es la realidad.

—¿Dónde está la diferencia?

El profesor agarró a Victor por el hombro y lo obligó a darse la vuelta.

—¡Va hacia la biblioteca! —gritó—. ¡Tienes que impedirselo! ¡Si llega, con toda la magia que hay allí, será invencible! ¡Nunca podremos vencerle! ¡Y tendrá poder para traer a otros!

—Sois magos —señaló Ginger—, ¿por qué no lo detenéis vosotros? Victor sacudió la cabeza.

—A las Cosas les gusta nuestra magia —dijo—. Si se usa magia cuando están cerca, lo único que se consigue es hacerlas más fuertes. Pero no veo qué puedo hacer yo...

Se detuvo a media frase. La multitud lo miraba, expectante.

No lo miraban como si fuera su única esperanza. Lo miraban como si fuera su seguridad.

—¿Qué pasará ahora, mamá? —oyó preguntar a un niño pequeño.

—Es muy fácil —respondió con voz de entendida la gruesa mujer que lo tenía cogido de la mano—. Él echará a correr y lo detendrá en el último momento. Es lo más normal. Le he visto hacerlo muchas veces.

—¡En mi vida he hecho semejante cosa! —exclamó Victor.

—Yo te vi —replicó la mujer alegremente—. En Hijos del Desierto. Cuando esta señorita... —Hizo una breve reverencia en dirección a Ginger—, cuando ella iba a caballo, y el animal se desbocó, y estaba a punto de tirarla por un precipicio, pero llegaste tú y la salvaste en el último momento. La verdad es que me pareció impresionante.

—No fue en Hijos del Desierto —la interrumpió un anciano con tono pedante, al tiempo que cargaba su pipa—. Fue en El Valle de los trolls.

—No señor, era en Hijos —intervino una mujer delgada, detrás de él—. Lo sé perfectamente, la he visto veintisiete veces.

—Sí, era muy buena, ¿verdad? —asintió la primera mujer—. Cada vez que veo esa escena en que ella lo deja, y él se vuelve y la mira de esa manera, me echo a llorar...

—Disculpad, pero no era en Hijos del Desierto —insistió el hombre en tono lento, deliberado—. Lo que estáis contando es la famosa escena de la plaza en Pasiones Ardientes.

La señora gorda cogió la mano inerte de Ginger y le dio unas palmaditas.

—Tienes un muchacho estupendo, querida —le dijo—. Siempre está rescatándote. Si a mí me secuestrara una banda de trolls furiosos, mi marido no diría ni una palabra, si acaso preguntaría adonde me tenía que enviar la ropa.

—Pues si a mí me estuviera devorando un dragón, mi marido ni se movería del sillón —suspiró la mujer delgada. Dio un suave codazo a Ginger—. Pero tienes que ponerte más ropa, hija. La próxima vez que te vayan a secuestrar para que él te rescate, ponte firme y pide que te dejen llevarte una rebequita. Siempre que te veo en la pantalla pienso lo mismo, con tan poca ropa vas a coger una gripe en el momento menos pensado.

—¿Dónde tiene la espada? —quiso saber el niño, dando una patada en la espinilla a su madre.

—Supongo que irá a buscarla enseguida —respondió la mujer, con una sonrisa alentadora dedicada a Victor.

—Eh... sí —dijo éste—. Vamos, Ginger. La cogió de la mano.

—¡Dejad sitio al chico! —gritó en tono autoritario el hombre de la pipa.

La multitud despejó un espacio en torno a ellos. Victor y Ginger se encontraron en el centro de un millar de rostros que los miraban expectantes.

—Crean que somos reales —gimió la chica—. ¡Dioses, nadie va a hacer nada, porque creen que eres un héroe! ¡Y nosotros no podemos hacer nada porque esa Cosa es más grande que los dos juntos!

Victor se quedó mirando los húmedos guijarros de la calle. Probablemente podría recordar algo de magia, pensó, pero la magia normal no sirve de nada contra las Dimensiones Mazmorra. Además, estoy casi seguro de que los héroes de verdad no se quedan en medio de la gente para que los aplaudan. Los héroes de verdad son como el pobre Gaspode. Nadie sabe que existen hasta que no mueren. Eso es la realidad.

Alzó la cabeza lentamente.

¿O no?

El aire chisporroteó. Había otra clase de magia. Ahora revoloteaba libre y desbocada por el mundo, como una película rota. Si pudiera atraparla...

La realidad no tenía por qué ser real. Quizá, si se daban las condiciones adecuadas, no tenía más que ser lo que la gente creía...

—Atrás —susurró.

—¿Qué vas a hacer? —se asustó Ginger.

—Voy a probar un poco de magia de Holy Wood.

—¡Holy Wood no tiene magia!

—Creo que sí. Una magia diferente. Nosotros la hemos sentido. La magia está allí donde la encuentras.

Respiró hondo, y dejó que su mente se desplegara lentamente. Ése era el secreto de la cuestión. Había que hacerlo, no que pensarlo. Había que dejar que las instrucciones llegaran del exterior. No era más que un trabajo. Pero el ojo de la caja de imágenes se clavaba en ti, y entrabas en otro mundo, un mundo que consistía en un rectángulo plateado de luz parpadeante.

Ahí estaba el secreto. En el parpadeo.

La magia normal y corriente sólo era capaz de mover las cosas. No podía crear una cosa real que durase más de un segundo, porque para eso hacía falta una enorme cantidad de energía.

Pero Holy Wood creaba cosas constantemente, docenas de veces por segundo. No tenían que durar demasiado. Sólo lo necesario.

Aun así, la magia de Holy Wood había que practicarla según las normas de Holy Wood.

Extendió hacia el cielo oscuro una mano firme como una roca.

—¡Luces!

Una cortina de luz iluminó toda la ciudad.

—¡Caja de imágenes!

Gaffer movió furiosamente la manivela.

—¡Acción!

Nadie supo de dónde había llegado el caballo. Simplemente estaba allí, saltando por encima de las cabezas de la gente. Era blanco, con impresionantes filigranas de plata en las riendas. Victor montó de un salto cuando pasó a su lado, y lo hizo erguirse sobre las patas traseras, sacudiendo las delanteras en el aire en

un gesto francamente impresionante. Luego, desenfundó la espada que no tenía en el instante anterior.

Tanto la espada como el caballo parpadeaban de manera casi imperceptible.

Victor sonrió. La luz se reflejó en uno de sus dientes. Tmg. Brillo, pero no sonido. Todavía no habían inventado el sonido.

Cree en ello. Es la clave. No dejes de creerlo. Engaña al ojo, engaña a la mente.

Entonces, emprendió el galope entre las hileras de espectadores que aplaudían. Se encaminó hacia la Universidad, hacia la escena culminante.

El operador se relajó. Ginger le dio una palmadita en el hombro.

—Si dejas de dar vueltas a esa manivela —dijo dulcemente te romperé el jodido cuello.

—Pero si ya está fuera de plan...

Ginger lo empujó bruscamente hacia la antigua silla de ruedas de Windle Poons, y dirigió al anciano una sonrisa que hizo que las bolas de cera de sus orejas se derritieran.

—Disculpe —dijo con una voz cálida que les puso las uñas de punta a todos los magos—, ¿se nos presta un momento?

—¡Yupiyeyei!

... uuhhmm... uuhhmm...

Ponder Stibbons conocía la existencia de la vasija, por supuesto. Todos los estudiantes habían pasado por allí para echarle un vistazo.

No le prestó mucha atención mientras se deslizaba a hurtadillas por el pasillo, intentando una vez más escaparse para tener una noche de libertad.

... uuhhmmwwMmm... uuhhmm w/i#AíAfuUHHMMM« w/i/zmm.

Lo único que tenía que hacer era atajar por los claustros y...

PLIB.

Los ocho elefantes de cerámica dispararon perdigones a la vez. El resógrafo estalló, convirtiendo el techo en algo muy semejante a un molinillo de pimienta.

Tras uno o dos minutos, Ponder se incorporó con sumo cuidado. Su sombrero no era más que una colección de agujeros unidos por hebras de hilo. Le faltaba un trozo de oreja.

—Sólo quería tomar una copa —dijo con voz ronca—. ¿Qué tiene de malo?

El bibliotecario se acurrucó en la cúpula de la biblioteca, y observó el movimiento de la multitud por las calles a medida que la monstruosa figura se acercaba.

Le sorprendió un poco ver que la seguía una especie de caballo espectral,

cuyos cascos no hacían el menor ruido contra los adoquines.

Y que al caballo lo seguía una silla de tres ruedas que dobló la esquina sobre tan sólo dos de ellas, dejando a su paso una estela de chispas. La silla iba cargada de magos, que gritaban a pleno pulmón. De cuando en cuando, uno de los magos perdía su asidero y tenía que correr hasta coger impulso suficiente como para volver a saltar a bordo.

Tres de los magos no lo habían conseguido. Mejor dicho, al menos uno lo había conseguido lo justo como para agarrarse a la túnica de otro de los que conservaban el equilibrio, y los dos restantes se agarraron el primero a su túnica, y el segundo a la del primero... de manera que ahora, cada vez que la silla tomaba una curva, una cola de tres magos gritando «aaaaaah» serpenteaba locamente por el camino tras ella.

También había bastantes civiles, pero la verdad era que gritaban aún más que los magos.

El bibliotecario había visto muchas cosas extrañas en su vida, y aquélla, sin lugar a dudas, ocupaba el puesto 57º en la lista<sup>[26]</sup>.

Ahora ya alcanzaba incluso a oír las voces con claridad.

—¡...tienes que seguir dándole vueltas! ¡Victor sólo conseguirá que funcione si no dejas de darle vueltas! ¡Es magia de Holy Wood! ¡La está haciendo funcionar en el mundo real!

Ésa era la voz de una chica.

—Vale, vale, pero te advierto que los duendes son muy reacios a... Ésa era la voz de un hombre sometido a una presión terrible.

—¡A tomar por culo los duendes!

—¿Cómo ha podido hacer un caballo? —Ése era el decano. El bibliotecario reconoció la voz gimoteante—. ¡Es magia del más alto nivel!

—No es un caballo de verdad, es un caballo de imágenes en acción. —La chica de nuevo—. ¡Eh, tú! ¡No bajes el ritmo!

—¡No lo bajo! ¡No lo bajo! ¡Estoy dando vueltas a la manivela! ¡Estoy dando vueltas a la manivela!

—¡No se puede cabalgar en un caballo que no es real!

—¿Y lo dices tú, un hechicero?

—Mago, —señorita.

—Bueno, lo que sea. Da igual. No es magia de la vuestra.

El bibliotecario asintió, y dejó de escuchar. Tenía que ocuparse de otros asuntos.

La Cosa estaba ya muy cerca de la Torre del Arte, y pronto giraría para encaminarse hacia la biblioteca. Las Cosas siempre se encaminaban hacia la fuente de magia más cercana. La necesitaban.

El bibliotecario había encontrado una larga pica de hierro en uno de los mugrientos almacenes de la Universidad. La sostuvo cuidadosamente con un pie

mientras desanudaba la cuerda que había atado a la veleta. La cuerda llegaba hasta la cima de la Torre. Había tardado toda la noche en preparar aquello.

Examinó la ciudad que se extendía a sus pies. Entonces, se golpeó el pecho y rugió:

—¡AaaaAAAAaaAAA... ngh, ngh!

Quizá los golpes en el pecho no habían sido del todo necesarios, pensó mientras esperaba a que le dejaran de zumbiar los oídos y desaparecieran las lucecitas que tenía ante los ojos.

Asió la pica con una mano, la cuerda con la otra, y saltó.

La manera más gráfica de describir la trayectoria del bibliotecario entre los edificios de la Universidad Invisible es, sencillamente, transcribir los sonidos que emitió durante su vuelo.

Primero: «AaaAAAAaaAAAAaa». Esto se explica solo, y hace referencia a la primera parte del balanceo, cuando todo parecía ir bien.

Luego: «Aaaarghhhh». Éste fue el ruido que emitió cuando falló el golpe contra la Cosa por varios metros, y se estaba dando cuenta de que, si has atado una cuerda a la cima de una torre de piedra muy alta y extremadamente sólida, y has decidido balancearte desde ella, no golpear el objetivo que te marques es un error que lamentarás durante el resto de tu trunca vida.

La cuerda completó el arco. Se oyó un ruido que era exactamente igual al de un saco de goma lleno de mantequilla al chocar contra una losa de piedra. Lo siguió tras unos segundos, un «ook» muy bajito.

La pica cayó en la oscuridad. El bibliotecario, con los brazos abiertos de par en par, se aferró como pudo con los dedos a las grietas de la pared.

Quizá habría podido bajar por el muro, pero no tuvo ocasión de intentarlo, porque la Cosa movió una mano parpadeante y lo despegó de la torre con un ruido semejante al de un desatascados.

Lo alzó hasta la altura de lo que, en aquel momento, era su cara.

La multitud llegó hasta la plaza que se extendía ante la Universidad Invisible, con los Ecurridizo a la cabeza.

—¡Míralos! —suspiró con tristeza Y-Voy-A-La-Ruina—. Aquí debe de haber miles de personas, y nadie les vende nada.

La silla de ruedas patinó y se detuvo en otra lluvia de chispas.

Víctor la estaba esperando, montado en el espectral caballo parpadeante. No en un caballo, sino en una sucesión de caballos. Que no se movían, sino que cambiaban de plano en plano.

El relámpago brilló de nuevo.

—¿Qué hace? —quiso saber el profesor.

—Va a impedir que Eso entre en la biblioteca —explicó el decano, tratando



de escudriñar la escena entre la lluvia que empezaba a caer—. Para seguir viviendo en la realidad, las Cosas necesitan algo que mantenga su integridad. No tienen un campo morfogénico natural, como todo el mundo sabe, y...

—¡Haz algo! ¡Lánzale magia! —chilló Ginger—. ¡Ay, pobre monito!

—¡No podemos utilizar magia! ¡Sería como echar aceite al fuego! —replicó el decano—. Además... no sé qué hacer para acabar con una mujer de quince metros. No me he visto muchas veces en la tésitura.

—¡No es una mujer! ¡Es... es una criatura de película, imbécil! ¿De verdad te parece que soy así de grande? —gritó la chica—. ¡Está usando a Holy Wood! ¡Es un monstruo de Holy Wood! ¡De la tierra de las películas!

—¡Gira, maldita sea! ¡Gira!

—¡No sé!

—¡Sólo tienes que echar tu peso a un lado!

El tesorero se agarró a la escoba, nervioso. Se dice fácil, pensó. Tú estás acostumbrado.

Estaban a punto de salir de la Gran Sala cuando una gigante cruzó la verja de entrada, con un simio farfullante en una mano. Ahora el tesorero intentaba controlar una vieja escoba, sacada del museo de la Universidad, mientras, tras él, un loco trataba febrilmente de cargar una ballesta.

A volar, había dicho el archicanciller. Era imprescindible que remontaran el vuelo.

—¿No puedes hacer que esto se tambalee menos? —exigió el archicanciller.

—¡No es para dos personas!

—¡Pues no puedo apuntar si se sigue moviendo así!

El contagioso espíritu de Holy Wood, que recorría la ciudad como un cable de acero, azotó una y otra vez la mente del archicanciller.

—No abandonaremos a nuestros hombres —murmuró.

—Simios, archicanciller —replicó el tesorero automáticamente.

La Cosa avanzó hacia Victor. Se movía insegura, luchando contra las fuerzas de la realidad, que la arrastraban. Parpadeaba intentando conservar la forma con que había llegado al mundo, de manera que la imagen de Ginger se alternaba con atisbos de algo lleno de tentáculos serpenteantes.

Necesitaba magia.

Miró a Victor, miró la espada. Y, si era capaz de algo tan sofisticado como la comprensión, en aquel momento comprendió que era vulnerable.

Se volvió hacia Ginger y los magos.

Que empezaron a arder.

El decano ardía con una llama azulada, bastante bonita.

—No te preocupes, jovencita —dijo el profesor, desde el corazón de su fuego—. Es una ilusión. No es real.

—¿Y me lo dices a mí? —bufó Ginger—. ¡Seguid!

Los magos avanzaron un poco más.

Ginger oyó pisadas tras ella. Eran los Ecurridizo.

—¿Por qué tiene miedo del fuego? —preguntó Soll, mientras la Cosa retrocedía ante el avance de los magos—. No es más que una ilusión. Tiene que darse cuenta de que no está caliente.

Ginger sacudió la cabeza. Parecía estar navegando sobre el oleaje de la histeria, quizá porque no todos los días ve una chica una imagen gigante de sí misma pisoteando la ciudad.

—Ha utilizado la magia de Holy Wood —dijo—. Así que no puede desobedecer las reglas de Holy Wood. No siente, no oye. Sólo ve. Y lo que ve es real. Y la película tiene miedo del fuego.

La Ginger gigante estaba ya de espaldas a la torre.

—Está atrapada —dijo Ecurridizo—. Ya la tenemos.

La Cosa parpadeó ante las llamas que se aproximaban.

Se dio media vuelta. Alzó la mano libre. Empezó a trepar por la torre.

Victor se bajó del caballo y dejó de concentrarse. El animal desapareció.

Pese al pánico, tuvo tiempo para un poco de vanidad. Si los magos hubieran visto películas, habrían sabido qué hacer en aquel momento.

Se trataba de la frecuencia de fusión crítica. Hasta la realidad tenía una. Si podías hacer que algo existiera durante una fracción de segundo, eso no significaba que hubieras fracasado. Significaba que tenías que seguir haciéndolo.

Caminó con la espalda apoyada a la base de la torre, alzando la vista hacia la Cosa que trepaba. Entonces, tropezó con algo metálico. Era la pica que se le había caído al bibliotecario. Un poco más allá, el extremo de la cuerda yacía dentro de un charco.

Contempló ambas cosas un instante. Luego, con ayuda de la pica, arrancó un metro de cuerda y se hizo un arnés rudimentario para el arma.

Cogió la cuerda que colgaba, le dio un tirón experimental, y entonces...

La desagradable falta de resistencia con que se encontró no presagiaba nada bueno. Dio un salto atrás justo antes de que muchos metros de cuerda húmeda se estamparan pesadamente contra el cemento.

Miró desesperadamente a su alrededor, en busca de otra manera de llegar a la cima.

Los Escurridizo observaron boquiabiertos a la Cosa que trepaba. No se movía demasiado deprisa, y de cuando en cuando tenía que dejar al aullante bibliotecario en el contrafuerte que más a mano tenía mientras buscaba el siguiente asidero. Pero, aun así, seguía subiendo.

—Oh, sí. Sí. Sí —jadeó Soll—. ¡Qué película! ¡Pura acción!

—¡Una giganta llevando a un simio que grita hacia la cima de un edificio alto! —asintió Escurridizo—. ¡Y ni siquiera tendremos que pagar a los actores!

—Sí —asintió Soll.

—Sí... —dijo Escurridizo.

Pero en su voz había un algo de inseguridad.

Su sobrino parecía ansioso.

—Sí —repitió—. Eh...

—Ya sé lo que quieres decir —asintió Escurridizo lentamente.

—Es... O sea, parece sensacional, pero... bueno, tengo la sensación de que...

—Sí, de que algo va mal.

—Mal no es la palabra —replicó Soll, a la desesperada—. No es que vaya mal, exactamente. Es como si faltara algo...

Se detuvo. No encontraba las palabras.

Suspiró. Escurridizo también suspiró.

En el cielo, retumbó un trueno.

Y del cielo llegó una escoba sobre la que montaban dos magos histéricos.

Victor abrió de un empujón la puerta en la base de la Torre del Arte.

Dentro, todo estaba oscuro. Oía el agua gotear en el lejano techo.

Se decía que la torre era el edificio más antiguo del mundo. Desde luego, lo parecía. Ahora no se utilizaba para nada, y los suelos interiores se habían desmoronado hacía ya tiempo, de manera que en el interior no quedaba más que la escalera de caracol.

Era una espiral de enormes losas incrustadas en la pared misma de la torre. Algunas habían desaparecido. Sería peligroso subir por allí incluso a la luz del día.

En la oscuridad... imposible.

La puerta se abrió a su espalda. Ginger entró a zancadas, tirando del operador.

—¡Venga, date prisa! —le ordenó—. Tienes que salvar a ese pobre mono.

—Simio —la corrigió Victor, distraído.

—Qué más da.

—Está demasiado oscuro —murmuró.

—En las películas nunca está demasiado oscuro —señaló Ginger—. Piensa en eso.

Dio un codazo al operador.

—Tiene razón —se apresuró a añadir éste—. En las películas nunca está oscuro. Es lógico. Tiene que haber suficiente luz como para ver la oscuridad.

Victor alzó la vista hacia la penumbra. Luego, volvió a mirar a Ginger.

—Oye —empezó, apremiante—. Si... si algo va mal, habla a los magos sobre... ya sabes. La cueva. Las Cosas tratarán de entrar por allí.

—¡No pienso volver a aquel lugar! El trueno retumbó.

—¡Venga, muévete ya! —gritó la chica, pálida—. ¡Luces! ¡Caja de imágenes! ¡Acción! ¡Y todo eso!

Victor apretó los dientes y echó a correr. Había luz suficiente para dar forma a la oscuridad, y saltó de peldaño en peldaño mientras la magia de Holy Wood recitaba su letanía dentro de su mente.

—Tiene que haber suficiente luz —jadeó—, para ver la oscuridad. Siguió adelante.

—Y en Holy Wood nunca me quedo sin fuerzas —añadió, con la esperanza de que sus piernas se lo creyeran. Así fue.

—¡Y en Holy Wood, tengo que llegar en el último momento! —gritó.

Se apoyó un instante contra una pared para recuperar el aliento.

—Siempre en el último momento —repitió.

Echó a correr de nuevo hacia arriba.

Las losas pasaban bajo sus pies como un sueño, como imágenes de una película al emitirse por la caja proyectora.

Y llegaría en el último momento. Miles de personas lo sabían.

Si los héroes no llegaban en el último momento, ¿qué sentido tenía todo? Además...

No había ninguna losa donde iba a poner el pie.

Su otro pie ya se había tensado para dar el paso.

Enfocó hasta el último gramo de energía en sus tendones, sintió cómo los dedos de sus pies golpeaban contra el borde de la siguiente losa, se lanzó hacia delante y volvió a saltar al momento. O eso, o se rompía una pierna.

—Qué locura.

Siguió corriendo, aunque ahora prestaba atención por si faltaban más losas.

—Siempre en el último momento —murmuró.

Así que, a lo mejor, podía permitirse el lujo de parar y descansar un momento. Aun así, llegaría en el último momento...

No. Había que jugar limpio.

Ante él faltaba otra losa.

Contempló el espacio vacío.

La torre entera iba a ser así.

Se concentró un instante y saltó hacia la nada. La nada se convirtió en una losa durante la fracción de segundo que necesitó para saltar hasta la siguiente.

Sonrió en la oscuridad, y una chispa de luz brilló en un diente.

La magia de Holy Wood no creaba nada que durase demasiado tiempo.  
Pero todo duraba lo suficiente. Hurra por Holy Wood.

La Cosa parpadeaba ahora más despacio, perdía menos tiempo en asemejarse a una versión gigante de Ginger, y cada vez era más parecida al contenido del cubo de basura de un taxidermista. Movi6 su mole goteante hasta la cima de la torre, y allí se qued6 un instante. El aire silbaba a trav6s de sus tubos respiratorios. La roca se agrietaba bajo sus tent6culos, a medida que la magia se evaporaba para ser sustituida por el hambre del Tiempo.

La Cosa estaba asombrada. ¿D6nde estaban los dem6s? Se encontraba sola y asediada, en un lugar extraño...

... y ahora estaba furiosa. Extendió un ojo y mir6 al simio que se debatía bajo lo que había sido una mano. Los truenos hacían que se tambaleara la torre. La lluvia caía a cascadas por las piedras.

La Cosa extendió un pseud6podo y lo enrosc6 en torno a la cintura del Bibliotecario...

... y entonces advirti6 la presencia de la otra figura, ridículamente pequeña, que salía por el hueco de la escalera.

Victor esgrimi6 la pica. ¿Qué tenía que hacer a continuaci6n? Cuando uno se enfrentaba a seres humanos, había varias opciones. Se podía decir, «Eh, t6, suelta a ese simio y levanta las manos». O se podía...

Un tent6culo acabado en una zarpa tan gruesa como su brazo se apoy6 bruscamente sobre las piedras, que se agrietaron.

Salt6 hacia atr6s y movió la pica en un gesto de revés que dej6 un profundo corte amarillento en el pellejo de la Cosa. El ser aull6 y se removió con desagradable velocidad para lanzar m6s tent6culos contra 6l.

Forma, pens6 Victor. En este mundo no tienen una verdadera forma. Tienen que pasarse demasiado tiempo concentrados en conservar la integridad. Cuanta m6s atenci6n me preste, menos se podr6 acordar de seguir de una pieza.

Un surtido de ojos desemparejados brot6 de diversos puntos de la Cosa.

Cuando se consiguieron enfocar sobre Victor, se cubrieron de furiosas venillas inyectadas de sangre.

De acuerdo, pens6 el chico, ya he conseguido que me preste atenci6n. Ahora, ¿qu6?

Clav6 la pica en una garra amenazadora, y tuvo que saltar hasta que las rodillas le tocaron la barbilla cuando un pseud6podo, afortunadamente inidentificable, intent6 cortarle las piernas de raíz.

Otro tent6culo serpente6 hacia 6l.

Una flecha lo atravesó. Tuvo el mismo efecto que una bala de acero disparada a través de un calcetín lleno de natillas. La Cosa chilló.

La escoba entró en barrena justo encima de la torre, mientras el archicanciller volvía a cargar el arma apresuradamente.

—¡Si sangra, lo podemos matar! —oyó Victor a lo lejos.

—¿Cómo que podemos? —preguntó al momento otra voz.

Victor siguió atacando, clavando la pica en cualquier punto que le pareciera vulnerable. La criatura cambiaba de forma, intentaba espesar su pellejo o generar un caparazón allá donde caía la pica, pero no era lo suficientemente rápida. Es verdad, pensó Victor. Podemos matarla. Quizá tardemos todo el día, pero no es invencible...

Y, en aquel momento, lo que tuvo delante de él era Ginger, con una expresión de dolor y pesar.

Titubeó.

Una flecha se clavó en el cuerpo del ser.

—¡Así se hace! ¡Otra pasada, tesorero!

La imagen se disolvió. La Cosa aulló, lanzó al bibliotecario a un lado como si fuera un muñeco, y extendió todos sus tentáculos hacia Victor. Uno de ellos lo derribó, otros tres le arrebataron la pica de las manos, y la Cosa se irguió como una sanguijuela hacia el cielo, blandiendo la pica para derribar a sus agresores.

Victor se incorporó sobre los codos y se concentró.

Sólo tiene que ser real el tiempo suficiente.

El relámpago perfiló a la Cosa con luz azul y blanca. Tras el retumbar del trueno, la criatura se tambaleó como si estuviera ebria, mientras unos tentáculos de electricidad la recoman con un zumbido chisporroteante. Algunos de sus miembros humeaban.

Estaba intentando conservar su integridad física, pese a las energías que rugían en su interior. Se tambaleó sobre las piedras de la torre, y entonces, tras dirigir una mirada malévola a Victor, se lanzó al vacío.

Victor consiguió incorporarse sobre las manos y las rodillas, y se arrastró hasta el borde.

Pese a estar cayendo, la Cosa no se rendía. Se retorció frenética en el aire, probando extrañas combinaciones evolutivas de plumas, piel y membranas, buscando algo que le permitiera sobrevivir a la caída...

El tiempo pareció detenerse. El aire cobró un brillo purpúreo. La Muerte blandió su guadaña.

—Alégrame el día-dijo.

Se oyó un ruido como el de un montón de ropa mojada al estrellarse contra la pared. Por lo visto, lo único que podía sobrevivir a aquella caída era un cadáver.

Bajo la tenaz lluvia, la multitud se acercó más.

Ahora que había perdido todo el control, la Cosa se estaba disolviendo en sus moléculas básicas. El agua las arrastraba hacia las cloacas. Desde allí, el río se encargaría de dispersarlas por las frías profundidades del mar.

—Se está licuando —anunció el conferenciante de Runas Modernas.

—¿De verdad? —se sorprendió el profesor—. Creía que para eso hacía falta un aparato especial.

Hurgó entre los restos con el pie.

—Cuidado —le advirtió el decano—. No está muerto aquel que yace eternamente.

El profesor lo estudió.

—Pues a mí me parece de lo más muerto —replicó—. Un momento... algo se mueve...

Uno de los tentáculos se derrumbó a un lado.

—¿Había caído sobre alguien? —preguntó el decano. Sí. Sacaron el cuerpo inerte de Ponder Stibbons, y le dieron bofetadas y palmaditas bienintencionadas hasta que abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —tartamudeó.

—Te cayó encima un monstruo de quince metros —se limitó a explicar el decano—. ¿Estás... eh... bien?

—Yo sólo quería tomar una copa —murmuró Ponder—. Iba a volver enseguida, lo prometo.

—Pero ¿de qué hablas, chico?

Ponder no hizo caso. Se alejó tambaleándose hacia la Gran Sala, y nunca jamás volvió a salir de la Universidad.

—Qué muchacho tan raro —dijo el decano. Todos volvieron a concentrarse en la Cosa, que ya estaba casi disuelta.

—La belleza mató a la bestia —suspiró el decano, que solía decir cosas así.

—Qué va —negó el profesor—. Lo que la mató fue caer desde tan arriba.

El bibliotecario se sentó y se frotó la cabeza. Le pusieron el libro delante de los ojos.

—¡Léelo! —gritó Victor.

—Oook

—¡Por favor!

El simio lo abrió por una página de pictogramas. Al verlos, parpadeó un instante. Luego, puso el dedo en la esquina inferior derecha, y empezó a recorrer los símbolos de derecha a izquierda.

De derecha a izquierda.

Así que se leían de esa manera, pensó Victor.

O sea, que, desde el principio, lo había estado haciendo todo al revés.

Gaffer, el operador, desplazó la caja de imágenes a lo largo de la hilera de magos, y luego volvió a centrarse en el monstruo que se disolvía.

Dejó de dar vueltas a la manivela. Alzó la cabeza y sonrió con animación.

—¿Podéis apretaros un poco más, amigos? —Pidió. Los magos obedecieron—. No hay mucha luz.

Soll escribió en un cartón: « Magos mirando cadáver, toma tres» .

—Qué lástima que no cogieras lo de la caída —dijo, con una voz chillona por la histeria—. Quizá podamos contratar a un especialista para que la repita.

Ginger se había sentado entre las sombras al pie de la torre. Se abrazaba las rodillas e intentaba dejar de temblar. Entre las formas que la Cosa había probado justo antes del final había estado la suya.

Se controló y consiguió ponerse de pie, apoyándose en el muro para mantener el equilibrio. Se alejó de allí. No sabía qué le depararía el futuro, pero, si ella tenía algo que decir al respecto, ese futuro incluiría una taza de café.

Al pasar junto a la puerta de la torre, oyó unas pisadas. Victor salió, acompañado por el bibliotecario.

El joven abrió la boca para decir algo, pero lo primero que tuvo que hacer fue tomar aliento. El orangután lo apartó a un lado y agarró a Ginger por el brazo con firmeza. Tenía una mano blanda, cálida, pero con una insinuación de que, si hacía falta, el bibliotecario era perfectamente capaz de transformarle el brazo en un tubo de gelatina con tropezones dentro.

—¡Oook!

—Mira, se acabó —dijo Ginger—. El monstruo está muerto. Así es como acaban las cosas, ¿vale? Yo me voy a beber algo.

—¡Oook!

—Igualmente, ook Victor alzó la cabeza.

—No... se acabó —dijo.

—Para mí, sí. Oye, acabo de verme transformada en una... una cosa con tentáculos. Eso afecta mucho a una chica, ¿sabes?

—¡No tiene importancia! —consiguió replicar Victor—. ¡Lo hemos entendido todo al revés! ¡Ahora sí que van a venir! ¡Tienes que volver conmigo a Holy Wood! ¡También entrarán por allí!

—¡Oook! —asintió el bibliotecario, señalando el libro con una uña purpúrea.

—Bueno, pues que empiecen sin mí —bufó la chica.

—¡No es posible! ¡Quiero decir, que sí, que lo harán! ¡Pero tú puedes impedirlo! ¡Oye, deja de mirarme así! —dijo un codazo al bibliotecario—. Anda,



explicásele tú.

—Oook —dijo el bibliotecario con paciencia—. Oook.

—¡No lo entiendo! —chilló Ginger. Victor frunció el ceño.

—¿No?

—¡No! ¡Para mí no son más que ruidos de mono! Victor puso los ojos en blanco.

—Eh...

El bibliotecario se irguió por un momento como una pequeña estatua prehistórica. Luego, cogió la mano de Ginger y, con suavidad, le dio unas palmaditas.

—Oook —dijo amablemente.

—Perdona —respondió la chica.

—¡Escucha bien! —insistió Victor—. ¡Lo entendí al revés! ¡No estabas intentando ayudarlos a Ellos, querías detenerlos! ¡Leí el libro al revés! No es un nombre detrás de una puerta, ¡es un hombre delante de una puerta! Y un hombre delante de una puerta... —Tomó aliento—. ¡Un hombre delante de una puerta es un guardia!

—Sí, vale, pero no podemos llegar a Holy Wood, ¡está a muchos kilómetros! Victor se encogió de hombros.

—Llama al operador —dijo.

La tierra que rodeaba Ankh-Morporkera muy fértil. Había sobre todo campos de repollos, lo que contribuía a proporcionar a la ciudad su olor característico.

La luz grisácea del preamanecer se desenroscó sobre la extensión verdeazulada, pasando por encima de un par de labradores que iban a empezar temprano la cosecha de la espinaca.

Alzaron la vista, no hacia un sonido, sino hacia un punto de silencio allí donde debería haber sonido.

Eran un hombre, y una mujer, y algo que parecía otro hombre talla pequeña con una chaqueta de pieles talla extra. Todos viajaban en un carruaje parpadeante. El carruaje pasó como una centella en dirección a Holy Wood. Pronto lo perdieron de vista.

Un par de minutos más tarde, lo siguió una silla de ruedas. El eje de la silla brillaba al rojo vivo. Iba llena de hombres que se gritaban unos a otros. Uno de ellos daba vueltas a la manivela de una caja.

Estaba tan sobrecargada de magos que, de cuando en cuando, uno se caía y tenía que ir corriendo detrás, gritando, hasta que tenía oportunidad de saltar de nuevo a bordo para seguir gritando.

Si alguien intentaba conducir, no tenía demasiado éxito, y la silla describía curvas ebrias por el camino. Al final, completamente descontrolada, se estrelló

contra el costado de un granero.

Uno de los granjeros dio un codazo al otro.

—Esto lo he visto en las películas —dijo—. Siempre pasa lo mismo. Se estrellan contra un granero, y luego salen todos por el otro lado cubiertos de pollos que chillan.

Su compañero se apoyó en la azada con gesto pensativo.

—Valdrá la pena verlo —dijo.

—Y tanto.

—Porque ahí dentro no hay más que veinte toneladas de repollos.

En aquel momento, la silla salió del granero entre una nube de pollos, y avanzó de nuevo enloquecidamente hacia el camino. Los granjeros se miraron.

—A mí que me registren —dijo uno.

Holy Wood era un brillo en el horizonte. Los temblores de tierra eran ahora más fuertes.

El carruaje parpadeante salió de entre un grupo de árboles, y se detuvo en la cima del empinado sendero que descendía hacia la ciudad.

La niebla amortajaba Holy Wood. En esa niebla, unas lanzas de luz surcaban el aire.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó Ginger esperanzada.

—Casi demasiado tarde —replicó Victor.

—Oook —dijo el bibliotecario.

Su uña pasaba a toda velocidad mientras leía los antiguos pictogramas. De derecha a izquierda, de derecha a izquierda.

—Sabía que fallaba algo —había dicho antes Victor—. Aquella estatua durmiente... el guardia. Los antiguos sacerdotes entonaban cánticos y celebraban ceremonias para mantenerlo despierto. Recordaban Holy Wood lo mejor que podían.

—¡Yo no sé nada de ningún guardia!

—Sí que lo sabes. En lo más profundo de ti.

—Oook —dijo el bibliotecario, señalando una página—. ¡Oook!

—Dice que, seguramente, eres descendiente de las primeras Sumas Sacerdotisas. Cree que todos los que vinieron a Holy Wood descienden de... ya me entiendes... o sea, la primera vez que las Cosas irrumpieron en el mundo, la ciudad resultó destruida, y los supervivientes se dispersaron en todas las direcciones. Pero todo el mundo tiene una manera especial de recordar las cosas que les sucedieron a sus antepasados. Es decir, hay como un gran estanque de recuerdos, y todos estamos unidos a él. Cuando esto empezó a suceder otra vez, fuimos llamados, y tú trataste de arreglarlo todo, pero tu impulso era débil y no podía dominarte a menos que estuvieras dormida...

Se quedó sin palabras.

—¿«Oook»? —se mosqueó Ginger—. ¿Él dice un «oook» y tú entiendes todo eso?

—Bueno, no ha dicho sólo uno —señaló Victor.

—En mi vida había oído semejante sarta de... —empezó Ginger.

Se interrumpió bruscamente. Una mano más suave que el más suave de los cueros había cogido la suya. Clavó los ojos en una cara que saldría mal parada de la comparación con un balón deshinchado de fútbol.

—Oook—dijo el bibliotecario. La chica suspiró.

—Pero... nunca me he sentido nada suma sacerdotisa...

—Ese sueño del que me hablaste —le recordó Victor—, a mí me sonaba muy sumasacerdótico. Muy... muy...

—Oook

—Eso, muy sacerdotal —tradujo el joven.

—No es más que un sueño —replicó Ginger, nerviosa—. Lo he tenido desde que puedo recordar.

—Oookoook

—¿Qué ha dicho?

—Que probablemente lo tengas desde mucho antes de lo que puedes recordar.

Ante ellos, Holy Wood brillaba como el hielo, como una ciudad hecha de luz congelada.

—¿Victor? —titubeó Ginger.

—¿Sí?

—¿Dónde está todo el mundo?

Victor miró hacia abajo. Allí donde debería haber gente, refugiados, todos huyendo a la desesperada... no había nada. Sólo silencio, y la luz.

—¿Dónde están? —repitió ella. Vio la expresión de la chica.

—¡Pero el túnel se derrumbó! —exclamó en voz alta, con la esperanza de que así resultase verdad—. ¡Está sellado!

—Pero unos trolls no tardarían mucho tiempo en despejar el camino —replicó Ginger.

Victor pensó en el... el Cthinema. Y en el primer local que había estado funcionando miles de años. Mientras arriba, las estrellas se movían.

—Claro que, también pueden estar... en otro lugar —mintió.

—No —replicó Ginger—. Eso lo sabemos los dos. Victor contempló impotente la ciudad de las luces.

—¿Por qué nosotros? —preguntó—. ¿Qué nos está pasando?

—Todo le tiene que suceder a alguien —respondió la chica. Victor se encogió de hombros.

—Y sólo se tiene una oportunidad —dijo Victor—, ¿verdad?

—Sí, justo cuando necesitas salvar el mundo, hay un mundo que necesita que lo salves —asintió Ginger.

—Qué suerte tenemos —bufó el joven.

Los dos granjeros escudriñaron a través de las puertas del granero. Había montones de repollos, que aguardaban estoicamente en la penumbra.

—Te dije que eran repollos —señaló uno de ellos—. Sabía que no eran pollos. Yo sé reconocer un repollo en cuanto lo veo, y creo en mis ojos.

Desde muy arriba, les llegaron unas voces que se acercaban.

—¡Por lo que más quieras, hombre! ¿Es que no puedes girar?

—¡No, archicanciller, porque no dejas de echarle para un lado!

—¿Dónde estamos? ¡No veo nada con esta niebla!

—A ver si puedo hacer que vayamos... ¡no te echas a ese lado, decano! ¡No te echas...!

Los granjeros se lanzaron de bruces al suelo, mientras la escoba pasaba zumbando por la puerta abierta, y desaparecía entre las hileras de repollos. Se oyó el ruido de uno al aplastarlo.

—Te has echado hacia un lado —dijo tras un rato una voz amortiguada.

—Tonterías. En menudo lío me has metido. ¿Qué es esto?

—Repollos, archicanciller.

—¿Una especie de verdura?

—Sí.

—No soporto la verdura. Te convierte la sangre en agua. Hubo otra pausa. Luego, los granjeros oyeron decir a la otra voz:

—Vete a la mierda. Otra pausa. Luego:

—Tesorero, ¿puedo despedirte?

—No, archicanciller. Tengo el cargo en propiedad.

—En ese caso, ayúdame a levantarme y vayamos a buscar algo para beber.

Los granjeros se alejaron arrastrándose.

—Son magos —dijo el que creía en los repollos—. Es mejor no meterse en los asuntos de los magos.

—Buena idea —confirmó el otro.

Fue la hora del silencio.

Nada se movía en Holy Wood, a excepción de la luz. Parpadeaba lentamente. Luz de Holy Wood, pensó Víctor.

Había un ambiente de temerosa expectativa. Si la escena de un rodaje era un sueño que quería hacerse realidad, entonces la ciudad era un plato a gran escala, un lugar real esperando a algo nuevo, algo que el lenguaje corriente no podía

describir.

—dijo Victor, y se interrumpió.

—¿? —respondió Ginger.

—¿?

—¡!

Se miraron un instante. Luego, Victor la cogió por la mano y se la llevó a rastras hacia el edificio más cercano, que resultó ser el restaurante.

La escena con que se encontraron dentro era indescriptible, y siguió siéndolo hasta que Victor encontró la pizarra negra que se utilizaba para lo que alguien denominó, entre risas, el menú.

Cogió un trozo de tiza.

—ESTOY HABLANDO, PERO NO ME OIGO —escribió.

Le tendió la tiza con solemnidad.

—igual que yo.

Victor jugueteó con la tiza. Luego, escribió:

—CREO QUE ES PORQUE NO SE HA LLEGADO A INVENTAR EL SONIDO PARA LAS PELÍCULAS. SI NO TUVIÉRAMOS DEMONIOS QUE PINTARAN A COLOR, QUIZÁ TAMBIÉN SERÍAMOS EN BLANCO Y NEGRO.

Contemplaron el interior del local. Había comidas no tocadas o a medio comer en casi todas las mesas. Aquello no era desacostumbrado en el restaurante de Borgele, pero por lo general también había gente que se quejaba amargamente.

Con delicadeza, Ginger mojó un dedo en el plato más cercano.

—Aún caliente —vocalizó.

—Vamos —indicó Victor sin hablar, señalando la puerta. La chica intentó decir algo complicado, hizo un gesto despectivo cuando él no la comprendió, y escribió:

—deberíamos esperar a los magos.

Victor se detuvo un instante. Luego, sus labios dieron forma a una frase que Ginger no admitió entender, y salió de allí.

La sobrecargada silla llegaba ya por la calle, con los ejes humeando. El joven saltó ante ella, moviendo los brazos.

Tuvo lugar una larga conversación silenciosa. Quedó mucha tiza en la pared más cercana. Por fin, Ginger no pudo contener más su impaciencia, y se acercó rápidamente.

—TENÉIS QUE ALEJAROS. Si ENTRAN A TRAVÉS DE VOSOTROS, OS LIQUIDARÁN.

—A TI TAMBIÉN.

(Ésta era caligrafía más pulcra, la del decano).

—PERO YO CREO SABER LO QUE PASA —escribió Victor—. ADEMÁS,

SI ALGO FALLA, OS NECESITARÁN.

Hizo un gesto de asentimiento en dirección al decano, y volvió con Ginger y con el bibliotecario. Lanzó una mirada de preocupación al simio. Técnicamente, el bibliotecario era un mago... al menos, mientras fue humano, había sido mago, con lo que cabía suponer que aún lo era. Por otra parte, también era un simio, y resultaba muy útil tenerlo al lado en caso de emergencias. Decidió arriesgarse.

—Vamos —vocalizó.

Fue fácil encontrar el camino hacia la colina. Lo que había sido un sendero era ahora un camino ancho, salpicado con los restos de un tránsito apresurado. Una sandalia. Una caja de imágenes. Una boa de plumas.

Habían arrancado de sus bisagras la puerta que entraba en la colina. Un brillo mortecino surgía del túnel. Victor se encogió de hombros y entró.

Nadie se había molestado en retirar los cascotes, simplemente los habían apartado a un lado y aplastado para que pasara la multitud. El techo no se había desplomado. No era gracias a los restos de rocas. Era gracias a Detritus.

Que lo estaba sujetando.

Aunque a duras penas. Ya se había visto obligado a apoyar una rodilla en el suelo.

Victor y el bibliotecario amontonaron los cascotes en torno al troll, hasta que el pobre pudo quitarse el peso de los hombros. Dejó escapar un gemido, o al menos dio la impresión de que gemía, y se derrumbó hacia delante. Ginger lo ayudó a levantarse.

—¿Qué ha pasado? —vocalizó la chica.

—¿? ¿?

Detritus pareció asombrado al no oír su voz, y trató de mirarse la boca.

Victor suspiró. Imaginó a la gente de Holy Wood corriendo aterrada por el pasadizo, mientras los trolls alisaban los cascotes. Como Detritus era el más fuerte, le habían dejado el papel principal. Y, dado que sólo utilizaba el cerebro para evitar que se le cayera la parte de arriba de la cabeza, también era lógico que lo hubieran dejado para sujetar el peso de la colina. Victor se lo imaginó llamando a sus congéneres, sin que lo oyeran, mientras todos pasaban corriendo junto a él.

Se preguntó si debería escribirle un mensaje alentador, pero tratándose de Detritus, probablemente sería una pérdida de tiempo. Además, el troll no iba a quedarse allí perdiendo el tiempo. Echó a correr por el túnel, con una expresión sombría en el rostro, concentrándose en su objetivo. Arrastraba los nudillos, dejando dos surcos en el polvo.

El pasadizo se abrió para dejar paso a la caverna. Victor se dio cuenta de que era en realidad la antecámara del patio de butacas. Quizá miles de años antes, allí había acudido gente en manadas, para comprar... ¿qué? Quizá salchichas consagradas, o pajaritos bendecidos.

Ahora aparecía iluminado por una luz espectral. Allí donde Victor miraba, todo seguía cubierto por musgo antiguo, húmedo. Pero, donde no miraba, en los bordes de su campo de visión, tenía la sensación de que el lugar entero estaba decorado como un palacio, con cortinajes de terciopelo rojo y barrocos adornos dorados. Una y otra vez volvió la cabeza bruscamente, tratando de atrapar la fantasmal imagen brillante.

Tropezó con la mirada preocupada del bibliotecario, y escribió con tiza en la pared:

—¿realidades fundiéndose?

El bibliotecario asintió.

Victor guió a su pequeño grupo de guerrilleros de Holy Wood por los gastados escalones que ascendían hacia el patio de butacas.

Y se dio cuenta más tarde de que Detritus los había salvado a todos.

Echaron un vistazo a las imágenes que se movían en la monstruosa pantalla y...

Sueña. Realidad. Cree.

Aguarda...

... y Detritus intentó pasar a través de ellos. Las imágenes diseñadas para atrapar y hechizar a cualquier mente inteligente rebotaron contra el cráneo del troll y volvieron a salir. No les prestó atención. No estaba por tonterías<sup>[27]</sup>.

Estar a punto de ser aplastado por un troll angustiado es la cura casi ideal para cualquier persona que no esté diferenciando la realidad de la fantasía. La realidad es una cosa muy pesada que te pisotea la espalda.

Victor se incorporó rápidamente, tiró de los demás, señaló la pantalla parpadeante y vocalizó:

—¡No miréis!

Asintieron.

Ginger le agarró el brazo con fuerza mientras avanzaban por el pasillo.

Allí estaba todo Holy Wood. Vieron los rostros que tan bien conocían, en los asientos, inmóviles ante la luz temblorosa, cada expresión clavada en su lugar.

Victor sintió las uñas de la chica clavadas en su piel. Allí estaban Rock y Morry, y Fruntkin, el del restaurante, y la señora Cosmopilita, la encargada del vestuario. Vieron también a Silverfish, junto con todos los alquimistas. Estaban los carpinteros, y los operadores, y todas las estrellas que no llegaron a serlo, y todos los encargados de sujetar caballos, de limpiar mesas, o de hacer cola y aguardar a que llegara su gran oportunidad...

Langostas, pensó Victor. Hubo una gran ciudad, y murió mucha gente, y ahora aquí sólo hay langostas.

El bibliotecario señaló.

Detritus había encontrado a Rubí en la primera fila, y estaba intentando levantarla de su asiento. La moviera para donde la moviera, los ojos de la troll

seguían clavados en las imágenes. Cuando se puso delante de ella, parpadeó, frunció el ceño y lo apartó de un manotazo.

Luego, se acomodó de nuevo en el asiento y volvió a quedarse con una expresión vacía.

Victor le puso una mano en el hombro e hizo lo que esperaba que fueran movimientos tranquilizadores para que fuera con ellos. El rostro de Detritus era la imagen misma de la tristeza. La armadura seguía sobre la losa, tras la pantalla, delante del disco bruñido.

La miraron, desesperados.

Victor pasó un dedo por el polvo. Dejó a la vista un surco de brillante metal amarillo. Miró a Ginger.

—¿Y ahora, qué?—vocalizó.

La chica se encogió de hombros. Significaba, ¿y yo qué sé? Las otras veces estaba dormida.

Sobre ellos, la pantalla estaba cada vez más abultada, más gruesa. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que salieran las Cosas?

Victor trató de sacudir al... bueno, al hombre, por llamarlo de alguna manera. Era un hombre muy alto. Con una armadura dorada sin costuras. Tanto le daría intentar despertar a una montaña.

Trató de soltarle la espada de las manos, aunque era más alta que él. Aunque pudiera levantarla, le resultaría tan inmanioerable como una barcaza.

La tenía bien agarrada.

El bibliotecario estaba intentando leer el libro a la luz de la pantalla, pasaba las páginas, frenético.

—¿No se te ocurre nada?—escribió Victor en un lado de la losa.

Ginger cogió la tiza.

—¡No! ¡Tú me despertaste!! ¡¡¡No sé qué hacer!!! Las últimas exclamaciones se perdieron cuando se rompió la tiza. Se oyó un «ping» a lo lejos.

Victor le cogió de la mano el trozo que quedaba.

—¿POR QUÉ NO ECHAS UN VISTAZO AL LIBRO?—Sugirió.

El bibliotecario asintió y trató de poner el volumen en las manos de Ginger. La chica se negó un momento, siguió mirando hacia las sombras.

Cogió el libro.

Miró al simio. Miró al troll. Miró al hombre.

Luego, levantó el brazo y lanzó el libro a lo lejos.

Esta vez no hubo ningún ping. Fue un «poooong» claro, resonante, definitivo. Algo podía hacer ruido en un lugar sin sonido.

Victor rodeó la losa.

El gran disco era un gong. Lo tocó. Cayeron restos de óxido, pero el metal brillaba bajo la luz, y vibraba bajo sus dedos. Ahora que sus ojos lo buscaban



instintivamente, vio debajo un barrote metálico de casi dos metros, con una bola en la punta.

Lo agarró y lo arrancó de sus soportes. O al menos, lo intentó. El óxido lo había fijado sólidamente.

El bibliotecario se situó al otro lado, miró a Victor, y ambos tiraron a la vez. Las esquirlas de metal oxidado se clavaron en las manos del joven.

No había manera de moverlo. El martillo del gong y sus soportes se habían convertido, con el tiempo y la sal, en un todo metálico.

Entonces, el tiempo pareció ralentizarse en una serie de acontecimientos aislados por la luz parpadeante. Como las imágenes proyectadas por la caja.

Clic.

Detritus se inclinó sobre el hombro de Victor, agarró el martillo por el centro, y lo levantó, arrancando de la roca el corroído soporte.

Clic.

Todos se lanzaron de bruces al suelo cuando el troll agarró el instrumento con ambas manos, flexionó los músculos, y lo blandió hacia el gong.

Clic.

Clic.

Clic.

Clic.

Atrapado en una serie de imágenes independientes, Detritus pareció moverse instantáneamente entre... clic... diferentes posiciones, pero conectadas, mientras pivotaba sobre un robusto pie, y la cabeza del martillo... clic... describía un brillante arco en la oscuridad.

Clic.

El impacto contra el gong fue tan fuerte que las cadenas se rompieron, y fue a estrellarse contra una pared del patio de butacas.

El sonido volvió rápidamente, y en grandes cantidades, como si hubiera estado encerrado en algún lugar y lo acabaran de liberar para que volviera alegremente al mundo, advirtiéndolo de su presencia a todos los tímpanos.

Boooong.

Clic.

La gigantesca figura tendida sobre la losa se incorporó lentamente, mientras el polvo caía a cascadas de ella. Su parte trasera seguía dorada, sin sufrir el paso de los años.

Se movía con lentitud, pero con decisión, como controlada por un mecanismo. Una mano agarró la gigantesca espada. La otra se apoyó en el borde de la losa. Las grandes piernas se situaron sobre el suelo.

El ser se alzó en sus tres metros de altura, apoyó las manos en la empuñadura de la espada, y se detuvo. No parecía haber adoptado una postura muy diferente de la que había tenido en la losa, pero ahora estaba alerta, parecía imbuido de

poderosas energías. No prestó atención a los cuatro que lo habían despertado.

La pantalla dejó de palpitara. Algo había advertido la presencia del hombre dorado, y estaba concentrando su atención en él. Así que, al menos de momento, no concentraba su atención en otras cosas.

El público se agitó. Estaban despertando.

Victor agarró al bibliotecario y a Detritus.

—Vosotros dos —dijo, apremiante—, encargaros de que salga todo el mundo. ¡Y deprisa!

—¡Oook!

La gente de Holy Wood no necesitó que la animaran demasiado. Al ver las formas de la pantalla, ahora sin el filtro de la hipnosis, cualquier ser más inteligente que Detritus tendría mucha prisa por marcharse. Victor vio cómo todos se levantaban de los asientos y salían apresuradamente de la sala.

Ginger se dio la vuelta para seguirlos. Victor la detuvo.

—Aún no —dijo en voz baja—. Nosotros no.

—¿Por qué? —casi gritó la chica.

—Tenemos que ser los últimos. Es parte de Holy Wood. Podemos usar la magia, pero ella también nos usa. Además, ¿no quieres ver cómo acaba?

—Preferiría verlo desde lejos.

—Vale, míralo de esta manera: toda esa gente tardará al menos un par de minutos en salir. Tanto da que esperemos a tener el camino despejado, ¿no?

Oyeron gritos en la antecámara, a medida que se producía un atasco de público en el túnel.

Victor caminó por el pasillo, repentinamente desierto, hasta la última fila, y ocupó un asiento vacío.

—Espero que el pobre Detritus tenga el suficiente seso como para que no lo dejen otra vez sujetando el techo —dijo. Ginger suspiró y se sentó a su lado.

Victor puso los pies sobre el asiento de delante, y se rebuscó en los bolsillos.

—¿Quieres pajaritos? —dijo.

El hombre dorado estaba ahora bajo la pantalla. Tenía la cabeza inclinada.

—De verdad te lo digo, se parece a mi tío Oswald —señaló Ginger.

La pantalla se oscureció tan repentinamente que casi oyeron un ruido.

Esto debe de haber sucedido muchas veces antes de ahora, pensó Victor. En docenas de universos. Llega la idea loca, y entonces el hombre dorado, el Oswald, o como se llame, se levanta. Para controlarla. O algo así. Quizá, allí donde está Holy Wood, está también Osric.

Un punto de luz púrpura apareció, y creció muy deprisa. Victor sintió como si se desplomara por un túnel.

La figura dorada alzó la cabeza.

La luz se retorció, adoptó formas al azar. La pantalla ya no existía. Algo estaba entrando en el mundo. No era una imagen, sino algo que quería existir.

El hombre dorado alzó la espada.

Victor sacudió a Ginger por el hombro.

—Creo que es hora de que nos vayamos —dijo. La espada llegó a su objetivo. Una luz amarilla inundó la cueva. Victor y Ginger corrían ya escalones abajo, por la antecámara, cuando sintieron la primera conmoción. Miraron la boca del túnel.

—Ni se te ocurra —dijo la chica—. No pienso volver a quedarme atrapada ahí.

Los escalones que llevaban hacia el mar estaban ante ellos. Parecían seguros, pero el agua era negra como la tinta y, según había dicho Gaspode, ominosa.

—¿Sabes nadar? —preguntó Victor.

Una de las deterioradas columnas de la cueva se derrumbó tras ellos. Un aullido espantoso salió del patio de butacas.

—No muy bien —reconoció la chica.

—Yo tampoco.

En la sala, la conmoción parecía cada vez peor.

—Pero —siguió, cogiéndola de la mano— Creo que debemos considerar esto una gran ocasión para aprender deprisa. Saltaron.

Victor salió a la superficie a cincuenta metros de la orilla, con los pulmones a punto de estallar. Ginger apareció cerca de él.

La tierra temblaba.

Holy Wood, construido con tablones resacos y clavos cortos, se estaba derrumbando. Las casas se colapsaban lentamente, como castillos de naipes. De cuando en cuando, una pequeña explosión marcaba la despedida de un almacén de octoceluloide. Las ciudades de lona y las montañas de escayola se hicieron añicos.

Y, entre todo aquello, esquivando los tablones que caían pero sin permitir que nada se interpusiera en su camino, los habitantes de Holy Wood huían para salvar sus vidas. Operadores, actores, alquimistas, duendes, trolls, enanos... todos corrían como hormigas de un hormiguero incendiado, con las cabezas gachas y los ojos clavados en el horizonte.

Una parte de la colina se derrumbó.

Por un momento, Victor creyó ver la gran figura dorada de Osbert, tan instancional como las motas de polvo en un haz de luz, que se alzaba sobre Holy Wood y movía su espada en un gigantesco arco.

Luego, desapareció.

Victor ayudó a Ginger a llegar a la orilla.

Alcanzaron la calle principal, ahora silenciosa si se exceptuaba algún que otro crujido de los tablones al caer de los edificios medio derruidos.

Caminaron entre los escenarios en ruinas y las cajas de imágenes pisoteadas. Se oyó un ruido estruendoso tras ellos cuando el cartel del «Siglo del Murciélago Frugivoro» se soltó de sus cuerdas y cayó en la arena.

Pasaron junto a los restos del restaurante de Borgle, cuya destrucción había elevado la calidad media de la comida en el mundo.

Pisaron trozos de película desenrollada, sacudidos por el viento.

Caminaron sobre sueños rotos.

Al final de lo que había sido Holy Wood, Victor se volvió y miró atrás.

—Bueno, al final resultó que tenían razón —dijo—. Nunca volveremos a trabajar en esta ciudad.

Oyó un sollozo. Para su sorpresa, Ginger estaba llorando.

La rodeó con un brazo.

—Vamos —dijo—. Te llevaré a casa.

La magia de Holy Wood, ahora desarraigada, desapareciendo, chisporroteó sobre el paisaje, buscando caminos para enterrarse:

Clic...

Iba a anochecer. La luz rojiza del sol poniente inundaba las ventanas de Harga, La Casa de las Costillas, que estaba casi desierta a aquella hora del día.

Detritus y Rubí se sentaron incómodos en sillas para humanos.

Aparte de ellos, el único presente era Sham Harga en persona, que se dedicaba a esparcir la suciedad de manera regular por las mesas vacías, mientras silbaba vagamente.

—Eh... —aventuró Detritus.

—¿Sí? —lo animó Rubí, expectante.

—Eh... nada.

Se sentía fuera de lugar allí, pero Rubí había insistido. Detritus tenía la sensación de que la troll quería que dijera algo, pero a él no se le ocurría más que golpearle la cabeza con un ladrillo.

Harga dejó de silbar.

Detritus vio cómo volvía la cabeza, boquiabierto.

—Tócala otra vez, Sham —dijo Holy Wood.

Algo chasqueó. La pared trasera de La Casa de las Costillas se movió a cualquiera que sea la dimensión adonde van estas cosas, y una orquesta difusa, pero inconfundible, ocupó el lugar donde por lo general estaba la cocina de Harga y el sucio callejón de detrás.

El vestido de Rubí se transformó en una cascada de lentejuelas. Las otras mesas se apartaron.

Detritus se ajustó un inesperado smoking, y carraspeó.

—Puede que nos aguarde problemas... —empezó.

Las palabras llegaban fluidas a sus cuerdas vocales.

Tomó la mano de Rubí. Un bastón con punta de oro golpeó su oreja izquierda. Un sombrero de seda negra se materializó a toda velocidad y rebotó contra su hombro. Él no hizo caso.

—Pero mientras haya luz de luna, y música...

Titubeó. Las palabras doradas se estaban desvaneciendo. Volvieron las paredes, reaparecieron las mesas. Las lentejuelas brillaron por última vez antes de morir.

—Eh... —dijo Detritus.

Ella lo miraba fijamente.

—Eh... perdona —siguió—. No sé qué me ha pasado. Harga se acercó a la mesa.

—¿Qué era eso...? —empezó.

Sin desviar la mirada, Rubí movió un brazo como un tronco de árbol, y lo empujó contra la pared.

—Bésame, tonto —dijo. Detritus frunció el ceño.

—¿Qué?

Rubí suspiró. Bien, bravo por los métodos humanos.

Cogió una silla y le asestó un golpe en la cabeza. Mientras caía, Detritus sonrió.

La troll lo levantó con facilidad y se lo cargó al hombro. Si Rubí había aprendido algo de Holy Wood, era que resultaba inútil esperar a que el príncipe azul te atizara en la cabeza con un ladrillo. Tenías que buscarte tus propios ladrillos.

Clic...

En una mina de enanos, a muchos, muchos kilómetros de Ankh Morpork, un director muy furioso golpeó la roca con su pala para pedir silencio.

—Quiero que esto quede completamente claro —rugió—. Una vez más, lo digo en serio, una vez más ese aibó aibó, y saco el hacha de doble filo, ¿entendido? ¡Maldita sea, somos enanos! ¡Así que comportaros como enanos! ¡Eso va también por ti, Dormilón!

Clic...

Alégrame-el-día, Llámame-Tambor, saltó sobre una duna de arena y echó un vistazo. Luego, volvió a bajar.

—Terreno despejado —informó—. Nada de humanos. Sólo ruinas.

—Ya volvemos a estar solos —dijo el gato alegremente—. En un lugar donde todos los animales, sea cual sea su forma o especie, pueden vivir juntos en

perfecta...

El pato graznó.

—Dice —tradujo Lláname-Tambor-y-lo-Pagarás—, que vale la pena intentarlo. Si vamos a ser sapientes, más vale que lo hagamos bien. Venga.

En aquel momento, se estremeció. Había sentido una especie de sacudida de electricidad estática. Por un momento, la pequeña zona entre las dunas despidió un brillo caluroso.

El pato graznó de nuevo.

Nada-de-Tambor arrugó la nariz. De repente, le resultaba difícil concentrarse.

—El pato dice —tartamudeó—, dice... dice... el pato... dice... ¿cuac...?

El gato miró al ratón.

—¿Miau? —preguntó.

El ratón se encogió de hombros.

—liiik—comentó.

El conejo arrugó la nariz, titubeante.

El pato miró al gato. El gato miró al conejo. El conejo miró al gato.

El pato echó a volar. El conejo desapareció rápidamente en una nube de arena. El ratón se escurrió por entre las dunas. Y, mucho más feliz de lo que había sido en semanas, el gato echó a correr tras él.

Clic...

Ginger y Victor estaban sentados a la mesa, en un rincón del Tambor Remendado.

—Eran buenos perros —dijo la chica tras un rato de silencio.

—Sí —asintió Victor, distraído.

—Morry y Rock llevan siglos buscando entre los cascotes. Dicen que ahí abajo hay cantidad de sótanos y esas cosas. Lo siento.

—Sí.

—Quizá deberíamos levantarles una estatua, o algo así.

—No estoy muy seguro —replicó él—. Piensa en lo que hacen los perros con las estatuas. Quizá el que hayan muerto es parte de Holy Wood. No lo sé.

Ginger siguió el perfil de un nudo de la madera con el dedo.

—Ahora todo ha terminado, ¿verdad? —dijo—. Se acabó Holy Wood. Del todo.

—Sí.

—El patricio y los magos no permitirán que se hagan más películas. El patricio lo dijo muy en serio.

—No creo que nadie quisiera hacerlas —suspiró Victor—. ¿Quién se va a acordar de Holy Wood ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Aquellos viejos sacerdotes construyeron una especie de religión acerca de esto. Se olvidaron de lo que había sido la realidad. Pero no creo que eso importara. No creo que haga falta que se entonen cánticos o que se enciendan hogueras. Lo único que hace falta es que alguien recuerde Holy Wood.

—Sí —asintió Ginger, sonriente—. Para eso harán falta cien elefantes.

—Sí —rió Victor—. Pobre Escurridizo. Además, nunca los consiguió.

Ginger apartó un trozo de patata. Tenía algo en la cabeza, y no era comida.

—Pero fue estupendo, ¿verdad? —dijo al final—. Tuvimos algo realmente increíble.

—Sí.

—Y a la gente le gustaba.

—Y tanto —asintió Victor.

—Es decir, dimos algo grande al mundo.

—Y que lo digas.

—No me refería a eso —bufó la chica—. Ser una diosa de la pantalla no es tan divertido como cree la gente.

—Claro. Ginger suspiró.

—Se acabó la magia de Holy Wood —suspiró.

—Supongo que debe de quedar algo —indicó Victor.

—¿Dónde?

—Por ahí, por todas partes. Buscando maneras de ser, supongo. La chica miró su vaso.

—¿Qué vas a hacer ahora? —quiso saber.

—No lo sé. ¿Y tú?

—Quizá vuelva a la granja.

—¿Por qué?

—Mira, Holy Wood fue mi oportunidad, ¿entiendes? Además, en Ankh-Morpork no hay muchos trabajos para una chica. Al menos —añadió rápidamente.

—No son trabajos que me gusten. He tenido tres ofertas de matrimonio. De hombres bastante importantes.

—¿De verdad? ¿Por qué? Ginger frunció el ceño.

—Oye, que no soy tan fea...

—No quería decir eso —se apresuró a tranquilizarla Victor.

—Bueno, supongo que, si eres un comerciante adinerado, te gusta tener una esposa famosa. Es como poseer joyas. —Bajó la vista—. La señora Cosmopilita dijo que si podía quedarse con alguno de los que yo no quisiera. Yo le dije que se quedara con los tres.

—A mí también me pasa lo mismo cuando tengo que elegir —dijo Victor para animarla.

—¿De verdad? Si eso es todo lo que hay para elegir, no pienso elegir. ¿Qué puedes ser cuando ya has sido tú mismo, lo más grande posible?

—Nada —asintió el joven.

—Nadie sabe lo que se siente.

—Menos nosotros.

—Sí.

—Sí.

Ginger sonrió. Era la primera vez que Victor veía su rostro desprovisto de petulancia, ira, preocupación o maquillaje de Holy Wood.

—Ánimate —dijo—. Mañana será otro día.

Clic...

El sargento Colon, de la guardia de Ankh-Morpork, fue arrancado de su tranquilo dormir en la garita junto a la entrada de la ciudad por un retumbar lejano.

Una nube de polvo se extendía de horizonte a horizonte. La observó pensativo durante unos minutos. Se iba haciendo más grande y, al final, alcanzó a ver a un joven de piel oscura que cabalgaba a lomos de un elefante.

El animal trotó por el camino que llevaba a las puertas, y se detuvo ante las murallas de la ciudad. Colon no pudo dejar de advertir que la nube de polvo seguía en el horizonte, cada vez más grande.

El chico se llevó las manos a la boca.

—¡Puedes decirme por dónde se va a Holy Wood! —gritó.

—Por lo que he oído, ya no existe Holy Wood —replicó Colon. El chico pareció meditar la respuesta. Examinó un trozo de papel que llevaba en la mano.

—¿Sabes dónde puedo encontrar al señor Y.V.A.L.R. Eскурridizo? El sargento Colon repitió las iniciales entre dientes.

—¿Te refieres a Ruina? —preguntó—. ¿Y-Voy-A-La-Ruina Eскурridizo?

—¿Está aquí?

El sargento Colon volvió la vista hacia la ciudad que tenía a su espalda.

—Iré a ver —respondió—. ¿Quién le digo que le busca?

—Tenemos una entrega para él.

En la nube de polvo, se empezaban a discernir grandes cabezas grises. También llegaba el olor característico de un millar de elefantes que llevan días pastando en campos de repollos.

—Espera aquí —indicó el guardia—. Iré a buscarlo.

Colon se metió en la garita y despertó de un codazo al cabo Nobbs, que en aquel momento constituía la otra mitad de las fuerzas defensoras de la ciudad.

—¿Qué pasa?

—¿Has visto a Ruina esta mañana, Nobby?



—Sí, estaba en la calle Tranquila. Le compré una Supersalchicha Sorpresa.  
—¿Ahora vuelve a vender salchichas?  
—A la fuerza. Perdió todo su dinero. ¿Qué pasa?  
—Echa un vistazo ahí fuera —señaló Colon. Nobby echó el vistazo.  
—Parece... ¿no te da la sensación de que son mil elefantes, sargento?  
—Sí. Unos mil, diría yo, sí.  
—Ya me parecía a mí que eran unos mil.  
—Ese chico dice que Ruina los encargó.  
—Caray, entonces esto de las Supersalchichas da más dinero de lo que pensaba.  
Se miraron. La sonrisa de Nobby era malévola.  
—Anda, por favor —suplicó—. Deja que vaya y yo a decírselo.

Clic...

Thomas Silverfish, alquimista y productor fracasado de películas, agitó el contenido de una probeta y suspiró.

En Holy Wood había quedado mucho oro, a disposición de quien tuviera el valor de ir a buscarlo. Para los que no lo tenían, y Silverfish no dudaba en contarse entre ellos, sólo quedaba el método tradicional, probado y fallido hasta la saciedad, de producir riqueza. Así que había vuelto a su casa, para seguir desde donde lo había dejado.

—¿Qué tal? —preguntó Peavie, que había pasado por allí para compadecerse.

—Bueno, es plateado —titubeó Silverfish—. Y tiene un algo metálico. Es más pesado que el plomo. Hay que hervir una tonelada de mineral, claro. Lo raro es que, esta vez, pensé que lo tenía.

—¿Cómo lo vas a llamar?

—Ni idea. Seguramente ni siquiera vale la pena ponerle nombre.

—¿Ankhnorporkerio? ¿Silverfishio? ¿Noplomodio? —sugirió Peavie.

—Más bien «inutiliesio» —murmuró el alquimista—. Me rindo. Pienso dedicarme a algo sensato. Peavie echó un vistazo al horno.

—No explotará, ¿verdad? Silverfish lo miró extrañado.

—¿Esto? —preguntó—. ¿Qué te hace pensarlo?

Clic...

Bajo los cascotes, la oscuridad era absoluta.

La oscuridad era absoluta desde hacía tiempo.

Gaspode podía sentir las toneladas de piedras sobre el pequeño espacio que ocupaba. Para eso no hacía falta ningún sentido canino especial.

Se arrastró hacia la columna que se había derrumbado en el sótano.

Laddie alzó la cabeza con dificultad, lamio el rostro de Gaspode y consiguió lanzar un tenue ladrido.

—Buen chico Laddie... buen chico Gaspode...

—Buen chico Laddie —susurró Gaspode.

La cola de Laddie golpeó un par de veces contra las piedras. Luego, gimoteó un rato. Las pausas entre los gemidos eran cada vez más largas.

Se oyó un ruido suave. Como de un hueso contra la piedra.

Gaspode movió las orejas. Alzó la vista hacia la figura que se acercaba, visible incluso en la oscuridad, porque siempre sería más oscura que la vulgar negrura.

Consiguió erguirse, con el pelo erizado en el lomo, y gruñó.

—Un paso más y te arranco la pierna —dijo.

Una mano esquelética le rascó detrás de las orejas.

Se oyó un débil ladrido procedente de la oscuridad.

—¡Buen chico Laddie!

Gaspode, con el rostro lleno de lágrimas, sonrió en gesto apoloético a la Muerte.

—Patético, ¿no? —dijo con voz ronca.

NO SABRÍA DECIRTE. NUNCA ME HAN GUSTADO MUCHO LOS PERROS.

—Ah, ¿no? Bueno, a mí tampoco me gusta mucho morirme —bufó Gaspode—. Nos estamos muriendo, ¿verdad? SÍ.

—La verdad es que no me extraña. Me he pasado la vida muriéndome. Pero siempre he pensado —añadió esperanzado—, que había una Muerte especial para los perros. A lo mejor un gran perro negro...

NO —dijo la Muerte.

—Qué cosas —suspiró Gaspode—. Tenía entendido que cada especie animal tenía su propio espectro fantasmal que acudía a buscarlo al final de su vida. Sin ánimo de ofender —añadió rápidamente—. Imaginaba que un enorme perro vendría trotando y diría, «Vale, Gaspode, ya has cumplido tu misión y todo eso, no tienes que seguir llevando tan pesada carga, sígueme a una tierra de carne roja y sin ternillas»:

NO. SÓLO ESTOY YO —dijo la Muerte—. LA ÚLTIMA FRONTERA.

—Oye, si aún no estoy muerto, ¿cómo es que te veo? tienes alucinaciones.

—¿De verdad? Vaya.

—¡Buen chico Laddie!

El ladrido era ahora más fuerte.

La Muerte rebuscó entre los misteriosos pliegues de su túnica, y sacó un pequeño reloj de arena. Casi no quedaba nada en la parte de arriba. Los últimos segundos de la vida de Gaspode pasaron del futuro al pasado.

Y, entonces, no quedó nada.

La Muerte se irguió.

—Vamos, Gaspode.

Se oyó un ruido débil. Sonaba como el equivalente audible a un guiño.

El reloj de arena se llenó de chispas doradas.

La arena fluyó hacia atrás.

La Muerte sonrió.

Y, allí donde había estado, de pronto no quedó más que un triángulo de luz brillante.

—¡Buen chico Laddie!

—¡Están aquí! ¡Ya te dije que oía ladridos! —retumbó la voz de Rock—. ¡Buen chico! ¡Aquí, chico!

—Uff, cómo me alegro de veros... —empezó Gaspode. Los trolls no le prestaron la menor atención. Rock levantó la columna y cogió suavemente a Laddie.

—No tiene nada que no se cure con el tiempo —dijo.

—¿Nos lo comemos ya? —preguntó otro troll.

—¿Estás defectuoso, o qué? ¡Es un perro heroico!

—... disculpad...

—¡Buen chico Laddie!

Rock entregó el perro al troll de arriba, y salió del agujero.

—... disculpad... —casi gritó Gaspode.

Oyó aplausos a lo lejos.

Tras un rato, como no parecía tener otra opción, trepó dolorosamente por la columna derribada, y consiguió salir de entre los cascotes.

Allí no había nadie.

Bebió agua de un charco.

Se movió para comprobar el estado de la pata herida.

Funcionará, pensó.

Dejó escapar una maldición.

—¡Guau, guau, guau!

Se detuvo. Aquello no iba bien.

Lo intentó de nuevo.

—¡Guau!

Miró a su alrededor...

... y el mundo no tenía color, volvía a su bendito blanco y negro.

Gaspode pensó que Harga debía de estar sacando la basura en aquel momento, y que seguramente habría un establo calentito en alguna parte. ¿Qué más podía querer un perro?

En las montañas lejanas, los lobos aullaban. En las casas, perros con collares y cuencos con sus nombres recibían palmaditas en la cabeza.

En un punto intermedio, y sintiéndose extrañamente alegre, Gaspode, el

Perro Maravilla, cojeó hacia el glorioso ocaso monocromo.

A unos cincuenta kilómetros dirección dextro de Ankh-Morpork, las olas batían contra la punta de tierra azotada por el viento donde el Mar Circular se encontraba con el Océano Periférico.

La colina se divisaba desde varios kilómetros de distancia. No era muy alta, pero se alzaba entre las dunas como un bote vuelto del revés, o como una ballena desafortunada, y estaba cubierta de arbolillos resecos. La lluvia no caía allí, si podía evitarlo.

Pero el viento soplabá, y amontonaba las dunas contra las maderas descoloridas y resecas de la ciudad de Holy Wood.

Aullaba en los patios desiertos.

Levantaba trozos de papel entre los restos de las maravillas del mundo.

Golpeaba contra los tablones hasta que se derrumbaban sobre la arena, que se apresuraba a cubrirlos.

Clicaclicaclica.

El viento suspiró en torno al esqueleto de una máquina proyectora de imágenes, que se apoyaba ebria en su trípode abandonado.

El viento encontró un trozo de película y lo movió por última vez, como si alguien manejara la manivela de la caja.

En el ojo de cristal del proyector de imágenes, pequeñas figuras se movieron, vivas por un momento...

Clicaclica.

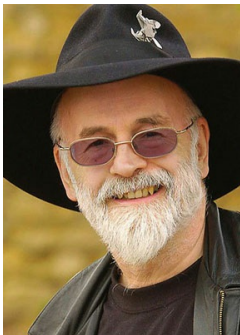
La película se soltó. El viento la arrastró hacia las dunas.

Cuca... clic...

La manivela se mecía un momento más. Luego, se detuvo.

Clic.

Holy Wood sueña.



TERRY PRATCHETT. Estudió en la escuela técnica High Wycombe, donde ya escribió un relato que fue publicado cuando tenía 15 años. Estudió periodismo y comenzó a trabajar en Bucks Free Press, pasando después al Western Daily Press, volviendo como subdirector al anterior. En 1981 fue responsable de relaciones públicas de una central nuclear, cargo que dejó en 1987 para dedicarse a escribir exclusivamente. Fue nombrado Oficial de La Orden del Imperio Británico, y es Doctor Honoris Causa por las universidades de Warwick y Portsmouth.

Precoz y prolífico autor, ha dedicado su obra a la fantasía y ciencia ficción, escribiendo innumerables libros, relatos cortos e incluso guiones para adaptar sus obras a la televisión. Sus libros se venden por millones, y se han traducido a multitud de idiomas. Es conocido fundamentalmente por su serie Mundodisco de la que lleva escritos más de 35 libros. Esta serie, es una fantasía que parodia el mundo en que vivimos en clave de humor. Cabe destacar también su trilogía La Ciencia del Mundodisco, escrita en colaboración con dos científicos.

## Notas

[1] Esta fruta crece sólo en determinadas zonas de Mandarinalandia. Mide siete metros de largo, está cubierta de púas color cera de oreja, y huele como un oso hormiguero que se hubiera comido una hormiga en mal estado.<<

[2] De hecho, la popular publicación del Gremio de Comerciantes, Bienvenido a Ankh-Morpork, la Ciudad de las Mil Sorpresas, cuenta ahora con toda una sección titulada ¿Así que eres un invasor bárbaro?, con abundantes notas sobre la vida nocturna, las compras típicas que se pueden hacer en el bazar y, bajo el epígrafe « Ir de Copas» , una lista de los restaurantes donde se sirve buena leche de yegua y budín de yak. Más de un vándalo de casco puntiagudo ha regresado a caballo a su gélida yurta, preguntándose por qué se siente mucho más pobre y mucho más propietario de una alfombra mal trenzada, un litro de vino imbebible y un burrito de peluche color púrpura con un sombrero de paja.<<



[3] La alternativa era elegir por su propia voluntad y sin coacción alguna ser arrojado al pozo de los escorpiones.<<

[4] En esto tenía razón, pero por pura casualidad.<<

[5] Literalmente « Detector de Cosidad» , un instrumento para localizar y medir los cambios en el tejido de la realidad.<<

[6] SUBTÍTULO: « Una vez más me estoy enamorando (lit., experimentando la agradable sensación de recibir en la cabeza una pedrada propinada por Megalito, el dios troll del amor)» . Nota: No se debe confundir a Megalito con Gigalito, el dios troll que da a sus fieles buena suerte cuando los golpea con una piedra en la cabeza, ni con el héroe popular Monolito, el primero que consiguió arrancar el secreto de las rocas a los dioses.<<

[7] SUBTITULO: « Y ahora la nostalgia se ha apoderado de mi ser, la tristeza me domina.<<

[8] SUBTÍTULO: « Me pregunto, ¿qué puedo hacer?». <<

[9] SUBTÍTULO: « No puedo evitarlo. Hola, muchachote» .<<

[10] Los camellos son demasiado inteligentes como para reconocer que son inteligentes.<<



[11] Algunas de ellas tenían portapapeles. <<

[12] Los dientes de los trolls son de diamantes.<<

[13] Pero cortaron la escena en el montaje.<<

[14] No era por motivos religiosos. Sencillamente, les gustaba el efecto que causaban al sonreír.<<

[15] El idioma de los trolls incluye 5.400 palabras diferentes para decir «roca», y una para toda la vegetación, desde el musgo hasta las secuoyas gigantes. Desde el punto de vista de los trolls, si no te lo puedes comer, no vale la pena ponerle nombre<<

[16] Iba sobre un joven simio que queda abandonado en la gran ciudad, y crece con la capacidad de hablar el lenguaje de los humanos.<<

[17] El Necrotelicomnicon fue escrito por un hechicero nigromante klatchiano a quien todo el mundo conocía por el nombre de Achmed el Loco, aunque la verdad era que él prefería que lo llamaran Achmed Sólo Son Jaquecas. Se decía que el libro había sido escrito un día después de que Achmed bebiera demasiado de ese extraño café klatchiano tan espeso, que no sólo te pone sobrio, sino que se pasa de largo y te lleva más allá de la sobriedad, de manera que alcanzas a ver el universo real más allá de las cálidas nubes de autoengaño que los seres conscientes suelen generar en torno a ellos para no volverse locos de remate. Poco se sabe de su vida anterior a este momento, porque la página que empezaba diciendo Acerca del Autor presentó un bonito caso de combustión espontánea poco después de su muerte. De cualquier manera, la sección titulada Otros Libros por el Mismo Autor indica que su única obra publicada con anterioridad se titulaba Historias Humorísticas sobre Gatos, por Achmed Sólo Son Jaquecas, cosa muy significativa.<<

[18] Entre otras muchas razones, porque es mejor excusa para que el hermano luche contra el hermano que la típica alusión a lo que tu mujer dijo de nuestra madre en el funeral de la tía Vera.<<



[19] 49.873, según la Maquinaria de Contabilización Celestial de Números Riktor.

<<

[20] Sobre todo los que vivían en los edificios de piedra, claro.<<

[21] Para los estándares troll, esto estaba a la altura de lo mejor de Oscar Wilde.

<<

[22] En realidad lo llamaba « oook » . Pero probablemente podía traducirse por « hogar » .<<

[23] Los magos que consiguen esquivar las ambiciosas atenciones de sus colegas, suelen vivir mucho tiempo. Y se les hace aún más largo.<<

[24] Pesar por parte del patricio, claro. El pesar de las víctimas se da por supuesto.<<

[25] « No nos Venderán» .<<

[26] Tenía una mente muy organizada.<<



[27] En el idioma de los trolls, la frase era más o menos « Tenía que matar a otros osos rabiosos» .<<